

Libros del Asteroide



Alice McDermott

La novena hora

Traducción de Carlos Manzano



La novena hora
Alice McDermott
La novena hora
Traducción de Carlos Manzano

Primera edición, 2018
Título original: *The Ninth Hour*
Copyright © 2017 by Alice McDermott
© de la traducción, Carlos Manzano, 2018
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Fotografía de cubierta: © Alamy / Cordon Press
Fotografía de la autora: © Will Kirk, Homewood Photo
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
ISBN: 978-84-17007-50-8
Composición digital: Newcomlab S.L.L.
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Para la hermana Mary Rose,
de la Congregación del Niño Jesús

Estos días cortos y oscuros

El 3 de febrero fue, todo él, un día frío, húmedo y oscuro: lluvia fina y fría por la mañana y cielo bajo y grisáceo durante toda la tarde.

A las cuatro, Jim convenció a su esposa para que saliera a hacer compras antes de que se hiciese de noche. Al cerrar la puerta, le dijo adiós con un gesto tierno de la mano. El pelo le clareaba y le faltaba un canino de la derecha, pero, aun así, era un hombre apuesto que, a sus treinta y dos años, aún aparentaba veinte. Tenía cejas espesas, ojos hundidos y pestañas oscuras que desde sus dieciséis años habían dejado sin aliento a las mujeres. Aunque llegara a quedarse calvo y sin dientes, cosa a la que parecía estar abocado, los ojos conservarían su prestancia hasta entrada la vejez.

Su abrigo estaba en el perchero junto a la puerta. Lo cogió y lo enrolló a lo largo de sus muslos. Después lo encajó en el umbral, remetiéndolo mejor que pudo la tela de las mangas y el dobladillo en el espacio que quedaba bajo la puerta. La distribución de su piso era en enfilada: la cocina en la parte trasera, el comedor y el cuarto de estar a continuación, y el dormitorio en la delantera. Bastaba con que empujara un poco el pesado sofá por la pared para impedir el paso de su esposa, cuando regresase. Se subió a él para cerciorarse de que el montante de cristal por encima de la puerta estaba bien cerrado. Después bajó, enderezó el encaje del respaldo y allanó la huella que su pie había dejado en el asiento de crin.

En la cocina, pegó la mejilla al frío esmalte del fogón y deslizó la mano por el estrecho espacio entre este y la pared amarilla. Buscó a tientas un poco. Ahí detrás mantenían una ratonera cebada, o al menos así había sido en el pasado, por lo que se anduvo con tiento. Encontró el tubo de goma que conectaba el horno con la espita del gas y tiró de él con toda la fuerza que le permitía el reducido espacio. Oyó con satisfacción un leve estallido y un silbido que se apagó al instante. Se irguió con el tubo en la mano. La ventana de la cocina daba al gris patio en el que, cuando hacía mejor tiempo, había líneas de ropa tendida al sol, aunque el profundo suelo era, aun con el mejor tiempo, un depósito de chatarra y una jungla. Había ratas, somieres y cajones rotos. Era una maraña de vegetación urbana: un árbol moribundo, parras negras, un simulacro de jardín abandonado mucho tiempo atrás. Todas las voces que se elevaban de sus profundidades eran las de personas que no inspiraban confianza: traperos, borrachos díscolos y similares. En cierta ocasión, Annie, sentada en el alféizar y con una pinza de tender en la boca y una cesta de ropa recién lavada a sus pies, vio a un hombre arrastrar a un niño pequeño por el barro y atarlo al tosco poste que sostenía la ropa tendida. Lo observó quitarse el cinturón y, al oír el primer chasquido en las desnudas pantorrillas del niño, empezó a gritar. Le lanzó las pinzas de la ropa y un tiesto con una hiedra plantada y después la palangana metálica, llena de agua jabonosa. Asomada hasta la

cintura a la ventana, amenazó con llamar a la policía, a los bomberos y a la Gerrity Society. El hombre, como movido tan solo por un cambio del tiempo, una lluvia repentina, levantó la vista brevemente, se encogió de hombros y después desató al niño, que sollozaba, y se lo llevó. «Yo a ti te conozco», gritó Annie, aunque no era verdad. No le costaba mentir. Aquella tarde, pasó una hora recorriendo la calle y esperando a que el hombre y el niño reaparecieran.

Cuando Jim corrió a la cocina al oír sus gritos, ella tenía medio cuerpo fuera de la ventana y solo un dedo del pie en el suelo. Tuvo que cogerla de las caderas para que no se cayese. Era uno de tantos días en que él no había ido a trabajar o había llegado demasiado tarde a su turno.

Su problema era el tiempo: mala suerte para un ferroviario, aunque fuera de la BRT. Su problema consistía en que le gustaba rechazar el tiempo. Le encantaba hacerlo. Llegaba al final de una larga noche, a la inevitabilidad de las cinco de la mañana —ese límite, ese abrupto muro contra el que chocaban todos los placeres nocturnos (la bebida, la charla, el sueño o la cálida carne de Annie)—, y, mientras que otros hombres, pobres borregos, se rendían todas las mañanas, se volvían corderitos en el carril que conducía de los placeres del sueño, la bebida, la charla o el amor a los deberes diarios, él había sabido desde la infancia que podía continuar, con la mayor despreocupación, con los ojos cerrados, como deseaba. «No voy a ir», bastaba con que murmurara. «No voy a someterme.» Desde luego, no siempre se trataba de rechazar el día entero. A veces el simple placer de llegar con una o dos horas de retraso era suficiente para recordarle que, al menos él, era dueño de sí mismo, que las horas de su vida —¿y qué otra propiedad tenía más preciosa?— tan solo le pertenecían a él.

Dos semanas antes, lo habían despedido por su informalidad e insubordinación. Dentro del caparazón de su carne, el hombre que era —no el torpe niño ruborizado y humillado que tenían ante sí— se limitó a sacudirse el golpe y se marchó, indiferente y libre, pero, cuando él se lo contó, Annie lloró y después dijo, irritada y entre lágrimas, que estaba embarazada, si bien sabía, en el preciso momento en que lo decía, que darle la noticia de ese modo era condenar al niño a una vida difícil.

Cogió los paños de cocina que ella había dejado a secar en el fregadero, los retorció y los colocó a lo largo del alféizar de la ventana de la cocina.

Llevó el tubo de goma por el cuarto de estar y hasta el dormitorio. Se quitó los zapatos y se puso el tubo en la boca como para dar una calada. Lo había visto en un libro ilustrado de su casa: un sultán grueso y recostado en un almohadón rojo hacía algo parecido. Se sentó en el borde de la cama, bajó la cabeza y rezó: *Ahora y en la hora de nuestra muerte*. Se echó para atrás en la cama. La habitación se había oscurecido aún más. *Hora de nuestra. Nuestra hora*. En su casa, su madre, con el libro ilustrado abierto sobre su amplio regazo, alargaba la mano detrás de él para poner el reloj mirando a la pared.

En aquella misma hora volvería a apoyar la cabeza en el hombro de ella. ¿De verdad lo haría? Había momentos en que su fe lo abandonaba y caía como por una trampilla. Se puso de pie. Encontró su camisa de dormir bajo la almohada y también la retorció. Después la colocó a lo largo de la única ventana y también la encajó en la estrecha hendedura entre el marco y el alféizar, aun sabiendo que ese gesto era ineficaz e innecesario.

Abajo, en la calle, había mucho movimiento; la mayoría eran mujeres, porque las tiendas estaban abiertas hasta tarde y los oficinistas aún no habían empezado a desfilar camino de sus casas: abrigos y sombreros oscuros, uno o dos cochecitos de niño, cuyas ruedas salpicaban con un

agua pálida. Vio a dos monjas con capas negras y grifones blancos, las cabezas juntas y gachas, pasar rozando la gris acera. Las observó, con la mejilla pegada entonces al fresco cristal de la ventana, hasta que desaparecieron. Cuando se volvió a mirar la habitación, no quedaba rastro de luz y, al rodear la cama para volver a su lado, tuvo que alargar las manos.

Volvió a tenderse. Levantó y dirigió, jugueteón, el tubo a un ojo, como si pudiera ver a lo largo del oscuro pasillo de un túnel del metro, con una luz dorada en el extremo más alejado de la próxima estación. Después se llevó el tubo a la boca y volvió a inhalar profundamente. Sintió la náusea, el vértigo repentino, que había estado esperando todo el tiempo, pero había olvidado. Cerró los ojos y tragó. Fuera, una madre llamó a un niño. Se oyeron los lentos pasos de un caballo y el ligero sonido de ruedas de carro que giraban por el agua de la calle. Algo —una cesta de costura, tal vez— cayó al suelo en el piso superior al suyo, se oyó un golpe sordo y después un áspero coro de carretes de madera que se devanaban o tal vez fueran monedas derramadas de un monedero caído.

A las seis, el aire refulgía con la luz de los faroles, sobre un fondo oscuro y húmedo. También los rieles de los tranvías, los cristales de las ventanas y la brillante superficie de negros charcos dispersos en la calle relucían con la luz de los faroles, que también se reflejaba en la parte trasera del único coche de bomberos que quedaba y en las pálidas caras de la multitud congregada, con destellos dorados, además, en quienes llevaban gafas: la hermana St. Saviour, por ejemplo, de las Hermanitas Enfermeras de los Pobres, que había pasado la tarde en el vestíbulo del Woolworth's de Borough Hall, con la cesta de las limosnas en el regazo. En aquel momento volvía al convento, con la vejiga repleta, los tobillos hinchados, las redondas gafas dirigidas a la luz de un farol y el terrible olor del fuego apagado en el aire invernal.

Llevaba atada al cinturón la bolsa con el dinero recaudado aquel día; la cestita iba guardada bajo su capa y su brazo. La casa en la que se había producido el fuego parecía sobresaltada: las ventanas de los cuatro pisos estaban abiertas de par en par y el frío aire agitaba los cordones de las persianas y los visillos. Aunque el resto del edificio estaba oscuro, el vestíbulo en la cima del porche de piedra estaba extrañamente iluminado y atestado de policías y bomberos que portaban linternas. La puerta del frente estaba abierta, como también —parecía— la del piso del principal. La hermana St. Saviour solo quería seguir caminando, llegar a su convento, a su habitación, a su retrete —tenía los dedos fríos y los tobillos hinchados y la cestita que llevaba apretujada bajo el brazo le resultaba incómoda—, pero, aun así, pasó por entre la multitud y subió las escaleras. Una manguera flácida recorría la oscura base de la barandilla de piedra. Al volverse a mirarla, dos de los agentes que estaban en el vestíbulo la saludaron llevándose la mano primero al sombrero y después se la tendieron, como si la hubieran llamado para que acudiera. «Hermana», dijo uno de ellos: tenía la cara colorada y sudorosa y ella vio, incluso con aquella tenue luz, que los puños de su chaqueta estaban chamuscados. «Pase por aquí.»

El piso estaba atestado de personas, tal vez todos los inquilinos de la casa. El olor a humo, cenizas mojadas, lana y pelo quemados formaba parte de los grandes haces de luz de velas que había en la habitación y del pesado zumbido de las conversaciones en susurros. Había dos grupos: uno estaba congregado en torno a un hombre de mediana edad, en mangas de camisa y zapatillas, que estaba sentado en una silla junto a la ventana y se tapaba la cara con las manos. El otro, en el extremo opuesto de la sala, acompañaba a una mujer tendida en un sofá oscuro, bajo una lámpara con flecos y apagada. Tenía un paño en la cabeza, pero parecía hablar con cordura al delgado

joven inclinado sobre ella. Cuando vio a la monja, la mujer alzó una mano débil y dijo:

—Está en el dormitorio, hermana. —Su brazo, desde la muñeca hasta el codo, brillaba con un ungüento lustroso: tal vez mantequilla.

—Debería usted prescindir de esa grasa —dijo la hermana— salvo que esté decidida a entrar en el horno. —El joven se volvió, al oírla, y se rio. Estaba tocado con un sombrero flexible gris y su amplia sonrisa revelaba un diente de leche—. Tenga la cortesía de quitarse el sombrero.

Por su trabajo, la hermana St. Saviour entraba como si tal cosa en casas de extraños, más que nada enfermos y ancianos, y se paseaba cómodamente por sus habitaciones, abría sus roperos o vitrinas con loza o los cajones de sus cómodas, se asomaba a sus retretes o escudriñaba los pañuelos manchados que tenían en las manos, pero la frecuencia con la que lo hacía no había disminuido, con el paso de los años, su impulso inicial a distanciarse, a cubrirse los ojos. Al pasar por el salón, bajó la cabeza y se internó por un pasillo estrecho, pero vio lo suficiente para concluir que allí vivía una mujer judía: la mujer del sofá, no le cabía duda, una mujer judía, se limitó a suponer, por la pantalla con flecos de la lámpara, el piano vertical pegado a la pared del fondo, los oscuros óleos del estrecho pasillo que parecían representar a dos campesinos sencillos y no a santos. No era una casa preparada para recibir visitas, sino paralizada, como solía ocurrir con frecuencia en casos de crisis o tragedias, en medio de una hora que debería haber sido de intimidad. Vio, al pasar, que en la mesita de la pequeña cocina había un plato con un trozo de pan mordisqueado y teñido con una salsa oscura y un vaso de té junto a un periódico doblado.

En el dormitorio iluminado con luz de velas, en el que otros dos policías estaban conversando en el rincón más alejado, había unas medias negras colgadas en el respaldo de una silla, una mezcla de cepillos de pelo y pañuelos en la cómoda baja y un corsé gris en la alfombra raída al pie de la cama. En la cama había una joven tumbada de lado, con su falda oscura extendida en torno a ella, como si hubiera caído allí desde una altura. Daba la espalda a la habitación y miraba a la pared. Otra mujer estaba inclinada sobre ella y tocaba con una mano el hombro de la joven.

Al ver a la monja, los policías saludaron con la cabeza y el más bajo se quitó la gorra y se dirigió hacia ella. También sus puños estaban chamuscados. Tenía una cara tosca, mal aliento y mala dentadura postiza, pero había compasión en el gesto con el que señaló con sus cortos brazos a la joven de la cama, al techo y al piso de arriba, donde había habido el fuego, una compasión que parecía pesar sobre sus extremidades: un buen corazón —pensó la hermana—, uno de los nuestros. Según dijo, la joven había llegado de la compra y encontró la puerta de su casa cerrada por dentro. Recurrió a sus vecinos, el hombre de la puerta contigua y la mujer que vivía en el piso de abajo, en el que se encontraba en aquel momento. La ayudaron a abrir la puerta a empujones y entonces el hombre encendió una cerilla para ver en la oscuridad. Hubo una explosión. Por fortuna, dijo el policía, él mismo estaba en la esquina y pudo apagar el fuego, mientras los vecinos bajaron a los tres allí. Dentro, en la cama, encontró a un joven, asfixiado: el marido de aquella mujer.

La hermana St. Saviour suspiró y se santiguó.

—Se habrá quedado dormido, el pobre —dijo en voz baja—. El piloto del gas debe de haberse apagado.

El agente miró por encima del hombro hacia la cama y después cogió del codo a la hermana. La llevó hasta el pasillo estrecho. Ya estaban en la puerta de la cocina; un cuadro vivo: el pan mordisqueado, la salsa oscura, el vaso de té rojizo en una mesita de madera, la silla apartada de

la mesa (había habido una llamada insistente en la puerta), el periódico con sus torcidas líneas de tinta negra.

—Se ha suicidado —susurró el agente, con su mal aliento, como reaccionando ante la situación sobre la que debía informar—. Ha abierto el gas. Menos mal que no se ha llevado a nadie consigo.

Acostumbrada como estaba a entrar como si tal cosa en la vida de extraños, la hermana aceptó la información con un discreto movimiento de la cabeza, pero en ese lapso, en el tiempo que simplemente tardó en volver la mejilla y bajar la cabeza, sus ojos desaparecieron tras el borde rígido de su cofia. Cuando levantó la vista otra vez —sus ojos, tras las gafas, eran pequeños y castaños y captaron la escasa luz como lo habría hecho una superficie dura, mármol o estaño negro, nada acuosa—, la realidad del suicidio quedó reconocida y descartada. Ella había arrancado pañuelos de los puños apretados de muchachas, los había abierto para ver la sangre mezclada con flemas y después había vuelto a cerrarlos y había movido la cabeza del mismo modo. Había entrado como si tal cosa en casas de extraños y había visto las botellas en el cubo de la basura, el escaso contenido de una despensa, una magulladura oculta; también había visto, en cierta ocasión, un pálido niño del tamaño de un pulgar en una palangana llena de sangre y, sin decir nada, había bajado la cabeza y la había movido del mismo modo.

—¿Cómo se llama la joven? —preguntó.

El agente frunció el ceño.

—Mc No Sé Cuántos. Annie, han dicho, de origen irlandés —añadió—. Por eso he pensado en llamarla a usted.

La hermana sonrió. Aquellos ojos diminutos tenían oscuras profundidades.

—Ah, ¿así? —dijo. Los dos sabían que nadie la había llamado. Iba camino de casa y simplemente pasó por allí. Bajó la cabeza de nuevo y le perdonó su vanidad: ¿acaso no había dicho que había apagado el fuego él mismo?—. Entonces iré a verla.

Al alejarse, vio al joven con un diente de leche, aún tocado con el sombrero, acercarse al agente. «¡Eh, O’Neil!», gritó él. Ignoraba la cortesía.

Dentro del dormitorio en penumbra, la vecina que estaba junto a la cama tenía puesta la vista en otro sitio: en el crepúsculo, en el otro extremo de la revuelta habitación. Era una mujer gruesa, de unos cuarenta años. Seguro que había unos hijos aguardando a que los acostaran y un marido al que aplacar. No se podía esperar que una mujer con familia propia, con problemas propios, se ocupara indefinidamente de los pesares de otra.

Cuando las dos se intercambiaron sus puestos, la monja se limitó a saludar con la cabeza. En la puerta de la habitación, la mujer miró por encima del hombro y susurró: «¿Puedo hacer algo por usted, hermana?».

La hermana St. Saviour recordó la broma que había gastado en cierta ocasión a una monja joven que le había hecho la misma pregunta, en una mañana ajetreada. «Sí. ¿Puede ir a hacer pis por mí?»

Pero dijo: «No hace falta». Era lo que deseaba que oyese aquella Annie Mc No Sé Cuántos.

Cuando se marchó la mujer, la hermana se metió la mano bajo la capa y cogió la cestita de debajo de su brazo. Era una cosa endeble, tejida con hojas de palma sin bendecir y muy deformada por haber estado tanto tiempo apretujada contra su cuerpo. La enderezó y la arregló un poco, con lo que apreció el verde aroma que el calor de su propia carne y la labor de sus manos

podía obtener a veces de su seca enea. Dejó la cesta en la mesa y desató la bolsa del dinero de su cinturón. Aquel día, habían sido solo monedas, peniques la mayoría. Metió la bolsa en la cesta y después se sentó con cuidado al borde de la cama, con dolor de riñones y palpitaciones de los pies dentro de los zapatos. Miró las formas de aquella joven, la longitud de la espalda, la curva de su joven cadera y sus delgadas piernas bajo la ancha falda. De repente la joven se volvió en la cama y se lanzó al regazo de la hermana, llorando.

La hermana St. Saviour pasó la mano por el oscuro pelo de la joven. Era espeso y suave como la seda, con una belleza lujosa. La hermana le recogió el pesado moño que estaba deshaciéndose en la nuca y le apartó un mechoncito de la mejilla.

De una cosa estaba segura la monja: el marido había tenido mucho cariño a la joven del pelo precioso. El amor no era el problema. Más probable era que lo fuese el dinero, el alcohol, la locura, el propio día y el tiempo: un atardecer de principios de febrero. ¿Acaso había un momento del año más indicado para sentirse desesperado? La propia hermana había tenido la misma idea aquel día, durante las largas horas de pedir limosna en aquel vestíbulo surcado por corrientes de aire. Estamos sintiéndolo todos —pensó, y se refería a todos los que pasaban por la calle y entraban y salían de la tienda con los hombros mojados y encorvados, todos los que la veían y aparentaban que no, todos los que le ponían mala cara y todos (aunque no demasiados en aquel día tan desapacible) los que se metían la mano en un bolsillo o en un monedero, al acercarse—, todos estamos sintiéndolo — pensó— en este valle de lágrimas: el peso del cielo bajo y la cansina lluvia, las húmedas profundidades de aquel invierno inacabable, el olor acre del vestíbulo, el tufo a azufre del metro, de las monedas de cobre, del frío que se te metía tras el espinazo y te llegaba hasta la médula. Seis horas y media había estado sentada y pidiendo limosna, tan abrumada por el tiempo y la época del año que no había sido capaz de afrontar la humillación diaria de recurrir al servicio público de la tienda, por lo que había abandonado su silla una hora antes de lo habitual.

—Lo que debemos hacer —dijo por fin— es poner un pie delante del otro. —Era su acostumbrada expresión introductoria—. ¿Ha cenado usted?

La joven negó con la cabeza, apoyada en el muslo de la monja.

—¿Tiene usted algún pariente al que podamos llamar? Ella volvió a mover la cabeza.

—Nadie —susurró—. Éramos solo Jim y yo.

La hermana sintió el deseo de levantar un poco el hombro de la joven para eliminar la presión en su dolorida vejiga, pero se contuvo. Podía soportarlo un poco más.

—Va a necesitar un lugar en el que estar —dijo—, esta noche, en cualquier caso.

Entonces la joven apartó la cara y la levantó hacia la mortecina luz. No era ni tan joven ni tan guapa como había imaginado la hermana. Era una cara redonda y sin atractivo, hinchada por el llanto y cubierta con mechones de su precioso pelo mojados.

—¿Dónde lo enterraré? —preguntó.

La monja vio en sus ojos la determinación —no por la exhortación de la hermana, sino por su propia constitución— de poner un pie delante del otro.

—Tenemos una parcela en el cementerio de Calvary —dijo—. La compramos cuando nos casamos, pero ahora la Iglesia no lo permitirá.

—¿Tiene usted la escritura? —preguntó, y la joven asintió con la cabeza.

—¿Dónde?

—En el piso de arriba —dijo—, en el aparador.

La hermana tocó, con delicadeza, la mejilla de la joven. No era tan joven ni tan guapa como había imaginado, pero su cara ya le era familiar: el arco de las pobladas cejas, la ligera protuberancia del labio superior, la línea de lunares a lo largo de la mejilla. La desesperación había marcado aquel día. Ni siquiera Dios podía hacer nada al respecto... así lo creía la hermana St. Saviour, convencida de que Dios se había cubierto la cara con las manos durante todo el tiempo en que un joven en el piso de arriba había abandonado esta vida gris —collera y yugo— no por falta de amor, sino por la absoluta imposibilidad de seguir adelante, subir una vez más desde las profundidades de un frío día de febrero, una tarde oscura y menguante. Dios lloró, no le cabía la menor duda, incluso cuando ella se había levantado de su silla en el vestíbulo de Woolworth's una hora antes de lo habitual y había salido a la calle, en la que había un coche de bomberos, una multitud que se dispersaba, un farol reflejado en pequeños charcos, incluso cuando había subido las escaleras de piedra, con los pies doloridos, cansada y necesitada de un retrete, pero sin por ello dejar de subir, aunque nadie la había llamado.

Había visto la sombra de la aflojada manguera de bomberos a lo largo de la balaustrada, como la piel desechada de una gran serpiente, que debería haberle indicado que lo peor ya había sucedido.

En cierta ocasión, cuando era una monja joven, la habían enviado a un piso inmundo y lleno de niños desdichados, en el que una mujer esquelética, envejecida, descolorida y apenas humana por el dolor, estaba agonizando. «Ya nada se puede hacer», la había informado la hermana Miriam antes de que abrieran la puerta, y después —cuando entraron y se encontró con el espantoso olor animal de la descomposición, los roncocos gemidos de la mujer, el tenso silencio de los niños hambrientos— añadió: «Haga lo que pueda».

—Su esposo se ha quedado dormido —susurró entonces la hermana St. Saviour—. La llama se ha apagado. Ha sido un día húmedo y desgraciado. —Hizo una pausa para cerciorarse de que la joven la había oído—. Él debe reposar en Calvary. Ustedes pagaron la sepultura, ¿verdad? —La joven asintió despacio con la cabeza—. Pues entonces allí es donde irá.

En sus treinta y siete años de vida en aquella ciudad, la hermana había trabado relaciones de amistad con diversas personas que podían eludir las numerosas reglas y reglamentos —las reglas eclesiásticas y las civiles y aquellas que la hermana Miriam llamaba las reglas de la sociedad educada— que complicaban la vida de las mujeres: las mujeres católicas en particular y las mujeres pobres en general. Era su pequeño Tammany, como lo llamaba la hermana Miriam.

Podía lograr que se enterrara en Calvary al marido de aquella mujer. Si se hacía lo bastante rápido, podría conseguirlo.

—¿Cuánto tiempo llevaban casados Jim y usted? —preguntó la monja. Le pareció que nombrar a aquel hombre representaba una pequeña resurrección.

—Dos años —dijo la joven mirando al techo, y después se pasó las puntas de los dedos por el vientre—. Estoy embarazada de un niño que nacerá en verano.

La hermana asintió con la cabeza. Muy bien, Dios había apartado sus manos de su cara, en aquel momento al menos. Conocía el futuro.

—Muy bien —dijo en voz alta. En verano iba a haber un bebé al que cuidar. Por una vez no endosaría el asunto de los pañales y los vómitos a una de las monjas más jóvenes. Casi sonrió. De las profundidades (la expresión le llegó como un aroma fresco en el aire) surgió la promesa de un bebé en aquel verano: un perfume verde procedente de la enea seca.

La joven alzó una mano desde su estómago hasta su coronilla.

—Se había quedado sin empleo —dijo—. Lo despidieron de la BRT. Se sentía perdido.

La hermana apartó la mano de Annie del pelo —era un gesto dramático que anunciaba palabras dramáticas— y colocó las puntas de los dedos una vez más en su tripa, donde debían centrarse sus pensamientos.

—Podría ser mejor —dijo la hermana— que no se vaya de aquí esta noche. Voy a hablar con la señora de la casa. Vamos a arreglarlo.

En el salón, todos se volvieron hacia la hermana St. Saviour, como si de verdad la hubieran llamado para dirigir las operaciones. Se acordó que la señora de la casa —Gertler se llamaba— pasaría la noche con su cuñada, quien vivía enfrente. Como había quedado cortado el paso del gas y no se abriría hasta el día siguiente, la mayoría de los ocupantes del edificio iban a pasar aquella noche en otro sitio. En el vestíbulo, los vecinos estaban bajando por la oscura escalera con ropa de cama y bolsas en los brazos. La hermana mandó a decir, por mediación de uno de ellos, al propietario de una pensión cercana que allí iría el hombre en zapatillas. El joven maleducado y tocado con el sombrero ya se había marchado, por lo que pidió al agente O'Neil que llamara a la puerta de cierto doctor Hannigan.

—Dígale que va de parte mía —dijo—. Pondrá ojos como platos, pero vendrá.

Hasta que todos se hubieron marchado y mucho antes de que llegara el doctor Hannigan, no se permitió la hermana recurrir al retrete. Aquel año había cumplido sesenta y cuatro años, pero la rigidez de la espalda y las rodillas y la artritis en las manos en aquellos días húmedos, por no hablar de la más reciente y arbitraria hinchazón de los tobillos y los pies, habían empezado a limitar su capacidad. Cada vez con mayor frecuencia la mandaban con la cesta a pedir limosna en lugar de a atender a personas. Se guardaba para sí su insatisfacción sobre esas disposiciones, por lo que solo se quejaba ante Dios, quien sabía cómo se sentía y la había enviado allí.

Ayudó a Annie a desnudarse y ponerse cómoda en la cama de la señora Gertler y sujetó una vela por encima del hombro del doctor Hannigan, mientras este hacía un reconocimiento a la joven y le ponía un estetoscopio en el vientre y en el pecho, al inspirar.

Cuando se marchaba, le pidió que fuera al convento para decirles dónde se encontraba ella: «Para que no piensen que me han asesinado». Y también que hiciese el favor de ir al depósito de cadáveres para decirles que la funeraria Sheen and Sons se encargaría de los preparativos. Echó atrás la cabeza para verlo mejor, para asegurarse de que sus negros ojos estaban justo enfrente de los de él. Había algunos detalles —añadió— que le pediría que se reservara.

Más tarde, llegaron dos hermanas del convento con más mantas, dos botellas de agua caliente envueltas en trapos y una cena de panecillos, queso y té caliente, que la hermana St. Saviour comió en la silla que había acercado a la cama.

Dormitó con el rosario en las manos enguantadas y soñó —a causa del frío, seguramente, y el familiar y gélido dolor que le causaba en los dedos de los pies— que estaba en su silla de tijera y en el vestíbulo de Woolworth's. Se despertó dos veces sobresaltada, porque en su sueño la cesta llena de monedas se le deslizaba y caía del regazo.

Cuando se disipó un poco la oscuridad —por la blancura al amanecer pensó que el día sería menos gris—, se puso de pie y se dirigió al salón. Las dos hermanas que habían traído las provisiones, la hermana Lucy y una monja joven cuyo nombre no recordaba, seguían allí, sentadas una junto a otra en el sofá, dormidas, con sus negras capas ahuecadas, como gaviotas en un muelle.

La hermana subió despacio, primero una planta y después la segunda, hasta encontrar el piso que había ardido. Con la luz incipiente, era difícil decir lo que se había prendido con la explosión, aunque el olor a humo y lana quemada era muy intenso, y después vio en el suelo un abrigo de hombre, los cojines, calados, de un sofá de respaldo alto y los negros rastros de una gran quemadura a lo largo de la alfombra empapada. En la cocina, estaban los restos chamuscados de un par de cortinas de muselina y un arco de hollín a lo largo de toda la pared del horno. Pasó un dedo por él, tan solo para cerciorarse de que sería fácil de quitar. Lo que sería difícil de eliminar —bien lo sabía— era aquel terrible olor que el aire nocturno había intensificado, seguro. Era el olor a cenizas y turba mojadas, a piedra húmeda y madera hinchada, propios de hogueras, naufragios y tierra removida de cementerios. Se dirigió a la única ventana de la estrecha cocina. El patio de abajo estaba invadido por las sombras y los movimientos de algunos pajaritos grises, pero contemplarlo la desalentó de un modo para el que no estaba preparada. Se sentó en el alféizar y levantó el trapo de cocina que había quedado allí.

Fuera, la mayoría de las ventanas de enfrente estaban aún a oscuras y solo había alguna lucecita aquí y allá: un obrero madrugador, una madre con un niño de pecho, el acompañante de un enfermo junto a su cama. A regañadientes, bajó la vista de nuevo hacia el patio. El sol tendría que estar muy alto en el cielo para iluminar aquella oscura maraña, pero incluso a aquella hora había una variación en las sombras que le llamó la atención. Era sin duda el movimiento de los pájaros, de un gato al acecho o de una zona de agua de lluvia encharcada que reflejaba el incipiente amanecer, pero por un momento pensó que se trataba de un hombre, que gateaba —se encogía, para ser exactos— bajo la oscura maraña de trastos y hojas muertas, y la nueva y tenue luz mostraba apenas el brillo —por el sudor— de su ancha frente y el destello de un diente o de un ojo.

Se estremeció y flexionó sus rígidos dedos. Alisó el trapo en su regazo y después lo dobló con esmero.

No pudo por menos de pensar que aquella falsa visión no era gratuita: Dios estaba mostrándole una imagen del joven, el suicida, atrapado en su ingrato purgatorio, pero rechazó esa idea. Era superstición. Era inmisericorde. Era el propio diablo quien había dirigido sus ojos a aquella maraña, quien la tentaba para que desesperara. Esa era la verdad.

En el comedor, el aparador era tan grande como una barca. Encontró el contrato de alquiler y el certificado de matrimonio antes de poner la mano sobre la delgada carpeta azul en la que alguien había escrito —era una caligrafía masculina— «Escritura de Calvary». Se la metió en el bolsillo.

En el dormitorio, las ventanas estaban abiertas de par en par y las persianas enrolladas y un ceniciento tirador de cuerda se movía despacio por la brisa del amanecer, seguramente. La cama estaba hecha y las mantas alisadas: no había rastro del fuego, si bien había más hollín en la pared más alejada, ni tampoco de donde podría haberse tendido el marido. Comprendió al instante —por la compasión de sus gestos para con la joven tumbada en la cama y con el piso de encima— que había sido el agente bajito quien había acudido, después de que hubieran retirado el cadáver, para alisar la cama: uno de los nuestros.

La hermana levantó las dos almohadas, les quitó las fundas y las agitó bien —unas cuantas plumas cayeron por el aire— y después apiló las almohadas en la ventana abierta. Sacó las sábanas y las mantas y se detuvo un momento para quitarse las gafas y observar de cerca el

zurcidito que notó bajo la mano —puntadas finas, según vio, hechas con esmero— y, a la familiar vista de manchas herrumbrosas en el cutí azul del colchón, dijo a Dios: «Así nos hiciste». Metió las sábanas en una de las fundas de las almohadas, que envolvió en una manta.

Al salir con la ropa blanca en los brazos, golpeó algo con la punta del pie y miró por encima del hombro para ver qué era: un zapato de hombre de basto cuero marrón y bastante desgastado. Había dos al pie de la cama: muy abiertos y abandonados, con los negros cordones sueltos por el suelo. Los empujó con la punta del pie hasta que quedaron bien apartados.

Bajó la pila de ropa de cama por la estrecha escalera. La hermana Lucy estaba aún sumida en el sueño y su respiración era profunda. La hermana St. Saviour dejó caer la ropa en el sofá a su lado y, al ver que no bastaba para despertarla, tocó el zapato negro de la otra hermana con el suyo y notó claramente la repetición del movimiento: del zapato vacío del hombre, arriba, y del de la hermana Lucy, allí, aún ocupado por el mortal pie de su dueña.

—Te ruego que te sientes con la señora —dijo.

En el dormitorio, la monja joven —hermana Jeanne se llamaba— tenía el rosario en la mano y los ojos clavados en la pila de mantas y abrigos bajo los que dormía la joven. La hermana St. Saviour la señaló desde la puerta y la hermana Lucy y ella cambiaron de sitio. En el salón, la hermana St. Saviour dijo a la hermana Jeanne que iba a llevar la ropa de cama al convento para lavarla y volver a traerla, junto con un cubo y una escoba. Las dos iban a fregar punto por punto el piso de encima, enrollar la alfombra mojada, secar los suelos y reparar lo que pudieran para atenuar el regreso de la mujer al lugar en que había ocurrido el accidente, al apagarse el piloto del gas, pues había de regresar, en vista de que no tenía otro sitio al que ir y su niño iba a nacer en verano.

Los ojos de la hermana Jeanne se cubrieron de lágrimas ante aquella noticia. Las lágrimas sentaban bien a su húmeda y candorosa cara juvenil, como si la arcilla no se hubiera secado aún. La joven monja, retiró, obediente, la ropa blanca del sofá. La hermana St. Saviour la acompañó hasta el vestíbulo y después la contempló bajar con tiento la escalera, con el fardo a un lado para poder ver dónde ponía sus piecitos. El cielo era incoloro, como también la acera y la calle. El fresco aire seguía oliendo a humo o tal vez fuese simplemente que el olor a humo no se había disipado de las ventanas de su nariz. Caían algunos copos de nieve. La hermana Jeanne era muy bajita y menuda, aun con su capa negra, pero había firmeza en ella, cierta seguridad tal vez, mientras se apresuraba, con el fardo en los brazos, pues había mucho que hacer. Tenía una edad —comprendió la hermana St. Saviour— en la que las tragedias no eran menos emocionantes que los idilios.

La hermana St. Saviour volvió al piso, se asomó al dormitorio para susurrar que no tardaría en volver y después bajó la escalera, a su vez. La funeraria Sheen estaba a solo ocho manzanas de distancia.

La hermana Jeanne sintió el frío en las manos —llevaba los guantes en los bolsillos y ya era demasiado tarde para sacárselos—, pero sintió también los latidos en los pulsos y en las sienas. Sintió el palpar de su corazón contra el fardo de ropa de cama, como si escapara corriendo con él. La aflicción de la noche anterior había infundido profundidad y verdad al nuevo día, pero para la hermana Jeanne la primera hora de la mañana, la de *Laudes*, siempre era la más sagrada. Era aquella en la que se sentía más próxima a Dios. Lo veía en el aumento de la luz, en el aire nuevo, en la quietud de la calle —las persianas estaban bajadas y las tiendas cerradas—, pero también en

las primeras señales de vida —el agradable sonido de un carro de lechero, el tintinear de cristales y el ruido de pezuñas, los trinos de algunos pájaros cantores, los gritos de gaviotas lejanas, el paso de un tranvía por la avenida, un remolcador en el río—: el despertar de todo y el nuevo comenzar. La noche cerrada le inspiraba un miedo irracional; se sentía culpable de heréticas supersticiones e imaginaciones extrañas, pero saberlo no servía para disipar el terror que podía fabricarse cuando se despertaba para rezar a las tres de la mañana, y las ajetreadas y atestadas horas con luz del sol, entregadas a la asistencia social, apenas le permitían alzar la vista un momento. En la hora de la cena, desde que había llegado al convento, había una calma en la que Dios no era necesario, pues el pan y la sopa siempre eran buenos y la compañía de las otras mujeres, cansadas tras una larga jornada de asistencia a enfermos, era suficiente por sí misma.

Pero en aquella hora, en la que el sol era un oro susurrante en el horizonte o un pérsico pálido o incluso —como entonces— una simple perla gris, era cuando sentía el cálido hálito de Dios en la nuca. En aquella hora era cuando toda la ciudad olía para ella como el interior de una catedral —piedra húmeda, agua fría y cera de velas— y el sonido de sus pasos por la acera y los cinco cruces de calles le recordaban a un sacerdote acercándose al altar con zapatos relucientes o a un novio en su boda —tal vez, de una de las novelas románticas que había leído de niña—, todo amor e ilusión.

La hermana Jeanne maniobró para introducir el fardo por la puerta de hierro forjado de la verja frontal del convento y subió por la escalera hasta la entrada delantera. Las demás monjas estaban saliendo en ese momento de la capilla y su calma, mientras caminaban por el oscuro pasillo al que no llegaba todavía la luz exterior, la hizo sentirse aún más consciente de la vida que corría por sus venas. Era la sensación que había tenido de niña, al entrar desde el soleado exterior a la solemne y sombreada casa y recibir, día tras día, el aviso de que no debía hablar en alto, porque su madre, inválida, estaba dormida. Guardó cola tras las demás hermanas y después se desvió con su fardo, cuando ellas pasaron por delante de la escalera del sótano. Bajó. La hermana Illuminata, la lavandera, la siguió pisándole los talones. El sótano estaba oscuro, sumido en las sombras, aunque la pálida mañana presionaba en las ventanitas. A aquella hora, el sótano olía apenas a jabón y más intensamente a tierra y ladrillos, al frío subsuelo. La hermana Jeanne contó, casi sin aliento, la historia de la muerte, el incendio y el niño que había de nacer y le transmitió la petición que le había hecho la hermana St. Saviour. La hermana Illuminata cogió, sin sonreír, las sábanas, la manta y la colcha de sus brazos. Mandó a la hermana Jeanne de vuelta escalera arriba con un simple gesto de la barbilla.

—Lleva el desayuno a la hermana —dijo— y dile que esta ropa no estará seca hasta mañana, en el mejor de los casos, aunque la cuelgue junto al horno.

Cuando la hermana Jeanne regresó, ya estaba nevando y la acera estaba un poco resbaladiza. Llevaba una escoba y un cubo en el que había un cepillo de fregar y el desayuno: un bote de cristal con té, pan untado con mantequilla y mermelada, todo ello envuelto en un paño de cocina, pero, aun así, se oía un tintinear dentro del cubo metálico, sonido que le aceleraba el paso y hacía que algunas de las personas con las que se cruzaba —sobre todo los hombres, que la saludaban llevándose la mano al sombrero y decían: «Hermana»— le sonrieran: una monjita con un balde y una escoba y andares decididos. Cuando llegó al edificio, la hermana Lucy estaba bajando por la escalera, envolviéndose las caderas en la capa y con las comisuras de la boca bajadas, como si los dos movimientos estuviesen en cierto modo conectados: una necesaria acomodación a lo que,

como vio la hermana Jeanne, era un enfado feroz.

—Le van traer de vuelta el cadáver esta noche —dijo la hermana Lucy y añadió en tono enfático—: Esta noche, para el velatorio, y lo enterrarán mañana a primera hora. —Movié las mandíbulas. Era una mujer masculina, fea, carente de sentido del humor, severa, pero una enfermera excelente. Entre las muchas cosas útiles que ya había enseñado a la hermana Jeanne, figuraba la de fijarse en los lóbulos de las orejas de los moribundos, primera indicación de que había llegado su hora.

—¡Mañana! —repitió la hermana Lucy—. Lo tiene todo dispuesto... en Calvary. —Tiritó un poco, se ciñó mejor la capa y frunció el ceño más marcadamente—. ¿Y por qué se apresura tanto a enterrarlo?

Sus pupilas, que subían y bajaban al enfocar sucesivamente los tejados y los gélidos copos de nieve, estaban ligeramente amarillecidas.

—Solo diré una cosa —declaró la hermana Lucy—: No se puede forzar a Dios.

Miró al frente y volvió a ajustarse la capa. La hermana Jeanne pensó en un cuadro que había visto, tal vez en el Palacio de Justicia o en una estafeta de Correos, en el que aparecía un general de mandíbulas cuadradas en la nieve —¿sería George Washington?— y envuelto en su capa del mismo modo.

—No se puede engañar a Dios —dijo la hermana Lucy.

La hermana Jeanne, con el cubo en una mano y la escoba en la otra y el frío que, por primera vez aquella mañana, azotaba su capa abierta, se volvió, agradecida, hacia una mujer que pasaba por la acera y había dicho: «Buenos días, hermanas». Era una joven muy abrigada, con un mantón azul oscuro sobre su ancho sombrero y otro sobre los hombros. Empujaba un cochecito de niño. En la capota de este se había acumulado una fina línea de nieve y también los nudillos de sus negros guantes estaban cubiertos con una fina capa. Bajo su abrigo de hombre, se veía que estaba embarazada. Las monjas respondieron: «Buenos días», junto con una inclinación, y la hermana Jeanne se acercó a mirar dentro del cochecito. Notó que también la hermana Lucy, a regañadientes, se había inclinado a mirar. El niño que iba en él estaba tan embutido en lana escocesa, que solo se veían unos ojos plácidos, una naricita y la rayita de una boca fruncida y pensativa.

—¡Oh, qué preciosidad! —gritó la hermana Jeanne—. ¡Qué tapadito y a gustito está!

—Le gusta la nieve —respondió su madre. También ella tenía las mejillas rosadas.

—Está mirándola caer, ¿verdad? —dijo la hermana Jeanne.

La hermana Lucy sonrió también. Era tan solo una sonrisa pequeña y prieta, pero intensa, en vista de la carga de irritación que había tenido que superar. Dirigió la sonrisa al niño y después a la madre. Una vez más, los copos de nieve empezaron a acumularse en sus amarillas pestañas y entornó los ojos para protegerlos.

—¿Se porta bien su marido con usted? —preguntó.

La hermana Jeanne cerró los ojos un instante. Se le enrojecieron las mejillas. La joven madre soltó una risita sobresaltada.

—Sí, hermana —dijo—. Sí que se porta bien.

La hermana Lucy alzó su desnuda mano, con un dedo rojo en el aire, y la hermana Jeanne volvió a pensar en el general Washington... o tal vez fuera Napoleón:

—¿Tiene un buen empleo?

—Pues sí —dijo la madre. Se enderezó—. Es portero en el Hotel St. Francis.

La hermana asintió con la cabeza, apenas aplacada.

—¿Vive usted cerca de aquí? —preguntó.

—Sí, hermana —respondió. Lo indicó con la cabeza—. Ahí, en el 314, desde el domingo pasado.

Entonces la hermana Lucy apuntó con el dedo al corazón de la mujer.

—Si alguna vez se porta mal con usted —dijo— venga a verme.

—Sí que se porta bien —repitió de nuevo la joven, y se rio.

—Estamos en el convento de la calle Cuatro. Yo soy la hermana Lucy —señaló con la mano—, esta es la hermana Jeanne. De ser necesario, venga a vernos.

La mujer hizo una pequeña reverencia, pero, aun así, empezó a mover el cochecito.

—Así lo haré —dijo—. Buenos días, hermanas.

La mujer estaba solo a un metro, cuando la hermana Lucy dijo:

—Si fuera bueno con ella, le dejaría recuperar el aliento antes de hacerle otro hijo. —Parpadeó ante los copos de nieve que intentaban cubrirle los ojos—. Podría pensar en la salud de ella y no en su placer.

Para la hermana Lucy, todas las alegrías eran como una placa fina de hielo.

La hermana Jeanne bajó la vista y durante unos minutos observó con detenimiento las puntas de los zapatos, idénticos, de las dos. Pese al frío en la superficie de las mejillas, sentía el calor en aumento.

—Entonces me voy adentro —susurró la hermana Jeanne y se volvió hacia la escalera.

—Voy a intentar pasar la voz —le anunció la hermana Lucy—. Hablaré con el señor Hennessey, quien conoce a todos los conductores, pero, con esta precipitación, apenas hay tiempo para lograr una asistencia decente y, además, solo habrá una noche de velatorio.

La hermana Jeanne asintió con la cabeza sin volverse, mientras subía por la escalera. Había olvidado completamente que Dios estaba en la nieve a su alrededor, en el frío y en el amplio cielo; había olvidado su placer por el trabajo que la esperaba en aquel día. En cambio, pensó en lo a gusto que estaban lejos de la hermana Lucy.

Un policía y un bombero estaban hablando con otro señor en el pasillo junto a la escalera. Todos se volvieron y saludaron con la cabeza a la joven monja, cuando esta cruzó el vestíbulo. La puerta del piso estaba entornada y entró sin llamar. A plena luz del día, aunque débil aún, la habitación parecía más agradable que la noche anterior, aunque solo fuera porque entonces, con las cortinas del gran ventanal abiertas, ofrecía la vista de la nieve para alegrarla. Aún persistía el olor a humo, pero el del amoníaco de la limpieza lo contrarrestaba en parte: el olor de la jornada que transcurría. Cruzó el cuarto de estar, entró en el estrecho pasillo en el que había dos retratos de campesinos severos y encontró a la hermana St. Saviour en la diminuta cocina. La hermana Jeanne apoyó la escoba en la puerta y llevó el cubo hasta la mesa a la que estaba sentada la monja anciana. La cocina había quedado bien lavada, el único resto de la interrumpida cena de la señora era el periódico doblado y dejado junto al plato. La hermana St. Saviour lo tenía entonces ante sí, abierto de par en par.

La hermana Jeanne vertió el té con leche en una taza que había sacado del armarito y lo colocó en la mesa.

—Aún hace un frío que pela aquí dentro, hermana —dijo.

La hermana St. Saviour acercó la taza un poco más hacia sí sin levantarla.

—Acaban de marcharse los hombres encargados de abrir el paso del gas —dijo—. Les he pedido que sacaran algunas cosas dañadas con el incendio. Además, van a lavar las paredes por mí, conque algo hemos avanzado.

La hermana Jeanne cogió un plato del aparador y colocó en él el pan con mantequilla y la mermelada.

—El señor Sheen traerá el cadáver del depósito esta mañana —prosiguió la hermana St. Saviour—. La primera cosa que debe hacer la señora cuando se despierte es elegir la ropa de él. Tú podrías repasarla por mí. Tenemos fijada una misa para las seis de la mañana y después al cementerio. Gracias a Dios, el suelo no está helado. Todo habrá acabado antes de que amanezca el nuevo día.

—¡Qué rápido! —dijo la hermana Jeanne. Vaciló y después añadió—: A la hermana Lucy le extrañan estas prisas.

La hermana St. Saviour se limitó a alzar la vista hasta el borde superior del periódico.

—La hermana Lucy —dijo de pasada— es una bocazas.

Dio la vuelta al periódico para mirar la primera página y ajustó sus bordes. Después se tocó las gafas.

—Mira qué historia —dijo, y señaló la página con la punta de un dedo—. El señor Sheen me la ha mencionado esta mañana. Un hombre de Jersey que estaba jugando al billar en su casa abrió accidentalmente la espita del gas de la habitación con el palo con el que juegan —el taco, se llama — y se asfixió. —Levantó la vista—. Su pobre esposa fue a llamarlo para cenar y se lo encontró sin vida. —Sus oscuros ojos destellaban con las gafas—. Fue anteayer. El señor Sheen me lo ha citado esta mañana. Estaba hablando de lo corrientes que son esas cosas, esos accidentes con el gas.

La hermana St. Saviour movió el dedo página arriba.

—Y ahora aquí tenemos, en la misma página, la historia de un suicidio —continuó— en la isla de Wards. Un hombre afectado de locura, al que estaban tratando en el hospital. Al parecer, estaba mejorando mucho, pero entonces se tiró al agua y desapareció: en Hell Gate. Dice que el agua se lo tragó en Hell Gate. —Chasqueó la lengua—. Como si el demonio necesitara adornar su labor. —Volvió a mover el brazo. Parecía que estaba bendiciendo la página—. Y aquí tenemos otra historia de un agente de Wall Street que se volvió loco, el mismo día. Se puso a dar gritos y arrojar botellas a la calle. Se lo llevaron al hospital. —Se inclinó hacia delante, mientras leía con el dedo sobre la página—. Allí pidió que lo recibieran J. P. Morgan y el coronel Roosevelt.

La hermana Jeanne se inclinó también hacia delante.

—¿De verdad? —preguntó.

La hermana St. Saviour se rio.

—Ya lo creo que sí. —Su sonrisa era tan suave como la seda—. Al demonio le encantan estos días cortos y tétricos.

La hermana Jeanne se enderezó. A veces temía que a la hermana St. Saviour se le fuera un poco la olla. ¿Acaso no había preguntado a la hermana Jeanne, en el primer día que esta pasó en el convento, si podía ir a orinar por ella?

—El señor Sheen me ha contado —prosiguió la hermana St. Saviour— que, si alguien lo pusiera en duda en la Iglesia o en el cementerio, podría enseñarle el artículo sobre el jugador de

billar, para mostrar lo corriente que es esa clase de accidentes y con qué facilidad se podría malinterpretarlos. Al fin y al cabo, ese hombre de Nueva Jersey había llegado temprano a su casa y cerrado la puerta. Si hubiera sido un hombre pobre, si no hubiese tenido una mesa de billar, habrían podido preparar una crónica diferente. Los ricos pueden conseguir que salga en los periódicos lo que quiera que les interese.

Cuando la señora Gertler regresó para recuperar su piso, Annie ya estaba levantada, vestida y sentada en una silla junto a la ventana con uno de los pañuelos de la hermana Jeanne apretado con las dos manos.

Las dos monjas subieron la escalera con ella, la hermana Jeanne delante y la hermana St. Saviour justo detrás, porque sus hinchados tobillos le dolían al subir cada peldaño. En la puerta del piso, fue la hermana St. Saviour la que se quedó atrás para que la joven pudiera entrar con la monja joven a su lado.

A las cuatro, el negro coche fúnebre se detuvo ante la acera. Las tres mujeres estaban mirando por la ventana del dormitorio. El señor Sheen, muy elegante con su largo abrigo, fue el primero en apearse del coche y el primero en aparecer arriba. Era un hombre alto, de nariz afilada, altos pómulos de jefe indio y ojos grandes y con párpados medio cerrados, que no podían haber sido más adecuados para su profesión. Se quitó el sombrero y tomó las dos manos de la viuda en las suyas y, tras echar un rápido vistazo en torno al escaso mobiliario de la habitación, indicó que tal vez prefiriesen la señora y las dos monjas esperar en el dormitorio, mientras él hacía sus preparativos. Annie y la hermana Jeanne se sentaron al pie de la cama, mientras que la hermana St. Saviour se quedó junto a la puerta. Oyeron al señor Sheen dar órdenes y luego el inconfundible ruido del ataúd que subían por la escalera, una respiración algo fatigosa y el roce del féretro de madera con el marco de la puerta, y después el señor Sheen llamó a la puerta del dormitorio para decir que todo estaba listo.

La cara del marido estaba pálida como la cera, pero, aun así, era una cara muy apuesta: juvenil y solemne por encima del blanco cuello almidonado y también con cierta tozudez juvenil, la expresión de un niño —pensó la hermana St. Saviour— al encontrarse una cuchara con aceite de ricino frente a la boca.

Mientras Annie y la hermana Jeanne se arrodillaban, la hermana St. Saviour se santiguó y pensó en el pecado de su engaño, al introducir de matute un suicida en terreno sagrado: un hombre que había rechazado su vida y el amor de su desconsolada esposa, cuando iban a tener un niño en verano. Dijo a Dios, que conocía sus pensamientos: «Térmelo en cuenta, si lo deseas». Podía apuntar aquel día en el libro mayor en el que estaban enumerados todos sus pecados: el odio que sentía a ciertos políticos, el dinero que hurtaba de su propia cesta para repartirlo como le placía: a una muchacha con una gonorrea atroz, a la magullada esposa de un borracho, a la madre del niño del tamaño de un dedo pulgar que había envuelto en un pañuelo limpio, había bautizado y después había enterrado en el jardín del convento; todos los momentos de numerosos días en los que le faltaba compasión, le faltaba paciencia, cuando su amor por el pueblo de Dios no podía superar la juvenil diligencia con que despreciaba su estupidez, sus pecados nimios.

Quería que lo enterraran en Calvary para dar consuelo a su pobre esposa y para que la joven disfrutara de lo que había pagado, cierto era, pero también para demostrarse que era algo más que una limosnera, para poner a prueba las conexiones que había forjado en aquel barrio, a lo largo de toda una vida. Quería que lo enterraran en Calvary porque el poder de la Iglesia quería mantenerlo

fuera y ella, que había pasado su vida sirviendo a la Iglesia, quería que estuviese dentro.

«Térmelo en cuenta como contrapartida del bien que he hecho», rezó. «Ya lo arreglaremos, cuando te vea.»

Solo acudieron unos pocos vecinos, sin dar ninguno de ellos demasiadas muestras de compasión, en vista de que, aunque nada dijeran al respecto, aquel hijo de perra podría habérselos llevado a todos por delante. Un trío de motoristas con caras encendidas pasó por allí, pero se quedaron solo unos minutos, en vista de que no les ofrecieron bebida alguna. Más tarde, las dos monjas acompañaron al señor Sheen abajo para que la joven estuviese un rato a solas con su marido. En el borde de la acera, él metió la mano en la cabina del coche y sacó el periódico de aquel día. Buscó una página y señaló un artículo breve. La hermana St. Saviour se inclinó para leer, con la hermana Jeanne pegada a su codo. En la menguante luz del frío anochecer, en la penumbra de una lluvia brumosa y una niebla en aumento, las dos solo pudieron distinguir el titular: UN SUICIDA PUSO EN PELIGRO A OTRAS PERSONAS. Seguía una crónica completa sobre el incendio y la muerte autoinfligida de aquel hombre.

—Nada se puede hacer, hermana —susurró el señor Sheen—. Ahora que ha salido en el periódico, no hay cementerio católico que vaya a admitirlo. Si intento llevarlo a la iglesia, entregarán mi cabeza en una bandeja.

A ojos de la hermana Jeanne, el negro papel de periódico, y sobre todo el titular en negrita que parecía aumentar y emborronarse bajo el impacto de cada una de las gotas de lluvia, no tardó en transformar el mundo mismo en algo hecho de papel y marcado con lágrimas.

Pero la hermana St. Saviour apartó la mano del encargado de la funeraria. Pensó en el joven grosero con un diente de leche y un gran sombrero flexible. Sus gafas destellaron bajo el farol que acababa de encenderse.

—*The New York Times* —dijo—, menudos bocazas.

Las dos monjas volvieron a subir las escaleras. La hermana St. Saviour no dejó de notar la paciencia con la que la pequeña hermana Jeanne se detenía junto a ella en cada peldaño, con una mano levantada para ofrecerle ayuda. Dentro, persuadieron a la sollozante joven arrodillada para que se levantara y se fuera a la cama. La hermana Jeanne fue la que tomó la iniciativa entonces: sus estrechos hombros no daban señales de cansancio, no había el menor indicio de que sintiera el tedio de mostrar demasiada compasión por una extraña. Una vez asentada Annie, la hermana Jeanne dijo a la hermana St. Saviour que volviese a descansar al convento. Le susurró que ella estaría en vela toda la larga noche y tendría preparada a la señora a primera hora de la mañana.

—¿Preparada para qué? —preguntó la hermana St. Saviour, para intentar calibrar hasta qué punto entendía la joven monja y sospechando que no era demasiado—. No va a haber misa.

El dolor y el cansancio que le llegaba a los huesos hacían más aguda su voz sin que lo notara.

La joven hermana Jeanne levantó la vista para mirar a la monja, con sus hermosos ojos humedecidos una vez más.

—La tendré preparada para lo que quiera que se deba hacer.

La hermana St. Saviour dejó a las otras dos susurrando en el dormitorio. Volvió a detenerse ante el ataúd para contemplar la serena cara del joven. Se dirigió a la ventana de la cocina y miró aquel purgatorio de los patios. A aquella hora nada se veía. El único movimiento, la única vida, eran los de la ventana encendida de encima: un hombre sentado a una mesa, un niño con una lamparita de noche, una joven que se paseaba de acá para allá con un niño de pecho.

Naturalmente, la hermana Jeanne sería la que estaría allí, cuando, llegado el verano, naciese el niño.

Era la que había sido enviada para él.

La monja anciana sintió que una envidia de limosnera le subía hasta la garganta. Envidiaba —poca duda cabía— a la hermana Jeanne —un nuevo pecado que apuntar en su sección del libro mayor—, envidiaba su fe, su determinación y la facilidad con que lloraba. Pero también el incipiente amanecer, *Laudes*, para el que aún faltaban muchas horas. Envidiaba la luz del día, envidiaba a toda mujer que la recibiera trajinando y trajinando, con un pie delante del otro, sin que un dolor cargara sus pasos, con todo lo que estaba por hacer.

Pese a confiar en el Cielo —Dios conocía sus fallos—, la hermana St. Saviour tenía, incluso entonces, envidia de la vida.

Se apartó del frío cristal y también del Dios que la había conducido hasta allí para que Jeanne la substituyera. Así daría la espalda una vieja esposa resentida a un marido infiel.

En agosto nació una niña, justo tres meses después de que la anciana monja muriera. La llamaban Sally, pero la bautizaron St. Saviour en honor de la bondad demostrada por la hermana en aquella fría, húmeda y gris tarde en que se apagó el piloto del gas, en que nuestro joven abuelo, conductor de la BRT, cuya tumba nunca hemos encontrado, mandó a su esposa a hacer compras, mientras él se echaba una siestecita.

Y después

Nuestro padre iba erguido en el alto cochecito de niño, como un muchacho en una barquita. Era el primer recuerdo que tenía. Desplazado como se había visto de la sombra bajo la capota del cochecito, ocupado entonces por otro bien abrigado niño de pecho, extendía los brazos y se aferraba a los lados del coche: un muchacho en una barca de remos agitada por una tormenta. Su madre, la que empujaba, iba detrás de él. Se abría paso por entre las aceras rotas, los bordillos y los cruces de calles con una tenaz determinación que hacía estremecerse y temblar aquel artefacto —ruedas altas y muelles y la propia carrocería, negra y dura, del vehículo— al empinarse por los bordillos, traquetear por los adoquines, torcer hacia la izquierda o la derecha para eludir a los peatones lentos, los excrementos de perros, los restos derramados de los mercados de frutas, de las tiendas, de los cubos de la basura. El niño resistía muy derecho todas las ondulaciones, todos los giros bruscos, con el espinazo recto, los brazos extendidos y las manos aferradas a las bordas de la base del cochecito. Miraba hacia delante. A la izquierda, había árboles y coches, cubos de basura y faroles; a la derecha, edificios, de piedra gris y ladrillo, con porches, niños y verjas acabadas en puntas de lanzas, pero mantenía los ojos fijos en el horizonte que comenzaba justo por encima de la capota negra, centrado en el mundo que tenía por delante, como un capitán de mar pilotando una tormenta helada. Estaba petrificado.

Por detrás iba su madre, que había salido a dar un paseo. Aunque esta palabra se ajustaba poco a sus perpetuas prisas, a la determinación con la que se abría paso. A su lado, su hermano trotaba, cogido a su falda. Ella apoyaba su peso sobre el manillar, con lo que la parte delantera se alzaba en el aire —y él se veía echado hacia atrás y el horizonte solo constaba de árboles— y después, cuando subían otro bordillo, elevaba las ruedas traseras, con lo que lo echaba hacia delante: un atisbo de la gris acera dirigida contra su cráneo. Luego la sombra los cubrió a todos, como si hubiese un descenso de las nubes, y ella aminoró la marcha. Otro coche de niño, el mudo y negro galeón fantasma que, como intuía, había estado siguiéndolos todo el rato, se colocó, suave y misterioso, a su altura. Oyó la voz de su madre y la de otra mujer que le respondía, mientras entraban en la tranquila corriente del parque. La propia conversación, un intercambio continuo, se entreveraba con risas: otra corriente plácida. No por ello se aquietaba él. Se mantenía recto y con los dedos cerrados en los bordes del cochecito. Miraba hacia delante, notando solo periféricamente a los demás paseantes, los árboles y sus sombras, que se sucedían, y las de los cochecitos y las de las dos mujeres que los empujaban. Seguía vigilante.

Se oía el dúo de las voces de las mujeres, algún canto de pájaro, el tenue graznido de un cuervo o el maullido de un gato. De vez en cuando, pese a ir por senderos sin bordillos, el coche se estremecía de pronto por debajo de él: un temblor, una pausa, otro temblor. Él se aferraba con

más fuerza, tensaba los brazos. Veía una vereda alquitranada y moteada de sol y en su lejano extremo una acera muy transitada y después se aminoraba el ritmo de las ruedas. Los sonidos de gatos o cuervos no quedaban distantes, pero se elevaban desde por debajo de las negras capotas de los dos cochecitos. Las mujeres, su madre y su amiga recortada al trasluz, se detuvieron. Su madre pasó por delante de él, con su hermano mayor aún pegado a su falda; se inclinó para pasar las manos por debajo de la capota y alzó un niño en pañales no mayor que una barra de pan. La otra mujer hizo lo mismo. Hacía poco que su madre había dado a luz a mellizos. Y después, mientras mecía aquel nuevo pedacito de niño en el hombro y su amiga hacía lo propio, él volvió la cara tan solo unos centímetros más y se encontró, como en el reflejo de un espejo, con la de una niña, sentada exactamente como estaba él, con sus manitas agarradas, por decirlo así, a los lados del cochecito negro, con tenacidad, alerta —vio— como él y, como él, erguida y aterrada.

Iba vestida con lana blanca: gorro, abrigo y polainas; se trataba de un fallo de la memoria, porque había de ser en pleno verano. La miró fijamente y ella le devolvió la misma mirada con ojos muy abiertos. Él pensó: esa es la niña con la que me casaré.

Fueron las monjas —o, en cualquier caso, la hermana Lucy, la obstinada— quienes tuvieron la idea de que pasearan juntas.

Se había agenciado un precioso cochecito de niño que había sido de un matrimonio acomodado de President Street, una pareja de edad cuyo primer y único hijo no había sobrevivido a la infancia. Después se dirigió, junto con la hermana Jeanne, al 314, para decir a la mujer del portero que en la misma calle había una viuda que acababa de tener un niño.

—Póngase el sombrero y vaya a visitarla.

Aún en el umbral, la hermana Lucy echó un vistazo apreciativo en torno a la señora Tierney, al atestado piso situado tras ella, después a las cuarteadas mejillas del niño recostado en su cadera y luego a la mujer misma, vestida con un delantal de percal, con una mancha húmeda —de leche materna tal vez— en el pecho. En otra habitación había un niño que berreaba.

—Arréglese —añadió la hermana Lucy—, y que sea una visita agradable.

La señora Tierney sonrió. Preguntó por el nombre de la señora y su dirección. Dijo que no tardaría, desde luego, en visitarla.

—¿Y por qué no ahora? —dijo la hermana Lucy—. Nosotras nos quedaremos con los niños, mientras tanto.

La hermana Jeanne, al lado de la monja, se ruborizó a modo de disculpa, se encogió de hombros, y después tendió las manos para coger al niño que la señora Tierney tenía en sus brazos. La señora Tierney notó que el cuerpecito, su peso, se ladeaba, como atraído por un imán.

Y después se rio e invitó a las hermanas a entrar.

Al ir al parque y volver —con tiempo cálido o frío, nieve o humedad bochornosa, pues solo una lluvia intensa las disuadía jamás de salir—, las dos jóvenes madres franqueaban las transitadas calles como emperatrices impacientes. Juntas, devolvían a los niños y las mellizas de Elizabeth Tierney a su piso y después subían juntas los dos aparatosos cochecitos por las empinadas escaleras de piedra. Otras madres estacionaban los coches de sus niños en callejones y patios, junto a cubos de basura y bajo escaleras; aquellas dos, no.

Comparada con las exiguas habitaciones de Annie, la casa de la señora Tierney era un carnaval de cunas y carriolas, ropa, cestos de ropa por lavar y platos sucios. Todas las mañanas, la mesa del comedor estaba llena de vasos pegajosos, platillos apilados y ceniceros atestados de

colillas de cigarrillos y de puros, porque Michael, su marido, gustaba de reunirse con amigos por la noche. «Sus amigotes», los llamaba la señora Tierney: compañeros de trabajo, la mayoría, porteros, botones y camareros, procedentes —decía— de «todos los rincones de la Tierra». «Cuanto más, mejor», decía. Pese al desorden de vasos y platos, el prolongado olor a humo de tabaco, que competía con los de colada húmeda y pañales sucios, lo decía con el mismo gusto divertido y ojos en blanco que le inspiraba todo lo relacionado con su marido, quien, por su parte, no era un emigrante, sino un hijo, que se expresaba muy bien, de un maestro de escuela de cerca de Poughkeepsie, cuya familia lo había repudiado —de-cía— por «venir a menos» para casarse con ella.

Una vez protegidos los dos grandes cochecitos negros en el estrecho pasillo del piso de Elizabeth Tierney e instalados de nuevo en ellos sus nenes, Annie y su hija abandonaban el revuelto hogar todas las mañanas para trasladarse a la paz y el orden del convento de las Hermanitas Enfermeras, donde le habían dado trabajo en la lavandería del sótano.

La hermana St. Saviour lo había arreglado. Antes de su enfermedad final, la anciana monja había introducido una nota debajo de los pies de la Virgen —por mediación de su estatua en el jardín delantero del convento— en la que le pedía que se buscaran fondos suficientes para pagar el salario de la joven. «Como sea, Madre.» Las mujeres de las Damas Auxiliares del convento encontraron la nota —repasaban la estatua todos los días— y presentaron la petición a sus miembros. Las Damas Auxiliares del convento de las Hermanitas Enfermeras de los Pobres de la Congregación de María Delante de la Cruz eran más que nada ociosas mujeres católicas casadas con hombres triunfadores. Como comprendía perfectamente la hermana St. Saviour, sentían una particular afinidad, «Virgencita, virgencita, que me quede como estoy», con jóvenes viudas pobres.

Con los fondos aportados por las Damas Auxiliares, las monjas pagaban a Annie dieciocho dólares a la semana y proporcionaban a ella y a su hija, después de su destete, un desayuno y un almuerzo. Era una situación —como convenían todos— excelente para una viuda con una hijita pequeña. Cubrían una cesta de mimbre con toallas y una funda de almohada y la nena dormía a los pies de su madre, mientras esta lavaba, cosía y ayudaba a planchar a la hermana Illuminata.

Al crecer la niña, las monjas añadieron una cuna donada y después una alfombrita persa, también donada, para cubrir un poco el húmedo suelo del sótano. Había trozos de tela y carretes vacíos para que la niña jugara con ellos y los patos y perros que la hermana Illuminata labraba con jabones Ivory, un fastidio para Annie, pues había de vigilar para que la niña no se los metiera en la boca o en los ojos, pero que no podía denegar, en vista de que la hermana Illuminata estaba orgullosa de sus tallas y del placer que sentía la niña siempre que la monja sacaba una nueva figura de su hábito.

El trabajo en sí era inacabable. Todos los días, llegaba ropa donada al convento, ropa para los pobres, que se debía clasificar, lavar y remendar, sin olvidar la ropa de cama manchada de los enfermos: sábanas, mantas y fundas de almohadas, pañales, toallas, pañuelos, procedentes de todos los hogares asistidos por las hermanas. En un momento libre, había vendas por hacer, trozos de sábanas por esterilizar, enrollar y colocar cuidadosamente en los maletines que cada una de las hermanas llevaba a sus misiones de asistencia social.

Además, todas las semanas había que lavar y planchar la ropa blanca del convento, los hábitos de las hermanas, las negras túnicas de sarga y las capas cortas: la aplicación de almidón espeso y

plancha caliente a sus petos y tocas. Los diversos problemas con los que topaban las hermanas en su labor diaria quedaban ilustrados por las manchas en un delantal o una manga: el olor a vómito en la lana, una salpicadura de sangre en un peto blanco. Los problemas que los mortales cuerpos de las hermanas producían espontáneamente resultaban evidentes en los inacabables paños menstruales y la ropa interior larga con manchas amarillas en las axilas o la entrepierna. Cuando Annie llegaba por la mañana, su primera tarea era la de vaciar el cubo de las telas puestas en remojo la noche anterior, con el agua de color rosado de la sangre, y después debía subir a la cocina del convento a fin de hervir agua para el primer lavado y tomar, mientras esperaba, una taza de té y un bollo y pasar un rato agradable con la señora Odette, la cocinera del convento, otra viuda del barrio, o, si llegaba lo bastante temprano, compartir unas risas con el señor Costello, el lechero.

En el sótano, la luz que colgaba muy baja era mortecina y las oscuras paredes de ladrillo estaban húmedas al tacto. Durante todo el día se oía la agitación del agua de lavar, del torturante chirrido de la manivela del escurridor, los silbidos y los golpes sordos de la plancha negra de la hermana Illuminata. En invierno se oían también las sacudidas y los gemidos del abrasador horno. En verano, por las altas ventanas abiertas, llegaban los cantos de las chicas que saltaban a la cuerda, del organillo, los gritos de chicos que jugaban a la pelota en la calle.

En todas las estaciones, la cambiante luz del día se abría paso hasta todos los rincones del sótano. A veces era de un gris desalentador por la mañana, pero a las tres, cuando sonaba la campana de la capilla, había un despliegue de amarillo y oro. A veces, solo las primeras horas iluminaban el lugar y, cuando llegaba el atardecer, una oscuridad apagada ensombrecía las luces eléctricas.

En diversos momentos, se notaba el olor a lana mojada, lejía, vinagre, trementina, jabón de pino y almidón.

En los días húmedos, colgaban los vestidos y la ropa blanca en líneas tendidas entre las vigas de hierro del sótano. Cuando hacía bueno, sacaban la ropa lavada al patio del convento.

Todos los días había que restablecer sin falta el orden: ropa blanca limpia y doblada, sin manchas y con los sietes zurcidos.

La hermana Illuminata era una maga con una plancha caliente y almidón, con el cepillo de fregar y la lejía. En cuatro estantes oscuros situados en un rincón del sótano, guardaba valiosos y vitales ingredientes de laboratorio: no solo bórax, Ivory y productos añilantes que se compraban en tiendas, sino también las pócimas que ella fabricaba: agua de salvado, para atiesar las cortinas y los griñones; agua de alumbre, para que las cortinas de muselina y la ropa de dormir resistieran el fuego; café cocido, para oscurecer las medias y las túnicas negras de las hermanas; agua de Fels-Naphta, para el lavado general; agua de Javel (sosa de lavar, cloruro de cal, agua hirviendo), para restablecer la flexibilidad de los tejidos. Tenía conocimientos enciclopédicos sobre eliminación de manchas. Para el té: bórax y agua fría; para la tinta: leche, sal y jugo de limón; para el yodo: cloroformo; para el hierro oxidado: ácido clorhídrico; para el moco: amoníaco y jabón; para el moco teñido de sangre (ante el que siempre hacía la señal de la cruz): sal y agua fría.

Conforme a los inflexibles usos de la hermana Illuminata, se sometía cada artículo a dos lavados: con la superficie interior por fuera y luego con la superficie exterior por fuera, después un paso por el escurridor, luego otro enjabonado, un hervido, otro aclarado, otro escurrido. Si se iban a añilar las prendas de vestir, había que aclararlas en agua fría para evitar las manchas de

herrumbre. Se volvían a escurrir, después se almidonaban y luego se tendían a secar. La hermana Illuminata no permitía que se dejara al aire libre la cuerda de tender la ropa; la ataba todas las mañanas y volvía a desmontarla al final de todos los días soleados. Lavaba las propias pinzas de tender la ropa una vez al mes. Con solemnidad sagrada, la hermana Illuminata mostraba a Annie la forma idónea de sacudir una prenda de vestir y de tenderla (las combinaciones y las camisas, del dobladillo; las fundas de almohadas, con el interior por fuera, de la costura y a favor del viento, nunca en contra). Le mostraba la forma precisa de rociar y estirar lo que acababa de secarse y cómo azotar el tejido estirado para distribuir la humedad. El planchado era la especialidad de la hermana Illuminata. Tenía cuatro planchas diferentes de diversos tamaños, que a veces lavaba con agua y jabón, después frotaba con piedra arenisca y enceraba amorosamente con cera de abejas.

La hermana Illuminata era intransigente en sus exigencias e inflexible con sus usos; durante las primeras semanas de Annie como empleada de las monjas, consideró todos sus lavados hechos «muy por encima» simplemente. La hermana Illuminata nunca había solicitado una ayudante.

Era una mujer sólida, sin atractivo y de trasero grande. La pálida piel de sus mejillas, su frente y su barbilla era fina como el crespón que colgaba por sobre el borde de su blanca cofia. Sus manos estaban siempre de un rojo crudo e intenso y su dedo índice derecho tenía la marca ovalada de una cicatriz producida al probar el calor de la plancha. Exceptuado el tiempo que pasaba en la capilla, la hermana Illuminata siempre estaba en movimiento, con las mangas remangadas y el velo recogido: inclinada sobre una palangana, metiendo ropa mojada en el escurridor de manivela o planchando y planchando —esta era la tarea en la que tenía más experiencia— y empleando para ello todo el cuerpo: codos, espalda y caderas.

La hermana Illuminata salpicaba la tela con los dedos mojados como para rociar a un pecador. Golpeaba la mesa de madera con la plancha negra, golpeaba y levantaba, golpeaba y agitaba —mientras se elevaba el vapor—, como si cada prenda que planchaba entrañara una hazaña de determinación y fuerza, una lucha a muerte. Se le ahuecaban los codos con las mangas anchas, se le hinchaban las ventanas de su aguileña nariz. Llamaba con tono severo a Annie y le decía: «Ven aquí y aprende esto. Es un truco que usaba mi madre...». Movía la punta de la plancha —«Mira: así»— a lo largo de una costura perfecta. «Mi madre», decía, «era una maravilla».

Su madre —decía— había sido lavandera en Dublín, empleo que las Hermanas de la Misericordia habían encontrado para ella, cuando llegó, de joven, a la ciudad por primera vez. Murió de cáncer cuando la hermana Illuminata tan solo tenía veinte años. En sus últimos meses de sufrimiento, las hermanas enfermeras de la parroquia fueron las que la atendieron y le dieron consuelo. La hermana Illuminata entró en su noviciado un año después y emigró a Estados Unidos cuando tenía treinta años, pero un ataque de tuberculosis puso fin a sus tareas sanitarias. Pasó ocho meses en un sanatorio del norte del Estado y, cuando regresó, pasó a ejercer su vocación «allí abajo».

Allí abajo, en el sótano del convento, entre la humedad y las nubes de vapor, la niña dormida en su cuna, las sábanas o la ropa interior larga tendidas en la cuerda, la hermana Illuminata llamaba a Annie y le decía: «Ven a aprender esto. Mi madre era una maravilla con esto...» o «Mi madre tenía un truco». Decía a Annie: «Así volvía mi madre un cuello, remendaba un puño, almidonaba ropa blanca, aprestaba, estiraba, blanqueaba... mi madre lo hacía así... mi madre me enseñó esto».

Esas palabras daban paso a las historias, con el transcurrir de las semanas y los meses: «... y

entonces mi madre abandonó el campo y se dirigió a la ciudad, donde las Hermanas de la Misericordia la acogieron bajo su tutela... y a mi madre fue a la que llamaron después, pues los propios bombachos de Su Señoría eran los que necesitaban arreglo...

»Y después mi madre se encontró viuda y con una hijita, como tú... y me trajo con ella a la lavandería, exactamente como tú.»

Allí abajo, como sabía Annie, las palabras eran como un objeto de contrabando. En aquella época, ninguna de las hermanas hablaba de su vida anterior al convento, en lo que llamaban despectivamente «el mundo». Aceptar los votos era dejar atrás todo lo demás: niñez, familia y amigos, todo el amor meramente personal, toda la vida que requería mirar atrás. Las tocas blancas con anteojeras que llevaban hacían algo más que limitar su visión periférica. Recordaban a las hermanas que debían ocuparse solo de la tarea que tuvieran entre manos.

Annie se imaginaba el silencio en el que debieron de transcurrir todos los años en que había trabajado sola allí abajo, en el sótano del convento, sin ayudante alguna, y, al imaginarlo —y recordar también su soledad todas las noches, con su silencio y su cansancio—, se tragaba su ira por las vociferantes exigencias de la monja. También se tragaba los insultos de aquella mujer —«un lavado muy por encima»— y sus implacables usos. Annie apartaba la cara siempre que la hermana Illuminata estaba enfadada, cuando incluso una santa declarada se habría visto obligada a susurrar: «Maldito bicho».

Y mentía, al decir con toda inocencia: «No, no la he oído», cuando la hermana Illuminata empezaba a contar de nuevo la historia de cómo había arreglado su madre los bombachos de un magistrado, cómo se había encontrado un caballo de tiro en el patio de tender la ropa o había salvado la vida al hijo de otra lavandera que se había tragado un puñado de alumbre: se remontaba a cuarenta o cincuenta años atrás, aunque el recuerdo estaba tan fresco en el relato de la hermana Illuminata, o su repetición, como si todo ello hubiera ocurrido aquella misma mañana, justo allí arriba, en el mundo que quedaba por encima de sus cabezas.

Una tarde de comienzos del verano, cuando Sally no tenía aún dos años, Annie y la monja estaban sentadas juntas y en silencio y la niña en un pedazo de alfombra entre ellas. Estaban clasificando una colección de ropa donada, examinándola, separando lo que se podía lavar, remendar y llevar a los pobres de lo que se debía destinar para trapos o, si advertían polillas o piojos, para el in-cinerador. Como las monjas permitían a Annie elegir primero —¿acaso no era pobre, al fin y al cabo?—, la mayor parte de la ropa de su hija y no pocas blusas y faldas para ella misma procedían de aquellas bolsas de donaciones.

A eso habían de deberse el blanco abrigo de lana, las polainas y la capota de los que nuestro padre tenía un recuerdo tan vivo: un conjunto de invierno irresistible y perfecto que guardar con miras al tiempo frío.

De repente, Sally lanzó un chillido y empezó a gemir, al tiempo que se llevaba un puño al ojo. Annie tiró el mantón apolillado que había estado examinando a la luz y se arrodilló junto a la niña. La hermana Illuminata se inclinó hacia delante. La niña tenía la cara colorada y gritaba.

—Tiene algo en el ojo —dijo la hermana y Annie intentó apartar el puño de la niña. Sally se resistió. Tenía algo aferrado en la mano cerrada—. Déjame verlo, cielo —dijo en tono cariñoso, pero la niña no cedía. Apartó el brazo de su madre, con expresión desesperada, al tiempo que apretaba el puño cerrado contra su cara. Era un trozo de jabón blanco. Annie vio en la alfombra, junto a la niña, el más pequeño de los patos tallados por la hermana, decapitado. La niña apretaba

la cabecita cortada contra su ojo.

—Dámelo, cielo —dijo Annie—. Te estás haciendo daño.

Con cierto esfuerzo, apartó el puño del ojo de la niña, pero no pudo convencerla para que abriera la mano. Entretanto, la hermana Illuminata fue a buscar un paño mojado y se lo dio a Annie. La niña seguía llorando en el regazo de su madre, pero sin por ello soltar el trozo de jabón que le había escocido. Annie pasó el paño mojado por el ojo irritado con el jabón. La hermana Illuminata intentó coger con suavidad el jabón del puño de la niña y una vez más esta se lo apartó. No daba su brazo a torcer.

—Oh, ¡qué terca es! —susurró Annie—. No va a ceder. —Y después añadió—: En eso ha salido a Jim.

La hermana Illuminata se inclinó sobre ellas dos, tan ancha con su hábito y su delantal ligeramente húmedo. Acarició con una áspera mano roja el fino pelo de la niña.

—Pues entonces —dijo la monja en tono firme— a Jim se deberá. Nunca se dejará vencer fácilmente.

Más tarde, el mismo día, cuando se sintió abajo el olor de la cena de las hermanas, Annie se oyó a sí misma decir: «Jim nunca quería comer nabos». Más adelante, cuando una ola de calor azotó la ciudad: «Jim nunca fue bebedor, gracias a Dios, pero en un día como hoy se habría tomado una cerveza». Cuando Sally, al crecer, guardaba silencio con personas desconocidas, decía: «También Jim era tímido. El día en que nos conocimos, yo temía que no fuera a decir ni una palabra».

En la lavandería del frío y húmedo sótano del convento, Annie decía: «Jim tenía buena voz, pero prefería una canción tonta a una balada, cosa que me ponía enferma». Decía: «Jim tenía un amigo que llevaba zapatos como estos». Decía: «Jim no podía soportar un cuello apretado». Decía: «Jim era... Jim prefería... Jim me dijo en cierta ocasión...».

La señora Tierney no cesaba de contar historias sobre su exasperante marido, pero en sus paseos matutinos el decoro y la superstición mantenían mudas a las dos sobre la pérdida de Annie. Las personas que lo habían conocido con vida, vecinos y amigos, bajaban la vista siempre que ella pasaba a su lado en el pasillo o en la calle. La hermana St. Saviour había fallecido y la hermana Jeanne, que lo sabía todo, lo guardaba en su corazón.

También su nombre era entonces como un objeto de contrabando. «Jim era... Jim prefería... Jim me dijo en cierta ocasión...», pero allí abajo, en la lavandería del convento, hablaba de eso como si tal cosa, como podría haberlo hecho si él se hubiera movido aún por el mundo de arriba, como si ella fuese aún una mujer con un marido exasperante y no una viuda sola con una niña, y la hermana Illuminata escuchaba, con comprensión, como podría haberlo hecho cualquier amiga soltera a una señora casada.

Sally tenía seis años, cuando, mientras revolvía entre una colección de muñecas de papel que había llegado en la cesta de las donaciones, preguntó: «¿Quién es Jim?».

Tenía nueve años, cuando se le ocurrió preguntar dónde estaba enterrado su padre. Su madre se limitó a llevarse la mano al corazón y decir: «Aquí».

Tenía casi once años, cuando llegó de la escuela con la deliciosa historia sobre la visita de un compañero de clase a la tumba de un padre: un viaje en tranvía, una estupenda merienda en la hierba verde. Su madre echó atrás la cabeza y dijo, riendo: «Que venga él hasta nosotras».

El sonido de la risa de su madre siempre sobresaltaba y encantaba a la niña. Sonreía y

acariciaba la ancha mejilla de su madre. Interpretaba la broma como una promesa.

La novena hora

En el horario de la vida del convento, las oraciones de la tarde se decían a las tres. Entonces todas las hermanas que no estaban dedicadas a la asistencia social o a la petición de limosnas volvían al convento.

Mucho más adelante, cuando la artritis de sus rodillas pudo más que ella y pasaba los días en una silla detrás de la tabla de planchar, la hermana Illuminata se limitaba a alzar la vista al techo, santiguarse y rezar en silencio, pero, en los años de la infancia de Sally, dejaba lo que estaba haciendo al oír la campana, se secaba las manos, se bajaba las mangas y subía con paso cansino por la escalera de madera. Mientras acababa de doblar o remendar, Annie escuchaba el sonido de las oraciones de las monjas, los salmos, el himno, después el regreso de la hermana Illuminata, jadeando y con el castañeteo de las cuentas del rosario. Y después, cuando la hermana Illuminata retomaba el trabajo, Annie volvía a escuchar, esperanzada, otros pasos, más ligeros, por la escalera. En los días más afortunados, veía, al levantar la vista, a la hermana Jeanne inclinada sobre la barandilla y riendo como una niña al encontrarlas allí.

—¡Llegó el descanso! —declaraba la hermana Illuminata siempre que aparecía la joven monja. No podía disimular el resentimiento en su voz—. Esta noche no sonará el toque de queda —añadía, con un mohín en los labios y celosa, pero también, un instante después, perdonaba a los dos jóvenes su evidente placer mutuo. Al fin y al cabo, los afines se atraen y, en tiempos, la hermana Illuminata había sido joven y había ido cogida del brazo con una chica delgada, mugrienta y divertida, Mary Pat Shea. Recordaba con qué fuerza le apretaba el brazo, su olor a cieno, sus pecas, sus uñas sucias, sus brillantes ojos verdes, su musculoso y ágil cuerpecito junto al suyo. En una vida anterior, la hermana Illuminata había experimentado el mismo placer.

«¿Necesitas un soplo de aire fresco?», podía preguntar la hermana Jeanne, o: «¿Quieres salir a tomar un refresco?» «¿Necesitas hacer compras?»

Aquella costumbre se había debido a la insistencia de la hermana Lucy. En los primeros días de trabajo de Annie en el convento, cuando Sally era aún una niña de pecho, la hermana Lucy miraba a la hermana Jeanne, cuando salían de la capilla después del rezo de la novena hora, y le decía: «Si estás libre esta tarde, baja y hazte cargo de la niña». La hermana Lucy podía insistir: «Que la madre salga a recuperar el aliento».

—¿No le importa? —preguntaba siempre Annie, tras levantar la vista para mirar a la monjita y riendo, pese a que la hermana Illuminata, celosa y con un mohín en los labios, se ponía de pronto a remangarse o a chuparse la punta del dedo marcado con la cicatriz.

Y la hermana Jeanne bajaba brincando la escalera.

—¿Que si no me importa? —decía, como si la pregunta no pudiese ser más absurda.

Con las manos que sujetaban su crucifijo estrechadas contra el corazón, la hermana Jeanne contemplaba la cesta de mimbre de la lavandería en la que dormía la niña o, cuando ya era mayorcita, se subía la falda y se sentaba con ella para participar en cualquier juego que hubiera ideado con los animales de jabón, trozos de tela o carretes de hilo vacíos.

La niña le encantaba. En realidad, todos los niños encantaban a la hermana Jeanne. Era una enfermera sin formación especializada y sus aptitudes se veían limitadas a veces por su tamaño y sus fuerzas, pero su trato con los niños era asombroso, tal vez porque, aun con el hábito completo, parecía uno de ellos: bajita y con voz suave y muy propensa a la risa o las lágrimas, pero también con algo así como un subrepticio escepticismo en los ojos, siempre que alzaba la vista para atender a algún adulto alto. Se trataba de un escepticismo que solo los niños podían captar y compartir. Bastaba con que la hermana Jeanne apartara la vista de algún adulto serio y pesado — un padre, un cura, un médico, incluso una de las otras monjas— y la dirigiera al niño que hubiese en la habitación para que se entendieran al instante. «Son solo tonterías, ¿verdad?» Los ojos bastaban para transmitirlo. «Que no se enteren de que lo sabemos.»

¿Acaso no hacía lo mismo con nosotros?

Por su poca estatura y su talento para tratar a los pequeños, la mayoría de las veces las tareas que se encomendaban a la hermana Jeanne eran muy tristes: niños enfermos, recién nacidos que se morían, nenes desatendidos, víctimas de malos tratos o abandonados. Era experta en erradicar la sarna, la tiña y los piojos, aplicar aceite de ricino y cataplasmas, limpiar orejas y calmar el llanto. La hermana Jeanne conocía el camino a los diversos orfanatos de Brooklyn o a la inclusa de Manhattan mejor que ninguna de las otras. Con frecuencia había de acompañar a niños a esos lugares, unas veces desde la puerta de un cementerio, otras veces desde un tribunal o desde la comisaría, otras desde la propia habitación en la que yacía aún la pobre madre, ya fría, y el hediondo olor a muerte invadía ya la atmósfera viciada.

Una vez en la calle con los niños a su cargo, la hermana Jeanne podía convertir el recorrido en un encanto para los estremecidos pequeños, sacando terrones de azúcar de sus profundos bolsillos o inclinándose para señalar algo o a alguien que los hiciese reír. Sabía franquear las escaleras del metro y las calles abarrotadas de gente con un recién nacido dormido en sus brazos y siempre, siempre —transmitía la otra hermana que la acompañaba—, la hermana Jeanne volvía al convento llorando a lágrima viva.

Lo que la hermana Jeanne se esforzaba por mantener en equilibrio era la pena que sentía por el sufrimiento de los enfermos y su perpetuo asombro ante el milagro de los sanos. Sally estaba sana —había pesado cuatro kilos al nacer y tenía miembros fuertes y mejillas sonrosadas, de niña y de muchacha— y la hermana Jeanne anhelaba verla en la lavandería del sótano tras haber pasado un día con un niño moribundo o con una madre desconsolada, aunque solo fuese para asegurarse de que Dios era, al fin y al cabo, tan generoso con la buena salud como con la mala.

Se subía la falda y se sentaba junto a la niña en la pequeña alfombra persa, se deleitaba con sus rollizas manos y sus alegres ojos, su inteligencia —a los cuatro años, ya sabía el nombre de todas las monjas del convento— y su rápido crecimiento y se tranquilizaba con la idea de que la niña tísica a cuya muerte había asistido recientemente estaba restablecida en el Cielo con aquella misma belleza robusta. Se decía que los lamentos de pena de la pobre madre se transformarían — no en seguida, pero pronto: la vida era como un abrir y cerrar de ojos— en el mismo gozo de Annie, cuando ponía a su sana hija en los brazos de ella, allí, con la intensa luz de la tarde, y

decía: «Vuelvo en un periquete».

«Tómate el tiempo que necesites», decía la hermana Jeanne, o citando a la hermana Lucy: «Ve a recuperar el aliento», cosa que hacía reír a las dos.

Cuando Annie se había marchado, la hermana Jeanne y la niña subían la escalera. («No, no hay problema», podía decir la hermana Illuminata, cuando se iban. «Tengo aún mucho que hacer. Vas a haber de decir que me bajen la cena aquí.») Se detenían en la preciosa capilla para arrodillarse y decir sus oraciones. Iban a la cocina a tomar unos bollos y un vaso de leche o —si faltaba aún mucho para que se iniciaran los preparativos de la cena— a hacer un *pudding* o una crema de frutas con nata. Cuando hacía buen tiempo, salían al patio del convento y cavaban en el jardín con una pala y una cuchara vieja. Cuando llovía, se sentaban en el elegante salón y rezaban un rosario: la hermana Jeanne relataba alguna historia relativa a cada uno de los Misterios y la niña contaba las cuentas del rosario de la monja y, la mayoría de las veces, iba quedándose dormida a su lado.

En aquellas tardes húmedas, en sus breves e inhabituales momentos de ocio, era cuando la hermana Jeanne pensaba en Jim.

La hermana Jeanne creía con la convicción de un testigo ocular que todas las pérdidas humanas se restablecerían: el niño desconsolado recuperaría a su madre; el niño muerto recobraría una salud robusta; en el Cielo se enmendaría todo: el sufrimiento, la pena, los accidentes y las pérdidas. Lo creía porque... porque (y solo ella tenía los medios para explicárselo a los niños: intentar decírselo a los adultos enfadados, desconsolados o amargados la dejaba muda)... porque era justo.

A su juicio, era una empresa sencilla. La locura con que el sufrimiento estaba disperso por el mundo chocaba contra toda lógica. No había desigualdad mayor: mala suerte, mala salud, inoportunidades. Niños inocentes se veían afligidos con la misma frecuencia que hombres malos. Madres jóvenes resultaban abatidas, mientras que otras viejas perduraban de mala gana. Vidas buenas acababan en desconcierto, desesperación o de-vastación salvaje. Los afortunados seguían, dichosos, con sus asuntos hasta el momento en que la fortuna se esfumaba: una llamada a la puerta, una tos, el centelleo de un cuchillo, un instante de descuido. Un bebé largamente deseado llegaba al mundo tan solo para volverse azul y flácido en los brazos de su madre. Otro llegaba cojo, mal formado o simplemente demasiado hambriento para una mujer delicada y ya abrumada. En la parroquia contigua había un niño con un cráneo tan retorcido que no podía cerrar la boca y cada aliento que tomaba, cada palabra que pronunciaba, incluso su risa infantil, iban acompañados de un estertor de sus secos e hinchados labios; otro con un antojo de nacimiento como un amnios purpúreo; ceguera; palizas; huesos rotos o doblados; accidentes, desmoronamientos; crueldad de la naturaleza; crueldad de los malvados; idiocia; locura.

No se podía entender.

Eran inexplicables por lo generales, lo arbitrarios, que eran.

La hermana Jeanne creía que era de justicia acabar con aquel caos. Era de justicia socorrer a los afligidos, sanar las heridas, que los insultos y el desconcierto tuvieran reparación y certidumbre, que toda persona viva creada por Dios no permaneciese, quieras que no, sin desarrollarse.

—Tú sabes lo que es justo y lo que no, ¿verdad? —preguntaba la hermana Jeanne al niño enfermo, al huérfano afligido, a la propia Sally, cuando ya tenía suficiente edad para entender la pregunta, y a nosotros.

—Y tú, ¿como lo sabes?

La hermana Jeanne ponía la punta de un dedo en la frente de la niña, en su palpitante corazón.

—Porque Dios te lo infundió antes de que nacieras: para que supieses lo que es justo cuando lo vieras, para que supieses que Él procura ser justo.

—¿Cuál es el niño menos inteligente de vuestra clase? —nos preguntó en cierta ocasión. Fue en la casa de Hempstead donde pasamos la juventud—. Y, si el maestro que reparte caramelos le da solo uno, mientras que todos los demás reciben dos, ¿qué dirá? Dirá que no es justo, ¿verdad? Si te eliminan jugando al béisbol cuando todo el mundo puede ver que tu jugada es válida, ¿qué dirá... aun siendo el menos inteligente de la escuela? Dirá que no es justo, ¿no? ¿Y cómo lo sabe? ¿Acaso aprendió lo que es justo en un libro? ¿Acaso pasó un examen al respecto? No, no.

En la noche del velatorio de Jim, la hermana Jeanne trasladó dos sillas de la mesa del comedor al lado de su ataúd. Cuando la hermana St. Saviour volvió, agotada, al convento, Annie y ella estuvieron velándolo mucho tiempo. La hermana Jeanne sacó su rosario, pero no rezó, y, cuando Annie le alargó la mano, la hermana Jeanne vio que no podía dar consuelo estrechándosela. Habían leído el artículo del periódico que el señor Sheen había sostenido para que lo leyeran bajo la lluvia y el mortecino farol.

La lógica de la redención había quedado destrozada.

Jim no había sufrido la indignidad del infortunio. No había pescado una gripe ni se había salido del bordillo cuando no debía, no se le había apagado el piloto del gas ni los años lo habían deteriorado. No había padecido insulto alguno que Dios debiera enmendar ni accidente ni enfermedad algunos ni un nacimiento desdichado. Había recibido la vida y la había desechado.

En la sencilla lógica de la hermana Jeanne, la de su creencia, no era digno de la justicia. Su muerte había sido un capricho suyo, una opción por la que se había inclinado. ¿Cómo se podía solicitar su restitución conforme a la justicia? La promesa de la Redención, la promesa de la vida eterna, del restablecimiento del orden en el Cielo, carecía de fundamento, según ella, si no se podía revocar también a causa de semejante premeditación, semejante arrogancia. Ganarse el Cielo no podía ser el milagro que era, si no se podía perder también.

A lo largo de la larga noche —con la mano de Annie en las suyas y sin rezar el rosario—, la hermana Jeanne escrutó la cara calma e infantil de él, piedra fría. No encontraba certidumbre en su corazón ni en su imaginación de que fuera a volver a conocer la vida jamás.

Su hija, su carne y sangre vivas, estaba tendida en el sofá del salón del convento, con los brazos extendidos, las manitas abiertas, las palmas para arriba y los dedos vibrando con sus sueños. Crecía muy rápido. A la hermana Jeanne le costaba encontrarse aún a la niña con las cejas rubias y los ojos cerrados, de pestañas delicadas, la boquita, tan solemnes en sueños. Sentía lo delicioso que era —era un diluvio, una plenitud— amar a aquella niña, encontrársela allí, día tras día: un tónico para todas las penas, un reconstituyente, un gozo.

Pensaba en Jim y en lo que este había desperdiciado.

El apacible salón del convento, en el silencio de la lluvia, se teñía como de un color sepia, por la hora, por el tiempo atmosférico, por el terciopelo carmelita del sofá y el oscuro zócalo de madera de la sala. La señora Odette susurraba para sí en la cocina. El olor a canela y manzanas se mezclaba con el propio aroma a incienso y madera antigua del convento. Fuera había cierto rumor de tráfico, amortiguado por el tiempo atmosférico.

Y de pronto se oyó un ruido súbito —angustiante, como el choque de un pájaro contra la

ventana— y la hermana Jeanne alzó la vista y vio al hombre, con su traje carmelita, contemplándola desde el mortecino pasillo del convento. Ella conocía aquel traje. Había pasado un cepillo de crin por toda su superficie, le había quitado un poco de pelusa del hombro, antes de llevarlo a la funeraria del señor Sheen. Conocía a aquel hombre. Conocía aquella cara terca, solemne e inerte. Estaba aún más inerte.

La hermana Jeanne ya había estado velando a muchos cadáveres, recién muertos. Reconoció el salvaje olor que inundó la sala.

Lo que siguió al instante, antes de que la hermana Jeanne pudiese llevarse siquiera la mano al corazón, antes de que pudiese decidir si proteger a la niña u ofrecérsela —un bálsamo tal vez—, fue la voz de la hermana Lucy, a la puerta del convento, descontenta de algo, y las respuestas quedas y pacientes de otra monja, la hermana Eugenia. Se oyó otro ruido seco, tal vez el pie de la hermana contra la pesada puerta. Se abrió y dejó entrar la luz gris y azulina del atardecer en el elegante vestíbulo, junto con el sonido de la lluvia. Las dos monjas entraron, muy bulliciosas, sacudiendo sus paraguas y sus capas. Estaban discutiendo. La hermana Jeanne, con las piernas flojas, se levantó y se dirigió hacia ellas, para indicar con una mano que la niña estaba dormida y la otra delante de sus labios. Vio que le temblaban los dedos.

Aquel gesto apaciguó brevemente aquello por lo que las dos monjas estaban riñendo y, entretanto, la hermana Eugenia quitó la cartera negra de la mano de la hermana Lucy y, tras mover la cabeza, se marchó por el pasillo, mientras susurraba el nombre del doctor Hannigan. Entonces la hermana Lucy metió la mano libre en la capa mojada y miró a la hermana Jeanne con las cejas arqueadas, expresión —muy conocida de todas ellas en el convento— que daba a entender: «Soy más inteligente que todas vosotras, de una familia mejor»; que daba a entender: «Vosotras constituís mi purgatorio»; que daba a entender: «Voy a soportarlo, pero no por vosotras».

En el convento se sabía muy bien que la hermana Lucy habría preferido una vida contemplativa, habría preferido conversar con Dios a solas.

La hermana Lucy movió sus impacientes ojos y los fijó en la niña tendida en el sofá.

—¿Se ha ido a su casa su madre? —preguntó con tono severo.

—A su casa, no —respondió la hermana Jeanne—. Solo a hacer compras, para recuperar el aliento.

La hermana Lucy no dio señales de reconocer sus propias palabras. Sus ojos, como acostumbraban, se disparaban de un lado para otro, al ritmo de sus pensamientos.

—Pasa demasiado tiempo aquí —dijo con tono brusco.

—¿Annie? —preguntó la hermana Jeanne.

La hermana Lucy movió las mandíbulas.

—No, claro que no. Me refiero a la niña. —Sus ojos volvieron a moverse—. Una niña de convento —dijo— no es lo mismo que un gato de convento. No es una mascota. —Bajó la vista y la dirigió a la hermana Jeanne—: Necesita un hogar como Dios manda.

La hermana Jeanne seguía temblando por lo que había visto, había imaginado, había provocado. En el fondo de su lengua, tenía un regusto amargo; no era miedo exactamente, sino desamparo, derrota.

Sabía que era pagana de corazón: supersticiosa, imaginativa. Era su pecado más confesado. Sin embargo, lo que entonces la aterraba no era la imaginación, sino la fe, la lógica de la fe, que le indicaba que había visto un alma sin reposo.

Tocó la capa de la hermana Lucy, culpable y asustada, como si aquella monja, tan seria y sensata, tan embargada de desdén, pudiera enderezarla.

—También su madre necesita un hogar como Dios manda —decía la hermana Lucy—, un marido como Dios manda.

—Rezaré para que lo consiga —dijo la hermana Jeanne.

La hermana Lucy dio un resoplido y por sus amarillos ojos pasó cierta piedad —aunque fría y distante, como un poco de sombra fresca ofrecida por un afloramiento de granito—, cierto dolor.

Sus manos siguieron juntas bajo la capa. La hermana Jeanne iba a enterarse más tarde de que un hombre con *delirium tremens* había roto la muñeca a la hermana Lucy, que la discusión con la hermana Eugenia, cuando habían entrado, era sobre la necesidad de que se fuese derecha al hospital para que se la recompusieran. Bajo la capa, estaba ya hinchada.

Esa era la explicación de que la hermana Lucy no alzara el rojo dedo en el aire, como acostumbraba a hacer siempre que decía: «Fíjate». La hermana Jeanne levantó la vista para mirar a la monja e indicar que, de todos modos, se fijaba.

—La próxima vez que veas al señor Costello y a nuestra Annie en la cocina —dijo la hermana Lucy—, fíjate en lo que revelan sus caras.

Sola

El señor Costello era un hombre calvo y discreto con la sonrisa a flor de piel: educado y de voz suave cuando hablaba a las hermanas, pero sonora y bien humorada cuando se dirigía a las personas en la calle. Siempre regalaba a las monjas unas botellas de nata de más o descuentos que parecían ocurrírsele en el momento. Siempre expresaba su admiración por la «milagrosa» limpieza de las botellas de leche vacías que le devolvían. Por invitación de las hermanas, asistía todos los primeros viernes de mes a la misa —sentado en un banco de la última fila con la gorra en las manos y la cabeza muy gacha— en la capilla del convento.

Cuando tenía treinta y seis años, el señor Costello se había casado con una muchacha guapa y de ojos azules. La fiebre reumática que esta había padecido en la infancia había debilitado su corazón. El baile de San Vito posterior la había dejado aislada y extraña. Cuando apenas hacía un año del matrimonio, un perro callejero que estaba revolviendo en el enmarañado patio trasero de uno de los edificios de pisos había mordido a la señora Costello. Se le infectó la herida y perdió la pierna. A todo ello siguió un colapso nervioso, que le afectó al cerebro, y una vida de inválida mimada. Las hermanas lo consideraban un caso triste.

Como habían estado con tanta frecuencia dentro de su casa, las monjas sabían que el señor Costello no fingía. Sabían que mantenía un orden masculino: había pocas baratijas —tan solo un par de muñecas de porcelana de la señora Costello en la cómoda del dormitorio, una estatuilla de San José en la repisa de la chimenea— y quitaba el polvo todo lo que se podía esperar de un hombre: la parte de arriba de una cómoda, pero no las patas; la base de una lámpara, pero no la pantalla. Sabían que el único armario empotrado del piso estaba ordenado con precisión militar y los armarios de la cocina estaban ordenados solo con lo esencial: una botella de whiskey de estraperlo, usado solo para los dolores de muelas o los resfriados (las hermanas visitantes lo comprobaban diariamente). Mantenía la casa —todas las hermanas convenían al respecto— como un soltero meticuloso. No había indicio alguno de nada inapropiado ni de que no fuera sino el hombre bueno y desdichado que parecía ser.

El señor Costello dejaba las intimidades del baño y la higiene femenina a cargo de las monjas, pero hacía la cena para su mujer todas las noches y, cuando las hermanas llegaban todas las mañanas para despertarla y darle el desayuno, nunca quedaba un plato sin lavar en la pila ni una miga de pan en el mantel. La de ocuparse de la señora Costello —persona infantil, a veces arisca, delgada como un palillo, ligera como una pluma— era una tarea bastante fácil, muy llevadera. Como el señor Costello se levantaba y se marchaba bastante antes del amanecer, las hermanas podían llegar todo lo temprano que el día requiriera, dedicar una hora a la pobre mujer y después dejarla, limpia y bien alimentada, en su silla junto a la ventana delantera, con un bocadillo, un

vaso de leche y un orinal a su alcance. Una hermana podía pasar a la hora del almuerzo o, si el señor Costello iba a retrasarse —si había dicho a las monjas aquella mañana, a veces mediante una nota dejada entre las botellas de leche, que aquella tarde iba a ir a la vaquería o a asistir a una reunión del sindicato en la ciudad—, podían llevarle también una cena temprana y después prepararla para la cama, sabiendo que la ropa blanca y la aliviada esposa con que se encontraría el señor Costello al final de su larga jornada laboral era la forma como las hermanas le manifestaban su admiración.

Annie habló con él por primera vez en la cocina del convento por la mañana temprano de un día profundamente gris y con una lluvia tan fría y constante que lo había retrasado en su reparto. Se había detenido en demasiados portales, en espera de una abertura en las nubes bajas. Se había entretenido hablando con una anciana a la que, si podía, procuraba evitar. Contra su costumbre preferida, se había fumado un cigarrillo matinal en el carro, mientras contemplaba el vapor que subía de los ijares del paciente caballo, sin ánimo para subirse de nuevo el cuello del abrigo y salir una vez más a la tormenta con su cajón de botellas de leche.

Por su parte, Annie había llegado al convento más temprano de lo habitual, justo cuando las hermanas se dirigían al rezo matinal. La lluvia la había despertado antes del amanecer: aquel día no iba a ir de paseo con la señora Tierney, por lo que no sabía si iba a tener fuerzas para salir de la cama. Sally, de tres años de edad, estaba profundamente dormida a su lado. Annie escuchó la lluvia contra las ventanas hasta que la habitación tuvo bastante luz para ver por ellas y entonces se levantó con cuidado —la niña se despertaba con facilidad— y se dirigió a la cocina. Se proponía poner al fuego la tetera, para calentarse y caldear el cuarto, pero, cuando pegó la nariz a la ventana para ver si podría mejorar el tiempo, notó el viejo olor humoso de la catástrofe. Lo notó en el cristal mojado y el alféizar húmedo, en las paredes dos veces pintadas, como si el olor a fuego y pena procediera de los empapados ladrillos del propio edificio.

Miró hacia el patio. Aún estaba demasiado oscuro para ver otra cosa que su propio reflejo. Se imaginó abriendo la ventana para asomarse con la lluvia. Se imaginó que, de hacerlo, sentiría la firme presión de las manos de Jim en la cintura para apartarla, mientras le susurraba al oído al modo —sin palabras— de los fantasmas. ¿Y qué diría? ¿Sería una disculpa? ¿Una promesa? Una excusa torpe o las risueñas y zalameras expresiones de cariño que le había manifestado con tanta frecuencia en el pasado, desde aquella mesa de la cocina, desde su cálida cama: «Oh, déjame quedarme aquí un poco más».

El día en que lo enterró, acudieron al cementerio en el coche fúnebre del señor Sheen: Annie, el encargado de la funeraria y la hermana St. Saviour, envuelta en su capa negra. La monja se mantenía tan monolítica y con los ojos tan hundidos como un general derrotado.

Todos ellos se sentían derrotados, mientras recorrían las calles oscuras. Era la primera hora del amanecer, con lluvia y nieve. Jim, su vacío caparazón, iba detrás, en el largo coche.

¿Qué había sido Dios para ella hasta aquella amarga mañana? Padre, guardián, consolador, rey. Lo único que Annie parecía poder recordar, mientras avanzaban, era una entera vida de negociaciones, de súplicas —tantas, hasta aquella mañana— sobre Jim: que le sonriera, que fuese a verla. Por favor, Dios mío: que cruzara hasta Nueva York sin contratiempos. Por favor, Dios mío: que estuviera allí para reunirse con ella, cuando lo seguía.

Que se levantara de la cama.

Parecía la única plegaria de su vida de casada: que se levantara de la cama, fuera al trabajo,

volviese a casa con algo más alegre en la cara que aquel ceño fruncido; por favor, Dios mío. Por favor, Dios mío, que acabara con aquellas largas exhalaciones por las hinchadas ventanas de la nariz, el encierro en sí mismo, los puños apretados por conversaciones que ella no podía oír, que le contara algo que hubiera ocurrido a lo largo de su jornada que no fuese un insulto, una afrenta, que abandonara su desprecio, que conservase el empleo, que se levantara de la cama y para variar, llegase a tiempo.

Aquella fría mañana, los árboles del cementerio eran como líneas negras dibujadas en la escarcha de una ventana y el suelo estaba quebradizo, con heladas briznas de hierba como lanzas. Sacaron el ataúd del coche fúnebre. Cuando hubiera una tumba libre, lo enterrarían en ella. No preguntó dónde estaría su cadáver hasta entonces. Incluso con la ayuda de la hermana, solo tenía dinero para eso. Iba a conservar la parcela en el cementerio de Calvary solo para ella.

Tocó el ataúd, cubierto entonces con las gruesas gotas de nieve derretida. La hermana St. Saviour agitó una ampolla de agua bendita y dijo una oración. Los tres —Annie, el señor Sheen y la monja— se santiguaron y después volvieron a montar en el coche con la ropa húmeda.

No se lo reprochó a la Iglesia: la mañana deprimente, el suelo frío y no consagrado, la denegada misa funeral, ni siquiera el dinero que había perdido con la parcela doble en Calvary. Comprendió perfectamente que no habría normas, si no hubiera castigo por no cumplirlas. Como cualquier madre buena, la Iglesia tenía que dar un cachete a sus hijos cuando no se portaban bien, amoldar el castigo al crimen.

Él se había matado y había matado también algo en ella.

¿Quién podía defender la benevolencia? ¿Quién podía esperar absolución?

La hermana St. Saviour, sí, desde luego, pero aquella mujer, sin hijos, terca, ya en el final de su vida, tenía un corazón loco: loco por la misericordia, tal vez, loco por su propia autoridad en todas las cosas —rasgo que Annie había llegado a apreciar y admirar—, pero loco, de todos modos. De regreso a casa desde el cementerio, la hermana St. Saviour había dicho: «Si yo la dirigiera, sería una Iglesia diferente».

Y así aligeró el peso de aquella mañana con un poco de risa.

Pero Annie en ningún momento culpó a la Iglesia.

En cambio, el recuerdo de sus plegarias no atendidas, pese a lo sencillas que eran, fue lo que la hizo volverse prudente con su fe, precavida con su propio credo.

Que se levantara, había rogado —¿con qué frecuencia?—, mientras hervía un huevo, hacía el té para él y volvía corriendo al silencioso dormitorio a fin de volver a llamarlo, detestando su propia desesperación, su propio desamparo, detestando los grises estados de ánimo y las rojas furias de él que se interponían entre ella y la sencilla felicidad ofrecida por la vida, como un paraíso después de las vidas pobres que habían dejado atrás: aquella ciudad atareada, el buen empleo de él, aquel piso pulcro, un hijo que nacería en verano.

Que se levantara y se pusiera en marcha, había suplicado, al tiempo que evitaba la mano que él extendía desde debajo de las mantas con las que se había cubierto la cabeza, o a veces cediendo —también lo había hecho— al lujo de lo que él quería creer: que su tiempo les pertenecía solo a ellos, que podían hacer lo que quisieran con él.

En aquel momento, en la ventana de la cocina, mientras miraba al oscuro patio, enmarañado y mojado, y la maraña parecía retorcerse en el brillo de la lluvia que caía, pateaba el suelo y sentía la antigua impaciencia que era también el recuerdo más vívido de su vida de casada. *Jimmy,*

levántate.

Solo su pálida cara le devolvía la mirada en el gris cristal.

Ni siquiera resultaba posible mover a su fantasma.

Era una esperanza fría, en el mejor de los casos: la de imaginar algo diferente.

La esperanza fría que, no obstante, la mantenía en aquel piso en el que él había muerto, en el que él había vivido, cuando habría bastado un lugar más pequeño y más barato.

Despertó a Sally y las dos se vistieron y se pusieron las botas para la lluvia. Annie llevó en brazos a la niña a lo largo de las cinco manzanas hasta el convento, sin que el gran paraguas las protegiera contra la lluvia agitada por el viento, y llegó jadeante y riendo, justo cuando las monjas —sus poco atractivas caras lo resultaban aún menos con los rastros de sueño— entraban en fila y despacio a la capilla. En la luminosa cocina del convento, se secó la lluvia del pelo. La señora Odette no había llegado aún. Annie estaba pasando un paño de cocina por la mojada cabeza de Sally, mientras las dos cantaban juntas en voz baja: «Está lloviendo, está diluviando...», y desde la capilla llegaba el sonido del salmo matutino. Por el cristal de la puerta trasera, vio una figura oscura e inclinada, oyó el golpeteo de las botellas de leche. Abrió la puerta impulsivamente. El señor Costello alzó la vista, sobresaltado. La lluvia chorreaba por la punta de su gorra reluciente y de su nariz.

—Pobre hombre —dijo—. ¿Por qué no entra?

Él entró sin otro pensamiento que el de que quería hacerlo. Se quedó parado con dos botellas de leche fresca en las manos, dos vacías y centelleantes bajo el brazo y su abrigo goteando en el felpudo del umbral. La cocina no le era desconocida, pero nunca antes la había visto así, tan bien ordenada y cálidamente iluminada, con una preciosa niña sentada en un peldaño del alto taburete que las monjas dejaban bajo la encimera, una niña de ojos grandes y curiosos, y la mujer que ayudaba en la lavandería, con un paño de cocina en la mano y que lo recibía con una sonrisa. Tal vez no fuera guapa, pero tenía un pelo negro precioso, mojado y con rizos negros, aquí y allá, en su pálida frente y en su blanco cuello. Pese al ruido de la lluvia fuera, oía las dulces voces de las monjas en la capilla. Estaban cantando *O Salutaris Hostia*, himno que conocía desde su infancia.

Annie se adelantó para coger las dos botellas de leche de sus manos. Él vio que un mechón de pelo recorría con línea irregular su encendida mejilla y le llegaba casi a la boca, de rasgos bonitos.

Fue solo el largo hábito de atender a una esposa enferma lo que le hizo alargar la mano, aún chorreante, para apartarle el mechón mojado.

Oyó las últimas notas del himno, recordó el latín que había estudiado en la escuela, las palabras que emocionaron su corazón de exiliado. *Oh, concédenos un sinfín de días contigo, en nuestro verdadero país natal.*

Le inspiró la idea de preguntarle:

—¿De dónde es usted?

Aquella misma tarde, el señor Costello se la encontró en la esquina, cuando ella salió corriendo a tomar aliento, y después volvió a verla en un día más soleado, cuando salía de la carnicería. A veces estaba parado en los portales por donde ella pasaba. La saludaba, la acompañaba. Era de la misma estatura que ella, que no era mucha para un hombre, y, sin embargo, sus hombros nunca se rozaban. No se ofreció a llevarle la bolsa. Un día soleado, caminaron juntos hasta el parque y después hasta el paseo, donde se sentaron, a bastante distancia uno del otro, en el

banco. Aun así, ella notó que su ropa olía a establo.

Su charla fue muy variada. Esa fue la razón por la que la hora que pasaron juntos le resultó tan deliciosa. Él le contó algo sucedido por la mañana o unos minutos antes de que se encontraran. Le contó algo que le habían dicho el domingo anterior después de la misa. A cambio, ella le brindó algo que Liz Tierney había contado: algo del hotel, de sus hijos. Desde la primera tarde en que se la había encontrado en la esquina —tras haber salido ella del convento para tomar aliento durante una hora, gracias a la hermana Jeanne—, parecieron convenir en que nada era digno de decir allí —en medio de la atareada jornada de trabajo de ella y al final de la agotadora de él— que no les hiciera reír.

Así, pues, nada de historias de desconsuelo, de la viudedad de ella, de la delicada esposa de él. Ningún repaso a las exigencias de la hermana Illuminata durante las inacabables horas en la lavandería; nada de quejas por parte de él sobre el tiempo frío ni los trenes de la leche ni las imprecisas e inacabables exigencias de los clientes y los jefes. Se sentaban muy separados en un banco del parque y su charla versaba sobre todo lo que precedía el momento en que estaban juntos y todo lo que les esperaba el resto del día.

Tras un año así, ella le puso la llave del portal en la mano. «Sube», fue lo único que le dijo, y caminó por delante de él en la calle. En la esquina, ella miró por encima del hombro y vio que él ya había cruzado a la otra acera. Le gustó que tuviese el detalle de dejar una buena distancia entre los dos.

Dejó la puerta entornada: no deseaba que hubiera de llamar y lo oyesen los vecinos. Dejó la puerta entornada y esperó sentada en el cuarto de estar, en el único sillón, para poder oír sus pasos o ver su sombra al acercarse.

No sabía cuánto tiempo la haría esperar, cuánta discreción tendría que soportar.

Cruzó las manos, una sobre la otra, en su regazo. No eran finas. Él no esperaría —no le cabía duda— que lo fueran.

Pensó en las pálidas manos de él, manos grandes de agricultor propias de un hombre más robusto, sus zapatos grandes, con una brizna de paja en un puño o enredada en los cordones deshilachados.

La puerta estaba entornada. El montante de cristal estaba cerrado. Era una tarde fría y soleada de mediados del invierno. La habitación era humilde. La funda que había hecho para ocultar el sofá chamuscado no encajaba bien y la tela tenía un color apagado, como desteñida. El cuadro que había colgado por encima de él era demasiado pequeño para una pared tan grande. Era un óleo del Sagrado Corazón con un gran marco y la imagen oscurecida con el tiempo. Había llegado en la bolsa de las donaciones: el marco estaba desportillado y había un roto en el lienzo. «Leña para el monte», había dicho la hermana Illuminata, al verlo, pero la pequeña Sally se había enamorado de él, y la propia Annie había sentido cierta piedad, cuando lo colgó: se subió descalza al sofá y clavó el clavo, mientras Sally la miraba desde el suelo. En aquel momento parecía pretencioso. En el tiempo pasado en el convento, sus ojos se habían acostumbrado a la elegancia auténtica: la propia casa, construida para un hombre rico; las maderas relucientes, las arañas sencillas, las rosas y las ménsulas en el techo de yeso. No se podía negar que aquella desnuda habitación era la de una mujer pobre, un pequeño espacio de inmigrante. No se podía negar que su sencilla limpieza revelaba la reserva propia de un inmigrante. Desde la muerte de Jim, había renovado dos veces los papeles pintados de las paredes, y en aquel momento, mientras esperaba, vio en el rincón más

alejado, que había empezado a abarquillarse. Había vuelto a pintar dos veces las paredes de la cocina y del dormitorio.

Cuando él apareciera, encontraría el sitio limpio y ordenado.

Tuvo un momento de duda sobre si aparecería, un momento de temor de que hubiera malentendido su significado o lo hubiese desaprobado, cuando le puso la llave en la mano. Desechó esas dos ideas.

Las hermanas decían que la casa de él estaba limpia como una patena. Era —sospechó ella— otra muestra pretenciosa, aquella reserva de inmigrante: una pátina de limpieza y orden sobre el problema de una esposa postrada en la cama, de un marido muerto, sobre la soledad y las preocupaciones.

La puerta estaba entornada. Por ella oyó un sonido y supo que era el de sus pasos —aunque podían ser los de otra persona— y después vio su sombra, vacilante. Ella se puso de pie. Él estaba ahí. Ella abrió la puerta lo justo para que entrara. Su ropa olía a establo, pero también, en aquel momento, a alcohol y jabón de pino, como si hubiera parado, antes de subir, a echar un trago y a lavarse las manos.

Él se quitó la gorra y se alisó el pelo hacia atrás, lo que le quedaba de él. La desnudez de su pobre cuero cabelludo le inspiró compasión, afecto comprensivo, a ella. Era el delicado cráneo de un niño de pecho e indicaba que no era joven.

Con aquella luz, sus ojos eran simplemente castaños, aunque al sol ella veía a veces verde, negro y oro.

Él le acarició la barbilla y ella le tocó la mejilla, consciente de que las puntas de sus dedos eran ásperas. Se oyó un ruido procedente del atestado patio que hizo vibrar la ventana de la cocina. Eran los sonidos de la ciudad, hojas levantadas por el viento o tal vez el ala de un pájaro contra el cristal, un sonido que en tiempos podría haberle inspirado ideas descabelladas: el aliento de Jim en su oreja, su mano en la cadera de ella, algo restituido a ella.

Al volverse los dos hacia el lugar de donde había procedido el sonido, ella vio que los ojos de él habían advertido el cuadro de la pared, la conocida imagen de Cristo, afligido, compasivo, apenas visible en el óleo oscurecido, salvo la pálida mano que señalaba un corazón ensartado de espinas.

Y después los dos apartaron la vista de él.

—¿Estamos solos? —susurró él.

—Sí que lo estamos —respondió ella.

Rose

Por parte de nuestro padre, teníamos una tía bisabuela, la tía Rose, una mujer menuda y muy anciana. Recordamos un sombrero de terciopelo y un pálido traje satinado, de color rosa quizás, y tal vez el olor a agua de rosas que emanaba, cuando se movía por la casa, sujetándose con una mano enguantada en el largo aparador que había sido de nuestra abuela y la otra rozando los respaldos de las sillas alineadas ante la mesa del comedor, como también nos rozaba con ella, al encontrarse con nosotros, uno tras otro. Nuestro padre iba tras ella, sosteniendo sus bolsas y diciendo «Aparta», diciéndonos «Di “buenas tardes”», «Di “perdone”». Nuestro padre —el hijo del portero— llevaba las dos maletas de ella, que golpeaban contra las patas de las sillas y hacían sonar la vajilla de porcelana en la vitrina.

Era en la casa, surcada por corrientes de aire, de Hempstead, donde nos criamos. Era una casa antigua, con tejas de madera rojas y ribetes blancos, asolada por una serie inacabable de desmoronamientos que hicieron de nuestro padre en la madurez una caricatura del infortunado propietario, criado en la ciudad, de una casa en las afueras. Lo recordamos recorriendo las habitaciones con una escalera de tijera en el hombro y un martillo y una llave inglesa en las manos y sin arreglar nada. Cuando se encontraba bien, nuestra madre siempre sonreía indulgente, mientras lo seguía con los ojos.

La antigua casa de Hempstead. Recordamos el deteriorado pomo de cristal de la puerta lateral, en cuya descascarillada pintura apoyábamos los hombros. Dentro había un nido de botas y zapatos, en cualquier estación del año, una alfombra de retales andrajosa, olor a petróleo de calefacción, bloques de cemento y tierra fría de un oscuro sótano. Después se subía por una escalera de tres peldaños a la estrecha cocina: encimeras de un verde oscuro, suelo de linóleo negro con motas rojas, armaritos rojos, aparatos domésticos de esmalte y acero, aroma de clavo y canela, luz del sol y polvo. Luego, el estrecho paso al comedor: mantel, paños y visillos de encaje y, más allá, otra clase de encaje —el manzano en flor, pétalos arrastrados por el viento o tal vez una nevada repentina—, mientras la tía Rose, al entrar en la casa, se sujetaba con una mano enguantada en el largo aparador y la otra rozándonos las mejillas.

No estaba claro de dónde procedía y por qué había aparecido. «Del norte del Estado», nos dijeron. «Porque es muy mayor», nos dijeron. Le asignaron la habitación de invitados y, dirigidos por nuestro padre, seguimos su vacilante recorrido escaleras arriba cogiéndola por los codos o la cintura. Temblaba, recordamos, ya fuese por su avanzada edad o por el placer que le daban nuestras expresivas cortesías.

La habitación de invitados del tercer piso de la antigua casa de Hempstead, bajo los aleros, era estrecha, estaba pintada de amarillo y tenía visillos blancos en la ventana.

Tras bajar, nuestro padre nos contó la historia de la tía abuela Rose y Red Whelan. Fue allí arriba, en Poughkeepsie —dijo—, justo después de la Guerra Civil. Cuando la familia estaba cenando, alguien llamó a la puerta. Rose era aún una niña pequeña. Hicieron pasar a un hombre: pelirrojo, piel roja, cara cubierta por una cicatriz desde el cuello hasta las orejas, como si un arado se la hubiera rasgado. Solo tenía una pierna y un brazo, por lo que también él, Red Whelan, subió vacilante a la habitación de arriba: golpecitos de muleta en cada peldaño y en la madera desnuda del ático. Patrick, nuestro bisabuelo, que entonces era un maestro joven, permaneció en silencio en la estrecha entrada de la habitación, mientras enseñaban a Red Whelan la cama, el aguamanil, un pequeño escritorio y un sillón de orejas: todo lo que la familia había hecho para prepararle aquel sitio, la habitación en la que iba a vivir hasta su muerte.

Y la tía abuela Rose, que era aún una niña, le llevaba la cena en un plato tapado.

Cuando éramos adolescentes, desasosegados o resacosos en nuestros dormitorios o simplemente durmiendo toda la tarde, como solía hacer nuestra madre, nuestro padre se quejaba, con voz enojada, rayana en la irritación, pero también divertida, porque también él había sido un lector, melancólico, y repetía la cantinela de su padre: «Hibernando allí arriba como Red Whelan».

Cualquier irlandés pelirrojo, pecosos y de cara gruesa era un Red Whelan.

Cualquier huésped que se quedara demasiado tiempo amenazaba con volverse un Red Whelan.

Al hablar de la larga y solitaria vida de la tía Rose, siempre se citaban los cuarenta y tantos años que había dedicado a Red Whelan, el sustituto de su hermano en la Guerra Civil: una soltera viuda, la llamaba nuestro padre, una monja casada.

Subíamos el té. Le llevábamos su escasa cena, solo pequeños tazones de gachas: sopas, compota de manzana y semolina con leche. Nos miraba parpadeando desde su cama o su sillón en la habitación del tercer piso y con la cara siempre empolvada, aunque a nosotros nos parecía entonces que estaba cubierta de polvo.

Y las Hermanitas Enfermeras de los Pobres nos contemplaban. «¡Qué buenos sois!», nos decían, cuando llevábamos la bandeja para la anciana señora o se la retirábamos. La hermana Jeanne era una de ellas y nuestra favorita.

Conocíamos bien a las Hermanitas Enfermeras, la orden en la que nuestra madre había pensado ingresar hasta que —como le gustaba decir a nuestro padre— se lo había pensado mejor.

Las conocíamos bien de nuestras mañanas febriles: al despertarnos y sentir sus pálidas manos en la frente o en las mejillas o al ver con nuestros legañosos ojos sus caras serias dentro de sus blancas cofias, mientras nos ponían un termómetro entre los labios y nos ordenaban que no lo mordiéramos. Las veíamos moverse en torno a nuestras camas de enfermos, tirando con sus pequeñas y limpias manos hasta que nuestras mantas, enmarañadas por la noche, se transformaban en algo de nuevo limpio y fresco.

Las conocíamos de todas las largas tardes en que volvíamos a casa de la escuela, empuñábamos el pomo de cristal de la deteriorada puerta lateral y encontrábamos a una monja enfermera parada como un faro blanco y negro en la cocina y con un dedo en los labios, porque nuestra madre se había encerrado una vez más en su habitación en penumbra para disipar durmiendo lo que llamaban su melancolía.

En aquella época, llegaban en taxi, antes de que reformaran sus hábitos para que tuvieran bastante visión periférica y pudiesen conducir. Nuestro padre salía corriendo hasta la acera para

pagar la carrera.

Durante muchos años, pensamos que era la cosa más normal del mundo. Durante años creímos que las Hermanitas Enfermeras de los Pobres, de la Congregación de María ante Dios, aparecían en todos los hogares, siempre que una crisis o una enfermedad perturbaba la vida habitual, siempre que se necesitaba un sustituto de «aquella que era insustituible».

La hermana Jeanne era nuestra favorita.

Entonces era ya una mujer mayor, más baja que nosotros, con tamaño de niña dentro de su hábito. Cuando nos hacía el té, calentaba la leche y sacaba de su maletín negro un paquete de unas galletas que no hemos vuelto a ver nunca más: cubiertas de chocolate, recordamos, con un fino sabor estival a mermelada de fresa.

Cuando nos hablaba —y no todas las hermanas nos hablaban con tanta facilidad—, su voz era siempre irónica: «Son simples tonterías, ¿verdad?», por lo que nunca sabíamos si lo que nos decía nos haría guardar un silencio solemne o si se rizaría su voz de repente como con una sonrisa y veríamos que, dentro de su blanca toca y su oscuro velo, estaba partiéndose de risa.

Decía: «Conocí a vuestra madre antes de que vosotros nacierais, lo mismo que os conozco a todos vosotros».

Pronunciaba algunas palabras con el estilo coloquial vulgar, que nos encantaba (*youse* por *you*, *pernt* por *point*, *erl* por *oil*). Entonces hacía años que no vivía en Brooklyn, sino en la residencia de ancianos que las Hermanas regentaban en Long Island, como auxiliar, no como paciente, aunque debía de ser tan mayor como muchas de las mujeres a las que atendía.

Nos preguntaba: «¿Cuál es el chico menos inteligente de vuestra clase?».

Metiendo la mano bajo la toca, se daba una palmadita en su pecosa frente. Se tocaba su blanco peto por entre la cadena de su cruz, como si su corazón estuviera centrado allí. Decía: «Porque Dios os infundió el conocimiento antes de que nacierais, ¿comprendéis? Para que sepáis que procura ser justo».

Añadía a sus frases la muletilla «¿comprendéis?», como un *gangster* de Hollywood, cosa que también nos encantaba.

La hermana Jeanne nos contó que había tenido la intención de ingresar en otra orden de monjas, también llamada Hermanitas, pero se dirigió a una dirección diferente, donde la hermana St. Saviour se limitó a encogerse de hombros y decir: «Ha sido la voluntad de Dios».

La hermana Jeanne decía: «Conocí a vuestra madre antes de que naciera, porque la hermana St. Saviour nos presentó».

Decía: «Nadie la llamó, pero, aun así, apareció. Ese fue el milagro, ¿comprendéis? Dios vio la necesidad. Hubo un accidente con el gas. Dios vio la necesidad de vuestra madre y vuestra abuela y, por eso, apareció la hermana St. Saviour».

Estábamos sentados a la mesa del comedor en las largas y silenciosas tardes en que nuestra madre dormía para olvidar su tristeza o cuando la tía abuela Rose estaba en el cuarto de arriba. Podía haber sido en cualquier estación: el manzano tenía flores que se veían por la ventana detrás de ella. Estaban cayendo gruesos copos de nieve.

Nos contó: «Cuando murió la hermana St. Saviour, había un delicioso olor a rosas. Abrió los ojos un momentito, llevaba días sin abrirlos, y después volvió a cerrarlos y suspiró. Fue un suspiro muy profundo, pero no de cansancio, verdad, ni de tristeza. Yo diría que fue un suspiro de satisfacción y después fue como si hubieran traído, por correo urgente, mil rosas al cuarto. Fue

solo una vislumbre de adónde había ido su alma, solo un indicio, como si una puerta se hubiera abierto un momentito, tan solo para dejarla entrar, y todos los que aún estamos atrapados aquí, en la Tierra, tuviésemos una vislumbre. Es que una vislumbre es lo único que los vivos pueden soportar, lo único que podemos soportar de la belleza del Cielo».

Dijo, con la vista dirigida al techo: «No es para mí, verdad, esa belleza, pero poco importa. Vosotros la veréis, seguro, y vuestra anciana tía abuelita también».

¿Cuánto tiempo estuvo aquella tía abuela Rose con nosotros? ¿Unas semanas, un mes, tal vez dos? Una tarde cálida, volvimos de la escuela y encontramos vacía la habitación de invitados. Nuestra madre, que aquel día se había levantado de la cama, había abierto la ventana para que se aireara. Los visillos blancos se movían, el colchón estaba desnudo.

Más tarde nuestro padre dijo que, como nuestra madre estaba delicada, presa de la melancolía, pareció mejor que la anciana Rose fuera a una residencia para pasar en ella sus últimos días, para que, según dijo, estuviese atendida por personas expertas. La residencia estaba regentada por otra orden de monjas, no la nuestra de las Hermanitas Enfermeras, cuyo número estaba disminuyendo ya entonces, cuyo obispo había puesto sus ávidos ojos en su elegante convento, ya entonces.

Según nos dijeron, la tía abuela Rose había ido a pasar sus últimos días precisamente a una residencia regentada por la orden en la que no había ingresado la hermana Jeanne, una orden especializada en las personas mayores que habían llegado al final de su vida, en una ciudad llamada Valhalla.

—¡Nada menos! —dijo nuestro padre—. Si esa no es una señal de que va al Cielo —dijo, con toda la satisfacción de haber cumplido con su deber para con aquella anciana— no sé cuál puede ser.

La niña del convento

Una estola de piel de zorro con un broche roto, encontrada entre la ropa donada, un sombrero de terciopelo de señora, unos guantes de cabritilla que llegaban hasta el codo y con las costuras descosidas y Sally se transformaba en la señora McShane, la mujer elegante e imperiosa (*oi polloi* de Brooklyn, dijo Annie) que organizaba el té anual de las Damas Auxiliares y el mercadillo de Navidad destinados a recaudar fondos para el convento. Sally se llevaba la estola a la barbilla, alargaba un brazo trémulo hacia la hermana Illuminata y decía, con el estudiado tono —arrastrando las palabras— de la señora McShane: «Nuestras queridas Hermanitas». Decía a su madre, con los enguantados dedos extendidos por su mejilla: «Pero Annie, querida, ¿dónde están los pastelitos?».

Culebreaba para poder meterse un ajustado vestido de andar por casa, pasaba la cabeza por uno de los delantales con peto de las monjas e imitaba bailando el trajín de la señora Odette en la cocina, levantando tapas de ollas imaginarias, pelando manzanas imaginarias sostenidas justo delante de sus estrábicos ojos, susurrando «*Herregud*» hasta que su madre y la hermana Illuminata, que se tronchaban, le rogaban que se callara.

Con una *babushka* y un abrigo apolillado y con cuello de piel de cordero, expresión de curiosidad e incipiente desaprobación: ahí tenían a la señora Gertler con su aspecto de todas las noches, mientras contemplaba la calle desde la ventana de su salón.

En cierta ocasión en que Annie había ido a comprar, el organillero se detuvo en la calle delante del convento y empezó a girar la manivela de su estridente caja y a cantar, desafinando, en italiano. Era un día caluroso y las ventanas del sótano estaban abiertas tras las rejillas.

—Por amor de Dios —murmuró la hermana Illuminata—, ¿no podría tocar una melodía irlandesa?

Sally —rápida como un duendecillo— colocó una caja de carbón bajo la ventana, se subió a ella y, agarrada a las rejas de hierro, gritó, con el acento de la hermana Illuminata:

—Tóquenos una melodía irlandesa, ¡por el amor de Dios!

El pobre hombre, buscando por el aire la procedencia de la voz, gritó: «Sí, hermana», y probó a cantar, desganado, una versión destrozada de *The Wearing of the Green*.

Cuando acabó con voz titubeante, Sally gritó:

—¡Qué hombre más bueno!

Según dijo la hermana Illuminata, la niña era una imitadora nata.

Cuando Sally empezó a ir a la escuela, los días se les hacían más largos a las dos mujeres, pero, cuando volvía, traía para su madre y la monja historias de lo que ellas llamaban el ancho mundo. Reproducía a la perfección el inglés chapurreado de sus compañeras de clase o su

marcado brooklynés. Cuando pronunciaba el latín nasal del pastor, parecía que estuviesen oyéndolo. Era una niña buena y tranquila en clase, educada y tímida en la calle, pero en la lavandería del sótano del convento todas sus ganas de hacer el ganso, toda pantomima estrafalaria o postura de codos y pies descentrados, por no hablar de la maldad y la furia, se desbocaban y la madre y la monja los consentían, siempre y cuando —no cesaban de recordarle— no levantara la voz.

Siempre y cuando —quedaba bien claro— recuperase el apropiado decoro al subir «arriba», lo que quería decir a todo el universo por encima de la lavandería del convento.

Tal vez por aquella indulgencia, la muchacha, al crecer, siempre que su madre salía por las tardes —para hacer compras, para recuperar el aliento—, en lugar de acompañarla o juntarse con las otras niñas que jugaban en la calle, prefería quedarse con la hermana Illuminata. Cuando la hermana Jeanne bajaba al sótano, Sally besaba a la monjita, pero cada vez más se disculpaba para no continuar con sus anteriores costumbres. La hermana Illuminata ocultaba el placer que sentía por esa razón. Seguía con su planchado y suspiraba profundamente para disimular una sonrisita. La dulce bondad de la hermana Jeanne era más apropiada para niñas más pequeñas, pensaba, para las inocentes. Una niña mayor y animosa como Sally, como su amiga Mary Pat Shea, podía preferir un poco de malicia en sus amigas.

Bajaron una mesita de un pasillo del piso de arriba al sótano para que Sally pudiera hacer en ella sus deberes escolares, junto a la hermana Illuminata (con los golpes y silbidos del planchado) en lugar de en la bien iluminada mesa —cosa más sensata— de la cocina del convento o en el comedor de su casa. Es que, si le daba allí un ataque de risa tonta o si recordaba algún incidente del patio de la escuela de aquella mañana que deseara reproducir o incluso si, cansada de las sumas, se ponía a repasar las cestas de las donaciones y se probaba alguna ropa, la hermana Illuminata lo aceptaba con cariño.

Era el final de la tarde y su madre había salido a comprar. Sally tenía casi trece años. Estaba ayudando a la hermana Illuminata a doblar la última prenda del día. Una de las túnicas recién planchadas pertenecía a la hermana Jeanne y Sally se la colocó, riendo, sobre sí misma. La monja miró a la niña por encima del hombro.

—Vamos a gastar una broma a mi madre —dijo Sally.

No era la primera vez que se ponía el hábito de las Hermanitas. Una costumbre de su escuela era la de los «días vocacionales», en los que se pedía a los alumnos que se vistiesen como curas y monjas y desfilaran por el patio de la escuela como eclesiásticos en miniatura. Por su condición de niña de convento y porque era una muchacha buena y calma, todos los años elegían a Sally para que representara las diversas órdenes de las Hermanitas Enfermeras con el hábito arreglado que la propia hermana Illuminata había hecho para ella —y después modificaba todos los años, a medida que crecía— pero aquella tarde Sally vio el hábito completo, limpio y consagrado, de la hermana Jeanne.

—Venga, hermana —dijo—. Para divertirnos un poco.

Pese a no estar del todo convencida, la hermana Illuminata ayudó a la muchacha a meterse en la túnica. Como no tenía un cinturón a mano, ató una venda en torno a la fina cintura de la muchacha y después cepilló y alisó los hombros y las anchas mangas, sin dejar de mover la cabeza ante aquella transgresión, pero encantada también con la proximidad de la joven, la ágil energía de su delgado cuerpo, los tiernos brotes de sus pechos, el tenue motivo de las pecas en su nariz,

que, a tan poca distancia, parecían correr por debajo de la superficie de su piel, como bajo un velo lechoso.

Sentada en su silla de planchar, la hermana ajustó la cofia sobre la cabeza inclinada de Sally, se la colocó por encima de las orejas y le apartó el pelo con la tierna brusquedad de una madre atareada. Sally cerró los ojos y colocó las manos en las hinchadas rodillas de la hermana. Su aliento olía a miel y galletas saladas. Al principio, se reía, y sus irregulares dientes se engancharon en la tela de la túnica al pasar por sobre su cabeza, pero después adoptó una expresión solemne, con los ojos cerrados, mientras la hermana alisaba y remetía el pelo, pasando suavemente la punta del dedo con la cicatriz por la frente y las mejillas de la muchacha. Ajustó el vestido en su sitio y se echó hacia atrás para contemplar a Sally a la luz del sol que entraba en el sótano.

La hermana movía la cabeza, como si desaprobaba aquella charada y no participase en ella, pero lo que de verdad la movía a hacerlo era la belleza natural de la sencilla cara de la muchacha enmarcada por la tela blanca, una cara pura e intemporal y tan inocente como si acabara de formarse. Apartó un poco a Sally para liberar sus doloridas rodillas del peso de la muchacha y encajó la toca sobre la cofia. Después levantó el velo negro de la hermana Jeanne, recién planchado, y lo colocó con delicadeza en la cabeza de Sally. Cogió una horquilla de su propio velo para sujetarlo en su sitio.

Cuando Annie bajó las escaleras justo después de las cinco en punto, jadeante y disculpándose por haber tardado más de lo habitual, porque había corrido a casa para dejar algunas cosas, la hermana Illuminata, sentada en su silla junto a la tabla de planchar, dijo, como si tal cosa: «Oh, Sally ya se ha ido».

—¿Cuándo? —preguntó Annie—. No la he visto en la calle. ¿Cuándo se ha marchado? No me la he cruzado en la calle.

La muchacha salió de la sombra de la caldera a un raudal de luz que llegaba de la alta ventana del sótano. Imitando perfectamente a la hermana Jeanne, tenía las manos metidas en las mangas y los ojos bajos. Al avanzar, agachaba la cabeza al modo de la hermana Jeanne, gesto que entrañaba una tremenda timidez, así como un fútil y desesperado intento de suprimir —como una tapa en una olla hirviendo, decía a veces Annie— el irresistible impulso de romper a reír.

El perfume de la luz del sol se elevaba de la ropa de la hermana Jeanne. La tarde de primavera avanzada lanzó un rayo de oro por la alta ventana. Aterrizó a los pies de Sally.

Con la cabeza gacha, no podía ver a su madre, pero sí que oyó su manifestación de sorpresa.

—¿Qué demonios...? —susurró Annie.

—Permítame presentarle a un nuevo miembro de nuestra comunidad —dijo la hermana Illuminata—. Es la hermana St. Sally, la hermana St. Sally de los Calcetines Apestosos.

La risa de la monja fue baja y profunda y la de Annie, después de una pausa, transmitía una cálida impaciencia.

—¡Qué dos! —dijo. Estaba quitándose su abrigo de entretiempo—. ¡Vaya par de dos que sois! ¿Es ese el hábito de Jeanne? ¿No le parece un sacrilegio, hermana?

Sally avanzó, uno o dos pasos, por todo el pasillo que formaba el sol primaveral.

El dorado rayo de sol que llegaba por la alta ventana del sótano era como la luz que en las imágenes religiosas caía sobre las cabezas inclinadas de los santos. Extendía los brazos y se maravillaba ante su elegancia dentro de las anchas mangas, sus muñecas tan delgadas y blancas

frente a la sarga negra. Se sentía henchida de la confianza y la paz de la hermana Jeanne. Aunque carecía de un espejo en el que mirarse y solo contaba con la boba risa de su madre y de la hermana Illuminata para juzgar, comprendía que estaba transformada, que incluso su voz, amortiguada como estaba por la tela que le cubría las orejas, la voz que las otras dos le habían recomendado tantas veces bajar, era entonces algo totalmente distinto, algo solemne, digno y profundo. Sabía que estaba destinada a ser monja.

Aquella noche, cuando Sally susurró sus intenciones a su madre, en la oscuridad, en la cama que aún compartían, Annie se preguntó si sería oportuno señalar que la capacidad de su hija para imitar a la perfección a la presuntuosa señora McShane, a la agobiada señora Odette e incluso a la ruidosa señora Gertler, del piso de debajo del suyo, en modo alguno era una prueba de que estuviese destinada a ser la esposa de un concejal, una cocinera de convento o una casera judía con una docena de pelucas.

Pero, ante los vivos ojos de la muchacha, que brillaban junto al suyo, resistió la tentación de gastar bromas.

—¿Ya estás pensando en cómo te separarás de mí? —dijo en cambio.

Y en modo alguno quería que su voz pareciera tan apenada.

Cuando Sally era aún pequeña y la bajaron del cochecito de niño para cedérselo a otro de los numerosos hijos de la señora Tierney, se aferró a la falda de su madre, mientras se abrían paso por las calles. Bajo la áspera tela, los movimientos de las caderas y las piernas de su madre siempre eran firmes, sin vacilaciones, e incluso de niña Sally sintió la confianza que le inspiraban aquellos rápidos pasos, como si sus propios pies los dirigieran. Cuando su madre la cogía de la mano, porque las multitudes en la calle se iban haciendo más nutridas o estaba poniéndose el sol y se encendían las luces de la calle o porque debían pasar rápidas por delante de algo o alguien, la amplia y fuerte presión de sus dedos no es que fuese tranquilizadora... es que era la seguridad misma.

Toda su vida, Sally había conocido aquella seguridad.

Había visto las manos de su madre despachar un montón de ropa en una tarde, las había visto transformar una maraña de ropa blanca en una alta y perfecta pila lista para el armario, de una belleza arquitectónica. Su madre sabía armar una ratonera en un santiamén, desha-erse del destrozado bicho —tirándolo por la ventana trasera al patio— y después encender una cerilla con un papirotazo del pulgar para dispersar el dulzón y empalagoso olor del ratón muerto.

Su madre sabía retorcer con destreza el cuello de un pollo, desplumarlo, regarlo con grasa y servirlo. Sabía preparar una cataplasma, un cubo de pegamento para fijar el papel pintado, una masa de pan, una mezcla para hacer pasteles.

Su madre sabía calmar un torrente de lágrimas con el roce de su fuerte pulgar. Sabía dejar profundamente dormida a su hija con el suave tamborileo de las puntas de sus dedos a lo largo del espinazo de la niña.

En la lavandería del sótano, Sally veía a su madre coger pótimas de los altos estantes de la hermana Illuminata y manejar con soltura incluso las botellas marrones con lo que la hermana llamaba la marca del diablo: una calavera y huesos cruzados de pesadilla.

Veía a su madre coser —con el pulgar y el índice moviéndose rápidos, ligeros, para arriba y para abajo, y los otros tres dedos extendidos elegantemente, con destellos de la aguja plateada y el dorado titilar de su anillo de casada— con sus rápidas y seguras manos y puntadas tan perfectas,

tan regulares, que el vestido parecía (dijo en cierta ocasión la hermana Illuminata) haberse arreglado solo.

La hermana Illuminata, tras levantar la vista de la tabla de planchar, el cepillo de fregar o el escurridor, observaba a su madre en pleno trabajo. La admiración de la monja solía pasar sin comentarios, pero, en su tranquilo submundo, Sally lo veía.

También veía que la hermana Jeanne levantaba la cara al oír la risa de la madre, como para captar un cálido sol. ¡Qué miradas de aprobación echaban la hermana Dymphna, la hermana Eugenia, cualquiera de las monjas, al vestido de segunda mano de su madre, perfectamente ajustado y reparado, o a la ropa dominguera de la propia Sally procedente de la cesta de donaciones, siempre que se cruzaban en la calle después de la misa! Desde detrás de sus tocas con anteojeras, la admiración de las monjas resultaba clara y palpable.

E incluso la valiente señora Tierney se recostaba en su sillón, presa del más puro asombro, cuando su madre contaba alguna historia en la que había levantado la voz: cuando el carnicero tocaba con un dedo la balanza, el agua caliente de la casa se volvía tibia o el agente del seguro no apuntaba correctamente el pago satisfecho. «¡Así que hablaste claro!», decía la señora Tierney, atónita, embargada de admiración y orgullo, y su madre respondía, todo fuerza y seguridad: «¡Pues claro que sí!».

Madre e hija compartían aún la misma cama, como habían hecho desde que nació Sally. Se despertaban al mismo tiempo y juntas bajaban la escalera del piso justo después del amanecer. Los paseos a primera hora de la mañana con la señora Tierney se terminaron cuando todos los niños acabaron en la escuela, pero el gusto de Annie por las costumbres fijas era muy fuerte y seguía deteniéndose la mayoría de las veces a ver a su amiga, con frecuencia en otro piso ligeramente mayor; los seis niños Tierney crecían tan rápidos, que la nueva casa apenas tardaba en quedarse pequeña. Como siempre, en el hogar de Liz Tierney reinaban el caos y el desorden. Luego la marcha a la escuela, con los niños Tierney formando como un enjambre, y, justo después de las tres de la tarde, Sally bajaba la escalera del sótano balanceando el hatillo de los libros y con una historia que contar y, acabado el día, madre e hija volvían a casa al anochecer, contempladas por los vigilantes ojos de la señora Gertler, para la cena ligera que tomaban juntas en la mesa del comedor. Después, la limpieza y una hora en el sofá: Annie con su labor a destajo y la radio, Sally con sus libros o el periódico o, si este traía malas noticias o si había sido un mal día, rezaban el rosario juntas y alternando las voces.

Las oraciones se repetían y pasaban de madre a hija, siempre pronunciadas con voz clara y fuerte, como para que las oyera alguien en la habitación contigua.

Apagaban las luces y comprobaban el piloto del gas. En invierno, Annie se subía a una silla para cerrar el montante sobre la puerta. En verano, lo hacía para abrirlo. Madre e hija se desnudaban juntas —la costumbre eliminaba toda cohibición, si bien no dejaban de mostrar recato dándose la espalda— y después se metían en la cama, Annie siempre en el lado de Jimmy. Se cogían de la mano bajo las mantas, se pegaban como dos cucharas o simplemente ponían la punta de los dedos en el hombro o en el brazo de la otra. Un intercambio con susurros en la oscuridad: no debemos olvidar el dinero del alquiler, los vestidos de la caja de donaciones que servirán, seguro, a las gemelas Tierney, diez centavos para las misiones, hilo de zurcir para las medias de las hermanas. Debemos recordar que mañana es primer viernes... sin desayunar.

Cuando las veía en el vestíbulo, la señora Gertler acostumbraba a decir: «Cada vez más

parecen hermanas y no madre e hija», y las dos se ruborizaban, reacias a concluir qué era preferible.

Cenaban en el piso de los Tierney, en Navidad y Semana Santa, desde luego, pero también no pocos domingos entre esas fechas, y Sally vio que el señor Tierney, hombre sonriente y de bigote poblado, era el tema de conversación favorito de la señora Tierney en las mañanas de entre semana, en que él no estaba en casa, pero en persona su presencia apenas cambiaba nada. Se sentaba en la cabecera de la larga mesa, trinchaba el pavo o el jamón cocido, se mostraba cortés con su madre y, cuando se dirigía a sus hijas, incluía a Sally, pero, acabada la comida, se retiraba tras su periódico, salía a la escalera de incendios a fumarse un puro o desaparecía en el dormitorio tanto tiempo que Sally siempre se sobresaltaba al verlo regresar, a veces vestido con su regio uniforme de portero, como un actor en el escenario, con charreteras y flecos y la gorra bajo el brazo. «No hay descanso para los agotados», decía y después desaparecía, pero no por ello se notaba cambio alguno en aquel atestado hogar.

De niña, Sally pensaba que se casaría con un hombre uniformado y presidiría un piso abarrotado, como el de los Tierney, pero el atractivo de aquel sueño nada tenía que ver con la falta de una presencia masculina en su vida. No notaba esa falta. El sueño se debía simplemente al placer que advertía en su madre con el bullicioso y cómico hogar de los Tierney: la música y el dramatismo de las conversaciones, las discusiones y los ajustes de cuentas. Su madre cogía en brazos a los niños Tierney, sobre todo los más pequeños, como si fueran suyos. Los besaba en el pelo o se los sentaba en las rodillas. Conforme a la experiencia de Sally, el hogar de los Tierney era el único lugar de la Tierra en el que su madre accedía a tomar una copa, en el que sus mejillas se encendían con la risa. De niña, a Sally le daba placer imaginarse presidiendo algún día un hogar como el de los Tierney... aunque solo fuera por el excelente regalo que semejante vida, tan poblada de gente y tan tranquila, sería para la madre a la que amaba con toda su alma.

—¿Ya estás pensando en cómo me abandonarás? —le preguntó su madre en la familiar oscuridad de la habitación que siempre compartían.

La voz de su madre era compungida y oírla hizo que a Sally se le saltaran las lágrimas. La verdad era que en modo alguno había pensado en su madre en el momento en que el rayo de sol de las imágenes religiosas cayó sobre su cabeza o en las horas posteriores.

—Aquí no hay sitio para novicias —dijo su madre—. Te mandarán a la maternidad de Chicago.

—Ya lo sé —contestó Sally.

—Según creo, es una ciudad sucia —dijo Annie.

—Me gustaría verla.

—Tendrás que estudiar Enfermería. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —susurró la muchacha.

—Y después tendrás que ir a donde te manden. No hay garantía de que puedas volver a casa.

—Sí —dijo Sally.

—Dejarás atrás el mundo —dijo su madre.

—Ya lo sé —contestó Sally con voz plácida.

—Me dejarás atrás a mí.

En la pálida oscuridad de la habitación, Annie volvió la cara sobre la almohada. La luz de la calle se colaba por las desgastadas persianas, por lo que pudo ver las lágrimas que estaban

brotando en los ojos de su hija. Las vio derramarse —un líquido gris y brillante— y comprendió al momento que sus palabras habían intensificado la vaga decisión de su hija.

Fue el mismo error que había cometido su madre viuda al poner toda clase de objeciones a que Annie se marchara de casa para seguir a Jim. Este no tenía empleo ni porvenir y no había prometido casarse con ella. Era —así lo llamó su madre— raro: se reía y se mostraba encantador y unos minutos después guardaba un silencio sombrío. También su madre era extraña.

Todo lo que decía sobre él no podía ser más sensato, pero, en el fondo de todo argumento razonable que aducía la mujer mayor, Annie oía su miedo, su necesidad. Las dos hermanas de Annie estaban en Londres; un hermano, en Liverpool. Su hermano mayor vivía en la misma calle, pero ya tenía un par de hijos. Su madre quería conservar a su última hija soltera para sí: el apoyo contra la soledad de sus últimos días.

Con cada advertencia acertada que emitía su madre, Annie cobraba mayor audacia. Su decisión se intensificaba, alimentada no por la total sensatez de su madre, sino por su nuevo desdén para con la debilidad de aquella mujer, su egoísmo. Hasta entonces, Annie había considerado más fuerte a su madre, más capaz de un gran sacrificio por la felicidad de su hija.

Veía, con el pensamiento, una mano de bruja que se alargaba, como desde una tumba, para atrapar la falda de una muchacha que ya había escapado, contenta.

—Oh, sí que volveremos a vernos —dijo Sally con calma en la oscuridad—. La vida es como un abrir y cerrar de ojos.

Desde luego, era enteramente la voz de la hermana Jeanne.

Bastante pronto, su círculo más amplio consideró a la muchacha destinada a la santidad. Annie veía que los chicos de los Tierney, siempre brutotes, listos para hacer travesuras, empezaron a cambiar delante de Sally, a suavizarse —pensaba Annie—, a bajar la voz y sonreírle tímidos. Las chicas de los Tierney no tardaron en rodear a Sally cuando caminaban hacia la escuela y de regreso de ella, como si fuera la Madonna de yeso en una procesión. Los chicos, Tom y Patrick, se mostraban entonces más remisos, de pronto vacilantes, casi sobrecogidos, aunque seguían —notó Annie— empujando y dando codazos a sus hermanas.

Annie supo por los maestros de Sally que había empezado a pasar los recreos en la iglesia y no en el patio del recreo y dirigía a la clase de octavo en el rosario, pero se negaba —la modestia en persona— a coronar la estatua de María en mayo: entregaba la corona, en realidad, a un niño sordo de uno de los cursos inferiores, un niño tímido y sin amigos.

—Exagera —dijo Annie a la señora Tierney.

Aquel otoño, cuando Sally pasó al instituto de bachillerato, las chicas Tierney contaron a su madre que unos chicos malos la habían llamado «sor Sally» y ella los había desarmado diciendo: «Exacto. La hermana St. Sally de los Calcetines Apestosos».

Alejaba con explicaciones amables a los pocos chicos que la perseguían en aquellos años —chicos serios o impopulares, la mayoría, que no se habían enterado de su vocación— y se elevaba por encima de los dramas románticos de las otras muchachas —la joven Matilda Tierney tuvo un desengaño amoroso propio de una ópera— con bondadosa comprensión y las manos metidas en las mangas.

«Prometida con Cristo», decía la hermana Illuminata, sentada a su tabla de planchar y embargada de admiración. Annie silenciaba el escurridor, se llevaba las manos a las caderas y decía: «¿Qué hombre aceptaría una promesa de una muchacha tan joven?».

Una hermosa recién llegada pasó brevemente por el convento —la hermana Augustina, delgada y elegante, de piel aceitunada y ojos hundidos, que, al cabo de tres semanas, había vuelto con su familia al padecer un colapso del pulmón— y Annie vio como Sally se apresuró a adoptar el etéreo deslizarse de aquella desdichada monja. Sabía que en la cabeza de su hija estaba formándose un idilio, el relato de una muchacha llamada por Dios y su egoísta madre viuda, que le cerraba el paso. Era un relato procedente en línea directa de las vidas de los santos: las jóvenes santas, en cualquier caso, que siempre chocaban con la oposición de sus padres o pretendientes o se dirigían a la muerte —con la vista puesta en las alturas— con su obstinación por atender la llamada del Señor. El propio Jesús desempeñaba el papel del galán de ojos preciosos, peligroso y extraño y tan seductor: Jim.

La hermana Illuminata entendió la oposición de Annie a la vocación de su hija. Entendió la lógica de una simple imitación. ¿Cuál de las hermanas conocía mejor que ella la verdadera naturaleza de Sally, propensa a las gansadas y la risa? Pero la hermana Illuminata había visto también la luz sagrada pasar por la ventana del sótano. Había visto transformarse la cara de la muchacha. Dijo a Annie: «Mi madre solía decir: “La mirada de un amigo es un buen espejo”».

Ahora bien, en las tardes en que estaba a solas con Sally, mientras Annie había salido a comprar, la hermana Illuminata le daba ánimos entre susurros. Decía a la muchacha que no era el sacrificio lo que le había inspirado su vocación ni la renuncia a la vida, la familia y el mundo —«abandonar esto y lo otro y qué se yo qué más» era como lo expresaba, desdeñosa—, sino la idea de que Cristo en persona la había llamado para llegar a ser, en un mundo horrible, el puro y limpio antídoto de la suciedad, del dolor.

Todas las cosas humanas se orientaban en esa dirección, decía la hermana Illuminata. En las tardes ya menguantes, estaban solas en el sótano. Por culpa del pecado original —decía a la muchacha— todas las cosas humanas se inclinaban a la suciedad, la decrepitud, la sordidez y el hedor. Señalaba a las altas ventanas del sótano. «Mira ahí fuera, si tienes ojos para ver.»

Todas las cosas mortales tendían a la ruina, decía la hermana, es decir, al dolor, al sufrimiento. La intención del diablo había sido siempre —decía— la de convencer a los seres humanos de que no eran sino animales, nunca ángeles. Esa era la razón por la que nada había como el dolor para convertir a una persona en una fiera aulladora. Nada había como la enfermedad para apagar el alma, nada como el hedor para desanimarnos, nada como la suciedad para arrastrarnos por el suelo.

La vida de una hermana enfermera es el antídoto de las ambiciones del demonio: una vida inmaculada y pura.

Una hermana se hace pura —decía la hermana Illuminata—, inmaculada y pura, no para acreditar su alma con su sacrificio —su abandono del mundo—, sino para volverse el dulce y limpio antídoto del sufrimiento, del dolor.

«No se te ocurriría aplicar un paño sucio a una herida abierta, ¿verdad?», decía la hermana Illuminata.

Sentada en su silla junto a la tabla de planchar, con sus rodillas hinchadas por la artritis bajo la túnica negra,ladeaba la toca hacia un cúmulo de pañuelos blancos, recién planchados y apilados, como si ejemplificaran esa afirmación suya. Sally, conocedora de sus costumbres, como de todos los ritos de la lavandería del sótano, tomaba los pañuelos del extremo de la tabla de planchar y los colocaba con cuidado en la cesta de mimbre de la mesa de coser de su madre.

Cuando esta volviera, los llevaría al piso de arriba, los distribuiría por cada una de las pequeñas cómodas de los cuartitos de las hermanas.

Levantaba la cesta de manteles y servilletas que su madre había recogido de la línea de la ropa tendida antes de salir. En la jerarquía de las tareas, la hermana Illuminata siempre reservaba cualquier planchado doméstico para el final del día, por si flaqueaba su energía. Sus mejores trabajos los hacía por la mañana y estaban dedicados a los hábitos de las hermanas, a lo que quiera que fuese a ir destinado a las residencias de los enfermos o a las nuevas donaciones para los pobres. Raras veces lavaba y planchaba su propio hábito. «Los últimos serán los primeros», decía entonces.

—Hace mucho tiempo que no hago de enfermera —decía la hermana Illuminata, mientras Sally la ayudaba a extender el ancho mantel en la tabla de planchar. Era un tejido sencillo y basto de algodón destinado al uso diario y que entonces desprendía el olor del tendedero—, pero aquí abajo el trabajo es el mismo, ¿verdad? Algo así como una sanación. —Y se reía entre dientes de esa idea y después movía la cabeza como para disipar su vanidad. Indicaba a Sally que le trajese la plancha grande y anticuada que se encontraba en la rejilla de la caldera—. Aquí abajo, hacemos todo lo posible para transformar lo feo, sucio, manchado, ¿verdad? Lo devolvemos al mundo como si fuera un alma resucitada. Somos como el sacerdote en su confesionario, ¿verdad? —Y volvía a reírse entre dientes de su propia fantasía. La vocación de Sally la había vuelto comunicativa.

La hermana Illuminata rociaba la tela. En aquellos días usaba una botella de Coca-Cola con un tapón de goma perforado. Se lamía la punta del dedo con la cicatriz y probaba la plancha. Acometía la tela con amplios golpes y bombeaba con el codo. «Gracias a nosotras, las hermanas salen inmaculadas todas las mañanas, ¿no? Un paño limpio que aplicar al mundo sufriente».

Sally, en el otro extremo de la tabla de planchar, decía en voz baja: «Es verdad».

Las dos trabajaban juntas en silencio, moviendo el mantel por la tabla y doblándolo con cuidado, y la hermana aplicaba la plancha caliente a lo largo de cada una de las costuras dobladas. Al final, acabado el planchado, la hermana dijo: «Ahí tienes un nombre para ti». Estaba disponiendo la tela aún caliente sobre el antebrazo de Sally, para que se la llevara arriba, al comedor, y se la colocase en el cajón de abajo del aparador. «María Inmaculada», dijo, aún un poco jadeante por el trabajo. «Ahí tienes un nombre precioso para una mujer, un gran nombre para una monja.»

Órdenes

Había las Hermanitas de los Enfermos Pobres, las Hermanitas de la Asunción, las Hermanas Enfermeras de los Pobres de la Congregación del Niño Jesús, las Hermanas Enfermeras de los Pobres de San Francisco, las Hermanas Dominicanas de los Enfermos Pobres de la Inmaculada Concepción, las Clarisas Pobres, la Pequeña Compañía de María. Había también las Hermanas de la Compasión Divina, de la Divina Providencia, del Sagrado Corazón. Había las Hermanitas Enfermeras de los Pobres de la Congregación de María ante la Cruz, *Stabat Mater*, su propia orden.

Pero también había las Hijas de la Sabiduría, las Hijas de la Caridad, las Hermanas de la Caridad, las Hermanas Benedictinas, las Hermanas de San José, las Hermanas de la Reparación de la Congregación de María. Había las Monjas Grises del Sagrado Corazón, las Monjas de la Visitación, las Monjas de la Presentación, las Doncellas del Santo Niño, las Hermanas Siervas del Espíritu Santo.

La hermana Eugenia admiraba a las Hermanas de la Misericordia. Su fundadora —«como la nuestra», dijo a Annie, como cortejando su orgullo nativo— era una mujer irlandesa, hija de una familia rica, llamada por Dios a servir a los enfermos pobres, primero en Dublín y después en toda Irlanda, Inglaterra y Estados Unidos. «Una orden maravillosa», dijo la hermana Eugenia. Nombró los hospitales que regentaban, las escuelas, el propio sanatorio del norte del Estado, en el que habían curado a la hermana Illuminata.

La hermana Joseph Mary, que se ocupaba de la pequeña biblioteca del convento, mencionó la residencia gratuita de Santa Rosa para cancerosos incurables, justo al otro lado del río y regentada por las Hermanas Dominicanas de Santa Rosa de Lima. Su fundadora fue la hija de Nathaniel Hawthorne, dijo, orgullosa, la hermana Joseph Mary. No era católico, explicó a Annie, pero sí un gran escritor.

¿Y acaso no hacían las Hermanas de San Francisco de Siracusa una labor maravillosa para los leprosos de Hawái? La hermana Dymphna tenía un álbum de recortes sobre asuntos inspiradores. Enseñó a Annie un recorte de periódico doblado en el que se mencionaba a la madre Marianne Cope. La mayor parte del artículo versaba sobre el padre Damián, el sacerdote de los leprosos que había invitado por primera vez a las Hermanas a Molokai, pero la hermana Dymphna había subrayado con tinta negra todas las buenas palabras sobre la monja. Había una foto de una joven leprosa: tenía destrozada la cara, una cara monstruosa, pero iba vestida con una falda y una chaqueta tan buenas como las que se ven en la Quinta Avenida, todo ello obra de la madre Marianne, según decía el artículo. Aquella monja —decía el artículo— tenía dotes para la moda.

¿Acaso no estaría Annie orgullosa de ver a su hija brindando belleza a aquellas almas

sufrientes?

Las hermanas del convento convenían en que —tal vez porque habían visto a la muchacha ayudando a la hermana *Illuminata* a subir y bajar la escalera del sótano— Sally desempeñaría una buena labor con los ancianos. Las Hermanitas de los Pobres francesas —la orden a la que en tiempos había tenido intención de ingresar la propia hermana *Jeanne*— hacían una labor maravillosa a ese respecto. Y las Hermanas de la Caridad tenían una residencia para los trabajadores domésticos más viejos, la mayoría inmigrantes, hombres y mujeres que por la edad habían dejado de ser útiles y ya no disfrutaban de la generosidad de sus empleadores, fieles servidores de los titanes infieles de la ciudad. ¿Acaso no sería Sally excelente para ellos?

O las viudas indigentes. Mencionaron a las carmelitas, que tenían una residencia en *Staten Island*.

Y, además, no había que olvidar las órdenes misioneras: las Hermanas de la Misión Extranjera de Santo Domingo, las Hermanas Misioneras del Inmaculado Corazón de María, de Nuestra Señora de la Victoria, de la Sangre Más Preciosa. También estaban las Monjas de la Caridad, que parecían estar en todas partes, haciendo de todo. Estaban las órdenes pedagógicas. Estaban las contemplativas y de clausura, aunque ninguna de las monjas del convento pensaba que semejante vida fuera idónea para Sally, quien, como habían observado, aún no podía estarse quieta en la capilla y se toqueteaba el pelo en la misa del domingo, y a quien, incluso entonces, pese a su vocación, su madre debía hacer callar cuando su atolondrada risa se elevaba por la escalera del sótano.

Entonces, debía ser una de las órdenes itinerantes, como la suya, una orden que la haría salir a trabajar entre los pobres. Con lo infantil que era ella misma, podría ayudar a atender a huérfanos. Las Hermanas de la Caridad regentaban el hospicio para niños abandonados de *Manhattan*. («¿Acaso no son un grupo muy atareado?», preguntó *Annie* a la señora *Tierney*.) En vista de su edad y su inocencia, su chispa de travesura, Sally podría, como hermana, inspirar y animar a algunas mujeres perdidas. Las Hermanas del Buen Pastor tenían una residencia para ellas.

—Dedicarla a ayudar a las prostitutas —dijo *Annie* a la señora *Tierney*—, enviarla a China, a África o a Hawái con los leprosos: eso es lo que proponen. Que trabaje en un orfanato, dicen, después de todo lo que yo he hecho para mantenerla fuera de él.

Cuando Sally estaba acabando el bachillerato, la hermana *Lucy* fijó sus amarillos ojos en la muchacha y después le dijo a *Annie*: «Que me acompañe durante una semana para que tenga una vislumbre de esa labor».

En aquella mañana temprana de junio, madre e hija entraron en el convento por la puerta principal, no por la trasera. Esperaron un momento, sintiéndose como visitantes en el silencioso pasillo, hasta que la hermana *Lucy* se dirigió hacia ellas aprisa por el pasillo desde la cocina. Iba vestida con su capa y llevaba su maletín negro. Sacó un velo blanco de postulante.

—Ponte esto —dijo la hermana *Lucy*—. No conviene que parezcas una turista —Y mostró una sonrisita por su broma—. Ven conmigo.

Annie ayudó a su hija a sujetarse el velo y después besó su suave toca en el momento de despedirse de ella. Sally dio unos pasitos apresurados tras la hermana *Lucy*, como si una falda larga le atara los tobillos, en modo alguno era su paso normal. Su madre se preguntaba a cuál de las monjas imitaba entonces. Se volvió. La hermana *Illuminata* estaba en el pasillo, delante de la puerta del sótano, apoyada en su bastón.

—Bautismo de fuego —dijo la hermana Illuminata.

La hermana Lucy

Sally se tocó el nuevo velo una, dos, tres veces, mientras seguía a la hermana Lucy. En la avenida, volvió la cara un momento para intentar captar su reflejo en los diversos escaparates de tiendas: pálida —parecía— con la luz de la mañana. Los destellos del nuevo sol apenas le permitían vislumbrar su cara. Se había puesto su vestido más sencillo y unos prácticos zapatos de tacón bajo, pero quería verse con el velo en la cabeza, quería observar la transformación detenidamente. En una esquina, miró en derredor con la esperanza de encontrar a algún conocido, alguien que fuera testigo de lo que había pasado a ser. «Deja de mirarte con esa cara de asombro», dijo la hermana Lucy, cuando cambió la luz del semáforo y siguió adelante. Sally la siguió, con la cabeza gacha.

Entraron en un edificio gris de cuatro pisos. Las escaleras eran de ladrillo, desportilladas por el uso; un cristal de la puerta de entrada estaba agrietado y reparado con cinta adhesiva marrón. La puerta no estaba cerrada con llave. En el vestíbulo había un cochecito de niño sucio y con los bajos cubierto de herrumbre. Una tabla de contrachapado con nudos cubría el fondo. Oía a gatos y a yeso húmedo. La hermana Lucy subió por la desnuda escalera y Sally la siguió.

La llave de la puerta del piso estaba en el aro de llaves que la monja llevaba atado al cinturón y guardado en el bolsillo de su túnica. Encontró al instante, sin necesidad de buscar, la llave correcta y abrió la puerta de una habitación pulcra y austera: dos sillas tapizadas, una mesa y una luz amarilla que se colaba por las persianas cerradas. Se torció un poco hasta lograr quitarse la capa, que colocó sobre una de las sillas, y al mismo tiempo dijo en voz alta:

—Buenos días, señora Costello.

—Buenos días, hermana. Estoy despierta —respondió una vocecita desde la habitación contigua.

En aquel momento, la monja estaba atándose a la cintura el delantal que había sacado de su bolsa. Se remangó las mangas, al pasar, seguida de Sally, del cuarto de estar a una pequeña alcoba —más oscura aún, con las persianas cerradas y las cortinas echadas— que olía a alcanfor. La mujer estaba acostada y se movía. Sally vio al instante —y se estremeció— algo que no estaba bajo la colcha: la pierna que le faltaba por debajo de la rodilla.

—Yo siempre sé cuando está usted despierta, señora Costello —dijo la hermana Lucy para corregirla—. Si hubiera estado usted aún dormida, no habría yo hablado en voz alta.

La mujer estaba tratando con esfuerzo de levantarse apoyándose en los codos. Su larga melena estaba recogida en una torpe trenza irregular y su blanca cara sin cejas, deformada por el sueño, era pequeña, con forma de corazón y arrugas finas.

—Ya sé que usted siempre lo sabe —decía, con voz baja e infantil e infantilmente exasperada

—, pero no sé cómo es que lo sabe usted siempre. ¿Quién es esta?

Sally sonrió con la sonrisa de la hermana Jeanne, pero no por ello se suavizó la expresión de la señora Costello. Pese a la palidez de aquella mujer, su cara transmitía un profundo desdén.

—¿Por qué viene siempre otra persona a mi habitación? —preguntó, y sacó hacia fuera su labio inferior—. Aquí con una de ustedes basta.

La hermana Lucy no respondió, pero se atareó. Con un movimiento amplio de los brazos, abrió las cortinas, después las persianas y luego trasladó hasta la cama una silla de ruedas con respaldo de mimbre desde un rincón del cuarto.

—¿Ha pasado usted una buena noche? —preguntó.

—No —dijo la mujer, sin dejar de mirar, descontenta, a Sally—. En absoluto. He tenido unos dolores terribles en el estómago y no he pegado ojo en toda la noche.

—Entonces estaba usted despierta cuando se ha marchado el señor Costello —dijo la hermana Lucy.

—¡Cielos, no! —exclamó la señora Costello, irritada. Se aferraba a las sábanas, aun cuando la hermana Lucy ya había empezado a quitarlas. Hubo un breve tira y afloja. La hermana Lucy venció. La voz de la mujer se volvió estridente—: ¿Tiene usted idea de la hora en que mi marido se marcha por la mañana, hermana? ¿Quién va a estar despierto a esa hora?

La hermana Lucy liberó el borde de la colcha de las manos de la señora Costello. Con cuidado, dobló un poco las mantas. El camisón se le había subido por encima de las rodillas. Sus piernas eran blancas como la cal y estaban cubiertas de un vello pálido. Tanto la pierna entera como la corta parecían inertes. La mujer daba visos de no querer moverse. De repente y sin preliminares, la hermana Lucy se inclinó y rodeó con los brazos a la señora Costello, la levantó de la almohada, movió la pierna entera hasta el borde de la cama y después la otra. Bajo su camisón azul, el torpe muñón de su pierna amputada, brillante de cicatrices, pareció agitarse con vida propia. Sally no pudo por menos de apartar la vista.

—Esto explica sus dolores de estómago —dijo la hermana Lucy. Sally volvió a mirar. Había manchas de sangre en la sábana blanca y sangre en el dobladillo del camisón.

—¡Huy, Dios mío! —dijo la señora Costello.

La hermana Lucy se dirigió a Sally.

—Ve a llenar la bañera —dijo—. Calienta agua en el fogón.

Todo en aquel pequeño piso era sobrio y estaba ordenado. La bañera estaba en la cocina, cubierta con un mantel blanco y limpio que la hacía parecer un altar. Junto a ella había una caja de madera para las botellas de leche, donde Sally encontró el jabón, un cepillo de fregar y una caja de epsomita. Encontró una olla de hierro fundido, la llenó de agua y encendió la llama debajo de ella. Acababa de abrir el grifo de la bañera, cuando la hermana Lucy condujo a la mujer hasta el umbral en la silla de ruedas.

La señora Costello tenía puesto aún el camisón y la trenza suelta sobre el hombro. Llevaba un par de toallas finas sobre el regazo. La hermana Lucy movió, como una experta, la silla para delante y para atrás hasta que consiguió cruzar el umbral y, para gran satisfacción suya, la colocó junto a la bañera con patas en forma de garras de ave. Añadió el agua caliente procedente del fogón, probó la temperatura con el dedo y añadió un chorrito más. Cogió las toallas del regazo de la señora Costello, se las entregó a Sally y después, en un instante, levantó el camisón por encima de la cabeza de la mujer. Sally apartó la vista, pero la hermana dijo: «Mete esas manchas en agua

fría». Sally dejó las toallas en el suelo y llevó el camisón a la pila de la cocina. Dejó caer agua fría en las manchas de sangre. Al oír el grito de la señora Costello, miró por encima del hombro y vio a la mujer, que no cesaba de forcejear, en los brazos de la hermana Lucy. El contraste entre la ancha espalda negra de la monja, sólida e informe con el velo, y las flacas y desnudas extremidades blancas y agitadas de la mujer era grotesco, sobresaltaba. Podían haber sido de dos especies diferentes: un avestruz en brazos de un gran oso negro, un saltamontes en el pico de un enorme cuervo. Por sobre el hombro de la monja, Sally veía la boca de la señora Costello abrirse y cerrarse. Estaba haciendo un ruido chirriante y agudo y, mientras forcejeaba, la mirada de Sally se cruzó con la de ella, impotente y presa del pánico. Su torso se resistía. Parecía decidida a tirar la toca de la hermana y trepar por encima de la cabeza de la monja. Había grandes mechones de pelo pálido, del color del humo, bajo sus brazos extendidos y también entre sus flacos muslos. «Tengo miedo, tengo miedo», gritaba y miraba la bañera como si fuese un muro de fuego. La hermana Lucy dijo, severa: «Basta. Basta ya de tonterías», pero bajó a la mujer hasta el agua con asombrosa delicadeza, sin apenas salpicar. Sus mangas se engancharon brevemente en el borde de la bañera, pero su velo estaba recogido magistralmente con una cinta negra... ¿cuándo lo había hecho?

Una vez sumergida, la señora Costello se calmó. Solo se oían como unos sollozos entre susurros y chupeteos. La hermana Lucy miró en derredor y después gritó: «Quita esas toallas del suelo sucio».

Sally obedeció —aunque notó, un poco resentida, que el desgastado suelo de madera en modo alguno estaba sucio— y después apretó las dos toallas ásperas contra su pecho. La mujer, desnuda en el agua, era un espectáculo horrible y, sin embargo, Sally no podía apartar la vista. A veces había visto fugazmente el sólido cuerpo de su madre en el baño, pero nunca a otro ser humano así de expuesto. El cuello, los brazos y los pequeños y arrugados pechos de la mujer eran flacos, pelados, como si la carne hubiera sido raspada con un cuchillo romo, como si estuviesen tallados en jabón Ivory. La pierna entera de la señora Costello flotaba, la otra se agitaba, floja, cuando ella se movía, y después, de repente, plácida, se frotaba las manos con el jabón y se inclinaba hacia delante para que la hermana Lucy pudiera lavarle la espalda. La cola de su trenza se había oscurecido con el agua. Una fina mancha rosada surgió en la bañera de entre sus muslos.

—Quédate vigilando —dijo la hermana, al tiempo que se erguía, y después abandonó el cuarto.

Una vez más, la señora Costello volvió sus azules ojos hacia Sally. Estaban hundidos en su cráneo y la carne que los rodeaba tenía un tono oscuro, pero los propios iris eran vívidos. Su pálida desnudez los volvía aún más chocantes. Sally le sonrió. No se le ocurría nada que decir. La mujer la miró, inexpresiva, durante todo un minuto y después fijó la atención en el jabón. Le vino a la cabeza la palabra *descarada*, que usaba su madre: la mujer no hizo el menor ademán de taparse, de disculparse, de pedir perdón por su lamentable estado.

Cuando volvió, la hermana Lucy traía en los brazos la ropa de la señora Costello: un vestido sencillo, medias de lana y la ropa interior. Encima de todo llevaba un paño blanco y tenía cuatro imperdibles en la boca. La hermana, muy experta, ajustó con imperdibles el paño dentro de las bragas y después cogió las toallas de los brazos de Sally. Colocó una en el asiento de la silla de ruedas y se echó la otra sobre el hombro. Levantó suavemente a la señora Costello de la bañera —en aquel momento la mujer estaba tan confiada como una niña de pecho—, la colocó sobre la

silla y la secó con frotos vigorosos. La vistió, levantándola y empujando. En determinado momento, la señora Costello empezó a sollozar de nuevo, pero la hermana la hizo callar y guardó silencio. Después, con una brusca inclinación de la cabeza, la hermana Lucy le dijo a Sally que la siguiera hasta el dormitorio, donde maniobró la silla de ruedas hasta colocarla junto a la ventana para que la señora Costello quedara mirando afuera. Cogió el cepillo del pelo y se lo entregó a Sally. «Haz un buen trabajo» fue lo único que le dijo. Después retiró las sábanas de la cama y abandonó la habitación.

La larga melena rubia de la mujer estaba soltándose de su enredada trenza. Incluso Sally comprendió que se trataba de la torpe labor de un hombre. Deshizo la trenza lo más suavemente que pudo, mientras la señora Costello se movía en la silla, inclinándose de pronto hacia delante y volviendo la cabeza para mirar la calle hasta uno y otro extremo.

—¿Hace buen día ahí fuera? —preguntó y Sally le dijo que así era. Se echó hacia atrás de repente—. Mi marido me bajará esta tarde. Nos sentaremos un rato en el parque.

—Eso sí que será agradable —dijo Sally.

De pronto, la señora Costello echó las manos atrás para intentar golpear las de la muchacha.

—No dé tirones tan fuertes.

—Estoy intentando no hacerlo, señora Costello —susurró Sally. Pasó los dedos por las últimas marañas y soltó la trenza, con lo que notó el humano olor de lo que su madre llamaba el «cuero cabelludo invernal». Con cuidado y con titubeos, empezó a cepillar las puntas mojadas con una mano debajo de ellas para no dar tirones—. ¿Qué prefiere? ¿Una trenza o un moño? —preguntó a la señora Costello, al tiempo que desviaba la mirada y captaba en la ventana que tenían delante la tenue imagen de la cara de la señora Costello y de ella misma rondando por encima de esta con toda amabilidad.

—¡Huy, Dios mío! —dijo la señora Costello, pensativa. Inclino la cabeza—. ¿Qué le gusta a usted?

Era una nueva voz enteramente tierna y recatada.

—Primero le haré una trenza —propuso Sally— y después un rollo bonito. Así se lo hago a mi madre a veces.

Cosa que no era cierta. Su madre se peinaba sola. No podría haber explicado por qué había mentido.

Ya con mayor confianza, pasó suavemente el cepillo por el cuero cabelludo de la mujer. La cabeza de la señora Costello era pequeña y su pelo, fino... no como el suyo —pensó, no sin vanidad—, que tenía una preciosa ondulación, o el de su madre, que era irlandés, espeso y aún oscuro, su gloria suprema, como decía a veces. El cepillado removió la grasa del cuero cabelludo de la señora Costello, por lo que las raíces del pelo empezaron a ponerse tan oscuras como las puntas, aún mojadas del baño. Había mechones grises mezclados con el rubio y Sally recordó al señor Tierney cantando en la Navidad anterior a su esposa: «Cariño, estás envejeciendo: hebras de plata por entre el oro». «Está como una cuba», había dicho la señora Tierney, al tiempo que se apartaba de él, quien intentaba besarla —con su espeso bigote y sus labios húmedos— sin que dejaran de reír todos.

La señora Costello bajó la cabeza, mientras el cepillo pasaba por ella. Parecía ronronear un poco, con un murmullo agradable en el fondo de la garganta. En un plato sobre la cómoda había horquillas. Sally alargó la mano para cogerlas, al tiempo que miraba al espejo y veía su cara bajo

el corto velo. En el pañito de adorno que cubría la cómoda había una pequeña foto nupcial. La señora Costello estaba sentada en una silla y por debajo de su falda de encaje asomaban dos pies. En el regazo tenía un ramo de flores de seda. Su marido estaba de pie a su lado, con un sombrero hongo bajo el brazo. Era una versión más delgada y morena del lechero, al que conocía. Los dos tenían los ojos muy abiertos, estaban serios y tal vez asustados. Él parecía muy joven. Ella parecía algo apagada con su belleza solemne, como una de las muñecas de porcelana que también estaban juntas sobre la cómoda. Las caras de las muñecas estaban finamente agrietadas. Una de ellas tenía un ojo de cristal torcido.

Sally se volvió hacia la mujer. La señora Costello estaba sentada y calma entonces, con las manos sobre su regazo. Sally se sintió embargada de orgullo: estaba haciendo todo muy bien. Enrolló la fina trenza en un moño dorado y lo sujetó cuidadosamente con las horquillas. Le dio unas palmaditas y después se puso delante de la silla de ruedas para mirar a la mujer de frente. Se inclinó y le sonrió.

—Está usted muy guapa —dijo.

La señora Costello alzó la vista despacio, casi con timidez. Sus azules ojos buscaron los de Sally y esta retrocedió un poquito para sonreír a la mujer, pero entonces la mirada de la señora Costello se desvió hacia los tejados de la acera de enfrente. Los ojos se le volvieron distantes y brillaron con las lágrimas.

—Me duele —susurró la señora Costello, y señaló el lugar en que debería haber estado su pie—. Me duele. —Y después miró a Sally de frente. Tenía la boca arrugada como la de un niño cuando no puede resistir más las lágrimas. La sonrisa desapareció de los labios de Sally por la compasión.

—Estoy abandonada y sola —dijo la señora Costello.

La hermana Lucy gritó: «¡Tonterías!» al entrar en la habitación con la bandeja del desayuno. Echó un vistazo a lo que Sally había hecho con el pelo de la mujer, pero solo dijo: «Apártate». Colocó la bandeja sobre la cómoda y abrió una mesita de té que había estado junto al radiador. El trajín de la hermana pareció hacer volver en sí a la mujer, que entornó los ojos.

—¿Ha contado usted a esta muchacha lo que me pasó? —preguntó la señora Costello.

La hermana Lucy estaba colocando un paño de cocina en el pecho de la mujer.

—¿Qué le pasó? —Parecía solo vagamente interesada.

La señora Costello indicó su pierna amputada con gesto abrupto e irritado:

—Lo del pie —gritó—. Lo de la pierna. —Miró a Sally—. Me mordió un perro loco en un patio. Lo asusté y se lanzó sobre mí. Podría haber ido a por mi cuello.

La hermana Lucy estaba removiendo azúcar en el té de la señora Costello.

—Esa es una vieja historia —dijo con voz sosegada.

Pero la señora Costello estaba ya centrada en Sally y solicitaba su atención, mientras hablaba.

—Me aferré al poste para que aquel demonio no me derribara. Me raspé la mejilla. —Se tocó la cara—. Las otras mujeres que había en la calle me oyeron gritar y acudieron corriendo, junto con un hombre robusto, quien ahuyentó el perro a golpes y me llevó a casa. —La señora Costello levantó los brazos—. ¡Oh, sangré muchísimo!

—Tómese el desayuno —dijo la hermana Lucy. Se volvió hacia el baúl que estaba al pie de la cama y lo abrió y sacó ropa de cama limpia. Al volver a cerrar la tapa, se notó un breve aroma de cedro, un olor verde en la habitación cerrada—. Hay que vaciar ese orinal —dijo a Sally e indicó

con la cabeza la silla de madera con orinal junto a la cama.

Pero la señora Costello cogió la muñeca de Sally para retenerla allí.

—Apretaron demasiado los jirones de tela, fueron las mujeres, unas viejas. Los dedos del pie se volvieron negros. Mi marido tuvo que llevarme al hospital en el carro de la leche.

Sally, movida por la indignación de la mujer y mirando a la hermana Lucy, que no prestaba atención, preguntó:

—¿Nadie llamó a las hermanas?

Y la señora Costello negó con la cabeza.

—No, nadie —dijo.

—Alguien debería haber llamado a las hermanas —dijo Sally.

La hermana Lucy se volvió hacia las dos.

—El orinal —dijo a Sally, y a la señora Costello—: Piense en otra cosa, señora Costello. Tómese su desayuno y rece sus oraciones.

La monja volvió a su tarea de hacer la cama y Sally y la señora Costello cambiaron una mirada que concertó una breve alianza entre ellas y contra la monja. Entonces la señora Costello soltó la muñeca de Sally y levantó la taza de té.

—Esta muchacha debe saber lo que me pasó —dijo a la hermana Lucy, y sopló suavemente en la taza—. ¡Qué vergüenza, hermana! Debería usted habérselo contado, cómo se abalanzó aquel perro sobre mí en el patio.

La hermana Lucy sacudió la nueva sábana y la hizo ondear por encima del delgado colchón.

—¿Y qué patio era? —preguntó—. ¿El suyo?

La señora Costello hizo un gesto con la mano.

—No sé de quién era el patio —dijo.

La hermana Lucy estaba alisando la sábana, inclinada sobre la cama y extendiendo las manos como si nadara.

—Entonces debería usted haberse ocupado de sus asuntos —dijo, y después añadió para Sally—: El orinal: haz el favor de vaciarlo y limpiarlo.

Al levantar el orinal de porcelana del asiento, Sally contuvo la respiración. Apartó la vista del líquido amarillo y las tiras de sangre coagulada. Vació el orinal en el retrete y tiró de la cadena, después lo lavó en el lavabo, sin saber si debía usar la toalla limpia del toallero del baño o buscar otra cosa. Llevó el orinal mojado a la cocina con la idea de secarlo con las toallas que la señora Costello había usado en su baño, pero ya estaban, junto con las sábanas y el camisón, en un hatillo muy pulcro dentro de una bolsa de lona, listas para ser llevadas a la lavandería del convento. La cocina había recuperado su orden. Agitó el orinal en el aire y volvió a llevarlo al dormitorio aún húmedo, con la esperanza de que la hermana Lucy no lo viera.

Una vez que la señora Costello hubo acabado de desayunar y una vez retirada la bandeja y lavados, secados y guardados los platos, la hermana Lucy mandó a Sally a las tres habitaciones con una fregona seca y una escoba, mientras ella volvía a llevar a la mujer a la silla con orinal, cambiaba el paño y después colocaba un vaso de leche y un plato con pan, mantequilla y azúcar en la bandeja del té, al alcance de la mujer.

Desde el desnudo cuarto de estar, Sally oyó a la hermana Lucy.

—Una de las hermanas volverá hoy a darle el almuerzo. El señor Costello tiene que hacer algo en la ciudad. Ha dejado una nota. Regresará a casa a la hora de la cena.

Hubo un silencio y después, despacio, Sally oyó que la mujer volvía a llorar.

—Tengo miedo cuando se va —dijo entre sollozos—. Tengo miedo cuando estoy sola.

Lloró bajito un rato —un llanto infantil y desconsolado— y después, de repente, su voz recuperó la irritación.

—¿Me oye usted, hermana? —dijo en voz alta—. He dicho que tengo miedo.

—No hay motivo para temer, señora Costello —dijo la hermana Lucy con frialdad—. Diga sus oraciones para pasar el tiempo.

Y después se oyó un porrazo, como de algo caído o lanzado.

—Me duele —gritó la señora Costello—. ¿Me oye usted?

La voz de la hermana Lucy sonó como un trueno.

—Compórtese, mujer —dijo—. No vuelva a hacer algo así nunca más —y después musitó entre dientes—: Diga sus oraciones. Agradezca a Dios la vida que le ha dado. Agradézcale el buen marido que tiene. No va a conseguir otro.

Hubo un silencio tirante, durante el cual la hermana Lucy murmuró:

—Podría usted haber roto esta lámpara.

Cuando la señora Costello volvió a hablar, su voz era apagada, conspirativa.

—Mire este moño, hermana —dijo—. Es un nido de ratas. Quítemelo, por favor, antes de marcharse.

Desde el cuarto de estar en el que estaba, Sally oía las horquillas que caían en el plato.

Fue a la cocina a dejar el recogedor y la escoba. Los ojos le escocían con unas lágrimas —bien lo sabía— ridículas.

Cuando regresó al cuarto de estar, oyó a la hermana Lucy decir: «Es mejor dejarlo para que su marido decida. Volverá para la cena, como siempre». Y después salió del dormitorio, mientras se bajaba las mangas. Había una mancha de sangre marrón en su delantal. Cuando vio a Sally, se detuvo de pronto, como si la hubiera olvidado, y después volvió a cambiar de expresión. Miró un momento a la muchacha con los ojos entornados, como si reconociera en ella a una mentirosa o una ladrona, y después, poco a poco, apareció un tono purpúreo en la cara glacial de la monja. Bajó la cabeza, se quitó el delantal, lo dobló y lo metió en su bolsa y después cogió su capa. Dijo a Sally que fuera a buscar la bolsa de la ropa sucia.

Cuando estaban a punto de marcharse, la señora Costello volvió a llamar.

—Tengo miedo —dijo—. Por favor, no me dejen sola.

—Diga sus oraciones —le respondió la hermana Lucy.

—Me duele —dijo la señora Costello, pero con menor insistencia.

—Está usted bien —dijo la hermana Lucy, al tiempo que cerraba la puerta y daba la vuelta a la llave.

—Tengo miedo —dijo la señora Costello de nuevo.

Mientras seguía a la hermana Lucy por la escalera, Sally preguntó:

—¿Se puede quedar sola así?

—Perfectamente —dijo la hermana sin volverse.

Oía débilmente la voz de la señora Costello, aún quejándose.

—¿Es la pierna lo que le duele? ¿La amputada?

—Es un dolor imaginario —dijo la hermana Lucy—. No es real.

—Pero si lo siente... —dijo Sally.

—Quiere compañía, eso es todo —contestó la hermana Lucy—. No le gusta estar sola.

—Tal vez deberíamos quedarnos.

Ya habían llegado al vestíbulo y la hermana Lucy estaba saliendo por la puerta.

—Hay otras personas con mayor necesidad —dijo sin darse la vuelta.

En la acera, con la intensa luz, Sally se detuvo. Al notar las miradas de los transeúntes, se acordó de su blanco velo de enfermera. La hermana Lucy seguía adelante. Sally tuvo que llamarla dos veces: «Hermana», para lograr que se volviese. La hermana Lucy se detuvo un momento con el maletín en una mano y un reloj de hombre con correa negra en la otra. Adelantó su mandíbula, una mandíbula impresionante, por sobre su blanco griñón. Una pregunta, impaciente, se cruzó por su masculina cara. Sally empezó a caminar despacio para reunirse con ella. Iba a insistir más.

Dos mujeres que pasaban dijeron: «Buenos días, hermanas». Un hombre se llevó la mano al sombrero. «Hermanas.» La hermana Lucy contestó con la cabeza a los saludos.

—La pobre mujer —dijo Sally—. Un dolor imaginario no deja de ser dolor, ¿no, hermana?

—No seas soberbia —dijo la hermana Lucy con la rapidez de una bofetada.

Levantó la mano doblada.

—El sufrimiento —dijo— no oculta la naturaleza verdadera de una persona, sino que la revela. —Dentro de su toca, tenía los ojos entornados—. Cualquier mujer que desee una excusa para quedarse en la cama no dejará de encontrarla. —Hizo una pausa. Parecía estar pensando si debería continuar y después, tras encogerse de hombros levemente, continuó, inclinándose tanto hacia Sally, que el almidonado borde de su toca casi rozó la mejilla de la muchacha—. Hay mujeres que se casan sin idea de lo que entraña el matrimonio —dijo—. Algunas sufren las consecuencias y no dejan de parir todos los años. Otras imponen el sufrimiento a sus maridos. —Se irguió como para ver si Sally había entendido—. Aun cuando el perro que la mordió hubiese sido ahogado cuando era un cachorro, la señora Costello no habría dejado de encontrar una excusa. En Baltic hay una mujer con un brazo atrofiado y seis hijos. —Alzó las cejas, moteadas de gris—. Una mujer no necesita dos pies para dar un hijo a su marido.

Después la hermana Lucy dio media vuelta y se guardó el reloj en el bolsillo.

—Ahora voy a entrar aquí —dijo, al tiempo que indicaba otra casa adosada con otro porche desconchado y otra puerta deteriorada—. Voy a estar con la señora Gremelli en la habitación delantera. Hay que cambiarle las gasas. Tú luego reúnete conmigo ahí.

Sally se quedó un momento sumida en la incertidumbre. La hermana Lucy chasqueó la lengua y señaló con su nudoso dedo la bolsa de la lavandería que la muchacha tenía en la mano.

—Lleva esas sábanas sucias a tu madre —dijo con paciencia exasperada—. Y después vuelve rápido. —Y, cuando la muchacha se dio la vuelta, añadió—: Y deja de mirarte tanto, si es que puedes.

Una cosa quedó clara a Sally a lo largo de la semana siguiente: la hermana Lucy vivía con un nudo muy apretado de furia en el centro de su pecho.

Se había formado —un puño cerrado— cuando su madre murió de peritonitis, causada por un apéndice reventado.

Comprendió que la hermana Illuminata no era la única que sentía la tentación de contar historias de cuando vivía en el mundo.

La madre de la hermana Lucy había muerto de peritonitis causada por un apéndice reventado, cuando ella tenía siete años de edad. Los síntomas de la apendicitis, dijo la hermana Lucy, eran un

dolor terrible en la parte inferior derecha del abdomen, fiebre y vómitos.

—No hay que esperar para llamar al médico —dijo a Sally.

La hermana Lucy dijo que el apéndice en sí no servía para nada. Estaban esperando el tranvía juntas. La hermana Lucy no era partidaria de desperdiciar el tiempo.

—La razón por la que Dios lo puso ahí es un misterio —dijo la hermana Lucy.

El peritoneo, dijo la hermana Lucy, es una membrana que cubre los órganos del abdomen como una fina seda.

—Nuestro Creador es imaginativo, tal vez —dijo la hermana Lucy, no precisamente divertida.

La hermana Lucy, de siete años de edad, pasó tres días corriendo, sin dormir y aterrada, entre la cocina y la cama de la enferma, con una palangana, vacía y después llena, llena y después vacía, llena con un líquido amargo que, con el paso de los días, se iba volviendo cada vez menos consistente y oscuro, que olía a bilis salada y después a sangre; unas arcadas terribles, el ennegrecimiento de la piel de su madre.

Es una pérdida que no tiene comparación, dijo la hermana Lucy.

Dijo que la vida misma es una perspectiva desolada para una niña sin madre.

Tenía siete años de edad.

En un caso así, volvió a decir la hermana Lucy —«¿Me oyes?»—, cuando hay dolor en el abdomen, fiebre y vómitos, no hay que vacilar en llamar al médico.

—La hermana St. Saviour, Dios la tenga en su Gloria, tu tocaya —dijo la hermana Lucy— sabía infundir el miedo a Dios en cualquier médico que se mostrara desdeñoso con los pobres. —Estaban franqueando los apestosos pasillos de otro edificio de pisos—. Eso tengo que reconocérselo —dijo la hermana Lucy, con tristeza y un poco jadeante.

La hermana Lucy dijo que, cuando su madre murió, sus hermanos mayores ya se habían independizado. Su padre era un inspector fiscal de condado que les había brindado a todos ellos una vida holgada: un hombre bueno, pero serio, reservado, un hombre de su época. Trajo a su madre de Alemania para que criara a su única hija. La hermana Lucy dijo que fue una niña aplicada en la escuela, pero, tras la muerte de su madre, casi siempre silenciosa en casa: un puño cerrado.

Su abuela alemana dijo a la hermana Lucy que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que que un inspector oficial se librara de los tormentos del infierno, pero podría suceder, si ella rezaba por el alma de su padre.

—Conque eso fue lo que me dispuse a hacer —dijo la hermana Lucy—: salvar el alma de mi padre, con solo siete años de edad.

Una sonrisa poco frecuente alteró la apretada línea recta que era la boca de la hermana Lucy. Estaban las dos en un banco del parque compartiendo los bocadillos de pan con mantequilla que la hermana Lucy había traído del convento.

Su abuela y ella visitaban casi todas las iglesias de Chicago, decididas a salvar el alma de su padre. Ella se arrodillaba, paciente, junto a la anciana. Rezaba, paciente, en aquellos fríos reclinatorios, hora tras hora, hasta que las rodillas se le quedaban entumecidas. En la penumbra, con la luz de gas y de velas, sus ojos se paseaban por las escenas y las estatuas sagradas situadas detrás del altar o por encima de su cabeza. Los ojos se le aguzaban.

De niña, decía la hermana Lucy, llegó a conocer las leonadas colinas situadas tras el monte Gólgota como si hubiera caminado por ellas. Conocía las matas de hierbas en la lejanía, la forma

de un pequeño enclave de tumbas aún más alejadas. Conocía el tacto de la amarilla calavera en la base de la Cruz, como si hubiese pasado los dedos por su coronilla; conocía el sabor del polvo que cubría el suelo bajo los callosos pies del centurión. Veía la palidez en que se había sumido el mundo en el momento en que Nuestro Señor dio Su último suspiro.

Arrodillada junto a su devota abuela, la joven hermana Lucy estudió también la Asunción de María al Cielo, no simplemente el cielo azul y los ojos y las manos dirigidos hacia arriba, sino determinado pliegue de la tela de su ceñido talle, el delicado dedo del pie que toca una nube, los tonos carmelita y oro de un rizo de serafín.

Conocía las calles pintadas en las estaciones de la Cruz —piedras irregulares del pavimento y arcadas oscuras—, la forma como se tocaban mutuamente los hombros, mientras lloraban las mujeres a las que acogía Jesús.

Arrodillada junto a su abuela en iglesias de toda la ciudad, con las rodillas y los pies entumecidos y las manos y la cara enfriadas, la joven hermana Lucy penetraba tan enteramente en aquellas imágenes (conocía el afilado acero que perforaba el corazón de la Virgen, la carne aterciopelada del cuello del Salvador), que después, cuando la anciana y ella abandonaban la iglesia y seguían con sus tareas, se sentía impaciente por regresar. La fastidiaba cualquier hora ordinaria, la enojaban los asuntos insignificantes que interesaban al mundo. Tenía la sensación de que quienquiera que estuviese a su lado se interponía en lo que más deseaba ver: aquellos lugares en los que estaban desarrollándose los momentos esenciales, en que el tiempo y la eternidad se combatían, en que la terrible muerte cedía —la piedra retirada de la boca de la tumba— y el aliento regresaba, la carne se volvía caliente otra vez.

Sin embargo, la hermana Lucy decía que aquellos penetrantes ojos que la habían introducido tan vívidamente en la vida de Cristo no se podían desviar a voluntad. Cuando volvía a las calles, tras horas de plegarias, veía con la misma intensidad el enrojecido talón de un niño descalzo, la palidez de una tísica. Veía cómo el roce con la suciedad, que era desesperación, que era desesperanza, caía como hollín sobre las vidas de los pobres.

Veía lo que se debía hacer. Veía que Dios esperaba que lo hiciera.

La hermana Lucy dijo a Sally que habría preferido el silencio y la belleza de la vida contemplativa.

Dijo que su corazón se encogía ante lo que Dios le pedía, pero no lo rechazó.

La hermana Lucy sostuvo en la palma de la mano la hinchada y deformada pierna dolorida de la señora Gremelli.

—Edema —dijo a Sally—, cuando hay una acumulación de líquido así —y apretó suavemente la carne con el pulgar—. Fíjate en cómo permanece la marca: demasiada agua.

La pierna estaba moteada de llagas, algunas de las cuales supuraban. Arrodillada junto a la anciana, la hermana Lucy observó detenidamente cada una de las lesiones.

—Del latín —dijo la hermana Lucy— *laesio*, «herida».

La señora Gremelli era una mujer bajita y gruesa que sonreía a Sally y a la monja con su desdentada boca y con las manos cruzadas complacientemente sobre su abultado vientre dentro de su vestido negro. Hablaba poco inglés y el cuartito en el que vivía estaba atestado con dos camas, un sofá, una mesita y una silla y un alud de cajas y periódicos. Había una mesa-santuario con una estatuilla de la Santísima Madre en un rincón y atestada de velas votivas a su alrededor. Había olor a ajo, basura y cera de vela. El hijo que vivía con ella pasaba todo el día en el trabajo.

La hermana Lucy limpió la horrible carne de la mujer con una delicadeza exquisita y después la envolvió con las nuevas vendas que la hermana Illuminata y su madre habían enrollado.

Subió una media negra limpia por la pierna vendada con esmero, por la vieja y suelta carne de su muslo. Le enderezó la falda cuidadosamente. Al levantarse, la hermana Lucy colocó la mano sobre la cabeza de la mujer. La señora Gremelli, sin dientes y con los ojos nublados por las cataratas, alzó la vista hacia la monja y levantó sus moteados brazos en el aire como muestra de gratitud y súplica: María en su Asunción.

Otra mañana, al abandonar el piso de la señora Costello, mientras esta lloraba débilmente tras ellas, la hermana Lucy dijo que la vida de una mujer era un sacrificio sangriento. Esa era —recordó a Sally— nuestra herencia de Eva.

Si bien —dijo la hermana Lucy— la pobreza y los hombres hacían que una situación ya mala —nacer mujer— fuera aún peor.

La hermana Lucy se detuvo en la acera, con Sally tras sus talones, para cambiar unas palabras con una joven bonita que las había saludado calurosamente. Al cabo de unos minutos, la monja descubrió que la muchacha era una recién llegada y buscaba trabajo. La hermana le escribió el nombre y la dirección de una de las Damas Auxiliares, una mujer rica que buscaba ayuda doméstica: un empleo bueno y seguro —dijo la hermana Lucy a Sally, cuando reanudaron la marcha—, que preservaría a la joven de un matrimonio prematuro.

Al subir por la escalera de otro edificio de pisos, se encontraron con una mujer embarazada que bajaba con dos niños pequeños delante de ella y un niño de pecho montado en su enorme vientre. La hermana Lucy se detuvo a mirar a los niños. Chasqueó la lengua y tocó en círculo las calvas de sus cueros cabelludos y el redondo sarpullido del que iba en brazos de su madre.

—Tiña —dijo a Sally—. El término apropiado es *tinea*, que en latín significa «gusano que crece».

Sally se sintió estremecer ante esa expresión. Miró la carne inflamada y la falta de pelo y después apartó la vista.

—A mí me gusta usar una pasta de vinagre y sal —estaba diciendo la hermana Lucy—. La hermana Jeanne añade una paja del pesebre de Navidad, cosa absurda. —Y después añadió, renuente—: Aunque lo cierto es que obtiene muy buenos resultados con ella.

La hermana Lucy apuntó el número del piso de la mujer y prometió que una de las hermanas enfermeras acudiría a verla.

—Vamos a arreglar eso —dijo.

Y después fijó su atención en la propia madre, cuyo vestido estaba brillante de suciedad y grasa y cuyo pelo estaba recogido bajo un sombrero mugriento.

—¿Se porta bien su marido con usted? —le preguntó la hermana Lucy.

La hermana Lucy dijo a Sally que un buen marido —un marido bueno que fuera al trabajo todos los días y no se gastara el salario en bebida ni lo perdiese en las carreras de caballos, no pegara a los niños ni tratase a su mujer como a una esclava— era una bendición, pero muy escasa, en el mejor de los casos.

Dijo que incluso un hombre bueno acabará haciendo perder la paciencia a su mujer y que incluso una buena esposa podía transformarse en una bruja o una borracha o, peor aún, en una niña o una inválida para mantener a su buen marido alejado de su cama.

La hermana Lucy esperó a que el sonrojo de Sally se disipara —estaban almorzando, aquella

vez en la recién limpiada cocina de la anciana viuda a la que la hermana Lucy acababa de dar de comer y bañar—, antes de añadir que algunas mujeres, tanto ricas como pobres, optaban por fingir una enfermedad o fragilidad, incluso locura, para no sufrir el maltrato, la sangre y los conflictos, los riesgos mortales, de la vida de una mujer casada.

Con sus penetrantes ojos clavados en la muchacha, dijo:

—Nunca alentaré la vocación de una joven que venga hasta nosotras después de ver a una hermana o a su madre morir en el parto. Ninguna mujer debe ingresar en el convento por miedo.

La hermana Lucy dijo que los hombres mejores —le vino a la cabeza el señor Costello— pedían ayuda a las hermanas, cuando sus esposas enfermaban así. Se quedaban en el umbral perdidos y asustados, mientras las monjas entraban a atender a la mujer extenuada.

—Lo que se descubre con frecuencia es anemia —dijo la hermana Lucy—: palidez, debilidad. Esta vez procede del griego, *anaimia*, «falta de sangre».

—Puedes darle una cucharada de aceite de ricino — dijo la hermana Lucy— y después mandar al marido o a uno de los hijos a la carnicería para que compre un buen pedazo de hígado, mientras haces todo lo posible para sanear la casa: enviar la ropa sucia a la hermana Illuminata, bañar a los niños, despiojarles el pelo, abrir las ventanas, sacudir las alfombras; luego dar a la familia una comida decente, tras lo cual la madre tal vez se mueva para sentarse a la mesa y masticar unos trocitos de hígado.

Entonces podría volver a la vida, al recuperar el hierro en su corriente sanguínea, o podría ser que no.

La hermana Lucy dijo a Sally que, por no haber tenido nunca una madre perezosa, podría no saber que se debía distinguir a la madre que enfermaba y después se recuperaba de la que se recuperaba, pero no estaba dispuesta a abandonar los placeres de estar enferma.

—Nunca despilfarres tu compasión —dijo la hermana Lucy. Iban de nuevo camino de la casa de la señora Costello—. Nunca pienses ni por un minuto que vayas a borrar todo el sufrimiento del mundo con tu encanto.

—Siempre tendremos a los pobres con nosotras —dijo la hermana Lucy más de una vez en la semana en que Sally la acompañó. Lo dijo sin amabilidad ni resignación siquiera. Solo parecía enfadada—. Si pudiésemos vivir sin sufrir —dijo la hermana Lucy— no encontraríamos paz en el Cielo.

Iban de vuelta camino del convento al final de un largo día, cuando la hermana Lucy, que caminaba por delante de Sally, se detuvo bruscamente. Había una niña pequeña en un porche, vestida con lo que parecía el camisón de una hermana mayor que ella, las piernas desnudas y un par de zapatos rotos en los pies. Cuando Sally la alcanzó, oyó a la hermana Lucy preguntarle en tono severo por qué no estaba en la escuela. Llamó a la niña por su nombre: Loretta. La pequeña Loretta dijo que no había ido a la escuela aquel día porque sus hermanas no habían podido llevarla y, cuando la hermana Lucy le preguntó por qué había sido, la niña bajó la cabeza hasta sus rodillas levantadas. La hermana tuvo que decirle:

—Habla claro, niña.

La niña habló de mala gana y lo dijo todo de un tirón.

—Charlie se ha enfadado con nosotras esta mañana, porque estábamos riéndonos demasiado —dijo—. Ha encerrado a Margaret y a Tillie y no las ha dejado salir.

La hermana Lucy miró al edificio que quedaba detrás de la niña.

—¿Están aún dentro?

Y la niña, con ojos grandes y pelo revuelto, asintió despacio con la cabeza.

La hermana Lucy se echó las mangas para atrás y, sin más palabras, subió la escalera. Sally y la niña la siguieron, mudas.

Era un edificio agradable. Las escaleras estaban enmoquetadas. Una radio emitía una música suave en alguna parte. Los suelos olían a limpio. A la puerta del piso de la niña, la hermana Lucy llamó con los nudillos y después, sin esperar a una respuesta, llevó la mano al pomo y entró. Había un largo pasillo con poca luz, sin ventilar y caluroso. Al final del pasillo, había una habitación bonita con muebles oscuros y ribeteados con flecos de nudos, una mesa cubierta con un tapete de terciopelo y un gran espejo con marco dorado. En el asiento de felpa de una silla, había unos libros escolares, dejados de cualquier manera.

La hermana Lucy se detuvo un momento.

—¿Chicas? —llamó, pero después se internó por otro pasillo más corto que conducía a una puerta cerrada. Volvió a llamar a la puerta y también agarró el pomo sin esperar. Abrió la puerta y dijo—: Dios sea loado.

Sally miró por sobre el hombro de la monja el interior de la habitación en penumbra. Vio a dos muchachas más o menos de su edad, sentadas a cada extremo de una cama deshecha. Una, algo mayor, estaba vestida con una falda y una combinación de raso; la otra, más delgada y de menor edad, con un camisón blanco como el de Loretta. Las dos estaban atadas a los pilares de hierro de la cama con cinturones negros de cuero que les cruzaban varias veces las muñecas. Las chicas se esforzaron por sentarse cuando vieron a la monja. Cuando esta corrió hacia ellas, las dos rompieron a llorar lastimeramente y exclamaron juntas: «Oh, hermana». Por sus caras, resultaba claro que habían pasado el día llorando. Había un olor a orina en la habitación sin ventilar, olor a sudor.

La hermana Lucy estaba ya desatando el cinturón que mantenía a la muchacha mayor sujeta a la cabecera de la cama. Sally intentó con torpeza desatar el cinturón que mantenía atada a la otra: dos cinturones, en realidad; uno, largo, de hombre y con una hebilla sólida; el otro, la fina correa que podía haber sostenido los libros escolares del cuarto de estar. Los dos rodeaban, muy apretados, el descascarillado barrote de hierro y las finas muñecas de las chicas. Los dos cinturones les habían dejado marcas muy rojas en la piel y las puntas de sus dedos se habían puesto moradas.

Las muchachas dijeron a la hermana Lucy, entre lágrimas, que aquella mañana, al prepararse para ir a la escuela, se habían reído demasiado y habían irritado a su hermano. Se restregaron las muñecas. La más joven se había orinado en el camisón y se ruborizó, avergonzada. La mayor, con una falda escolar de gabardina, pero sin blusa, sino solo con su combinación de raso, se cubrió el cuello con una mano. Sally vio que estaba intentando ocultar una moradura en ella: parecía un capullo de rosa, una moneda pequeña. Vio que la hermana Lucy estaba también examinando aquella marca. Entornó los ojos. Sally se preguntó si no sería una marca de la tiña en el cuello de la muchacha.

Cuando se separaron de la cama, aún gimiendo, Sally siguió los penetrantes ojos de la monja, que recorrían la sucesión de verdugones rojos en sus pantorrillas y sus muslos: marcas de correa.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó la hermana Lucy.

—Trabajando —dijeron las dos chicas a la vez.

Había ido —dijeron— con la familia para la que cocinaba al lugar de veraneo durante una semana. Dijeron que se habían quedado a cargo de Charlie.

Sally vio la ira subir a los labios y a las comisuras de los ojos de la hermana Lucy. La imaginó elevándose como algo terrible, no digerido, desde su cuello, desde aquel nudo de furia de su pecho.

—Llévate a Loretta a la cocina —le dijo la hermana Lucy a Sally—. Mira a ver si hay algo de comer para ella. De paso, lávale las manos y la cara.

La niña se apartó cuando Sally fue a cogerla de la mano.

—Haz lo que te digo, niña —dijo la hermana Lucy, con tono frío, insistente.

La hermana Lucy cerró la puerta tras ellas. Sally la oyó decir: «Déjame verte el cuello».

La cocina era grande, limpia y encantadora, aunque los restos del desayuno estaban aún sobre la mesa: huevos, en sus copas, a medio comer, posos de leche y cortezas de tostadas frías. La risa que había irritado a su hermano debía de haber comenzado allí.

La propia mesa estaba cubierta con un mantel limpio y adornado con flores hechas con punto de cruz de hilo azul. En la ventana había cortinas azules limpias. En el fogón había una bonita tetera de cerámica. En conjunto, era un piso más agradable, notó Sally, que el suyo, pero, aun así, un piso de viuda: otra madre que salía a trabajar. La nevera estaba bien provista: leche, queso y un jamón pequeño. Mientras Sally hacía un bocadillo a la niña, Loretta volvió a explicar que Charles era su hermano y que, cuando su madre no estaba, ellas se quedaban a su cargo. Su madre era la cocinera de una familia de la ciudad de Nueva York. Según dijo Loretta, Charlie daba azotes a sus hermanas, cuando se portaban mal, pero nunca a ella. Era su favorita, dijo, contenta.

De repente, la niña guardó silencio, de rodillas en su silla y mirando hacia arriba. Cierta incertidumbre o tal vez miedo cruzó por su carita. Sally oyó pasos por el largo pasillo y después el propio muchacho apareció en el umbral de la cocina. Era alto, de pelo oscuro y no mayor que ella, y llevaba el uniforme escolar con la blanca camisa, las mangas remangadas y la corbata suelta. Le dijo, solo un poco sorprendido: «Hola, hermana», al tiempo que Loretta corría, se lanzaba a sus brazos y lo rodeaba con las piernas desnudas. «Hola, pequeña», dijo él. Sus brazos bajo las mangas remangadas eran morenos y musculosos. Era tan alto y ancho como un hombre hecho y derecho.

Y después, por sobre la cabeza de la niña, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—La hermana Lucy ha vuelto —susurró Loretta—. Está hablando con las chicas.

—¿Ah, sí? —dijo Charlie. Bajó a la niña al suelo y después miró a Sally. Estaba lo bastante cerca para que ella pudiera oler su sudor, que asociaba con el metro o el tranvía, con los trabajadores que montaban en las últimas horas del día con sus tarteras del almuerzo. Sus ojos eran de un azul oscuro y un mechón de su espeso pelo negro le caía sobre la frente. Se lo apartó, como si nada, con la mano. Tenía un profundo hoyuelo en la barbilla y barba incipiente, atractiva en un muchacho tan joven. Era apuesto.

—¿Eres una novicia? —le preguntó.

Ella dijo que estaba tan solo acompañando a la hermana Lucy aquel día, aprendiendo.

Él asintió con la cabeza, se metió las manos en los bolsillos y después se reclinó en el umbral, con un pie apoyado en la punta, sin dejar de mirarla. Sus hombros eran anchos bajo la camisa blanca. Era alto: un metro ochenta, supuso ella. Él paseó la mirada por el cuarto, sonriendo y

enseñando unos dientes blancos y regulares. Los ojos eran del color de aguas profundas. Era tan apuesto como una estrella de cine.

—La hermana Lucy es tremenda, ¿verdad? —dijo—. Yo la llamo «la de los Truenos».

Sally vio a la propia hermana Lucy entrar en el cuarto detrás de él. Traía su bolsa negra. Las dos chicas la seguían a cierta distancia y encogidas, parecía, a la entrada del pequeño pasillo. Ya estaban vestidas, las dos, y peinadas.

Sally no se había dado cuenta de que la hermana Lucy era una mujer baja, rechoncha incluso, con su hábito negro, hasta que estuvo junto a Charlie y alzó su dedo torcido hacia la cara de él. Él bajó la cabeza para mirarla.

—Como vuelvas a poner la mano encima a estas muchachas, haré que venga aquí la policía —dijo la hermana Lucy.

El chico se limitó a sonreír. Parecía amable y tolerante.

—Estaban dando guerra —dijo, paciente—. Mi madre me dijo que, cuando así fuera, les diese unos azotes. Están a mi cargo —añadió—. Tienen que aprender a comportarse.

—Conque te lo dijo tu madre, ¿eh? —repitió, sarcástica, la hermana Lucy entre dientes—. Yo conozco a tu madre y sé que no te dijo semejante cosa.

El dedo le temblaba. Incluso la toca y el velo parecían temblar. Agitaba los codos dentro de sus negras mangas: fuelles para el fuego de su indignación.

—Tenerlas todo el día encerradas —dijo con voz cada vez más estridente—, impedirles que vayan a la escuela. —La voz se le rompió—: Les has dejado verdugones en la carne.

Incluso las mandíbulas temblaban contra la apretada tela de su toca. Cerró la mano en un puño y lo agitó ante su cara.

—Sé qué más has hecho a esas chicas —dijo, casi con alaridos—, depravado.

El apuesto Charlie se encogió de hombros, separó las piernas, cruzó los brazos sobre el pecho y resultó aún más alto.

—Cuando mi madre está fuera trabajando —volvió a decir—, están a mi cargo.

Su sonrisa era como una mueca desdeñosa, pero también torcida, lo que la volvía infantil, encantadora incluso. Sus desnudos antebrazos estaban cubiertos de vello negro. Por encima de las mangas descuidadamente remangadas, bajo la tela blanca, había músculos. Sus piernas eran largas; sus caderas, estrechas.

—Mire, hermana... —dijo, y después guardó silencio. Miró a Sally y la señaló con la mano. Sus ojos eran de un azul intenso—. Estas chicas no son obedientes, como esta santa. Hay que castigarlas. —Movié la cabeza, amigable y con tristeza. Después volvió a encogerse de hombros y añadió—: Lamento tener que hablarle de algo que no conoce usted.

Sally sintió que las mejillas le ardían.

—Tú eres un descarado —dijo la hermana Lucy en tono normal. Había conseguido contener la voz. La pequeña Loretta estaba junto a su hermano y miraba a la hermana con ojos como platos.

La hermana Lucy dijo mirando a la niña:

—Como vuelvas a tocar, por poco que sea, a estas muchachas, traeré a la policía aquí. Recurriré directamente a Monseñor.

Ahora bien, no se podía por menos de advertir lo impotente, lo ridícula, que parecía la hermana Lucy, agitando un puño hacia él y temblando de rabia dentro de su larga falda negra y su absurda toca.

Charlie se agachó para coger la mano de la pequeña Loretta.

—Bien, hermana —dijo con desenvoltura—. Ahora cálmese. Tenía que darles una lección y lo he hecho. —Entornó sus brillantes ojos, sin dejar de sonreír—. Ya puede ir a ocuparse de sus asuntos.

—Bestia —susurró la hermana Lucy, al tiempo que se daba la vuelta—. Vamos —le dijo a Sally, y esta pasó rozándolo para cruzar la puerta.

Él podía estar riéndose para sus adentros.

—Hasta luego —dijo Loretta.

En el cuarto de estar, las dos muchachas estaban apoyadas una en la otra, como víctimas de una tormenta.

—Si vuelve a poneros la mano encima, dirigíos al convento de St. Ann, inmediatamente —dijo la hermana Lucy.

Las chicas dijeron que así lo harían, pero Sally se preguntó cómo iban a llegar al convento, si estaban atadas a su cama con cinturones de cuero.

—No vaciléis —añadió la hermana con voz débil, como si también ella lo entendiera. Dirigió la vista a la mayor de las dos, cuya mano estaba cubriendo de nuevo la marca de su cuello—. No dejéis que os toque.

Al bajar por la escalera del edificio de pisos, que estaba muy cuidada, sin rastro de telarañas ni de polvo, la hermana Lucy dijo:

—Si fuera un hombre, yo misma lo azotaría con la correa.

Cuando llegaron a la calle, la hermana Lucy dijo «Vamos» una vez más y después se alejó de la parada del tranvía que las habría llevado de vuelta al convento. Sally la siguió, caminando con rapidez —«Buenas noches, hermanas», susurraba la gente— cuatro manzanas, seis manzanas, hasta que llegaron a una iglesia roja y achaparrada con una extensa escuela contigua. Pasaron por delante de las dos y del vacío patio del recreo y después subieron la escalera de una rectoría de color carmelita. La hermana Lucy llamó a la puerta y esperó en el umbral con la cabeza gacha y moviendo un pie con impaciencia. La mujer que fue a abrir era sencilla y de expresión dulce, con bucles de pelo grisáceo. Llevaba un delantal de percal sobre el vestido.

—Hola, Trudy —dijo la hermana—, ¿está...?

La mujer asintió con la cabeza.

—Arriba —y después añadió, como un aviso— a punto de sentarse a cenar. A las siete tiene una reunión de la Sociedad del Nombre Sagrado.

—Solo un minuto —dijo la hermana Lucy y la mujer, de mala gana, las hizo entrar a las dos.

El vestíbulo estaba fresco, pese a que era junio, y tan oscuro como en invierno. Había dos sillas de cuero, de respaldo fino y largo, que flanqueaban un icono de un santo de ojos oscuros y airados. En el suelo de baldosas había una suntuosa alfombra persa. En el vestíbulo se notaba el olor a piedra de una iglesia, pero también un olorcillo de carne dorada al fuego procedente de la cocina. La hermana Lucy dijo a Sally que se sentara, pero ella siguió de pie. Se paseaba moviendo la mano libre hacia delante y hacia atrás, como si estuviera repartiendo naipes o recorriendo rápidamente las cuentas del rosario, pese a que la mano estaba vacía.

Sally nunca había visto a la hermana Lucy emplear tanta energía para lo que parecía una pantomima.

Más allá de ella, la puerta por la que el ama de llaves había desaparecido ofrecía la promesa

de una parte más cálida de la casa. En un pasillo estrecho, había una mesa con una lámpara Tiffany y después un sofá de respaldo alto y una ventana con parteluz. Sally vislumbró la revuelta de una escalera y, al cabo de lo que pareció más de unos minutos, vio los zapatos negros y el dobladillo de la sotana de un sacerdote que bajaba.

El sacerdote era otro hombre alto, tal vez más que Charlie. Cuando apareció, ocupó toda la puerta: pecho ancho, cabeza grande y pelo oscuro y espeso; un vientre cubierto con su sotana negra, que parecía precederlo al entrar en la sala. Daba la sensación de haber acabado de afeitarse justo entonces. Su cara de tez blanca estaba colorada en torno a la mandíbula: un brotécito o dos de sangre fresca. Saludó a la hermana Lucy por su nombre y dedicó una débil sonrisa a Sally. El dorso de las manos estaba cubierto de pelos negros. Sus ojos eran muy pequeños para su ancha cara.

—Solo unas palabras —dijo la hermana Lucy, e indicó el pasillo que tenían detrás.

El sacerdote alzó la mano y la hermana Lucy caminó unos pasos por delante antes de volverse para mirarlo a la cara. Sally vio al sacerdote inclinado para acercar su oído a la toca de la hermana. Lo vio mirar hacia ella, mientras la hermana hablaba. Puede que guiñara un ojo. Sally apartó la vista. Aquel secretismo por parte de la hermana Lucy parecía absurdo, puesto que Sally había estado delante para ver a las muchachas con las muñecas atadas y las marcas de correa en la piel.

Oyó a la hermana Lucy decir el nombre de Charlie.

—Atadas por las muñecas —dijo.

Sally comprendió que no conseguía imaginarlo: aquel apuesto muchacho —con qué dulzura había llamado «pequeñaja» a su hermana— blandiendo su cinturón como Simon Legree. Se preguntó si era posible, si no habría habido algún malentendido. Tal vez las chicas se hubieran comportado muy mal.

Los sibilantes susurros de la monja en la gran oreja del sacerdote se volvieron más sólidos.

—Esta noche, padre —dijo, insistente—. Me horrorizaría que pasara otra mañana así. Su madre no regresará hasta el domingo.

—De acuerdo, hermana —dijo el sacerdote. En aquel momento la guiaba, con la mano en su codo, hacia la puerta—. En cuanto haya cenado; iré esta noche, para infundirle temor de Dios.

—Gracias, padre —dijo la hermana Lucy, pero Sally sabía que no se había apaciguado.

Cuando volvieron a la parada del tranvía, estaba haciéndose de noche. Aunque el cielo seguía azul claro, la sensación de la llegada del ocaso iba adensándose en los pies de las personas que pasaban —«Buenas noches, hermanas»—, a lo largo de las calles adoquinadas y las plateadas vías de los tranvías, en los bordes de las aceras y en las callejuelas.

—Un muchacho cruel y malvado —dijo la hermana Lucy, al tiempo que se subía las mangas mientras esperaban el tranvía—. Más frío que un pepino y descarado.

Parecía temblar aún y Sally, situada a su lado, comprendió que ya estaban hombro con hombro. La hermana Lucy, con la espalda tan recta como siempre, como Sally la había conocido siempre, podía estar encogiéndose incluso.

Al contarle más adelante, nuestra madre dijo: «Después de aquello, la hermana Lucy ya no me dio tanto miedo».

—Si yo fuera un hombre —susurró la hermana Lucy una vez más— le borraría esa sonrisa de la cara —añadió, por encima del hombro, mientras subían al tranvía—. Y tú allí, echándole

miraditas lánguidas, no me has ayudado precisamente.

Al final de la semana de Sally con la hermana Lucy —una mañana su madre la dejó quedarse en la cama—, la monja bajó hasta la mitad de la escalera del sótano y se detuvo cuando la hermana Illuminata y Annie alzaron la vista para mirarla.

—Si hay vocación en ella —dijo la hermana Lucy— yo soy obispo. —Agitó su negra manga y se tocó la espalda. Bajo el brazo, llevaba la cesta de palmas no bendecidas. Aquel día le tocaba a la hermana Lucy el turno de ir a pedir limosna, tarea que despreciaba en silencio—. La quiero como si fuera una hija —dijo la hermana Lucy sin que cambiara la aspereza de su tono, como si la de querer fuese también una tarea desagradable—: El matrimonio podría calmarla, no el convento.

Annie sonrió, pero, cuando se volvió hacia la hermana Illuminata, la anciana monja estaba inclinada sobre su planchado.

—¿Y qué opina usted, hermana? —preguntó Annie cuando pudo hacerlo con seguridad, porque la hermana Lucy ya estaba en el piso de arriba.

La hermana Illuminata meneó la cabeza y movió la plancha contra la tabla.

—Digo que se debe dar a Dios lo que pide.

Reparación

La hermana Jeanne encontró a Annie en el patio del convento que servía de secadero. Le indicó que debían sentarse y Annie colgó el último paño en la línea y después se reunió con ella en el banco de hierro forjado que había estado colocado en aquel rincón del patio desde que el convento fue la casa, elegante y nueva, de un hombre rico. La historia que corría por el barrio era la de que la casa había sido legada a las Hermanitas Enfermeras de Chicago cincuenta años atrás, cuando su propietario acabó allí, tras haber perdido la fortuna de su familia con la bebida y la depravación. Según aquella historia, el hombre murió atendido por las Hermanitas Enfermeras y había pedido en su lecho de muerte que se quedaran su casa de Brooklyn como reparación de sus pecados.

Cuando Annie le preguntó al respecto, la hermana Illuminata descartó aquella historia. Dijo que la casa era un regalo de un hombre bueno que solo quería ayudar a los pobres.

El banco estaba bajo una pérgola, entonces invadida de madreselva y yedra rizada, con una estatua de san Francisco. Los pliegues de las ropas del santo estaban teñidos de verde por la oxidación; la yedra había crecido en torno a las criaturas que estaban a sus pies. Las hojas negras estaban repetidas en las tallas del banco, también cubiertas por un polvo verdeazulino. Annie pensó en cepillar el velo de Jeanne antes de que volvieran adentro.

La sombra brindaba poco alivio contra el calor del día. Annie contempló a la monja cuando esta buscó su pañuelo y se enjugó el sudor de las sienes y del pálido vello en el labio. Que cualquiera de las hermanas pudiese soportar los hábitos en aquellos calurosos días de la ciudad y, en particular, la tela almidonada en el cuello y en la barbilla, embargaba de admiración a Annie... y de cierto orgullo por que Illuminata y ella consiguieran mantener en la mayoría de ellas un buen olor, al menos durante las primeras horas de aquellas mañanas asfixiantes.

Al salir al patio con la ropa recién lavada, Annie se había desabrochado tres botones de la blusa, más de lo que imponía el recato. Con las pinzas de tender en la mano, se había mirado los pechos, mientras colgaba en la línea las enaguas de verano de las monjas. Recordó sin ironía ni vergüenza el placer que le daba la mejilla de él pegada a su piel.

La pobre hermana Jeanne tenía una expresión de persona hundida. Grandes arrugas surcaban su cara, justo bajo los ojos. Había estado fuera del convento varios días seguidos y contó las tareas que la habían ocupado: una viuda que se había quedado ciega había sido trasladada a la residencia de las Hermanitas Francesas para ancianos, una madre joven con fiebre de la leche se había recuperado y su bebé volvía a estar lozano. Aquellos trajes de primera comunión que Annie había blanqueado y remendado fueron muy apreciados por una familia italiana con siete hijas: cuatro propias y tres primas huérfanas, aunque una de ellas estaba empeñada en llevar zapatos

rojos. El señor Bannister, el viejo veterano, el viejo soltero, estuvo acompañado por la hermana Jeanne y la hermana Agatha a lo largo de su agonía final, que había durado cuatro largos días, pero no había muerto a solas.

Por su parte, Annie dijo que había conocido a la nueva presidente de las Damas Auxiliares, más agradable y joven que la señora McShane. Quería recaudar dinero mediante una velada nocturna de baile en un hotel elegante de la ciudad, en lugar de la habitual partida de *bridge* allí, en el convento. Las dos mujeres dejaron caer las comisuras de los labios y alzaron las cejas, su familiar y muda conspiración contra las señoras de la sociedad que tanto bien hacían: la *fiestecita de los disfraces*, revelaban sus expresiones.

Annie sabía que aquellas mujeres la llamaban «esa pobre viuda» a sus espaldas. De cara le decían: «Annie, querida».

—¿Has tenido una tarde libre en todo este tiempo? —preguntó la hermana Jeanne.

Y Annie dijo que sí con la cabeza.

—Ya me conoce —dijo—. Me tomo un respiro cuando puedo —evocación de la hermana Lucy.

La hermana Jeanne asintió con la cabeza. La paciencia muda que las dos concedían a la hermana Lucy era una broma que compartían desde los primeros días de su amistad.

Estaban a la sombra de la estrecha pérgola, aunque la brillante luz del sol iba moviéndose, lenta, sobre las blancas enaguas de la cuerda. La parte trasera del convento se alzaba sobre el patio, con el cielo reflejado en cada una de las ventanas. Las blancas manos de la hermana Jeanne descansaban sobre su regazo. Annie vio su propia labor en el borde de la raída manga de la monja, las pequeñas y limpias puntadas negras. Las dos mujeres llevaban anillos de matrimonio de oro. Annie cogió la mano de la hermana y le dio unas palmaditas afectuosas. Había algo milagroso en aquella familiaridad y suavidad, pese a los años de trabajo denodado.

Eran amigas desde hacía mucho.

Annie señaló con la cabeza el edificio.

—¿Cuál era la habitación de la hermana St. Saviour? —preguntó y la hermana Jeanne levantó la vista, sonriente.

—En el primer piso —dijo—, en esa esquina.

Annie sabía que ya se lo habían dicho antes.

—Cuando murió —dijo la hermana Jeanne con voz suave y su infantil asombro—, había el olor más delicioso. Era como el de las rosas. Sé que ya te lo había contado.

Annie volvió a asentir con la cabeza. El día en que murió St. Saviour, su embarazo de Sally estaba muy avanzado y le pesaba; era otro día caluroso como aquel. La hermana Jeanne había acudido a su piso aquella mañana, como siempre, con leche fresca y sábanas limpias y unas friegas de alcohol para mantenerla fresca. No derramaron lágrimas, solo rieron, mientras la bajita monja bañaba sus tobillos hinchados con agua fría, y las dos consideraron que St. Saviour, acabado ya todo su dolor, estaba en el Cielo, imperiosa y orgullosa.

La hermana Jeanne fue quien propuso a Annie poner a su niña el nombre de la monja al bautizarla: una patrona formidable para ella.

Aquella mañana, la hermana Jeanne había descrito a Annie, con ojos muy abiertos, el último suspiro de la monja, su paz, y después el olor de santidad que invadió la habitación en silencio: la belleza del Cielo manifestada en el olor —había dicho la hermana Jeanne—, la mínima idea de

ello, de lo prometido, el máximo de belleza del Cielo —había dicho la hermana Jeanne, embargada de asombro— que aquí, en la Tierra, podemos soportar.

Annie no puso en duda aquel relato. La hermana Jeanne no podía decir una mentira, pero Annie se inclinaba por conciliar semejantes milagros con el mundo sensato. La hermana St. Saviour murió en el mes de julio. Seguro que las ventanas estarían abiertas... o, si no, la hermana Jeanne, apegada a sus supersticiones, habría abierto una en el momento en que la anciana monja falleció. Seguro que en algún lugar cercano había rosas en flor.

Annie se imaginó que St. Saviour, quien desdeñaba la superstición, habría dicho lo mismo.

Al alzar la vista hacia la habitación —¿de quién sería en aquel momento?—, Annie dijo:

—Ha venido a decirme que debo dejar que Sally se marche.

—Déjala probar —dijo la hermana Jeanne.

—¿Acaso he creído alguna vez que podía impedírselo?

La hermana Jeanne se rio y levantó las dos manos. Se llevó sus entrelazados dedos a los labios, besó los nudillos de Annie, con sus labios cálidos y secos, y después dejó caer las manos juntas en su regazo. Levantó la vista, inclinó la cabeza para que el sol que se filtraba por entre la yedra le llegara a la cara.

—Yo iba a ingresar en una orden dedicada a la enseñanza —dijo—, pero, cuando acabé el noviciado, Dios pidió que fuese a estar entre los pobres, como enfermera. Mi confesor me propuso las Hermanitas Francesas, pero no fue esa la dirección que escribió. —Se rio—. Aquel padre tenía muchas ocupaciones, no se lo reprocho, conque me presenté aquí. Cuando advertí el error, la hermana St. Saviour dijo: «La voluntad de Dios», conque me quedé adonde Él me había llevado.

—No fue en Chicago —dijo Annie.

—Podría haber sido en la Luna —dijo la hermana Jeanne—. Yo nunca había estado en esta parte de Brooklyn. Me crié en el Bronx.

Annie miró a la monja. Eso fue lo máximo que Jeanne había contado sobre su vida en el mundo. No era una Illuminata, con sus tediosas historias de la infancia. Annie se preguntó dónde estaría entonces su familia del Bronx: una madre o un padre, seguro, y hermanos tal vez. ¿Habrían muerto todos o simplemente no hubo mención de ellos jamás? ¿Acaso había alguna diferencia?

Annie fijó la mirada en el cuerpecito de la hermana Jeanne, el pequeño regazo, los negros zapatos infantiles, muy bien anudados, que rozaban la escasa hierba a sus pies. Se preguntó qué la habría convencido de joven para lanzarse a aquella vida solitaria y de trabajo denodado, qué la habría hecho considerarse capaz de tan largo sacrificio, con lo pequeña y tierna que era, sin formación, sin idea de lo que encontraría en aquella parte del mundo y mucho menos en las ocultas habitaciones de la zona más desolada de la ciudad, qué la habría movido a pensar que podría soportar aquella vida.

—¿Qué le pareció a su madre su vocación? —le preguntó Annie.

La hermana Jeanne guardó silencio y después dijo, vacilante:

—Estaba feliz en el Cielo, estoy segura. —Volvió a levantar el pañuelo y se enjugó los labios y la barbilla.

—Si Sally se va a Chicago —dijo Annie con sencillez—, se me partirá el corazón.

La hermana Jeanne volvió su blanca toca hacia el convento. Los ruidos y los gritos de la calle —la caída de un cubo de basura, el chirriar de un engranaje— les llegaban débilmente. En un

intervalo de quietud, la hermana dijo:

—Lo vi aquí, cuando Sally era pequeña —e inclinó la cabeza hacia las ventanas del convento, iluminadas con el azul y blanco del cielo y las nubes estivales—. Me refiero a Jim, con su traje marrón y un aspecto muy propio de él: sólido como una roca.

Annie asintió con la cabeza. La hermana Jeanne no podía decir una mentira.

—¿Era Jim?

—Sí que lo era —dijo la hermana Jeanne, embargada de tristeza.

—Nunca vio a Jim vivo —dijo Annie.

Y Jeanne dijo que no con la cabeza.

—No, no lo vi.

—Pero lo reconocí.

—Sí —susurró—. Pobre hombre. —Y a continuación exhaló un suspiro repentino, entre dientes, como si fuera la reacción ante un dolor agudo y súbito en el costado—. ¿Qué sufrimiento mayor puede haber para un alma? —dijo—. Permanecer atrapado para siempre en estos cuerpos nuestros, sin alivio.

Se oyó otro espasmo del ruido de la calle y después la hermana Jeanne volvió la mano de Annie en la suya. Inclinó la cabeza, colocó un dedo en la palma de Annie y trazó una línea suave, mientras hablaba, como una niña que enumerara una lógica frágil y le diera voz delicadamente.

—Lo que quería decirte es esto —dijo la hermana Jeanne con voz suave—: aquí hay redención, ¿comprendes? Aquí hay perdón, por mediación de su hija y de su vocación. Aquí hay perdón del pecado.

Annie alzó la vista para mirar por encima de la cabeza inclinada de su amiga, contempló las zigzagueantes parras por encima de ella. Por un momento, una imagen de él atrapado, su cuerpo atrapado en la enmarañada sombra, revoloteó ante sus ojos: una vislumbre de su pálida frente, sus oscuras cejas, el punto negro que revelaba su sonrisa.

Había perdido un diente en los días previos a su muerte: ¿cuánto tiempo hacía que lo había recordado por última vez? Los dientes siempre le dieron problemas.

¿Acaso puede haber un tormento mayor para un hombre cuyo pecado fue el suicidio que el de permanecer atrapado para siempre en el cuerpo del que había intentado deshacerse?

El sol se movía entre las hojas. Sintió que le tocaba la coronilla, el cuello, la pálida piel bajo los botones desabrochados de su blusa. También Jim había puesto su cálida mejilla sobre su pecho, incluso la última noche de su vida, cuando Sally estaba dentro de ella, no mayor que un corazón.

Separó su mano de la de la hermana Jeanne. Se irguió en el banco y miró el patio.

—Lo que está diciéndome... —dijo, y guardó silencio. La cara de la hermana Jeanne estaba atenta, pero cansada. Rebosaba afecto. Hacía mucho que eran amigas—. Lo que dice es que no he sufrido bastante... —Volvió a guardar silencio. El sudor perlaba una vez más el pálido labio de la hermana Jeanne. Una gota, del tamaño y la forma de una lágrima, se formó en su sien, bajó por su mejilla—. Estos dieciocho años —dijo Annie—. Dice que no me han deparado suficiente sufrimiento, bastante soledad. Dice que debo perder también a mi hija, mi hijita, para que Dios le perdone.

Solo un fino rayo de sol, filtrado por entre las negras hojas de la yedra, recayó en la blanca toca de la hermana Jeanne. Dentro de sus profundidades, sombra y luz, sonreía, con sus ojos

hundidos y demacrados y el sudor brillante en los finos pelos por encima del labio. Era la forma como habría podido sonreír a un niño que se hubiera portado mal, pues la reprimenda apenas duraría más que la cariñosa absolución. Volvió a coger la mano de Annie, la rodeó con las suyas.

—Oh, no —dijo—. Jim, no. No me refiero a Jim. Es un alma perdida, pobre hombre. — Guardó silencio—. Si hubiera esperanza alguna del Cielo para él, nunca lo habría visto aquí. —Y movió la cabeza: resignada, pero, aun así, no sin compasión—. Lo que digo es para que tú puedas ser perdonada, ¿comprendes? —Y se mordió el labio, como para contener una risa, contener su asombro y alegría ante aquel vuelco de la suerte—. Me refiero a tu pecado, a tu alma.

Fue la primera vez en que Annie supo que la hermana Jeanne había comprendido cómo pasaba ella las tardes.

Una noche

A finales de septiembre, Sally fue con su madre y la hermana Jeanne a la estación de Pensilvania: un tren nocturno. No había dinero para un coche cama, por lo que tendría que sentarse en el vagón, pero era joven, como siempre le recordaban las hermanas. No tendría problema.

Su maleta, casi nueva, estaba en la red por encima de su cabeza. Era de segunda mano, pero preciosa: ratán lacado de color beis ribeteado con cuero de color de caramelo y un broche dorado reparado, gratis, por el zapatero que prestaba sus servicios al convento. Contenía solo lo que las hermanas de la sede central de la orden le habían pedido que llevara: seis pares de medias, seis pares de bragas, tres camisones de muselina sin adornos, cuatro combinaciones, unos guantes de lana, zapatos negros.

Sally llevaba cinco dólares en la cartera y cincuenta metidos en el forro del bolso, que debía entregar a las hermanas, cuando llegara a Chicago.

Iba sentada en un banco junto a la ventana. Miraba para ver a su madre en el andén, del brazo de la hermana Jeanne. Estaban juntitas y la hermana Jeanne solo llegaba al hombro de su madre. Su madre estaba muy arreglada, con su sombrero y su traje gris de domingo. En la mejilla de Sally perduraban el inhabitual olor de los polvos para la cara y el carmín de labios que solo se ponía cuando iba a Manhattan. Su madre y la hermana Jeanne podrían haber estado en una película, con lo limpias y lustrosas que iban. Sally las saludó con la mano y mandó un beso con un soplo desde la mano, y su madre se llevó la suya, enguantada, al corazón y después la levantó, como para liberar un pájaro en el aire.

Sally miró en derredor por el tren, sintió la energía de sus locomotoras silenciosas, listas para arrancar. Los viajeros estaban instalándose y ella hizo lo propio.

El antepecho no estaba mugriento como en los vagones del metro. La tapicería era lujosa. Era todo precioso. Su madre le había preparado un bocadillo para la cena y un bollo para el desayuno, una pera y una tableta de chocolate. Las hermanas le habían dicho que, si esperaba hasta casi el final de la hora de la cena, podía ir al vagón restaurante para tomar una agradable taza de té. Llevaba tres libros consigo: su misal, la *Vida* de Santa Teresa de Jesús y la novela que las gemelas Tierney le habían regalado con motivo de su partida. Volvió a mirar afuera. Su madre y la hermana Jeanne seguían en el andén. La locomotora lanzó un suspiro tremendo y después el jefe de estación gritó. El tren empezó a moverse y el movimiento la entusiasmó. Adiós, adiós, exclamó en silencio, como si fuera una oración, al tiempo que tocaba la ventana con su enguantada mano hasta que las dos mujeres hubieron desaparecido del marco.

Una señora gruesa con dos voluminosas bolsas de compras se abrió paso por el pasillo, con destino —estaba segura Sally— al asiento contiguo al suyo. Vio a la mujer hacer esfuerzos con su

gran trasero, su abrigo negro y sus cortos brazos. Sally le sonrió para contrapesar su decepción por no tener el asiento para ella sola durante el largo trayecto, frente a lo prometido por la compañía. Pensaba en la montaña rusa de Coney Island, cuando el encargado te metía a veces un niño suelto en tu vagón. A las gemelas Tierney siempre les molestaba, pero, cuando la montaña rusa comenzaba a subir, Sally prefería sentir, aunque solo fuera, el hombro de un extraño sobre el suyo.

La mujer tardó un rato en colocar todas sus pertenencias. Encajó las bolsas entre sus rodillas y en el asiento de enfrente, se echó hacia atrás para observar cómo habían quedado y después se inclinó hacia delante para cambiarlas de sitio. Cada vez que se movía, su ropa emitía olor a violetas artificiales y, por debajo, a aceite de cocinar. Después volvió a echarse hacia atrás en su asiento. Tenía una respiración sonora, pero con un ritmo extraño: no el de quien recupera el aliento después de correr para alcanzar el tren, sino el jadeo rápido, profundo y agitado de un animal angustiado.

Sally echó un vistazo a las bolsas marrones, con las asas atadas juntas con cuerdas sucias, vislumbró el movimiento inconsciente del jadeo del pecho de la mujer y sintió el más angustioso ataque de pánico, como el aletear de un murciélago contra su pelo. No era solo falta de valor al comienzo de su gran aventura, sino también un miedo que le cortaba la respiración y le helaba el espinazo, tan sobrecogedor como un paso en falso en un sueño, un espanto reflejo, una brusca inspiración de aire.

Volvió la vista a la ventana. El tren avanzaba por el túnel por el que saldrían de la ciudad, pasando por columnas de oscuridad y destellos de luz. Naturalmente, había montado en el metro toda su vida. Estaba tan acostumbrada a estar bajo tierra como cualquier neoyorquino, pero aquel aletear terrorífico —llegó a tocarse el sombrero, como si hubiera quedado alterado de algún modo— reverberó. Parecía sacudir sus huesos. Nunca antes, al encontrarse bajo tierra, había llegado a pensar en la capacidad de las vigas de acero y del hormigón o en el genio de los trabajadores y los ingenieros de túneles para impedir que la tierra, las rocas y el agua cayeran sobre sus cabezas.

Nunca se había puesto a pensar en el temible y absurdo milagro del movimiento por esos lugares excavados.

Nunca había equiparado la oscuridad surcada de ráfagas, su olor a hollín, tierra y acero, con el reino de los muertos, la parte inferior de los luminosos cementerios... el cementerio, por ejemplo, en el que estaba —y había estado siempre— enterrado su padre, con sol y con lluvia, a lo largo de todos aquellos ajetreados días en que bajaba, despreocupada, las escaleras del metro o del sótano del convento...

Miró por la ventanilla del tren la oscuridad excavada.

Desde luego, pensaba que el alma ascendía, pero ¿acaso no pasaba el cuerpo el tiempo allí, hasta el último día, en aquella parte subterránea del mundo luminoso? ¿Por qué no había pensado nunca en eso? El cuerpo de su padre esperaba allí abajo, en la quietud, con un aspecto bastante parecido al que tenía cuando vio la luz del sol por última vez: la misma ropa, el mismo pelo, las mismas manos pacientes, enlazadas; sin zapatos —alguien en la escuela se lo había dicho— y con la carne desprendiéndose despacio de los huesos.

Y después la plena luz del día estalló de repente y cubrió el tren: explosiva, atronadora. Podría haber dado un salto.

La mujer que iba a su lado, inclinada hacia su hombro, respirando en su cuello, dijo:

—¿Va usted a Chicago?

Sally se volvió hacia ella.

—Sí —dijo, agradecida por la luz del día que se veía por las ventanillas y el tono anaranjado del atardecer—. Así es.

—Yo también —dijo la mujer. La piel de su ancha cara era tosca, bien empolvada, con bastos pelos dispersos por ella. Era más joven de lo que le había parecido al principio. Cierta elasticidad en las mejillas y la barbilla, que brillaban ligeramente con sudor, así lo indicaba. Llevaba los labios pintados con un carmín muy intenso. También había carmín en sus pequeños dientes grises, al sonreír.

—¿Ha escapado de su casa? —preguntó la mujer.

—Oh, no —dijo Sally. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para cruzar su mirada con la de los ojitos de la mujer, no solo porque su cara estaba tan cercana, sino también porque Sally estaba deseando volverla hacia la ventanilla, hacia la preciosa luz del ocaso. Ya no estaban bajo tierra, pero le habían enseñado a mostrarse educada. Las monjas la habían formado para que ofreciera amabilidad a todos los extraños—. Voy a un convento —dijo—. Mi noviciado. Voy a ser una hermana enfermera.

La mujer se echó atrás un poco, moviendo sus bracitos y dando pataditas a las bolsas que tenía a sus pies. Sus manos —notó Sally— eran muy pequeñas y regordetas y todos sus dedos acababan en puntitas pálidas. La mujer sonrió ampliamente, con auténtico deleite.

—¡Huy, Dios mío! —dijo al aire que tenían por encima de sus cabezas y se rio, con una clase de risa estridente y entrecortada—. ¡Dios mío! Una monja. —Después volvió a inclinarse para ajustar sus bolsas—. Pues estoy segura de que eso es estupendo para usted, pero yo sí que me estoy escapando.

Volvió a erguirse.

—De mi marido —añadió. Había algo de ave (¿paloma o búho?) en la forma como volvía la cabeza en su grueso cuello y movía la barbilla y los ojos hacia Sally—. Cree que voy a ver a mi hermana en Chicago, de donde soy, pero voy más allá, a California, nada menos. —Movié la cabeza sin dejar de sonreír—. Nunca me encontrará. Nunca volverá a ver mi cara, mientras viva. —Alzó las cejas, que eran espesas y rizadas, retorcidas—. ¿Qué puede decir una monjita sobre esto?

Sally vaciló.

—Lo siento mucho —dijo, imitando la alegre comprensión de la hermana Jeanne—. Rezaré por usted.

La mujer volvió a sonreír. Iba pareciendo cada vez más joven en la estima de Sally, acercándose a su propia edad, cosa que parecía extraña, en vista de lo vieja que le había parecido al principio.

—Llevábamos seis años casados —dijo la mujer—. No puedo creerlo: seis —repitió—. Seis años. Yo era tan solo una niña. —Volvió a reírse, mientras se movía de un lado para otro en el asiento. Había algo dulcemente desagradable en su aliento: una muela cariada, tal vez—. Y, si bien estoy segura de que una niña monja no conocerá nada de esos asuntos, puedo asegurarle que él tenía el pene más pequeño imaginable.

Levantó su pálido meñique. La uña, la propia carne, acababan en punta y estaban bordeadas de

mugre. Y después la mujer deslizó el meñique en su boca y frunció los labios en torno a él. Los ojos se le ensancharon como por una sorpresa. Cuando retiró el dedo, estaba húmedo y manchado de carmín en la base. Luego puso la mano, con los dedos cerrados sobre la palma, en su ancho regazo. Frotó el dedo húmedo contra el oscuro tejido de su falda.

—¿Puede usted imaginarse —dijo como si tal cosa— a una mujer de mi tamaño pasar toda su vida cabalgando una cosa de ese tamaño?

Sally apartó la mirada, con la cara como un tomate. La mujer la tocó con el codo y bajó la cabeza, para dirigir de nuevo los ojos al oscuro regazo, mientras el húmedo meñique se movía, espástico, como una cosa pálida y ciega.

—Desde luego —prosiguió la mujer, al tiempo que cerraba la mano—, una monjita no puede saber nada de todo esto, pero, cuando llegue al convento, pregunte por allí o hable con su madre, la próxima vez que la vea. ¿Vive aún su madre?

Sally estaba lo bastante escandalizada, cohibida y confusa para responder con cortesía.

—Sí, sí —susurró.

—¿Y su padre? —preguntó la mujer—. ¿Sigue entre nosotros?

Sally sacudió la cabeza, al tiempo que apartaba la mirada una vez más. Había un hombre leyendo un periódico justo enfrente, en el pasillo. Pensó que podía haber levantado la cabeza para echar un vistazo y verlas.

—Mi padre murió antes de que yo naciese —dijo, aunque su instinto, pese a lo poco viajada que era, le aconsejaba parar aquella conversación, trasladarse a otro asiento, a otro tren, pedir socorro al hombre del pasillo.

La mujer volvió a reír, con una risita lenta y profunda, aunque el pecho —vio Sally, al volver a mirarla— se elevaba rápidamente, para arriba y para abajo, con el extraño ritmo de su respiración.

—Supongo que se puede argüir que una cosita diminuta es mejor que nada, como en el caso, al parecer, de su pobre madre.

Justo entonces, el revisor se dirigió a ellas.

—Buenas noches, señoras —y les pidió los billetes.

—Buenas noches, amable señor —dijo su compañera, al tiempo que se inclinaba un poco para alcanzar su billete, guardado en un rincón de una de sus bolsas, y después levantó la cabeza demasiado cerca de la hebilla del cinturón de él. Miró a Sally, mientras esta entregaba su billete al hombre, y después volvió a dirigir la mirada a los pantalones azules del ferroviario y movió la cabeza, como si Sally debiera tener en cuenta lo que estaba oculto bajo su tela de gabardina.

Sally tenía la imagen del húmedo meñique de la mujer meneándose y retorciéndose en la oscuridad y sintió que volvía a sonrojarse. Desvió la cara hacia la ventanilla.

—¿Ha leído usted alguna vez *The Teenie Weenies* —le preguntó la mujer con una voz que de repente parecía agradable y familiar—, de las historietas dominicales? Eran unos duendecillos adorables. Usaban carretes de hilo como sillas y hojas de castaño o algo así como ropa, ¿los vio usted alguna vez?

Sally sacudió la cabeza.

—No —dijo.

—La verdad es que son encantadores —prosiguió—. Yo soy una gran lectora de las historietas dominicales. Me encanta la Huerfanita Annie, por ser huérfana yo misma, casi como usted, y aquel

gran Papá Warbucks con su preciosa cabeza calva. También me gusta Li'l Abner. ¿Va usted mucho al cine?

—A veces —dijo Sally.

La mujer volvió la cabeza, con lo que se le agrandó la papada, y fijó una vez más la vista en la muchacha.

—¿De verdad quiere usted pasar toda la vida sola, sin un hombre que la proteja?

Sally se encogió de hombros y sonrió. El instinto le aconsejaba no desperdiciar su credo con aquella obscena mujer, pero seguía resistiendo el deseo de decir: Prometida con Nuestro Señor.

La mujer estaba escrutándola.

—Pero es que es usted una niña —dijo sin esperar a una respuesta—. No tardará en saber lo que quiero decir.

Después la mujer levantó las manos para quitarse el sombrero y arrellanarse mejor. Se ahuecó el pelo.

—Cuando llegue a California, voy a teñirme el pelo de rubio —prosiguió—. Creo que me quedará bien. ¿Cree usted que me quedará bien?

Sally sonrió, educada —era la respuesta que le habían enseñado—, y dijo: «Creo que sí», con el deseo una vez más de apartar la mirada de la mujer y dirigirla a la ventanilla, para ver por dónde estaba pasando el tren y también para poner fin a aquella conversación, pero no estaba segura de cómo debía hacerlo.

—Desde luego, la pelambreira te delata —dijo la mujer y volvió a tocar con el codo el costado de Sally, quien movió, aún sonriente, la cabeza. Su madre había encontrado en cierta ocasión un manguito blanco de piel de conejo en la cesta de las donaciones, pero Sally lo había rechazado: ya era bastante mayor entonces, tal vez diez u once años, y ya había notado la mirada altanera de otras muchachas, en la calle o incluso en la iglesia, cuando la veían con los vestidos que a ellas se les habían quedado pequeños.

Pero la mujer estaba mirándose el regazo, hablándole como si de pronto hubiera perdido el oído.

—Una pelambreira —dijo—. ¿No lo entiende? Ahí abajo. No voy a teñírmela.

Y se rio echando la cabeza atrás y movió una vez más el trasero de un lado para otro a fin de estar más cómoda en su asiento. Sus brazos eran demasiado cortos para su cuerpo. Los cruzó sobre su amplio pecho y después los abrió.

—Tal como yo lo veo —prosiguió—, cuando tienes a un hombre delante de esa mata de pelo, le da igual que seas rubia natural o no.

Sally sacudió la cabeza, sin entender, y la mujer volvió a reír, sin dejar de jadear.

—Oh, ya lo verás tú, nena —dijo ella, la sabihonda—. Ya lo descubrirás un día de estos.

Sally volvió su sonrojada cara hacia la ventanilla. El tren estaba recorriendo las llanas afueras de la ciudad. Aún había edificios de pisos y largas avenidas a lo lejos y, aunque el sol no se había puesto aún, aparecían luces aquí y allá. Notaba vagamente que la mujer había vuelto a inclinarse para arreglar sus bolsas, empujándolas hacia el pasillo y volviendo a meterlas dentro, sobre los altos empeines de sus piececitos.

Y después su voz volvió a sonar junto al oído de Sally, calientes bocanadas de palabras en su cuello.

—En cierta ocasión —dijo la mujer—, iba en el tren de Chicago y un hombre bajó por el

pasillo vendiendo frutos secos. ¿Lo ha oído alguna vez?

Sally negó con la cabeza, sin entender, una vez más.

—Vendía frutos secos, a gritos, cacahuètes, almendras tostadas, anacardos, conque le dije: «¿Tiene usted pistachos, amable señor?». Y respondió: «¿Pis... tachos? Al final del tren, señora».

Se rio. Sus exhalaciones llenaron con un dejo el aire entre ellas.

—¿Comprende? Los tachos del pis: retretes. —Agitó su manita—. Lo que quiero decir es que voy a ir a buscar el tacho del pis.

Sally, con el hábito de la cortesía tan arraigado, sonrió y asintió con la cabeza, como si su conversación hasta aquel momento hubiera sido refinada. De repente, la mujer le dirigió una mirada larga y penetrante, nada amable.

—Mantenga las manos quietitas, hasta que yo vuelva —dijo— y lejos de mis pertenencias.

Le costó un poco de esfuerzo salir de su asiento. Una vez más, por la forma como se movía —arrastrando los pies y con el pesado trasero— daba la impresión de tener muchos años. Cuando se marchó, el hombre del pasillo bajó el periódico y miró a Sally con algo así como una comprensión divertida. Era un hombre viejo o tal vez un joven que parecía viejo con la vaga sombra del ala del sombrero sobre los ojos. La cara de ella volvió a ruborizarse al pensar que él había acertado a oírlas.

En el pasillo, junto a ella, apareció un niño pequeño o de cuerpo pequeño y miembros flacos, pero cara grande y sucia. Su cabeza estaba irregularmente rapada, hasta el blanco cuero cabelludo en algunas partes, espinosas, y con pelos negros en otras, por lo que su cráneo parecía aporreado y deforme. Tenía costras en el cuero cabelludo, en la barbilla y la nariz. Se quedó un momento junto a ella, un poco tambaleante por el movimiento del tren, y después puso la mano en el reposabrazos del asiento vacío y sonrió y enseñó unos dientes irregulares y casi verdes. Ella le sonrió y le dijo:

—Hola —le dijo Sally con una sonrisa.

—Hola —le contestó él.

—¿Vas a Chicago? —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros. Tenía una fina costra blanca en torno a la nariz.

—¿Quieres una pastilla de chocolate? —le preguntó ella.

Él alzó sus pálidas cejas. Ella notó otra costra granate a lo largo de una de ellas. Parecía agrietarse por la sequedad, al moverse la piel. Sally metió la mano en su bolsa en busca de la cena que su madre le había preparado y, justo cuando cogió la pastilla de chocolate, otra mano bajó del asiento de enfrente para intentar coger al niño, a ciegas, hasta que le tocó el brazo y después el cuello de la camisa y tiró de él, casi levantándolo en el aire, y lo ocultó. Oyó una voz de mujer decir: «Siéntate», y el chasquido de una mano contra la carne. El niño no hizo el menor ruido, pero el hombre del pasillo volvió a levantar la vista del periódico, observó lo que ella no podía ver y después volvió a mirarla y movió, apenado, la cabeza.

La mujer obscena tardó un buen rato en regresar y, cuando lo hizo y una vez más maniobró su cuerpo con el trasero por delante, el olor resultante de no haberse lavado, por debajo de los de violetas y aceite de cocinar, era muy intenso.

Sally ya había sacado su misal —aunque habría preferido con mucho abrir la novela, temía la conversación que esta podía provocar— y la mujer se inclinó laboriosamente para ver lo que estaba leyendo. Después volvió a echarse hacia atrás.

—¿Ha tenido usted un novio alguna vez?

Sally pasó una página y dijo que no con un ligero encogimiento de hombros y como disculpándose, como si estuviera demasiado absorta en sus plegarias para hablar en voz alta, pero ya estaba pensando que, si la mujer la instaba, recurriría al nombre y la personalidad de Patrick Tierney, a quien había conocido toda su vida, para crear una imagen de novio adorador, al que al final había rechazado. En la historia que habría contado a la mujer, en caso de que esta la hubiese instado a hacerlo, su Patrick Tierney imaginario era más guapo que el real, algo así como el alto Charlie, con sus ojos azules, con una floritura sobre sus orígenes familiares (su padre, soldado, no portero) y su profesión (estudiante de Medicina, no obrero). Habría dicho a aquella grosera mujer que, cuando su Patrick Tierney se despidió de ella aquel día en la estación ferroviaria, contuvo, estoico, las lágrimas, en lugar de limitarse —como había ocurrido en realidad— a decir la noche anterior, cuando acudió a decirle adiós, junto con sus dos hermanas: «Volverás, te lo garantizo. No es una vida para ti».

Pero la mujer obscena no la instó. Movi6 la mano en el aire, como si supiese que el gesto de la muchacha era una mentira y después se inclinó hacia delante para hurgar en sus bolsas. Sacó un bocadillo de una de ellas —entonces hubo olor a *liverwurst* y a cebolla— y lo devoró, pero en silencio y con el mismo jadeo.

Por todo el vagón, al quedarse el mundo de fuera sin luz, los viajeros estaban sacando comida, con olores de carne enlatada, queso y manzanas muy maduras. El humo de cigarrillos se acumulaba, como una niebla, sobre los sombreros y las cabezas de los pasajeros. En un extremo del vagón, estalló una riña a gritos. Vio al revisor pararse en el pasillo para amonestar con el dedo a los culpables. El niño de la cabeza calva volvió a pasar por el pasillo, como en trance, manteniéndose en equilibrio entre los asientos. Unos minutos después, cuando el tren dio bandazos, lanzó un aullido que se pudo oír por encima del ruido de las vías y la locomotora. Su madre, a quien Sally solo podía ver de espaldas, estaba apoyada, con un sombrero aplastado sobre una maraña de pelo fino y encanecido, en la ventanilla. Saltó de su asiento y salió corriendo por el pasillo, encorvada, como una jorobada. Unos segundos después, volvía arrastrando por el pasillo al niño, que iba gimiendo, llevaba los ojos tapados por las manos y su boquita era como un círculo podrido. La madre lo arrojó a su asiento y se lanzó tras él. Volvió a oírse el chasquido de su mano contra la carne de él, pero con un claro efecto aquella vez: los escandalosos gritos del niño alcanzaron otro registro.

—¡Cállate! —gritó alguien del tren.

—Se lo tienen merecido —dijo la mujer sentada a su lado.

El hombre del pasillo dobló el periódico cuidadosamente y se lo colocó bajo el brazo. Después se caló el sombrero sobre los ojos.

Cuando Sally se armó por fin de valor para abandonar su asiento y usar el retrete, el suelo de este estaba mojado. Cuando volvió a su asiento, las suelas de sus zapatos estaban pegajosas. Cuando fue al vagón restaurante —al final de la hora de la cena, como le habían recomendado las hermanas—, tuvo que esperar en el balanceante corredor y, estando así, un hombre que olía a alcohol pasó junto a ella demasiado cerca y frotó su pecho contra el de ella y le echó el aliento en la cara. Una chica de su edad —estaba segura de que aquella era de su edad— estaba ya, en la mesa en la que la acomodaron, acabando de cenar. Iba vestida con un elegante traje oscuro y un sombrero con velo y al principio Sally temió que fuera una muchacha rica, la hija de un padre

próspero, como las que resoplaban, incluso en la iglesia, cuando miraban de arriba abajo su ropa, pero Sally tardó menos de un minuto en ver el brillo en la tela de la chaqueta de la muchacha, los pálidos hilos en el borde de los puños. Sally conocía las prendas de segunda mano cuando las veía. Además, había un roto en el velo. La muchacha había intentado ocultarlo con un alfiler de sombrero, pero la tela se había soltado y mostraba el agujero a quienquiera que mirara, como si el propio sombrero desdeñase a su indigna dueña. El traje de la muchacha no tenía remedio.

Cuando Sally pidió el té, la muchacha lo pidió también, junto con una copa de helado de vainilla.

Después sonrió, cordial, a su compañera de mesa.

—¿Va usted a Chicago? —preguntó, y Sally se limitó, cautelosa, a asentir con la cabeza. Había aprendido la primera lección de su primer viaje desde su casa, pero la muchacha apenas se dio cuenta de la respuesta. Empezó a hablar, inclinada, al tiempo, sobre la mesa, como para llegar, de no haber estado esta entre ellas, hasta el regazo de Sally. Había algo encantador en el tropel de sus palabras. Según dijo, era del Bronx e iba a Chicago a reunirse con su marido, quien por fin había encontrado trabajo en esa ciudad. Había pasado dos años, dijo, buscándolo: el tiempo que llevaban casados.

Entonces se irguió para permitir al camarero dejar en la mesa los dos té y el plato plateado del helado. Después abrió el bolso que tenía en el regazo y empezó a hurgar en él, sin dejar de hablar.

Lo echaba tanto de menos, según dijo, lo añoraba como loca.

—Es como una comezón —dijo.

La señora Tierney decía a veces: «Un picor sin picadura», lo que siempre hacía romper a reír a su madre.

—Es que me vuelvo loca —dijo la muchacha—. Me siento tan sola sin él.

Mientras hablaba, extrajo un frasquito de perfume de su bolso y echó un poco del claro perfume en su té caliente. Sin dejar de hablar, alargó la mano hasta el otro extremo de la mesa y vertió también un poco en la taza de Sally.

Sally, asombrada, intentó pararla.

—Te sentará bien —dijo la muchacha, como un simple inciso en su relato.

Al principio, después de casarse —dijo— vivieron con su madre en el Bronx, pero siempre estaban discutiendo porque él no encontraba trabajo, conque se marchó a Chicago. (La muchacha chupó el resto de helado que quedaba por detrás de la cuchara.) Ni siquiera sabía dónde había estado viviendo él. Su madre decía que debía de vivir en la calle. Le escribió para preguntarle si vivía en la calle, pero nunca contestó. En seis meses, solo recibió dos cartas, en las que decía: «No he tenido suerte, sigo buscando».

—Estaba volviéndome loca, de tanto añorarlo —repitió. Sorbió el té y frunció los labios—. Está bueno —dijo, e indicó con la cabeza a Sally que probara el suyo—. Mejor que la crema y el azúcar.

Sally, de mala gana, levantó la taza caliente. Esperaba un gusto a lavanda o agua de rosas —un gusto de perfume—, pero lo que notó en la lengua era fuerte y denso y parecía quemar, simultáneamente, en la nariz y la garganta. Se le saltaron las lágrimas y tosió.

La otra muchacha se rio.

—Esto es whiskey —dijo Sally. Conocía un poco su sabor pues, cuando estaba resfriada, su

madre se lo daba, en una cuchara, o se lo frotaba por las encías cuando tenía dolor de muelas.

La muchacha asintió.

—Claro que lo es —dijo—. Sienta bien. —Y después alargó la mano hasta los terrones de azúcar que había entre ellas en la mesa. Echó dos en el té de Sally—. Pruébalo ahora —dijo y Sally lo hizo. De nuevo se le saltaron las lágrimas y sintió la necesidad de toser, aunque el dulce ayudaba.

—Conque, como decía... —dijo la muchacha.

Al final, su marido escribió para decirle que tenía trabajo —ni siquiera dijo dónde— y una habitación. El papel de cartas era el de un hotel de Chicago, tenía el nombre y la dirección impresos en él. Con eso le bastaba a ella. Acababa de recibir la carta el día anterior, pero, según dijo, ella nunca perdía el tiempo. Estaba volviéndose loca de tanto añorarlo.

Entre las lágrimas provocadas por el té, Sally vio que la muchacha le sonreía. Tenía una cara agradable y cuadrada. Sally recordó el papel de cartas que la señora Tierney usaba en las notas que enviaba a la escuela, cuando alguno de sus hijos estaba enfermo: un papel blanco precioso en el que figuraba la dirección del Hotel St. Francis. «Papel substraído», lo llamaba Patrick Tierney, y enseñaba a Sally y a sus hermanas el significado de esa palabra.

Sally tomó un tercer sorbo. Era el sabor del cálido dedo de su madre, mojado en un tapón de whiskey y frotado por las encías.

La muchacha dijo que acababa de abandonar aquella mañana el piso de su madre, había intentado empeñar su anillo de matrimonio (enseñó el dedo desnudo), que resultó no ser de oro, sino solo chapado en oro. Se encogió de hombros. Volvió a la casa de su madre y miró a ver qué encontraba. Su madre tenía un servicio de té de plata que nunca usaban: nunca, ni una sola vez. Simplemente estaba allí muerto de risa. Lo llevó a la casa de empeños y obtuvo lo bastante para comprar el billete de tren... y allí estaba.

—Supongo que me considerarás horrible por haber robado a mi madre —dijo tras su taza de té—, pero sé que le enviaré ese dinero en cuanto pueda y te juro sobre una pila de biblias que mi madre no usó aquella tetera ni una sola vez.

—No te considero horrible —dijo Sally en voz baja.

La muchacha estaba diciendo que tenía una litera muy agradable y preguntó a Sally si tenía una ella también y chasqueó la lengua, compasiva, cuando esta dijo que no. Era una muchacha bonita, de cara menuda, pelo castaño claro y una boca pequeña que mantenía abierta también cuando no estaba hablando. Pareció perpleja cuando Sally le dijo que iba camino del noviciado y después se encogió de hombros, cuando Sally explicó que iba a hacerse monja.

—Yo no soy católica —dijo la muchacha de repente con expresión apagada, sin interés.

Cuando el camarero con chaquetilla blanca les trajo las cuentas, la muchacha alargó la mano y cogió la muñeca de Sally. Empezó a hablar con tono apremiante por el pequeño espacio. Una vez más, Sally se preguntó si se habría equivocado al calcular la edad de una desco-nocida.

—Ayúdame —dijo la muchacha—. No tengo más dinero. Ahora me harán bajar del tren.

Sally tenía cinco dólares en la cartera y los otros cincuenta iban sujetos con un imperdible en el forro de su bolso, pues debía entregárselos a las hermanas a su llegada. Sonrió como lo habría hecho la hermana Jeanne, al tiempo que ponía dos billetes en la bandejita plateada para pagar la cena de la muchacha.

Pero después la muchacha volvió a cogerle la muñeca.

—Si tuvieras un poco más... —dijo y guardó silencio y luego añadió de un tirón—: Me refiero a si podrías prestarme un poco más, si puedes. —Apretó más fuerte la muñeca—. Es que, mira, no sé cómo voy a poder llegar al hotel. Tal vez haya un metro o algo así. No sé. Y, si mi marido no está allí, no sé qué voy a hacer, dónde podré quedarme. ¿Y si no lo encuentro? ¿Qué será de mí? Estaré en la calle.

La muchacha apretó las puntas de los dedos en la carne de Sally. Tenía las uñas comidas.

—Estoy segura de que tu marido estará allí —dijo Sally, para intentar calmarla. Era la voz que había usado con la señora Costello—. Te envié la carta.

Pero estaba pensando en el papel de cartas substraído de la señora Tierney.

La muchacha se inclinó aún más sobre la mesita, apretando sus pechos contra la estrecha madera. El roto velo de su sombrero parecía alzarse para implorar, como la delgada mano de un mendigo.

—Pero ¿qué voy a hacer, si no está? —dijo—. ¿No podrías prestarme un poco más? —Miró el bolso de Sally—. Te juro que te lo devolveré en seguida—, susurró y entonces su voz se volvió gimoteante—. ¿Qué voy a hacer en la calle?

Sally reconoció, renuente, lo que estaba ocurriendo: se estaba poniendo a prueba su vocación. Primero, la mujer obscena con su charla vulgar y después aquella muchacha. Apenas parecía justo que Dios juzgara su mérito tan pronto. Pensó en la hermana Lucy, quien había deseado una vida contemplativa, pero no expresó un rechazo.

—De acuerdo —dijo Sally, descontenta.

Liberó su mano de la húmeda presa de la muchacha, que la aferraba. Abrió el bolso y metió la mano en el roto, detrás del forro de raso, buscó el imperdible mientras notaba que la muchacha no dejaba de escrutarla. Sabía que debía tener el gesto de dar a la muchacha todo lo que tenía, como habría hecho Cristo, y, desde luego, como habría hecho la hermana Jeanne. Sabía que las hermanas de Chicago aplaudirían su generosidad, pero también sabía que no quería hacerlo. No quería regalar lo que su madre había guardado con tanto esfuerzo. No quería — con menos ganas aún— que otra extraña desaprensiva se burlara de ella. Sacó dos billetes de diez dólares y los dejó en el otro extremo de la mesa, procurando resistirse a la pena que sentía al entregarlos.

—Es todo lo que tengo —dijo, piadosa, terca—. Es todo lo que poseo.

La muchacha alargó la mano para coger el dinero.

—Escribeme tu dirección —dijo, y cogió la cuenta del platillo plateado y se la acercó—. Allí estaré mañana para devolvértelo.

Estaba guardando los billetes en su cartera, cuando de repente miró al otro lado de la mesa.

—No sabía que se permitiese a las monjas tener dinero —dijo y pareció una reprimenda.

Cuando Sally abandonaba el vagón, en la dirección opuesta a la de la muchacha del Bronx, el camarero de la chaquetilla blanca le cogió el brazo.

—Perdóneme, señorita —dijo—. ¿Es amiga suya esa señora?

—Sí —dijo Sally, casi sin aliento, como si la hubiera sorprendido mintiendo.

El hombre movió la cabeza. Era un negro calvo y con ojos compasivos.

—Espero que no le haya causado ningún problema —dijo, amable—. Nada más.

—Gracias —dijo Sally. Estaba a punto de continuar su camino, cuando añadió, de pronto, como para corresponder a su amabilidad—: Mi padre trabajaba también en un tren: en la Brooklyn Rapid Transit.

Le extrañó que la boca se le hubiera vuelto pastosa.

El hombre sonrió y asintió con la cabeza. Podía haber sido algo que ya supiera.

—¿Está con usted su padre esta noche? —preguntó.

—Oh, sí —dijo ella, y las dos palabras sonaron, torpemente, como una sola. Señaló el pasillo abierto—. Está allí atrás —dijo, y lo imaginó unos instantes, un hombre con un sombrero flexible calado sobre los ojos.

—Entonces que tengan los dos una noche agradable —dijo el camarero.

Cuando regresó a su asiento, su compañera volvía a estar riéndose por lo bajo y sin dejar de jadear, a saber de qué.

Fuera solo había lucecitas, agujeritos de polillas le parecieron en la densa oscuridad. El sabor del té dulce y el regusto del alcohol persistían en el fondo de su garganta y le habían dejado los ojos doloridos. Apoyó la cabeza en la ventana.

Al principio, las estaciones en las que se detenían, doradas y bulliciosas, eran un alivio, pero, cuando, con el paso del tiempo, las veía, tras despertarse de un sueño poco profundo, solo ofrecían un panorama amarillento y pesadillesco de sombras fatigadas: un jefe de estación solitario que levantaba un brazo pesado, un único pasajero con una maleta y aire de abandono, un periódico que el viento arrojaba contra una pared. Aquellas sombras fatigadas no tardaban en desaparecer, cuando el tren reanudaba la marcha, en la noche cavernosa.

Su padre fue un ferroviario de la BRT.

Durante toda la vida de ella, mientras se movía por aceras brillantes y hierba verde, él había permanecido en su ataúd, el más angosto de los pasillos, de los túneles sin luz destinados a contener las rocas y las piedras y la tierra húmeda. ¿Por qué no había pensado en eso hasta entonces? ¿Por qué no lo había imaginado nunca a él allí, mientras subía y bajaba, despreocupada, las escaleras del metro y cruzaba la oscuridad en él? Un ferroviario de la BRT que ya había regresado mucho tiempo atrás al lugar en el que había ejercido su oficio: el húmedo subsuelo, la tierra y la piedra excavada, la quebradiza oscuridad.

En determinado momento, se despertó y vio de nuevo al niño pequeño en el pasillo. Su compañera dormía, exánime, a su lado. El niño oscilaba con el movimiento del tren. Incluso con la luz mortecina, ya espesa de humo, seguía viendo el chichón en su calvo cráneo. Mientras se movía con las sacudidas del tren, ella veía una línea de sangre seca por debajo. Ya solo le quedaba media pastilla de chocolate, pero la buscó en su bolso y se la entregó — por encima de la mole de su compañera de asiento— al niño. Él la cogió y después, como un espectro, se alejó. La cabeza de su madre estaba desplomada sobre la ventanilla.

Ella iba a entregar su vida a otros, en nombre de Cristo crucificado y de Su amante Madre. Iba a ingresar en las Hermanitas Enfermeras de los Pobres, de la Congregación de María ante la Cruz, *Stabat Mater*, que la hermana Jeanne consideraba el nombre más bello de todas las órdenes, porque nos recordaba a todos —decía la hermana Jeanne— que el amor afrontó la brutalidad en aquel momento en el Gólgota y salió triunfante, el amor aplicado al sufrimiento, como decía la hermana *Illuminata*: como un paño limpio a una herida supurante.

Sally había entendido la imagen en la lavandería del sótano del convento, cuando contemplaba a la hermana *Illuminata* aplicar una plancha caliente a la ropa limpia de las monjas: perfume de almidón y jabón, de la pesada ropa blanca, secada al sol en el patio, un paño limpio — inmaculado y puro— que aplicar a las heridas de la humanidad. Mientras se elevaba el fragante

vapor, había sentido el gozo que entrañaba y su rectitud. De nada servía aplicar algo sucio, manchado, a lo que estaba degradado e infecto. Se mantenían, se hacían, puras, vestidas con aquellas ropas immaculadas, se movían por aquellas sencillas habitaciones, rezaban las horas, hablaban en voz baja, mantenían quietas las manos ociosas y nobles sus pensamientos para ofrecer consuelo al desdichado mundo, para aliviar la herida ardiente, la lesión, *laesio*, del sufrimiento humano, el sufrimiento heredado por todos los mortales, como había dicho la hermana Illuminata.

Enfundada en su precioso hábito, quería ser ese antídoto puro para el dolor humano.

Pero también quería, en la misma medida y con mayor intensidad, no ser objeto de burla por ello, no ser engañada. La hermana Lucy le había dicho: «No creas que puedes acabar con todo el sufrimiento gracias a tu encanto».

La siguiente ocasión en que se levantó para usar el retrete, hubo de pasar por encima de la sólida mole de su compañera dormida. Cuando Sally cruzó torpemente por encima de su regazo para intentar salvar las bolsas marrones que aquella tenía a sus pies, sintió que la mujer la agarraba por la cadera y después le clavaba un dedo sucio en la parte trasera de la falda. Sally gritó y casi se cayó, pero no tardó en recuperar el aliento, al acopiar fuerzas en el pasillo. Volvió la vista hacia la mujer, que había cerrado los ojos una vez más. El hombre del pasillo alargó la mano para sostenerla y, aunque ella ya no lo necesitaba, se la cogió, cálida, ancha y muy fuerte.

—Gracias —dijo.

En el retrete, el olor del movimiento del vientre de otra persona le resultó abrumador. Salió dando traspies y caminó hasta el pasillo entre los vagones para respirar aire puro. Allí fuera, el eco traqueteante del acero sobre las vías parecía rebotar de la oscuridad que las rodeaba, como si esta estuviera hecha, a su vez, de piedra negra, como si hubiesen vuelto a entrar en el subsuelo.

Vio a un hombre que se acercaba por la amarilla luz del vagón contiguo, un coche cama, y también a un ferroviario que caminaba tras él e iba cerrando las cortinas de cada una de las literas para proteger a quien estuviese detrás de ellas durante la noche. La muchacha del Bronx dormía, con el dinero ganado con gran esfuerzo por la madre de Sally en su poder. El hombre que se acercaba parecía sonreírle, por lo que, atemorizada, volvió a entrar en el vagón justo por delante de él, quien la siguió e incluso sostuvo la puerta por encima de la cabeza de ella, al tiempo que la empujaba —¿de verdad la empujaba?— por la espalda. Él se dirigió al retrete y ella bajó por el pasillo. Cuatro hombres estaban jugando a las cartas y fumando. Cuando pasó, la miraron indiferentes. Uno de ellos sostenía entre los dedos el negro tocón de un puro; la punta, más negra aún, estaba mojada. Todo apestaba: a humo, a sudor y al gas humano procedente de aquellos montones de carne. Sally se llevó el dorso de la mano a la nariz y comprobó que su propia carne apestaba.

Caminó, con paso inestable, por delante de su asiento hasta el final del vagón —«los tachos... del pis», había dicho, vulgar, la mujer obscena— y después dio media vuelta y rehizo el camino. Allí, con la mortecina y humosa luz, había, para que los examinara, un muestreo de «los demás» a los que iba a entregar su vida: vulgares, desaliñados, ingratos; caras pálidas, dormidas, con bocas abiertas, deformadas, miembros desgarbados; un soldado de ojos hundidos que miraba afuera, a la noche, con una mochila caqui apretada contra el pecho; un anciano de piel amarilla replegado sobre sí mismo y mirando adelante con expresión asesina; una joven con un sombrero alegre, que masticaba, feroz, chicle, leía una revista, se metía un dedo en la nariz y después tiraba en el pasillo con un papirotazo lo que había sacado de ella.

Pasó por delante del asiento de enfrente del suyo, donde el niño calvo dormía entonces apretado contra la espalda de su madre, que estaba vuelta. Tenía las manos metidas entre las rodillas, como para calentarlas. Se parecía a los sintecho que dormían bajo el tren elevado, como un pequeño indigente hecho un ovillo contra la pared de una nave. A sus pies, en el suelo, había un pañuelo sucio, manchado de sangre.

—Disculpe —dijo a su compañera, cuando regresó a su asiento. La mujer estaba despatarrada y no se movía. El hombre del pasillo estaba mirando y aún sonreía—. Disculpe —repitió, y entonces la mujer se limitó a volver la cara con un resoplido y un espumarajo.

—Tal vez debería darle un codazo —dijo el hombre del pasillo, servicial. Por primera vez lo miró de frente: un hombre mayor con barba incipiente y medio calvo, casi apuesto, y que, al sonreír, enseñaba el hueco de una muela que le faltaba; también tenía, desde luego, expresión de cansancio a aquella hora, pero mirada amable. ¿De verdad quería pasar la vida sin un hombre que la protegiera? Cruzó el pasillo para tocar el codo de la mujer.

—Señora —dijo, y repitió en voz más alta—: Señora.

—¡Silencio! —pidió, una vez más, alguien del vagón.

Sally, agotada, a su vez, se armó de valor.

—¡Disculpe! —gritó.

Extendió la mano —incluso para sus propios ojos, sus movimientos se habían vuelto raros, como si fueran extrañamente pesados— y apretó un dedo en el hombro de la mujer. La carne bajo su abrigo no parecía ceder apenas. Sus anchos muslos, que tensaban su oscura falda, se movieron un poco, pero siguieron bloqueando el paso.

—Señora —dijo una vez más el hombre del pasillo.

Mientras se esforzaba por mantener el equilibrio en el pasillo, Sally miraba su asiento vacío al otro lado de aquel rollizo obstáculo. Nunca en su vida había deseado tanto un destino. Lo único que deseaba era hacerse un ovillo en él y volver la cara hacia la fresca ventana. Solo quería que la dejaran en paz. De repente, presa casi de la desesperación, se agachó y deslizó las bolsas por debajo de los pies de la mujer, hacia el pasillo. Una de ellas se cayó y derramó una naranja, una polvera dorada y algo de seda brillante —un pañuelo, una enagua o un camisón—, con lo que la mujer se movió al fin. Levantó sus puntiagudas manos, al modo de los durmientes sobresaltados y, en un instante de miedo y rabia, Sally golpeó con el puño en la palma de la mujer y volvió a golpear, aquella vez en la parte interna de su gruesa muñeca, y tocó el hueso por debajo de su carne fofa y después pareció el mismo y continuo movimiento, aunque, en verdad, era tosco y abrupto, como al aporrear la ropa para lavarla, y volvió a golpear: la mujer intentó sin conseguirlo alzar el codo como defensa. Sally sintió la dura superficie de los recios dientes de la mujer contra sus nudillos, además del pegajoso carmín y el aliento húmedo.

—Mantenga quietas sus malditas manos —dijo Sally, al tiempo que pasaba por encima de los pies de la mujer y daba una patada a las grasientas bolsas con el talón—. Apártese de mí.

Despejó el regazo de la mujer y avanzó hasta su asiento, con el corazón latiéndole con fuerza. Volvió la cara hacia la ventanilla.

Hubo un silencio cargado de asombro y después la mujer gritó: «¡Piedad!», jadeando más fuerte, o ya no jadeando, sino sollozando. Sally miró brevemente por encima del hombro. La mujer, con sus horribles dedos apretados con delicadeza contra la boca, estaba inclinada hacia el pasillo para recoger la bolsa. El hombre al otro lado del pasillo se había agachado para ayudarla

y el niño calvo apareció para entregarle la naranja que había rodado y la gran polvera dorada: una traición por ambas partes, pensó Sally.

—Gracias, cielo —oyó que decía la mujer, sin dejar de llorar—. Gracias, amable señor. — Les dijo—: Es como para pensar que la mantequilla no se desharía en la boca de esta.

Sally volvió a mirar hacia la ventanilla. Una vez más, sintió el aliento de la mujer en el cuello.

—Valiente monja vas a ser tú —susurró.

Sally levantó el hombro para protegerse del sonido y del aliento de la mujer. Era ella la que jadeaba entonces. Su ira era un puño cerrado en el pecho y, aun así, había también orgullo. Al fin y al cabo, había dicho lo que pensaba.

—Eres un demonio —le dijo la mujer al oído.

Sin volverse para mirarla de frente, Sally enseñó los dientes ante su reflejo.

—Tú sí que lo eres —murmuró.

El alféizar de la ventanilla del tren estaba ya tan sucio de hollín como el de cualquier vagón de metro.

En realidad, el olor a hollín se extendía por todo el vagón. Pegó la frente al cristal para ver si fuera había una refinera, el incendio de una casa, un vertedero de basura ardiendo: fuego del Infierno. Parecía el olor adecuado para aquel tren infernal, aquel viaje terrible, que no habría podido alejarla más de la limpia lavandería del convento y del hermoso gozo que había sentido aquella misma tarde ante la vida consagrada a la que se sentía llamada.

Allende la ventanilla del tren solo había oscuridad y su propio reflejo impreciso en ella. Se preguntó cuántas millas habrían recorrido y, con ese pensamiento, sintió el diluvio de lágrimas que había contenido sin darse cuenta, lo había hecho desde que había vislumbrado por última vez a la hermana Jeanne y a su madre a través de aquel mismo cristal. Tocó la ventanilla con la punta de los dedos. Su madre y la hermana Jeanne habían estado enmarcadas dentro de ella. Las lágrimas brotaron, amargas e incesantes. La vida era una perspectiva desoladora para una huérfana.

—Te lo tienes muy merecido —oyó decir, a su espalda, a la mujer obscena.

Eran las tres de la mañana.

Cuando el tren llegó a la estación de Chicago, había hecho sus cálculos: tenía el dinero en la cartera y los billetes restantes sujetos con un imperdible en el forro del bolso. Además, llevaba un dólar en cada uno de los zapatos, como le habían recomendado las gemelas Tierney. Para el viaje de vuelta elegiría un coche cama.

En la preciosa estación se notaba el aire matinal: el aroma familiar de la ciudad por la mañana temprano, que la hizo sentirse por unos momentos no de llegada, sino de regreso. Había algo encantador en los luminosos rayos que entraban a raudales por las claraboyas y tocaban aquí y allá en el amplio suelo.

Había el bullicio de muchas personas ocupadas, la persistente presencia de la mujer obscena, cuyo aliento seguía sintiendo. Vio a las dos monjas que estaban esperándola allí, sus formas limpias y sencillas, con los brazos cruzados y las ociosas manos metidas en las mangas. Una era joven; la otra, mayor. Las dos sonrieron, al verla acercarse. Comparada con los fuertes polvos de la mujer del tren, su piel parecía pura, recién formada, pese al vello y las arrugas en una y las manchas dispersas en la otra. Reconoció el olor de la luz del sol y del almidón en sus hábitos y también el ofrecimiento de amistad en los tímidos ojos castaños de la joven.

Le encantaría la compañía de las monjas para el resto de su vida.

—Ya estás aquí —dijo la mayor, al tiempo que tendía sus immaculadas manos para darle la bienvenida—. Estamos muy contentas de que hayas decidido unirme a nosotras.

Sally posó su maleta en el suelo. Podría haber visto con el rabillo del ojo a la muchacha del Bronx pasar rápida.

—La verdad es —dijo— que lo he pensado mejor.

Stabat Mater

Cuando salió del metro, no hubo hermanas enfermeras en la calle, ni tampoco estaba Patrick Tierney para decirle: «Ya te lo dije», al verla llegar, exhausta, a casa. Fue una suerte. En el tren de regreso había dormido poco, encerrada en una litera inferior, pero no menos aterrada camino del Este que del Oeste. El tormento en el tren de ida habían sido aquellas personas horribles; el de vuelta a casa, la absoluta soledad de aquella angosta y oscura litera.

Seguía sintiendo el movimiento del tren, en la espalda y en los pies, mientras caminaba por su manzana de casas con la maleta y después subiendo por su escalera. Nadie había en la entrada. No estaba la señora Gertler encaramada en su ventana del piso principal. También eso fue una suerte. Subió las escaleras. Era a primera hora de la tarde, pero su falta de sueño y su imprevisto regreso hicieron que la hora del día le pareciera incierta y extraña. Tan solo cuarenta y ocho horas antes, se había despedido de aquel lugar, con la romántica idea, con la que se veía a sí misma, de que pasarían muchos años antes de que volviera a verlo. No habría hecho falta demasiada imaginación, cansada como estaba, para creer que había transcurrido tiempo, en efecto, y regresaba como un Odiseo, mucho mayor y muy cambiada.

La vida pasa como en un abrir y cerrar de ojos. No haría falta imaginación alguna para convencerse de que así había sido.

La voz de su madre le llegó por el montante abierto por encima de la puerta del piso; la risa de su madre: clara y familiar y, sin embargo, también indistinguible de la voz del hombre, que se oía por debajo de ella, una voz baja de hombre, pero que subía y bajaba como con un ritmo enumerador, el ritmo de la narración de un relato, un chiste o una historia. Dentro del piso, un hombre estaba contando una historia a su madre y esta se reía, se reía de vez en cuando. La risa de su madre resultaba siempre envidiable. Desde que era niña, Sally corría hasta ella, alzaba los brazos y ponía las manos en las anchas mejillas de su madre y decía: «¿Qué? ¿Qué?».

Se acordó de la hermana Jeanne, que alzaba la vista al oírla, como si se tratara de un cálido sol.

Sally abrió despacio la puerta y colocó la maleta junto al sofá. Desde el cuarto de estar veía que el hombre había llevado una silla del comedor a la puerta de la cocina. Estaba sentado en ella de espaldas y de través: en mangas de camisa y con las manos en los bolsillos del pantalón. Su madre estaba en la cocina, un poco más allá de él, junto al fogón, pero muy cerca. Estaba friendo algo en una sartén: se oía el chisporroteo y el crepitar del jamón. Ella se reía y él hablaba: Sally nunca había visto a un hombre así, sentado en mangas de camisa a la puerta de la cocina, y hablando a su madre de aquel modo: no como un visitante, sino como alguien que se sentía enteramente en casa y familiarizado con aquellas pocas habitaciones. Se acercó un poco más —

cruzando el cuarto de estar— al largo aparador.

Desde donde se quedó parada, podía verlo mejor. Su pelo era negro y moteado de gris, espeso en la nuca, pero fino en la coronilla. Los hombros, dentro de su camisa a rayas y sin cuello, eran anchos. En el cristal de la única ventana de la cocina, veía un vago reflejo de su cara: frente ancha, pálida, y ojos negros que el reflejo volvía imprecisos. «¿Me estás diciendo...?», decía y Sally reconoció el acento. «“¿Me estás diciendo?”», le pregunté, “que después de todo este tiempo...?”»

—Después de todo ese tiempo —dijo su madre sin volverse, riéndose con él, moviendo las caderas, junto con el dobladillo de su larga falda, meneándose con la risa, y su voz (¿qué era lo que resultaba tan nuevo en su voz?) alegre, fácil, cálida, sus dos voces tan familiares en aquel intercambio. ¿Cuándo había oído ella semejante cosa en aquella casa? ¿Cuándo había visto semejante cosa?

Al contárnoslo más adelante, dijo: «Tuve que frotarme los ojos».

Y después vio, boquiabierta —y lanzó un grito de sorpresa—, que los delgados y blancos pies del hombre estaban descalzos en el suelo de linóleo.

—Bendito sea Dios —dijo su madre, y el hombre, al volverse, se irguió en su silla. No era Jim precisamente, no era su padre de vuelta con ellas, con ella, de regreso a la vida en el intervalo de su partida, sino el señor Costello, el lechero, que en aquel momento se esforzaba por ponerse de pie, educado, con sus largos pies desnudos y demás.

En el dormitorio, las sábanas y la colcha estaban dobladas. Había olor a humo de cigarrillo en el aire, olor a carne, una versión más pálida, más cálida, del aire humano del tren. La raída chaqueta del hombre estaba colgada de una silla y sus vacíos zapatos, colocados uno junto al otro al pie de la cama. Su madre la siguió hasta allí y cerró la puerta tras sí.

—Has vuelto —dijo. Tenía el pelo suelto y las mejillas rojas como un tomate. En el corto tiempo en que Sally había estado fuera, había rejuvenecido—. ¿Qué ha ocurrido? Me has dado un susto de muerte.

Hizo una pausa y madre e hija, juntas, pasearon la vista por la alcoba: la colcha, la chaqueta blanca, los dos zapatos vacíos del hombre al pie de la cama.

—Has vuelto —repitió su madre, pero aquella vez como si lo entendiera claramente.

Sally recorrió de un vistazo la habitación, la que había sido su habitación, su propia cama.

Se volvió hacia su madre. Tuvo la sensación de un desplome, sin siquiera el hombro de un extraño junto a ella.

—¿Y adónde vas a ir? —le preguntó su madre.

Cuando las dos mujeres volvieron al cuarto de estar, el señor Costello —descalzo— estaba indeciso junto a la puerta de entrada con la cabeza gacha, como si esperara un ascensor. Levantó la vista y miró, cohibido, a la madre, y después, una vez que hubieron pasado junto a él, se introdujo en la habitación.

Su madre le dijo que se sentara a la mesa y Sally advirtió que la silla del comedor volvía a estar en su sitio. Unos momentos después, su madre trajo dos platos con el jamón y los huevos y se sentó con su hija. El señor Costello apareció con los zapatos y la chaqueta puestos, peinado y con la gorra en las manos. Dijo, educado: «Bueno, pues, voy a marcharme», y su madre se limitó a levantar la vista brevemente... y el afecto que mostraban sus ojos era totalmente nuevo y le resultó de inmediato familiar, un recuerdo de lo que Sally había sabido siempre: la fuerza de la capacidad

para amar de su madre, su seguridad al respecto.

—Adiós, mi amor —dijo su madre.

Comieron en silencio. Su boca no apreciaba gusto alguno. Volvió a sentir el movimiento del tren por debajo de ella. Si hubiera cerrado los ojos, habría podido tener la sensación —bien lo sabía— de encontrarse aún en él, en la sofocante oscuridad, mirando por la ventanilla aquella luz móvil —aquella habitación, aquel día, las seguras manos de su madre, su presencia viva, su felicidad—, mirándolo todo con los que podrían haber sido los propios ojos de su padre: envidioso, muy solo, enterrado, desolado.

El sustituto

—Pues llévate a Patrick, entonces. Es su tocayo —dijo la señora Tierney.

—Eso es lo que haré —respondió el señor Tierney.

Así acabó la discusión. Tenían los dos la cara acalorada. Los dos se lamían, satisfechos, la saliva de las palabras gritadas por sus labios. Las discusiones de sus padres —nos dijo nuestro padre— estallaban de repente, como una riña callejera, y después, con la misma rapidez, concluían. Se hacía la paz: algo parecido a la felicidad.

Sus seis hijos llegaron a comprender que se podía sentir cierta satisfacción al incitar la rabia de una persona querida.

Había llegado un telegrama de Poughkeepsie: el padre del señor Tierney había muerto. El señor Tierney dijo que debía ir al entierro y la señora Tierney preguntó si iba a someterla a la indignidad de abrigar la esperanza de que lo acompañara. Él dijo que no, pero llevaría a los niños. Ella dijo que no quería que faltaran a la escuela por un hombre al que nunca habían conocido. Él dijo que entonces llevaría solo a los chicos. Ella dijo que el empleo de Michael colgaba ya de un hilo.

—No voy a quedarme mucho tiempo —dijo el señor Tierney.

—Es absurdo que vayas siquiera.

—Soy su único hijo —dijo el señor Tierney.

—¿Acaso no lo sabía eso él? —replicó la señora Tierney.

—No quiero que me atormente su espectro —gritó el señor Tierney.

—En vida nunca se interesó por ti —dijo con frialdad la señora Tierney—. ¿Por qué habría de aparecer ante ti muerto?

—Tienes agua helada en las venas —dijo él.

—Y tú tienes serrín en la cabeza.

—Ha muerto.

—Dejó morir a tu madre sin avisarte.

—Yo no lo sabía.

—El muy cabrón no te lo dijo.

—Estaba resentido.

—Era rencoroso: a mí me odiaba.

—A los dos.

—Pues a los dos.

—No seas cruel. Tenía un peso en su conciencia: aquel inválido en el piso de arriba.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Ten un poco de compasión.

—Y tú un poco de sensatez.

—Entonces iré solo.

Hubo un silencio. Él había pronunciado la única palabra que ella no podía soportar: solo. Durante toda su infancia —dijo nuestro padre— no podía ir a la esquina a comprar un periódico sin que su madre lo instara a llevar a alguien de compañía.

—Entonces llévate a Patrick —dijo ella—, que es su tocayo.

—Eso es lo que haré.

La risa en la voz de ella cuando volvió a hablar fue lo que indicó que la discusión había acabado y había brindado cierto placer a los dos.

—Si ese cabrón va a poder seguir como un espectro a alguien —dijo—, será a Patrick.

—Sería lo menos malo —dijo el señor Tierney.

Y así nuestro padre se encontró en el tren para Poughkeepsie con el fin de asistir al entierro de su abuelo y tocayo, un hombre al que nunca había conocido.

Aunque Michael Tierney iba vestido con lo que llamaba su «indumentaria civil» —cuello duro, chaleco, elegante traje de lana negra con finas rayas de un violeta pálido, zapatos relucientes, bombín afelpado—, conservó su erguido y elegante porte de portero durante todo el viaje. También llevaba un reloj de oro con cadena discretamente cruzado en su delgada cintura, la mejilla suave, recién afeitada y con aroma a ron de laurel y un elegante bigote castaño, que brillaba, recortado y peinado, como madera pulida.

También el traje que llevaba Patrick era elegante. Lo habían comprado tan solo un año antes a un sastre judío del Lower East Side —uno de los «amigotes» de su padre— para la graduación del bachillerato de su hermano mayor, pero, como Tom había encontrado trabajo en los astilleros de la Armada y no en una oficina, lo habían guardado desde entonces en una bolsa de lino con bolas de naftalina y astillas de cedro.

En vista de la escasa antelación del aviso —el telegrama lo había enviado Rose, la hermana soltera de su abuelo, tan solo dos días antes—, su madre solo dispuso de una tarde para airearlo en la ventana, por lo que había conservado cierto olorcillo de lo que su padre llamaba «su hibernación». El señor Tierney roció, cómicamente, a su hijo con colonia antes de que abandonaran el piso, tras hacer la señal de la cruz y murmurar en latín, y así habían partido camino del tren con buen humor.

Su madre se había negado a acudir, cosa perfectamente comprensible —dijo el señor Tierney—, en vista de la oposición del padre a su matrimonio, porque ella era emigrante, porque era una muchacha de servicio en el hogar de una familia del Upper West Side que veraneaba en Poughkeepsie: una familia adinerada a la que su padre había admirado y envidiado y había aspirado a imitar. Para su padre, maestro e hijo, a su vez, de emigrantes, había sido un ascenso, que lo invitaran a la casa de verano de tales personas, confirmación de la categoría en ascenso del maestro como sabio del pueblo, como cosmopolita hombre de mundo, que lo invitaran a conversar con un hombre de ciudad de tanta fortuna, en su casa de verano, sobre negocios, política, filosofía y erudición.

Y había sido un insulto irreconocible que el maestro, tan honrado, acudiera acompañado de un hijo —«un servidor», dijo el señor Tierney a Patrick en el tren con destino a Poughkeepsie, «y de edad no mucho mayor que la tuya ahora»—, quien, en lugar de prestar atención a la charla de

sobremesa, en vez de aprovechar la oportunidad para hacerse notar ante aquel hombre de negocios de Manhattan, quien algún día podría hacerle algún favor, se fijó en una sirvienta de dientes saltones y se negó a apartar la mirada.

—Desde luego, tu madre no tiene dientes saltones —dijo su padre en el tren—; es una belleza incomparable, pero eso fue un decir airado de mi padre, decepcionado y rabioso. No quería que yo viniera a menos, sino que llegara a más, más, más.

En el tren, Michael Tierney levantó la mano derecha en el aire, como si estuviera elevando un gran peso. Después la bajó, con aire despreocupado, y se encogió de hombros.

Era un precioso día de primavera y, en cuanto el tren abandonó la ciudad, el olor a hierba nueva, tierra fértil y fragante aire rural empezó a invadir los vagones. En cada estación en que paraban, el sol de la mañana era radiante y rebosaba de encantadoras cosas flotantes, blancas vainas de semillas e insectos verdes, mariposas y abejorros. En todas las estaciones del tren había grandes macetas de flores vívidas y todos los hombres y mujeres que se apeaban parecían recibidos por niños preciosos y perros alegres. Cuando montaron, su padre le había cedido el asiento junto a la ventanilla y después se sentó con porte regio en el del pasillo y se llevaba la mano al sombrero ante todos los nuevos pasajeros. «Un día precioso», decía, «señora, señor». «Buenos días.» «Un tiempo estupendo»: conforme a su oficio de portero.

Una mujer a la que ya había saludado se levantó en el pasillo para esperar a la próxima estación. Michael Tierney se llevó la mano al sombrero de nuevo y ella sonrió, muy satisfecha, al contemplarlos. No era joven, pero llevaba un traje de entretiempo de color claro, una piel de verano y una pulsera en la muñeca de su mano enguantada y cogida al respaldo del asiento de enfrente de ellos.

—¿Es su hijo? —preguntó.

—Lo confieso —dijo el padre entre risas.

—Es muy guapo —dijo ella.

El padre lo miró y fingió sobresaltarse:

—¿De verdad?

El tren estaba entrando en la estación.

—Son ustedes una pareja preciosa —dijo la mujer, comiéndose con los ojos al padre.

Michael Tierney levantó una vez más el sombrero, cuando ella se dirigió, sonriendo, a la puerta. Padre e hijo intercambiaron una mirada de incomodidad y después el bueno del padre dio una palmadita en la rodilla del muchacho. Como bien sabían los dos, no había posibilidad alguna de que hubiera un distanciamiento entre ellos.

En la estación de Poughkeepsie había algo más de bullicio que en las demás, pero no dejaba de ser una estación rural. Su padre conocía el camino. Era una pequeña iglesia de ladrillo, que aún estaba llenándose con los que parecían los ciudadanos más ancianos del pueblo: hombres canosos y mujeres encorvadas con faldas que rozaban el suelo. Las ropas de todos ellos olían a naftalina de hibernación. Los portadores del féretro —de caoba reluciente— parecían los más jóvenes de los asistentes, pero incluso ellos tenían la cintura gruesa. Patrick oyó los jadeos que les provocaba el transporte del ataúd por el pasillo. Los seguían solo dos personas allegadas del difunto. Una era una mujer bajita que sonreía como una novia tras su velo negro y, a su lado, caminando despacio, con paciencia adquirida, un hombre con una sola pierna, apoyado en una muleta y con la manga del brazo que le faltaba prendida cuidadosamente con un imperdible en el

hombro. Su pelo era del color anaranjado pálido de un antiguo pelirrojo, con un mechón de blanco puro en el lado derecho, por encima de un nudoso trecho de tejido cicatrizado y plateado, el resto retorcido de una oreja.

—La tía Rose —susurró su padre detrás de él—, la hermana de mi padre, y Red Whelan, el sustituto de mi padre en la guerra.

Después del funeral, un hombre robusto y de tez colorada, amigo de juventud de su padre, lo reconoció entre la multitud que se arremolinaba. Se ofreció a llevarlos al cementerio en un coche descubierto, lo que constituyó una aventura para Patrick, en vista de que en Brooklyn no era necesario tener coche. Patrick, en el asiento trasero, se estiró por la tapicería de cuero. El día estaba aún más luminoso e iba volviéndose más cálido, el verde paisaje —con los céspedes, los campos y los árboles cubiertos de brotes— era exuberante, muy abierto, un decorado de teatro pintado y compuesto para sus ojos de ciudad: había un sencillo granero rojo, unas cómicas vacas de color blanco y negro, un silo de historieta.

Por sobre el runrún del motor y los vaivenes de los muelles, oyó a su padre decir:

—Ya veo que el bueno de Red sigue con nosotros.

El amigo iba tocado con un *canotier* muy parecido al de Patrick.

—Un tipo fuerte —gritó aquel hombre—, pero no más que Rose, que sigue atendiéndolo.

Su padre se volvió para gritar hacia el asiento trasero.

—Red Whelan —empezó a decir, pero el coche se hizo a un lado un poco para evitar un bache en el camino y en la cara de su padre apareció una señal de impaciencia, tan breve como el ocultarse de la luz del sol. Volvió a empezar—: Red Whelan es el hombre que prestó servicio en el ejército de la Unión para que mi padre no hubiera de hacerlo. Salvó la piel a mi viejo y así pude nacer yo.

El amigo que conducía soltó una risa ruidosa al oírlo y después asintió con la cabeza, como si aquel vínculo lo hubiera cogido por sorpresa.

—¡Qué cierto es eso! —dijo y añadió, más solemnemente, como para corregir su sorpresa—: Tienes más razón que un santo.

Michael Tierney pasó un brazo sobre el respaldo para poder mirar mejor a su hijo, recostado como estaba este en el ancho respaldo del vistoso coche. Apuntó con un dedo al pecho del chico.

—Lo que significa que Red Whelan hizo posible también que tú nacieras —añadió.

Patrick se irguió en su asiento, como ante una reprimenda, pero el paisaje no era serio, estaba lleno de verdes amplios y azules brillantes y alquerías tópicas. El coche crepitaba y chirriaba como una máquina de circo. El paisaje, aquella charla sobre el pasado, el propio día, procedían directamente de las historietas de periódico. No se tomó en serio nada de todo aquello.

El robusto amigo iba gritándole y mirando el espejo retrovisor.

—Tenlo en cuenta, muchacho. Podrías no haber existido nunca. ¡Tú! —gritó—. El primero en nacer. —Patrick contuvo el deseo de corregirlo: el primero en nacer fue Tom—. El mejor fruto del sacrificio de Red —prosiguió el otro, que estaba pasándose muy bien—. Tú: un niño descalzo y con mejillas bronceadas, que está aquí solo gracias al bueno de Red Whelan.

Aquella sombra de impaciencia volvió a pasar por las facciones de su padre. Tal vez estuviera pensando en lo poco que le gustaba aquel viejo amigo.

—Nada es seguro —dijo, serio y molesto—. De haber ido a la guerra, mi padre podría haber resultado ileso. Si Red Whelan no lo hubiera substituido, podría haber sobrevivido, de todos

modos. Nadie lo sabe. —Se volvió a mirar el parabrisas y después, tras unos momentos de meditación, se dirigió a su hijo otra vez—. Aunque supongo que, si tienes una oportunidad de hacerlo, deberías agradecerérselo a ese hombre.

Al pie de la tumba, Red Whelan estaba ya sentado, tan viejo y delgado, que parecía hundido en su ropa: su uniforme. A la luz del sol, Patrick notó la raya oscurecida en su pierna estirada. La luz del sol iluminó también los botones dorados de su chaqueta y una condecoración en el pecho. Con su ancha cara y su espeso pelo, su cabeza parecía, sobre sus estrechos hombros, tan grande y ligera como un globo enorme. Parecía, en realidad, levantarlo de la silla, cuando concluyó el oficio y se bajó el ataúd —sin bandera, pues había sido Red Whelan quien había combatido— en la tierra recién excavada, pero, en realidad, fue la mujer bajita, la tía Rose de su padre, quien lo puso en pie, lo afianzó con su muleta, incluso en la hierba blanda e irregular, aunque, pese a lo encorvado que estaba él, ella, su cuidadora, solo le llegaba al hombro.

Al regresar en el coche a la ciudad, el amigo de juventud de su padre no cesaba de lamentar —y chasqueaba la lengua a cada dos frases— los años perdidos de su relación, el tiempo perdido de la infancia que habían pasado juntos. Sin preguntarles lo que deseaban hacer, llevó a Patrick y a su padre a la casa de Poughkeepsie para el almuerzo. Era una casa preciosa, estrecha y alta, con tejas de madera rojas y ribetes blancos: un pequeño porche delantero, un roble de copa muy extensa, narcisos casi marchitos con las cabezas inclinadas en el patio delantero y, al lado, una fila de lilas aún por florecer bajo un ventanal con cortinas de encaje.

Los invitados al funeral estaban aparcando sus coches por toda la sombreada calle o caminando por la acera, cuando padre e hijo y el amigo que tanto chasqueaba la lengua subían por el sendero de losas. Al llegar a las escaleras pintadas, el negro coche fúnebre se internó por el camino de entrada, lleno de surcos, y se detuvo. El conductor se apeó para abrir la puerta a la tía Rose y después esta tendió, a su vez, la mano a Red Whelan. Los dos juntos cruzaron despacio el césped. El amigo de su padre, al saludarlos, dijo: «Señorita Tierney, Red», y después dio un paso atrás para presentarles a Patrick.

El muchacho se quitó el *canotier* y se lo situó delante del corazón, mientras esperaba que lo presentaran a aquel hombre frágil que en tiempos había sido soldado, pero nadie dijo ni palabra. Su padre se había alejado, estaba ya en la cima de la escalera y con su propio sombrero delante del pecho. Había abierto la puerta y la sostenía para ellos. Su corpulento amigo de juventud chasqueaba la lengua, pero tan bajito, tan profundamente en la garganta, que el sonido parecía proceder de un runrún en los árboles.

La tía Rose sonrió, con la mano en el brazo de Red Whelan. Bajo la malla negra de su velo, solo se le veían los dientes y los ojos. Sin que lo hubieran presentado, Patrick dijo: «¿Cómo está usted?».

Red Whelan estaba centrado en el lento movimiento de su muleta, mientras la levantaba desde la hierba del césped hasta la pizarra azul del sendero. A tan poca distancia de aquel hombre, Patrick vio que la herida que había labrado su carne, lo había privado de la oreja y había vuelto blanco todo el pelo de un lado parecía solo una parte del rojo general que la naturaleza había dado a su piel, el estrago general que el tiempo había practicado en sus arrasados y ancianos rostro y cuello y en su única mano esquelética.

—Soy Patrick Tierney —dijo nuestro padre, al dirigirse a aquel hombre. Echó la cabeza hacia atrás—. Usted fue a la guerra por mi abuelo, en su lugar.

Y no supo por qué, pues nunca había conocido a su abuelo, su tocayo, se sintió de repente abrumado. Notó que la cara le ardía, sintió en la garganta el duro nudo de las lágrimas, que se le saltaron. Sintió, además, con un vuelo de la imaginación que le dio dentera, el dolor — carne, barro y sangre revueltos entre alaridos— que aquel hombre había padecido: el sufrimiento.

—Soy Patrick Tierney —repitió, con mayor audacia—. Soy el nieto.

La tía Rose le dio una palmadita en el hombro de su elegante traje.

—Así es —dijo, para darle ánimos.

Pero Red Whelan nada dijo. Los ojillos de su ancho rostro levantaron la mirada brevemente, pasaron por sobre de él y después bajaron de nuevo hasta la punta de la muleta. Movi6 la muleta a otra parte de la pizarra, dio un saltito para seguirla, con su 6nico zapato ancho y desgastado, y respirando fatigosamente. La tía Rose le cogió el brazo. Al pasar Red Whelan rozándolo, se notó un poco del olor a bolas de naftalina de su ropa.

Los dos subieron la escalera, la tía Rose junto a aquel hombre, con el brazo cruzado sobre su espalda. Red Whelan tampoco prestó atención al portero, sino que, con la cabeza gacha y encorvado, se internó en el negro interior de la casa, con la condecoración —pues eso era, en verdad, con una cinta mugrienta, aunque no se podía saber (nos dijo nuestro padre) si era suya— balanceándose por sobre el raído tejido de su guerrera.

Ninguno de los dos, ni el padre ni el hijo —el hermoso fruto del sacrificio de Red Whelan—, interesó en modo alguno al anciano ni fue el menor impedimento para su determinación de entrar y tomar su almuerzo.

En la puerta, la tía Rose hizo una seña con la cabeza a su padre, mientras este sostenía la cortina, y después entró con la persona a su cargo. También entró el amigo corpulento. Patrick subió, a su vez, la escalera, con la idea de seguirlos, pero su padre lo cogió de la manga y le dijo que esperara. Juntos, padre e hijo permanecieron al lado de la puerta abierta hasta que todos los invitados al funeral habían entrado, a cada uno de los cuales saludó Michael: «Buenos días», «Un tiempo excelente». Algunos lo reconocieron y le dieron el pésame. Otros se inclinaron hacia sus acompañantes justo cuando cruzaban el umbral para preguntar quién era. Cuando hubo entrado el último y no quedaron más coches recorriendo la calle despacio, Michael Tierney cerró con cuidado la puerta con mosquitero y volvió a tocarse con su elegante bombín, al tiempo que se llevaba, como le gustaba hacer, dos dedos a su ala.

—Vamos —dijo.

Iban por la mitad de la escalera, cuando una voz femenina, con marcado acento irlandés, los llamó:

—¿No van a entrar?

Padre e hijo se volvieron y vieron a una sirvienta de pelo oscuro tras el mosquitero, con un manajo de abrigos femeninos en los brazos. Iba tocada con una cofia blanca y una cinta negra y, aunque el mosquitero era como un velo, se veía claramente que era una belleza de ojos grandes y expresión dulce.

—No —dijo Michael Tierney.

A medio camino por el sendero de pizarra, padre e hijo se volvieron de nuevo a mirarla. Seguía detrás del mosquitero. El padre cogió del brazo a su hijo y lo hizo seguir.

—No vayas a casarte con sirvienta irlandesa alguna —dijo con ironía—. No vaya a repetirse la historia.

Los dos almorzaron juntos, los dos tan elegantes, en el elegante restaurante de un hotel local. Su padre llevaba una petaca, de la que sirvió dos whiskies antes de que llegaran sus bistecs y después dos más para acompañar el café.

En el viaje de regreso en el tren, su padre dijo —bajo los efectos del alcohol, sin duda—:

—Me pregunto si fastidiaría a mi padre ver que Red Whelan lo sobrevivía, si pensaría, cuando estaba agonizando, que tal vez por trescientos dólares más ocuparía su lugar de nuevo.

Contó a su hijo cómo había vuelto Red Whelan de la guerra una noche, con una llamada a la puerta, mientras la familia cenaba, cuando su padre era, a su vez, un joven; cómo ayudaron a Red Whelan, joven también, a subir al piso de arriba, a la habitación del ático que iba a tener para el resto de su vida. La tía Rose, entonces una niña, se hizo cargo en silencio del cometido que seguía ejerciendo entonces y ejercería en el futuro o al menos hasta el día —no lejano, al parecer— en que la vida de Red Whelan llegara a su fin.

—Solo Dios sabe lo que hará entonces —dijo—. Será a un tiempo una solterona y algo así como una viuda. No tiene otra familia que yo. —Y después añadió—: Y vosotros.

Al entrar el tren en la ciudad, el señor Tierney dijo que, la última vez en que vio a su padre, este lo había cogido del brazo, cuando se encontraban en el mismo umbral que no había cruzado aquella tarde. Michael Tierney estaba abandonando su hogar por última vez. Elizabeth Breen, su Lizzie, iba a reunirse con él en el tren. Iban a casarse la mañana siguiente en Brooklyn, donde vivía la familia de ella.

—¿Para esto es para lo que Red Whelan echó a perder un brazo y una pierna? —le preguntó su padre. (Nuestro padre, al contarnos aquella historia, añadió: «Eso sí que fue acuñar una expresión».)— ¿Para que el fruto de su sacrificio pudiera arrastrarnos de vuelta a los arrabales?

Formuló aquella pregunta furiosa con susurros, como si Red Whelan, dos pisos más arriba y con solo medio oído, pudiera oírlo.

—Puedes estar seguro de que yo no susurré mi respuesta —dijo Michael Tierney, cuando el tren regresaba a la ciudad—. La pronuncié claramente en sus narices. Le dije: «Ya se ha entregado una vida para salvarte el pellejo. No voy a entregarte yo la mía, además». Esas fueron las últimas palabras que cambiamos.

Se volvió hacia su hijo, con los dientes al descubierto bajo su pulido bigote y los ojos brevemente apenados, pero la pena no tardó en disiparse. Sonrió.

—Es cosa del pasado —dijo y volvió a alargar la mano para tocar la rodilla del muchacho. Lo miró con cariño, pasó la mano por la solapa del traje nuevo— Aun así —añadió, con la cara encendida por el *whiskey*—, podría haberlo perdonado, al viejo cabrón.

—Él podría haberte perdonado a ti —dijo Patrick.

Otro recuerdo de aquel día:

Avanzada aquella noche, después de haber dormido unas horas, Patrick se despertó en la oscuridad. Su hermano Tom dormía a pierna suelta en la cama de al lado. En la habitación contigua, en la que sus cuatro hermanas a veces se reían, se peleaban o daban golpecitos en la pared en la mitad de la noche, nada se oía. Se oía la calle, desde luego, pero muy poco a aquella hora, y no había nada que explicara por qué se había despertado tan clara y abruptamente, con los ojos bien abiertos en la oscuridad. Así recordó el ataúd de madera, brillante con la luz del sol, mientras bajaba a la tierra recién excavada. Recordó que Red Whelan se había negado con frialdad a saludarlo a él, el brillante, estupendo y viviente fruto del sacrificio de aquel hombre.

Recordó a su madre, quien se rio al decir: «Si va a perseguir a alguien como un espectro, será a Patrick».

Miró a la pálida luz azul —espectral, sí— en la ventana. ¿Había un rostro en el cristal? ¿Era un gato el que aullaba por la parte trasera de la casa o un espíritu femenino irlandés que anunciaba una muerte? ¿Un alma descarriada? Se imaginó su propia alma —una pálida y sobresaltada versión de sí mismo— aferrada por las huesudas manos de su resentido abuelo, como un fino jirón azul. Se imaginó arrastrado por las calles vacías de fuera, a la luz de los faroles y en la oscuridad, con el negro pavimento mojado, vallas y escaleras para incendios y zonas ruinosas —arrabales los había llamado su abuelo—, arriba, arriba, arriba, hasta la oscuridad más absoluta.

Imaginó también a Tom despertándose la mañana siguiente y encontrando tan solo el cadáver de su hermano en la cama, una concha hueca, con los ojos vacíos y la piel fina: solo polvo. ¿Para eso habría sido para lo que Red Whelan había perdido un brazo y una pierna?

Sintió el hormigueante calor del miedo en la nuca, en el espinazo, en las plantas de los pies. Deseó con toda su alma que su padre no hubiese dicho nunca lo que quiera que dijese en la separación final de su abuelo sobre la sustitución de una vida por otra, una vida para salvarte la piel.

Había llegado a infundirse un auténtico pánico, bajo las mantas, cuando oyó la voz de su padre y la de su madre en el comedor y supo que estaba oyendo de nuevo lo que lo había despertado tan abruptamente. Su padre decía: «Demasiado tarde, demasiado tarde». Y su madre respondía en tono consolador: «Ya no se puede hacer nada, Michael. No se puede hacer nada». Aun sin verlo, Patrick sabía que su padre tenía un vaso en la mano. Oyó —cosa imposible, desde luego— el vaso en los labios de su padre y el suave trago y después la voz de su padre se elevó de repente y Patrick reconoció la frase que, un momento antes, lo había arrancado de un sueño profundo.

—Yo quería a aquel hombre —dijo su padre entre gemidos—. Yo lo quería.

Hubo otro silencio. Su padre estaba llorando.

Todo habría sido demasiado terrible —su propio miedo, la pena de su padre, los gatos aullando en algún patio distante, el rostro del viejo en su ventana—, si la voz de su madre no hubiera desbaratado por fin el hechizo.

—Claro que sí —dijo. Él reconoció su tono, la suave voz muy divertida: el final de la discusión—. Pero el amor es un tónico, Michael, no una cura. Aquel hombre fue un cabrón igual.

Dos semanas después, llegó una carta de la tía Rose, hermosamente redactada: con los renglones escritos en tinta negra de la India y una caligrafía —escritura spenceriana— tan bella, que, antes de leer lo que decía, su padre llamó a las chicas para que la admiraran. La tía Rose lamentaba que él no hubiera entrado en la casa después del funeral de su padre. No se había imaginado la profundidad de su enojo: justificado, desde luego. Mi hermano fue un hombre desdichado, decía, abrumado por el peso de la gratitud.

Gratitud, señaló su padre, mirando a su madre. «Un peso en la conciencia.»

Red Whelan —decía la carta— ya había muerto. Ella estaba redactando aquella carta en su habitación del ático, rebosante de ausencia. Había pasado toda su vida a su lado —decía— y había cumplido gustosa con aquel deber. No tenía queja. Había sido su compañera a lo largo de los años y él el de ella. Acababa de fallecer. Una generación ha fenecido, escribía. Y después daba instrucciones a su padre para que se pusiera en contacto con un abogado de Wall Street. Como reparación por su distanciamiento, ella le iba a ceder todo lo que su padre le había dejado.

Iba a abandonar la casa y alquilar un piso en la ciudad. Se las arreglaría con lo que ella y Red Whelan habían ahorrado juntos durante tantos años. Lo único que pedía era que le escribiese de vez en cuando y lo mismo haría ella. Decía que rezaría por él y su familia todas las mañanas y todas las noches para el resto de su vida.

—Busca a alguien que se haga cargo de ella cuando no pueda valerse por sí misma —dijo Liz Tierney.

—¿No era ella la adivina? —preguntó nuestro padre.

Cuatro meses después, la familia volvió a mudarse, aquella vez a una casa de tres plantas en Second Street, una casa en propiedad, comprada con la herencia. Era una casa adosada, nada especial, pero con cinco habitaciones... cinco: una para los dos chicos, otra para las gemelas, otra para las dos chicas más jóvenes, un gran dormitorio para los padres y, aparte de toda esa extensión, una habitación vacía y sobrante, idónea para un huésped o un invitado.

Idónea para Sally, cuando se presentó en la puerta, avanzada la tarde del día en que regresó de Chicago. A su lado tenía la misma maleta de ratán que había llevado en el tren y que aún contenía las cuatro camisas, seis pares de medias, tres camisones de muselina sin bordados ni adornos: la ropa inmaculada con la que iba a entrar en su nueva vida.

Tras ella estaba la hermana Lucy, que sabía insistir.

Cierto

Una vez aposentada la tía Rose en nuestro ático, la hermana Jeanne alzó la vista al techo. Aquí tenemos una historia, nos dijo.

Ocurrió en Francia, en el siglo pasado. Jeanne Jugan era una mujer bondadosa que trabajaba en las casas de los ricos. Un día, se encontró con una viuda ciega a la que su familia había puesto en la calle para dejarla morir. Jeanne Jugan llevó a la anciana a su casa, la bañó y le dio de comer. Acostó a la anciana en su cama y llevó un jergón al ático, justo encima de su cabeza, donde Jeanne Jugan dormía y desde donde podía oír a la pobre mujer.

Poco después, Jeanne Jugan se encontró a otra anciana a la que habían abandonado en la calle y también la llevó a su casa y luego otra y después otra.

En aquella época, la vida era muy dura para los ancianos, para las viudas pobres en particular. ¿Quién los necesitaba? Los pequeños, los débiles y los viejos. Eran un estorbo para la vida apresurada y enérgica, ¿comprendéis? Eran una pesadez, siempre delicados y enfermos. Por eso, la gente se preguntaba: ¿quién los necesita?

Se corrió la voz y personas de la ciudad empezaron a llevar a sus ancianos a Jeanne Jugan, pero siempre hay tantas buenas personas como malas. ¡Ya lo creo! Pronto otras mujeres tan bondadosas como Jeanne se enteraron de la labor que esta estaba haciendo y le preguntaron si podían ayudarla. Algunas de aquellas buenas mujeres se mudaron también al ático de Jeanne para poder estar disponibles en cualquier momento del día o de la noche. La comunidad creció. El número de ancianos a los que atendían no cesó de aumentar.

Jeanne Jugan fue a ver al cura para preguntarle si podían las mujeres formar una comunidad religiosa propia a fin de orientar su vida, mientras hacían aquella buena y difícil labor. Celebraron una reunión en el ático de Jeanne y en ella trazaron el plan para pasar a ser las Hermanitas de los Pobres.

Todos los días, Jeanne se colocaba la cesta bajo el brazo e iba a recoger comida y dinero para sus asistidos. Nunca aceptaba una negativa, ¿comprendéis? Un hombre rico se irritó tanto con su persistencia —la hermana Jeanne agitó un puño en el aire, para imitarlo—, que le dio un puñetazo en la cara y la derribó.

Cuando volvió a levantarse, ella dijo: «Sí, pero mis ancianas siguen hambrientas». Entonces él le dio todo el dinero que tenía.

Cuando unas personas decían a Jeanne Jugan: «¡Huy, Dios mío, hermana! Si ya le di dinero ayer», ella contestaba: «Pero mis ancianas siguen hambrientas hoy».

Jeanne Jugan se hizo famosa. El presidente de Francia le entregó una medalla de oro por su buena labor. ¿Y qué creéis que hizo? La fundió y la usó a fin de comprar una casa mayor para sus

ancianas.

—Me contó esta historia mi consejero espiritual —dijo la hermana Jeanne—, cuando era yo una monja joven. Un día, Charles Dickens fue a ver a Jeanne Jugan. Tal vez se hubiera enterado de su existencia por los periódicos, no sé, pero, ¿qué creéis que le dijo ella a aquel hombre?

No supimos qué responder.

—Le dijo que debía usar el dinero de forma consecuente con lo que predicaba, por lo que él le hizo una gran donación.

»Y después él escribió en alguna parte que ella era la persona más santa que había conocido en su vida. No es poca cosa, ¿eh?

Le dijimos que no lo era, en efecto.

Pero, mientras la buena de Jeanne Jugan estaba entregada a su labor, el cura que la había asesorado estaba intrigando. Fue a Roma y dijo que había sido él quien había fundado la orden y el primero en encontrar a la viuda ciega en la calle y en decir a Jeanne Jugan que se hiciera cargo de ella. Él fue quien rogó a las otras mujeres que ayudaran y los sacerdotes de Roma se dejaron engañar, lo nombraron director de la orden y pusieron una lápida en la casa de Jeanne Jugan con la siguiente inscripción: AQUÍ FUNDÓ EL PADRE FULANO DE TAL LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

—Y no fue eso lo peor —dijo la hermana Jeanne.

En la orden había una monja muy joven y aquel cura la apreciaba más que a Jeanne Jugan. La puso a la cabeza de la orden y dijo a Jeanne que no podía seguir yendo por ahí con su cesta. Solo podía permanecer dentro, hacer algunas tareas domésticas y formar a algunas novicias. Jeanne dijo al cura: «Me ha privado usted de mi labor», y después añadió: «Pero se la entrego con gusto». Y así fue como vivió el resto de su vida: reclusa.

Con el paso de los años, la gente olvidó que Jeanne era la fundadora de la orden.

—Pero, mirad —dijo la hermana Jeanne—, la vida es como un abrir y cerrar de ojos.

La monja joven a quien el cura mentiroso había colocado a la cabeza de la orden llegó a ser, a su vez, una anciana y, ante la proximidad de la muerte, supo que debía poner las cosas en claro. Se hizo una investigación y, desde luego, se cambió la lápida en la casa de Jeanne para que dijera lo siguiente: AQUÍ FUNDÓ JEANNE JUGAN LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

La hermana Jeanne se echó atrás en su silla, con la luz del atardecer justo detrás de ella. También nosotros hicimos lo propio, satisfechos, como hacen los niños, con cualquier relato que concluya con el restablecimiento del orden, los niños que saben, sin instrucción ni estudio, lo que es justo.

Pero después vimos que la anciana hermana Jeanne estaba riéndose dentro de su toca.

—Son tonterías —dijo—. ¿No lo veis?

Jeanne Jugan ya estaba en el Cielo con Nuestro Señor.

¿Para qué iba a interesarle una lápida en un viejo edificio en el país de Francia? Fuera cual fuese la gloria que se le hurtara aquí, en la Tierra, ya se había restablecido cien veces, un millón de veces y más.

—Más felicidad de la que ninguno de nosotros puede imaginar —dijo la hermana Jeanne—, más belleza de la que ninguno de nosotros puede soportar en la Tierra. Yo nunca lo veré, pero todos vosotros sí. Lo que se debe recordar es que la verdad sale a la luz. Las mentiras, grandes o pequeñas, nunca permanecen ocultas. —Em-pujó el aire con la palma de la mano, cómico gesto

que quería decir: ¡Venga ya!—. Conque no os molestéis siquiera diciendo mentiras.

La verdad se revela. Resulta en verdad muy asombroso.

—Dios quiere que conozcamos la verdad en todas las cosas grandes o pequeñas, porque así es como Lo conoceremos. Es así de simple —concluyó la hermana Jeanne con toda su sencillez.

Un tónico

En su primera tarde en el sanatorio del norte del Estado, la hermana Illuminata abandonó el porche en el que los pacientes estaban alineados como rollos de ropa blanca y se paseó por las alas de aquella casa de campo. Solo deseaba soledad. Ya había padecido la travesía en una atestada tercera clase, la suciedad y el mareo. Había padecido las constantes súplicas de todos los católicos pobres de a bordo y había limpiado de su velo y del dobladillo de su falda los rastros de escupitajos lanzados contra ella por quienes no lo eran. Estuvo entre las multitudes apretujadas en Ellis Island, codo con codo, y, aunque el hábito le valió solo un somero reconocimiento de sus pulmones con el estetoscopio —a través de su peto, nada menos— por parte de un médico apresurado y sonrojado, apenas había pasado una noche sola en su habitación del convento, cuando el doctor Hannigan, menos temeroso y más minucioso que el médico oficial, la envió al sanatorio.

Cuando una enfermera de este —hermana de la Misericordia, a su vez— intentó impedir que se marchara sola, la hermana Illuminata dijo —y era mentira— que, conforme a una norma de su orden, debía celebrar el oficio vespertino de pie. No iba a tardar.

Así fue como se vio llevada por el lujo del silencio hasta una sección de la casa de campo que en aquel momento no se utilizaba: la parte trasera, donde una solana de invierno, que había visto desde el auto, estaba convertida entonces, en pleno verano, en un trastero. Con el rosario en la mano, salió del pasillo en penumbra al espacio luminoso. Allí el aire era neblinoso, lleno de motas de polvo y vagos rayos de sol, y hacía un calor agobiante. Había somieres y tumbonas de mimbre apilados a la buena de Dios y un suelo de linóleo verdiblanco vidriado con la luz del sol. El insulso silencio era exactamente lo que buscaba, pero entonces un sonido humano lo perturbó: un largo suspiro que onduló por el aire asfixiante como la respiración en el agua.

Al cabo de un instante, sus ojos se los encontraron: un hombre y una mujer, a medias arrodillados y agachados a medias. Estaban apretados uno contra el otro, tras un armazón de cama de hierro que parecía rodearlos. Los dos habían dejado caer la ropa de sus hombros y se movían con el mismo ritmo lento y balbuceante. La hermana veía el cuello desnudo de la mujer, con los tendones tirantes, la blanca carne de sus pechos y sus pezones carmelitas. Veía las paletillas del hombre, los cortos huesos de su espinazo, apretados contra la piel, fina como el papel. Él se elevaba por encima de ella, ella se curvaba hacia él. Él era un hombre mayor, con pelo blanco en la nuca y en los hombros y a lo largo de sus esqueléticos brazos.

La hermana pensó por un instante que había algo angélico en su pálida lucha: las paletillas como alas, los cuerpos enlazados, los suaves pliegues de sus ropas blancas y la polvorienta luz del sol que entraba a raudales, pero entonces vio que sus bocas estaban abiertas de par en par,

negras y tensas, sin poder evitarlo, como por un reflejo repentino, como para expulsar sus cortas e irregulares inspiraciones, tan valiosas en aquel lugar.

La hermana *Illuminata* los vio solo un momento, antes de apartar la vista. Hay ansia, pensó.

La mujer era una joven madre de una familia adinerada, de la misma edad que la hermana *Illuminata*. Murió un mes después. El hombre mayor era un médico de Syracuse (Nueva York), que volvió a su hogar con su familia en la misma semana en que la hermana *Illuminata* volvió al convento: los dos, dijo, con los pulmones marcados para siempre por su calvario.

Hay ansia. Era una lección que había aprendido y después olvidado en los años en que había trabajado en la lavandería del convento, pero volvió a recordarla cuando Sally regresó de Chicago y la hermana Lucy explicó a un grupito de monjas —*Illuminata* y Jeanne, la hermana Eugenia y la anciana hermana Miriam— lo que la muchacha había descubierto.

Estaban en lo que las hermanas llamaban, humildes, el refectorio; en realidad, había sido el antiguo salón de su rico propietario. Seguía siendo elegante, con techo alto y revestido con paneles y las mismas y gruesas cortinas de seda que él había pagado. Allí era donde las hermanas tomaban sus sencillas comidas, pero también donde se celebraban los tés de las señoras, las reuniones de Navidad para los pobres del barrio, las visitas del obispo: una sala que las monjas usaban para impresionar tanto a los indigentes como a los *oi polloi*.

Las pequeñas bombillas de la araña situada por encima de la mesa a la que estaban sentadas las monjas en aquel momento se reflejaban, encantadoras, en la madera oscura como la luz de las estrellas en un estanque. Cuando la hermana Lucy habló de las disposiciones que había adoptado para apartar a Sally del escenario de «indiscreción» de su madre, la hermana *Illuminata* recordó haber visto un estanque así, la danza de una luz de estrellas así, en el sanatorio del norte del Estado. Recordó el estanque, la vigorizante noche fría, los altos y negros pinos en la lejana oscuridad y el olor a pino en el aire. Volvió a notar el dolor en sus marcados pulmones. Recordó a aquel médico de edad.

Recordó la lección que había aprendido en su primera tarde en el sanatorio, pero había olvidado: hay ansia.

En aquel momento Lucy estaba hablando de la propiedad que iban a heredar las monjas, una finca en Long Island, una casa laberíntica que la orden convertiría en una residencia de ancianos, el terreno en el que algún día podría instalarse un hospital. Se trataba de una esfera de los asuntos del convento con la que la hermana *Illuminata* tenía muy poco que ver —los asuntos del piso de arriba: así lo llamaba ella—, algo, tal como lo veía ella, tan relativo a la ambición y la vanidad como parte era de la misión de las hermanas de prestar servicio a los enfermos pobres. Había bondad al respecto, desde luego, y la generosidad de la familia católica que había dejado aquella tierra a las hermanas. La hermana Lucy dijo que aquella propiedad iba a entrañar gastos, pero la sede principal de Chicago colaboraría con su diócesis. El obispo lo aprobó. Algunas de las buenas Damas Auxiliares ofrecieron los servicios de sus maridos: profesionales de Wall Street, banqueros, hombres de mundo.

Había bondad en todo aquello, desde luego, pero también avaricia. La hermana *Illuminata* lo oyó en la ávida voz de Lucy: terreno, una casa, bancos e hipotecas, el obispo, el cardenal.

—Más bondad—dijo la hermana Lucy— de lo que hermana alguna podía lograr por su cuenta, yendo de puerta en puerta.

Era la clase de ambición mundana que tan indicada era para la vertiente masculina de la

hermana Lucy —pensó la hermana Illuminata—, y después rezó para pedir perdón por su crueldad.

No era el momento, decía la hermana Lucy, de molestar a las Damas Auxiliares ni de alimentar el cotilleo en el barrio poniendo en la calle a una viuda que, como se sabía, llevaba casi veinte años trabajando en la lavandería del convento.

La hermana Illuminata levantó la vista que tenía clavada en la eléctrica luz de estrellas reflejada en el brillo de la mesa del comedor. Sintió aquel antiguo dolor en los pulmones y en sus hinchadas rodillas. Sabía que llegaría un momento, tal vez pronto, en que las bajadas a la lavandería y posteriores subidas le resultarían imposibles. Sabía más que de sobra que ya entonces, sin la ayuda de Annie, no podría atender la mitad, o mejor dicho, la mayoría, de las tareas que el convento le requería. Si despedían a Annie, se elegiría, sin lugar a dudas, a otra monja más joven o tal vez a otra viuda necesitada del barrio para que ocupara su puesto. Se descubrirían las muchas horas que la hermana Illuminata pasaba en su silla junto a la tabla de planchar, a veces —con la amable indulgencia de Annie— durmiendo simplemente. La hermana Illuminata, al carecer ya de toda utilidad, sería conducida todas las mañanas al vestíbulo de una oficina o a una entrada del metro surcada por corrientes de aire o al vestíbulo de alguna tienda muy concurrida, con una cesta en el regazo para pedir limosna y con el bastón que ya necesitaba como una atracción complementaria.

—Si la hermana Illuminata tiene a bien aceptarla —estaba diciendo la hermana Lucy.

Todas fijaron la vista en la hermana Illuminata.

Cogida por sorpresa, se limitó a asentir, muy seria, con la cabeza.

—Entonces propongo que la mantengamos aquí —dijo la hermana Lucy— tanto si enmienda su vida como si no.

Y después llamaron a Annie para que acudiera a la sala. Se quedó allí delante con las manos enlazadas delante de sí y la espalda muy recta. «No» fue su respuesta.

Una vez más, la luz de la catedral, la luz en las tarjetas pintadas con imágenes sagradas, entraba a raudales desde las altas ventanas hasta los hombros de la chica y su cabeza gacha. Sally estaba agachada en el suelo junto a la monja y apoyada en su regazo. Acababan de concluir las oraciones de la novena hora. Sally acudía de visita solo cuando su madre estaba fuera: para las compras, seguían diciendo, como si la verdad de aquello a lo que se dedicaba su madre en aquellas tardes no pudiera asaltar la costumbre de su credo, su decidida inocencia.

—Hay ansia —dijo la hermana Illuminata a la muchacha.

«Un ansia que satisfacer» fue como nuestra madre lo recordó.

Pero el lenguaje de la monja, como también su experiencia, en aquellos asuntos —los del cuerpo, la carne, que se daban entre mujeres y hombres— era limitado, como también el suyo.

Puso la mano en la cabeza de la muchacha. Se inclinó tanto como le permitía la toca almidonada hacia aquel pelo familiar y que tan bien olía.

—Podemos rezar por el alma de tu madre —dijo—. Podemos ofrecer nuestra labor, como hacemos con las almas del purgatorio. —Guardó silencio. Sintió la antigua seguridad de las palabras que entendía—. Tal vez haya algunas tareas de misericordia suplementarias que podrías hacer, algo que puedas ofrecer a Dios en nombre de tu madre.

—No me gusta hacer de enfermera —dijo Sally, tozuda—. No valgo para eso.

—No tiene por qué ser de enfermera —dijo la hermana Illuminata—. No tiene por qué ser la

vida religiosa.

Sally estaba apoyada en su regazo y la miraba con cautela. La hermana notaba la rápida impaciencia en los jóvenes huesos de la muchacha. Una energía que estaba ahí enroscada desde su infancia, que hasta entonces la hermana no había estado dispuesta a reconocer, era la prueba de la acertada opinión de Lucy de que el matrimonio podría calmarla.

—Podrías hacer alguna buena acción simplemente en nombre de tu madre —dijo— hasta que ella esté dispuesta a hacer algo por sí misma.

Sally entornó los ojos, como para intentar entender la idea de la hermana. Su clara y encantadora cara ya no era tan infantil como en otro tiempo. Aquella vez se había puesto polvos en la cara, que ocultaban sus palidecientes pecas, y también un carmín rosado en sus labios agrietados. El señor Tierney le había encontrado un trabajillo en la sala de té del hotel, tres tardes a la semana. La hermana Illuminata consideró que el maquillaje significaba el fin de la vocación de la muchacha.

—Algo así como una penitencia —dijo la hermana—. Una forma de obtener alguna indulgencia para ella, para su alma.

Por encima de ellas, se oyeron los pasos de las hermanas, que estaban saliendo de la capilla. Solo unas pocas monjas habían regresado al convento aquel día, la mayoría había seguido con sus tareas de asistencia, en vista de las necesidades que había en aquel barrio.

—Tal vez podamos encontrar a alguna pobre criatura a la que puedas ayudar, tal vez una anciana a la que encantarás tu compañía, tal vez una mujer de por aquí que necesite ayuda para atender a sus hijos. Podemos preguntar a las hermanas. Podemos buscarte algo que puedas hacer, por el bien de tu madre. Puedes ofrecerlo para la salvación de su alma.

La hermana Illuminata oyó los ligeros pasos de la hermana Jeanne por la escalera del sótano. Sally colocó la mejilla en el amplio regazo de la monja.

—Ella no querrá —dijo y en la voz de la muchacha la hermana oyó la determinación de Annie—. No cambiará. Lo llama «mi amor».

—Encontraremos alguna buena obra que puedas hacer —dijo la hermana Illuminata una vez más, alzando la voz con la esperanza de que la hermana Jeanne la oyera, aun cuando comprendía la vanidad de aquella larga y absurda competencia por el afecto de la muchacha—. La oración, junto con las buenas obras, propiciará, seguro, que Nuestro Señor te conceda lo que pidas.

Sally levantó la cabeza otra vez. A la hermana Illuminata le extrañó no ver lágrimas en ella, solo en sus propios ojos castaños y escrutadores, cosa que, cuando era joven, habría sido el preludio de una travesura.

—La señora Costello —susurró Sally, y añadió—: La hermana Lucy cree que es una fingidora, pero yo no. Podría ir a estar con ella cuando se sienta muy sola. Aborrece estar sola. —Alzó sus pálidas cejas, con los ojos rebosantes de travesura infantil—. Podría acompañar a la señora Costello, mientras su marido esté fuera. ¿Qué pensaría mi madre de eso?

La hermana Illuminata estaba a punto de objetar —la idea la confundía y la consternaba a un tiempo—, cuando levantó la vista y vio a la hermana Jeanne inclinada sobre la barandilla. Con la viva luz del sol de la tarde, la hermana Jeanne era más que nada una silueta, con la mano en el corazón.

La hermana Illuminata pasó el brazo por los hombros de Sally y tocó el suave pelo de la muchacha. Su forma de competir con la hermana Jeanne era pecaminosa, un pecado que nunca

podría confesar ni definir. Su necesidad de ser la favorita de la muchacha, de ser querida más que todas las demás monjas del convento por aquella muchacha confusa y mortal, era inexplicable, incluso para ella: un ansia.

—Es una buena idea —dijo la hermana Illuminata.

Misericordia

La lavandería del Hotel St. Francis contrastaba mucho con el oscuro y eficiente ámbito del sótano del convento, pero, aun así, Sally se sentía atraída por ella. Pasaba por ella por la tarde, cuando llegaba al hotel, y se dirigía a ella hacia el final de la jornada, tan solo para sentir el olor del vapor y observar la ruidosa laboriosidad de los trabajadores —la mayoría chinos—, que solo alzaban la vista un momento para mirarla cuando pasaba: miraban rápidos y después la apartaban.

Ella hacía una interpretación maliciosa y genial de la forma como discutían y ya la había representado para la hermana Illuminata. A la monja no le había hecho gracia.

—No te acerques a esos hombres —le había dicho la hermana—. No tendrían reparo en clavarte un cuchillo.

El trabajo que el señor Tierney había encontrado para ella era el de ayudar a servir en el salón de té tres días a la semana, desde las dos hasta la seis de la tarde. Fue lo mejor que pudo conseguirle de momento. Llevaba un elegante vestido gris y un delantal blanco, una gorra y una redecilla para el pelo y unos sólidos zapatos negros, y el uniforme que le dieron en el vestuario del sótano, en el que se reunían y se vestían las trabajadoras, le indicó al instante todo lo que debía saber sobre cómo comportarse en el piso de arriba. Según su supervisora, aprendía muy rápido. Era una muchacha encantadora.

Por las mañanas, esperaba en la escalera del edificio de pisos de la señora Costello.

Cuando llegaba la hermana, Sally la seguía escalera arriba, después ayudaba con las tareas en aquel pulcro y estéril hogar y luego, después de que la hermana hubiera acabado su tarea, se quedaba y acompañaba a la señora Costello en aquellas solitarias horas de la mañana tardía y la tarde temprana, las que le inspiraban tanto miedo.

Eran unas horas en las que la señora Costello charlaba sin rumbo, a veces la regañaba y otras veces se quedaba dormida en su silla junto a la ventana.

En esos días, mientras la señora Costello dormitaba en el silencio que seguía a la ajetreada presencia de la hermana, el pisito se llenaba con una luz terrible, del color de la bilis. Dondequiera que ponía la vista Sally, había algo que la hacía estremecerse: el cepillo para el pelo del señor Costello en la cómoda, con su triste pelo negro enhebrado; un tapete con el encaje mal cosido que la señora Costello había hecho a instancia de las hermanas, labor para manos ociosas; la foto de la boda, un calcetín oscuro del revés y olvidado bajo la mesilla —¿estaría su compañero bajo la cama de su madre?—, sus calzoncillos, cortos y largos —abría los cajones, mientras la señora Costello dormía— y los pañuelos de su marido colocados en pulcras filas, y entre ellos un misal muy usado. La cómoda en sí estaba pintada con color caoba oscuro, casi negro, pero el interior de cada uno de los cajones era pálido, llamativamente pálido —como algo

de lo que se debiera apartar la vista— y con olor a madera recién cortada. Además: sus camisones, medias y ropa interior, cuidadosamente doblados, y un certificado de matrimonio en un sobre marrón. Llevaban veinte años casados. Además: el certificado de bautismo de la señora Costello de St. Charles. Tenía cuarenta y dos años de edad. Además: la escritura de una parcela en el cementerio de la Santa Cruz de Brooklyn, un papel, muchas veces doblado y con un sello dorado, como si fuera de una clase escolar, según el cual el señor Costello era ciudadano de Estados Unidos.

Los pantalones y las camisas del marido estaban en el armario pequeño, los pocos vestidos de la señora Costello colgaban a su lado y sus dos sombreros de fieltro en el estante superior, junto con el *canotier* y un sombrero flexible de él: otra prueba, de ser necesaria, de que aquellas dos personas eran marido y mujer.

La chaqueta blanca de lechero del señor Costello, en cierta ocasión, en un colgador tras la puerta del dormitorio, tenía los hombros caídos y el cuello levantado, como si él mismo le hubiera vuelto la espalda con la cabeza gacha por la vergüenza.

Lo que Sally sabía en aquella época sobre las relaciones físicas entre hombres y mujeres era bastante impreciso, solo ciertas palabras —apresuradamente pronunciadas— cuando su madre le contó «lo que necesitaba saber». Solo se habían añadido a aquel conjunto las palabras que algunas chicas decían en la escuela y las que gritaban los chicos bastos en la calle: pene, culo, trasero, tripas, eso de ahí abajo. El culebreante meñique de la mujer del tren.

Cuando era niña, había visto, de vez en cuando y solo en los breves momentos antes de que su madre la hiciera apresurarse, a un hombre —borracho, decía siempre su madre— con el pene en la mano y soltando el pis en la calle. El verano anterior había vislumbrado, cuando acompañaba a la hermana Lucy, más carne desnuda que en toda su vida: traseros, miembros, senos, pechos, niños de pecho con rosados bulbos de tulipán entre las piernas, señoras mayores depiladas, con sus partes tan arrugadas como sus desdentadas bocas. Dedujo que un extraño magnetismo atraía los ojos humanos hacia la piel desnuda, incluso la más pálida, asquerosa y triste. Cuando la hermana Lucy, mientras lavaba con una esponja a un anciano y pasaba un trapo jabonoso por un miserable nabo apoyado en dos bolsas hinchadas del color de moraduras, vio a Sally mirando con cara de asombro, gritó: «Vuélvete. Eso no debes verlo».

Pero lo que no podía entender era cómo explicaba aquel extraño magnetismo lo que hacían su madre y el señor Costello en el dormitorio que había sido el suyo, cómo era —«un ansia», había dicho la hermana Illuminata— suficiente para que su madre eligiera a aquel lechero, lo llamara «mi amor», viviese lo que las hermanas —que incluso entonces solían guardar silencio, más que nada, sobre la situación— sabían que era un pecado mortal.

Su madre vivía en pecado mortal, bordeaba el precipicio de la perdición a cada paso que daba, con cada aliento. Bajaba por la escalera por la mañana, sola, a la calle atestada, con tranvías y camiones, coches que daban virajes, extraños locos que la empujaban en cada esquina y sin una hija a su lado que hiciera de segundo par de ojos. Así pasaba ahora sus peligrosos días: yendo al convento y bajando por otras escaleras, con los gemidos de la caldera y el traqueteo del escurridor de rodillos. ¿Y si un fuego o una inundación la atrapaba allí? ¿O la escaldaba agua hirviendo? ¿Y si el veneno de los estantes de la hermana Illuminata llegaba a mezclarse con su té? ¿O la pútrida agua de lavar la ropa sucia de una agonizante transmitía la neumonía, la tuberculosis, la gripe a sus pulmones? Y los días se iban haciendo más oscuros y en la vuelta a casa el suelo

estaba a veces escurridizo con la lluvia. La tarde hurtada en compañía del señor Costello, el jamón con huevos y la revuelta cama con la fría y menguante luz constituían un sucio pecado tras otro. Y después la larga noche sin nadie más en el piso: ¿comprobaría su madre si estaba apagado el horno, como hacían siempre cuando Sally era niña, por lo ocurrido a Jim? ¿Tendría cuidado al bajar de la silla, cuando la usaba para llegar hasta el montante de encima de la puerta? ¿La oiría alguien, si gritaba de noche con las manos en el corazón?

El diablo acechaba en los talones de su madre, con sus puntiagudos dedos ribeteados con mugre, acechaba para atraparla, mientras se movía por sus peligrosos días, una fruta madura que arrancar (en cierta ocasión había oído esa expresión en un sermón). Su madre estaba en pecado mortal y, si muriera en aquel momento, nada la salvaría de caer por siempre jamás en brazos del demonio.

¿Y qué decir de Jim?, pensaba Sally —como elaborando un argumento que nadie le había pedido que expusiera—, Jim, quien la esperaba en el cielo.

Nada podía salvar a su madre de la perdición, excepto tal vez —tal vez— la indulgencia que obtendría para ella su buena hija, tragándose su pánico y su orgullo, su deseo de estar en cualquier otro sitio (deseo que hacía contraerse y crispase sus nervios), para permanecer con la señora Costello en sus solitarias horas de la mañana tardía, escuchando sus disparates, absorbiendo su desprecio, contemplando aquellas habitaciones sobrantes y vacías —el meollo de sus apuros— llenarse con la luz de media mañana, de color de orina, de color de bilis.

La situación estaba clara: su madre no iba a cambiar de vida. El señor Costello era su «amor» e incluso las hermanas parecían impotentes ante su despreocupada determinación de seguir con él. Alguien tenía que hacer penitencia por ella, por el pecado al que no estaba dispuesta a renunciar. ¿Quién sino la hija que la amaba por encima de todo?

La monja que había estado allí aquella mañana, la hermana Aquina, había dejado a la señora Costello en su sillón, muy bien enfundada en la bata de su marido. Había dicho a Sally que vigilara para que no se la quitase. La señora Costello estaba resfriada y con fiebre, había dicho la hermana Aquina. Sally vio a la monja mezclar y disolver polvos de tártaro en el té matinal de la señora Costello —para mejorar su estreñimiento, explicó la hermana Aquina— y después la monja colocó un paño remojado en aceite de semillas de lino en el pecho de la mujer. Antes de abandonar el piso, la hermana molió dos aspirinas en un almirez y dijo a Sally que las mezclara con un poco de la compota de manzana que había traído del convento para que la señora Costello, con su estado de debilidad, no tuviese que esforzarse para tragarlas enteras.

—Solo la parte blanda de la compota de manzana, por favor —dijo la hermana Aquina— no los trozos ni las pieles.

La hermana Aquina era una monja marimacho bajita y gruesa, con la cara ancha y la autoridad práctica de un policía en la calle. Sus negros ojillos eran ligeramente estrábicos. Era nueva en el convento, por lo que supuso que Sally acudía todas las mañanas al piso de la señora Costello para aprender algo sobre enfermería.

—Lo que queremos evitar en estos casos es la aspiración —dijo. Estaba echando compota de manzana con una cuchara en una taza de té y después sacando los famosos trocitos de piel de la miope señora Odette—. Y no me refiero a la aspiración a encontrar un marido guapo —añadió. Se rio de su broma, pues nada sabía de la situación de Sally y solo veía su buena disposición para prestar servicio—. Debemos tener cuidado para que no entre comida en la tráquea de nuestra

paciente, se atragante y la aspire al respirar. —La hermana Aquina trazó una línea, peto abajo, hasta su oscura túnica e indicó sus pulmones trazando un círculo bajo su liso pecho—. Así es como se puede producir la infección, la infección pulmonar, la neumonía. Tenemos que evitarlo.

La hermana Aquina no se entretuvo demasiado. Era a finales de enero. Todas las hermanas estaban muy ocupadas en aquella gélida estación. Con la capa ya puesta, acercó una mano al brazo de Sally, movió la cabeza como para captar a la muchacha plenamente con sus dispares ojos.

—¡Qué buena eres! —dijo, junto a la puerta del piso— por quedarte aquí así.

Y Sally inclinó la cabeza al modo de antes —el modo como podría haber aceptado el elogio el año anterior, antes de su viaje a Chicago—, como si la ignorancia de la situación por parte de la hermana Aquina, de la penitencia que Sally estaba haciendo y las circunstancias que la requerían, hubiera restablecido su inocencia, como si hubiese vuelto la bondad de Sally, su obra de misericordia, sencilla otra vez.

Mientras la señora Costello echaba una cabezada en su silla, con respiración irregular, enmarañada con flemas, Sally recorría el atestado dormitorio. El aire en el cuarto era amarillo sucio, el techo estaba deslucido por manchas de agua del color de la mostaza, las junturas del apagado papel de las paredes se habían vuelto marrones. Tras las cortinas de encaje echadas, las persianas parecían papel viejo y quebradizo. El constante sisear y tintinear del radiador era como el borboteo de agua terrosa de la calle al bajar por un desagüe herrumbroso.

Sally se paseó despacio en torno a la cama, que la hermana Aquina había dejado hecha con esmero, en torno al baulito del ajuar a sus pies. Por curiosidad, se detuvo a abrirlo unos centímetros —un aroma de cedro, un vistazo a ropa blanca doblada— y después volvió a cerrarlo, al oír que la señora Costello se movía.

Se acercó a la cómoda. Las dos muñecas con cara de porcelana estaban ahí juntas. Tenían vestidos similares, de mangas y falda largas, con encaje amarillecido en el cuello y las mangas y una raya borrosa urdida en el tejido descolorido: una azul, otra púrpura. La muñeca con el vestido purpúreo tenía un ojo vuelto hacia dentro del cráneo. Las caras de las dos estaban quebradas con pequeñas grietas. Sally cogió la purpúrea y le sorprendió descubrir que sus extremidades pesaban por estar rellenas de serrín o arena.

Había algo de la señora Costello en la flojedad de la muñeca.

A Sally, quien acababa de culminar su propia infancia, se le ocurrió que, con el más ligero esfuerzo de la imaginación, podía infundir vida a la muñeca... la pobrecilla, con su dulce sonrisa y tan sola, junto con su hermana, en el estante, pero cierto desagrado —por la edad de la muñeca, por el ojo vuelto hacia dentro— la hizo resistirse al infantil deseo impulsivo de animarla, de ofrecerle su compasión.

—Deja eso —dijo la señora Costello. Su voz, débil y malhumorada, estaba muy congestionada—. No es tuyo.

Sally volvió a dejar la muñeca sobre la cómoda.

—Debió de ser de usted cuando era niña —dijo, al tiempo que se acercaba a la señora Costello, en su silla.

La señora Costello empezó a hacer esfuerzos para quitarse la bata, tirando de las solapas y del paño en el pecho.

—Tengo calor —dijo—. Quítame esto.

Sally le sujetó la mano. A lo largo de aquellas numerosas semanas de acompañar a la señora

Costello, las monjas le habían demostrado que aquella mujer era tan fácil de distraer como una niña.

—Son unas muñecas tan bonitas —dijo Sally, al tiempo que apartaba de la bata la mano de la señora Costello. Se fijó en el fino anillo de matrimonio, los huesecillos como de pájaro de sus pálidos dedos y brazos, su liso y estrecho pecho bajo la espesa bata y el paño empapado en aceite.

La señora Costello levantó la vista para mirar a Sally. Las venas diminutas que alimentaban sus pálidos párpados eran vívidas.

—Eran muñecas de mi madre —dijo en voz baja—. Me las regaló ella.

—¿Vive aún su madre? —preguntó Sally y se dio cuenta de que imitaba la voz de la mujer obscena del tren, su fingido refinamiento. La mantequilla no se fundiría en su boca. Se ruborizó de sus falsos cumplidos.

La señora Costello dijo que no con la cabeza.

—Fiebre reumática —dijo—. Yo también la tuve, pero mi madre murió de ella. Yo tenía solo trece años.

—Lo siento —dijo Sally.

—Después —prosiguió la señora Costello, entre gemidos y lamentos— no pude volver a ir a la escuela. No podía permanecer quieta en el asiento. No paraba de caminar: el baile de San Vito. Mi padre llegó a estar tan harto, que me ató a una silla. —Gimoteó un poco—. ¿Qué otra cosa podía hacer el pobre?

—¿Y nunca volvió a la escuela? —preguntó Sally.

—No podía permanecer quieta en el asiento —dijo la señora Costello, impaciente, consciente de que estaba repitiéndose, de que Sally no le había prestado atención—. Ni siquiera las monjas podían hacerme permanecer sentada y quieta. Caminaba y caminaba hasta que los vecinos daban golpes en el techo.

Volvió a tirar de las solapas de su bata y Sally le sujetó la mano una vez más.

—Es inútil —dijo la señora Costello y ya estaba dejando de centrarse en el forcejeo. La vista se le fue, distraída, a la ventana. Cambió de postura en su asiento.

—Me duele —dijo en voz baja y con los ojos en blanco—. Me duele.

Sally dijo lo que cualquiera de las monjas habría dicho:

—Lo sé.

Eran una llamada y una respuesta familiares. Nada más se podía hacer, le habían dicho las monjas. Nada se podía hacer con un dolor imaginario, con una mujer afectada en el cerebro, una mujer decidida a quedarse en la cama.

—Pero mejoró usted —dijo Sally a fin de distraerla—. Superó usted el baile de San Vito. Se casó.

La señora Costello pareció reflexionar. Después asintió con la cabeza, como si le costara algún esfuerzo recordar.

—Sí. Mejoré. Me casé con el lechero. Llamó a mi puerta y mi padre dijo: «Le entrego la mano de mi hija».

La señora Costello casi sonrió. Aquella mañana, la hermana Aquina le había hecho la raya del pelo con esmero y dos trenzas bien sujetas que caían sobre los hombros de su bata marrón. Las trenzas la hacían parecer un chica joven. Había cierto resto de belleza delicada.

—Nos casamos el 8 de diciembre —dijo, y tosió—. En la Iglesia de San Pedro y San Pablo.
—Después tosió con más fuerza y sacudió la silla. Sally sujetó uno de los brazos para que no empezara a rodar.

—Era un día muy frío —dijo la señora Costello entre toses—. Yo estaba muy feliz.

Cuando hubo pasado el ataque, la señora Costello se quedó floja, como si los brazos y las piernas le pesaran. Bajó la cabeza, dejó caer los brazos a los lados y clavó la vista en su delgado regazo con una mirada amplia y vacía.

Sally había visto a algunas de las monjas más impacientes dar una palmada en la mano de la señora Costello, cuando así sucedía. Algunas le sacudían un hombro y pronunciaban su nombre.

—Ahora déjese de tonterías —decía la hermana Lucy.

Y la señora Costello siempre se reavivaba rápidamente, prueba tal vez de que el ataque era fingido.

Pero aquel día Sally esperó en silencio, un poco asustada, pero también curiosa por ver cuánto duraría aquel vacío. Resultaron ser unos minutos, aunque fueron largos y mudos, pues solo se oía el siseante radiador y el tráfico de la calle, los tenues trinos de las palomas en la ventana. La señora Costello volvió a levantar la cabeza despacio y los ojos volvieron a enfocar.

—Estoy abandonada y sola —dijo.

Tenía mocos burbujeantes en la nariz.

—Permítame que vaya a buscar un pañuelo —dijo Sally en voz baja.

Fue hasta la cómoda y cogió uno de los pañuelos limpios del señor Costello, planchado por la hermana Illuminata. Lo sostuvo en la nariz de la mujer y también le sujetó la nuca, como hacía su madre, quien le decía: «Sopla». La señora Costello sopló en la tela, con actitud infantil, al coger al mismo tiempo la muñeca de Sally con sus dos manos. El pañuelo se llenó de un calor húmedo. Sally limpió la nariz de la mujer y dobló el pañuelo, en uno de cuyos ángulos estaban bordadas las iniciales del señor Costello, con las perfectas puntadas de su madre.

Sally tuvo la idea de que la señora Costello y ella estaban al margen —solas y abandonadas— por la alianza que el señor Costello y su madre habían trabado.

Se inclinó, impulsiva, y puso los labios en la esmerada raya del pelo de la señora Costello. El cuero cabelludo no lavado de la mujer estaba caliente, con el calor innatural de la fiebre. De debajo de su ropa emanaba el olor a semillas de lino.

La señora Costello estuvo un momento erguida y sin quejarse de aquella caricia.

Cuando Sally volvió a enderezarse, vio la sombra de una paloma pasar por delante de la persiana y tras el encaje. Pensó en su sacrificio, en el vuelo hasta el Cielo de su obra de misericordia para reparar el pecado de su madre.

Y entonces el vientre de la señora Costello gruñó y soltó gas.

—Llévame al retrete —gritó—, rápido.

Sally se apresuró a apartar la silla de ruedas de la ventana y maniobró para llevarla hasta la silla con orinal, mientras la señora Costello volvía a decirle que se apresurara, esforzándose para mantenerse de pie con su única pierna, con lo que perturbaba la marcha, en lugar de facilitarla. Una vez que estuvieron junto a la taza, Sally cogió a la mujer por el codo, la ayudó a ponerse de pie y después se agachó para coger el dobladillo de la bata. Al inclinarse, con la oreja en la cintura de la mujer, la señora Costello le golpeó la espalda, al tiempo que decía: «Rápido, vamos, rápido». Sally recogió la pesada bata y el camisón de franela y los levantó por encima de las

rodillas de la mujer. Las cicatrices cruzadas en la base de la pierna de la señora Costello, las gruesas marcas de las puntadas, brillaban como plata. La carne estaba fruncida en el centro, vuelta hacia dentro como un calcetín hecho un ovillo. El volumen de la bata era difícil de sostener. Mientras Sally intentaba recogerlo, se le deslizó una o dos veces y después también se le bajó el camisón. Inclinada sobre el apestoso pecho de la señora Costello y rodeando con sus brazos su delgado cuerpo, Sally consiguió recoger las faldas de la bata y del camisón a la espalda de la mujer y por encima de su pálido trasero. Manióbró a la mujer sobre su única pierna, que saltaba. La señora Costello se sentó con un pequeño choque y vació el vientre. Sally apartó la cara del olor y del borbollar, sin soltar la bata y el camisón por detrás de la señora Costello.

La señora Costello se sentó con los hombros caídos.

—Perdón —dijo y después gruñó en voz baja y soltó otro chorro de orina y aire fétido.

Sally se apresuró a limpiar el pálido trasero de la señora Costello, conteniendo la respiración y, cuando el crespado papel se rompió y las heces húmedas le mancharon los dedos, casi estalló en llanto. Se recogió la porquería de la mano con más papel y después, sin delicadeza, puso de pie a la mujer, le bajó las faldas y volvió a guiarla hasta la silla, conteniendo la respiración todo el tiempo. Volvió a situar la silla en su sitio junto a la ventana.

Solo quería huir, sumergir los dedos en un cuenco de lejía.

—Voy a ir a limpiarme —dijo Sally—. Después le traeré un caldo.

La señora Costello estaba metiendo la mano por dentro de la bata y tirando del paño que había preparado la hermana Aquina.

—Vacía primero el orinal —dijo.

Tenía la cabeza alzada, lo que la hacía parecer altanera. Estaba sacándose el paño empapado en aceite. Cuando lo hubo sacado de entre la bata, se llevó la flácida tela a la nariz y después la tiró con desdén al suelo junto a su silla: la amable atención de la hermana Aquina.

Después la señora Costello tiró de las solapas de la bata en torno al cuello y dijo con tono regio:

—No dejes esa porquería ahí.

El perro —en aquella versión solo había uno— atrapó su falda y, cuando ella intentó sacarla de sus fauces, le mordió la mano. Ella le dio una buena patada y estaba volviéndose para escapar, cuando le atrapó el pie. Ella gritó y lo golpeó en la cabeza y el perro clavó y clavó los dientes, según dijo, pues había atrapado su tobillo, en la pantorrilla. Ella volvió a gritar, cayó contra un poste y se arañó la cara, su pobre mejilla —dijo— contra la áspera madera, pero se aferró a ella desesperadamente, mientras el perro trataba de hacerla caer. Oyó a las mujeres de la calle que acudieron corriendo y gritos desde los pisos de arriba. Un hombre en mangas de camisa y con tirantes cogió un tablón —el patio era una maraña de trastos— y lo tiró contra el perro y la levantó a ella. En todos aquellos años, ella recordó la fuerza de sus brazos.

En su silla de ruedas junto a la ventana, la señora Costello rompió a llorar otra vez.

Mientras aquel hombre la transportaba, su mejilla herida rozaba contra sus tirantes. Tenía las medias empapadas de sangre. Había perdido el zapato. Unas mujeres que acudieron raudas con toallas y delantales los siguieron y la rodearon en su casa: paños de cocina de lino y delantales de batista y percal basto, una caja de algodón estéril que sacaron de alguna parte. Desgarraron sus medias. La carne estaba hinchada y manaba, había sangre por todas partes. El algodón se le pegaba a las heridas. Alguien fue a buscar una palangana. Alguien le vertió agua oxigenada de un

frasco y ella lanzó alaridos. Las marcas espumeaban y quemaban.

—Esas son cosas del pasado —dijo Sally en voz baja—. Cambiemos de tema y hablemos de algo agradable, para variar. —Tenía el tazón de caldo, que se había quedado frío, en el regazo.

La señora Costello movió la cabeza. Según dijo, sentía punzadas de dolor en la pierna, no cesaba de sentirlas. Cuando su marido llegó a casa, cayó de rodillas junto al sofá en el que estaba tumbada ella. Aún había algunas mujeres en la habitación. Le dijeron que no tocara la pierna vendada. Lo echaron a golpes de toallas y delantales. La pierna no cesaba de darle punzadas de dolor y se hinchaba contra los vendajes hechos con trapos rasgados. Se hinchaba como el pan en el horno. Manaba un pus verde. Las vendas se oscurecían. Los dedos se le volvieron negros. Las mujeres corrían por la habitación.

Una mañana temprano, su marido la levantó y la bajó por la escalera. El carro de la leche estaba delante de la puerta. La sentó en el asiento. Un grupo de personas los seguía, atraídos por los gritos de dolor y humillación.

Cuando su marido la llevó de vuelta a casa, pasaron por las calles con aquella misma silla de ruedas.

Sally conocía los estados de ánimo de la señora Costello. A veces el relato de su catástrofe la hacía apretar de rabia los labios contra los dientes. Otras veces, como aquella, la repetición de aquella historia solo la hacía llorar. A veces, maldecía a las mujeres del barrio. Otras veces culpaba a su marido de haberse alejado, cuando lo obligaron. Otras veces movía la cabeza con compasión y decía que era un hombre bueno y desdichado... los culpables eran los médicos que le habían cortado la pierna sin pedirle permiso. Otras veces solo hablaba de la afrentosa humillación por haberla llevado al hospital en un carro de lechero.

Aquella tarde, Sally recordó a la hermana Lucy, quien había dicho que, aunque hubiesen ahogado el perro cuando era un cachorro, la señora Costello habría encontrado una excusa. Se había casado sin conocer los deberes de la vida matrimonial. Su propia madre entendía los deberes, Sally lo sabía. Tal vez los disfrutara.

Y había en ello cierto orgullo confuso de la muchacha... otra indicación del poder de su madre, de su experiencia inacabable.

—¿En qué patio encontró usted el perro? —preguntó. El aburrimiento y el letargo de aquellas largas horas se manifestaban en su voz. Pensó en repetir la firme respuesta de la hermana Lucy: «Debería haberse ocupado de sus asuntos».

La señora Costello agitó las manos. Sally vio que no había vuelto a colocar la ropa de la mujer tan bien como lo habrían hecho las monjas. Tenía la bata torcida en los muslos.

—No sé qué patio era —dijo, impaciente—. Una mujer buscaba a un hombre... un hombre que había pegado a un niño, lo había atado a un poste y lo había azotado. Cuando yo acudí, ella y otras mujeres estaban en la calle. Fuimos todas a mirar en los patios, pero solo yo recibí un mordisco.

—Fue mala suerte —dijo Sally—, pero ya está usted mejor.

La señora Costello la miró: aquella cara pequeña y frustrada.

—¿Mejor? —preguntó la señora Costello—. ¿Cómo? ¿Así?

La nariz le goteaba. Sally dejó el tazón de caldo en la cómoda y se levantó para recoger otro pañuelo del cajón del señor Costello.

—¿En qué estoy mejor —dijo la señora Costello—, sentada aquí y tan sola un día tras otro?

—Estoy yo aquí —dijo Sally, al volver—. No está usted sola.

Aplicó el pañuelo a la nariz de la mujer.

—Abandonada y sola —repitió la señora Costello por lo bajo y después, en tono gemebundo, añadió—: Me duele.

Sally dobló el pañuelo y se lo pasó por la cara de nuevo. De repente sintió el deseo de metérselo a la mujer en la boca.

—Ya sé que le duele —dijo con apatía—. Ya lo sé.

Los males de la señora Costello eran infinitos y la tarea de cuidarla también.

Sally cogió el tazón de caldo de la cómoda. Los dos pañuelos hechos una bola y llenos de mocos y la toalla amarilla remojada en aceite de linaza seguían en el suelo en torno a ella. Había cosas que arreglar. Había horas que pasar antes de poder marcharse a su turno en el salón de té.

La señora Costello se movió en su silla, soltó una ventosidad y tosió delicadamente.

Pareció a punto de echarse a llorar otra vez, pero después su vista se dirigió a la ventana, hacia la brillante luz fría del final de la mañana, y se hundió de nuevo en aquella mirada amplia y en blanco. Sally escuchó el tráfico en la calle. Oyó un azote de viento contra el edificio. Las piernas y los brazos le ardían en deseos —eléctricos, insistentes— de huir. Era su propio baile de San Vito.

—Ahora voy a marcharme —dijo.

Corrió a la cocina. En el fregadero, una cucaracha se precipitó en el sumidero y Sally vertió tras ella lo que quedaba del caldo. En su propio hogar, el de su madre, perdido ya para ella, nunca se dejaba comida al aire, sin tapar, pero, aun así, Sally dejó la olla con la sopa de las monjas en el fogón. ¿Por qué no había de limpiarlo el señor Costello, cuando volviera a casa, con el estómago lleno gracias a los huevos con jamón de su madre y el té con tostadas? ¿Por qué no había de ocuparse de su propia esposa?

Dejó el tazón sucio en el fregadero. Cogió su abrigo de la silla del cuarto de estar y se lo puso. Se puso el sombrero y los guantes y, al hacerlo, vio que le temblaban las manos.

La señora Costello la llamó desde el dormitorio.

—¿Estás ahí?

Sally oía la mucosidad en su voz. La mujer tosió y después volvió a preguntar y empezó a llorar.

—¿Hay alguien ahí? —Lanzó un solo gemido infantil, desesperado, sobrecogedor por su repentino volumen, y después dijo, irritada, para sí—: Malditos sean todos.

Sally se deslizó por la puerta.

—Volveré mañana, señora Costello —dijo con voz débil, y comprendió que la mujer en modo alguno podía oírla.

Al llegar a la fría calle, Sally sintió el peso de su deserción. Pese a sus buenas intenciones, había fallado una vez más. Era como un pulgar apretado contra su pecho, una sombra que manchaba su alma. Respiró profundamente, como para eliminar la incomodidad. El sol invernal, reflejado en los parabrisas, las ventanas y los pálidos ladrillos de los edificios, la hizo entornar los ojos, pero, aun así, era delicioso caminar sin trabas con el aire frío, estar fuera de aquella habitación asfixiante.

Y entonces recordó la aspirina que la hermana Aquina había dejado para la fiebre de la mujer y que debía mezclar con la compota de manzana de la señora Odette, en su parte blanda, en cualquier caso. Recordó el calor que emanaba del cuero cabelludo de la señora Costello. No era

un calor natural, sino el del cuarto de un enfermo con fiebre. Imaginó que seguiría ardiendo, mientras la señora Costello seguía sentada en su cama, llamando en vano, con la temperatura subiendo cada vez más y el sudor bajando por su carita y mezclándose con los mocos que le cubrían los labios. Imaginó el sonido de su voz enmarañado con flemas.

Y la hermana Aquina, o quizás el propio señor Costello, al volver al piso, se encontraría una negra línea de cucarachas en el blanco esmalte de la cocina y a la señora Costello sin vida en la silla y con la cara inerte.

Sally llegó al hotel dos horas antes de su turno. Pasó por la entrada de servicio y bajó por la escalera al vestuario, pero después siguió el camino más largo, que atravesaba el laberinto del sótano. Al acercarse a las grandes puertas de la lavandería, notó el cambio del aire: olor a lejía, un poco de vapor. El aire húmedo zumbaba con el ruido de las máquinas. Después del frío exterior, el repentino calor hizo que los dedos le ardieran dentro de los guantes. Se los quitó. Las grandes puertas metálicas de la lavandería estaban abiertas, pegadas a las paredes de azulejos. Pasó por delante de ellas. Dentro, los hombres, vestidos de blanco, estaban muy ocupados con su trabajo, empujando carritos y metiendo sábanas en las grandes máquinas. Todos parecían del mismo tamaño y tipo. Algunos iban tocados con gorras sin alas. Dos o tres tenían largas trenzas que les bajaban por la espalda. Había cuatro grandes máquinas planchadoras de vapor en el extremo más alejado de la sala, del tamaño de ataúdes grises. Soltaban vapor de un modo que hacía desaparecer, por un instante, a los trabajadores que las rodeaban. Había dos mesas de planchar y hombres que empuñaban — seguía considerándolo un espectáculo cómico— grandes planchas eléctricas cuyos cables se elevaban hasta el techo.

Entró. Normalmente, se limitaba a pasar por delante, mirar al interior, respirar aquel aire familiar y acopiar los detalles que llevar al convento —cuántas sábanas lavaban al día, cuántas toallas y manteles, gustaba de elucubrar la hermana Iluminata—, pero aquel día cruzó el umbral. Uno de los chinos levantó la vista al instante, gritó algo por encima del estruendo y le hizo señas para que se alejara. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa, pero se quedó donde estaba. Él se encogió de hombros y volvió a su trabajo. Ella se preguntó si tendría razón la hermana. ¿Le clavarían un cuchillo, si pudieran? ¿Qué diría entonces su madre?

A su izquierda había una estantería, más alta y larga que la de la hermana Iluminata, pero igualmente abastecida de cajas de detergente y botellas de lejía, botes de Borax, añil, sal y cal. En una botella de amoníaco figuraba una calavera y unos huesos cruzados. Cuando Sally era niña, la hermana Iluminata la había llamado la marca del diablo: una forma de asustarla para que mantuviera las manos lejos de ella.

En cierta ocasión, la santa madre de la hermana Iluminata había salvado —y Sally lo sabía— la vida de un niño, hijo de otra lavandera. El niño había tragado un puñado de alumbre y la tonta de su madre, presa del pánico, le había vertido agua garganta abajo. Si su querida madre no hubiera apartado de un empujón a aquella mujer —dijo la hermana Iluminata— y no hubiese metido después su meñique en la boca del niño, con lo que lo desatascó, este habría muerto allí mismo asfixiado o ahogado en tierra seca.

Aquel niño llegó a ser sacerdote, decía siempre, muy satisfecha, la hermana Iluminata al final de su relato.

Sally alargó, impulsiva, la mano y tocó la marca del diablo. Una vez más, uno de los chinos le gritó y la amenazó con una toalla, como si fuera un pato que ahuyentar. Ella retiró la mano y, al

hacerlo, notó un poco de mugre marrón bajo las uñas. Incluso allí, donde el aire estaba lleno de jabón y lejía, olía la peste de la señora Costello.

Sacó la botella de amoníaco del estante, se dirigió a la puerta y se alejó, rápida, por el estrecho pasillo. Dobló en la esquina y entró en el servicio de señoras que compartían las empleadas. Puso el tapón en uno de los lavabos y lo llenó de agua lo más caliente posible. Vertió el amoníaco en él y el olor se elevó y le escoció en los senos nasales. Otra muchacha del salón de té, gruesa y de estilo maternal, estaba en el otro extremo del servicio. Arrugó la nariz al acercarse al lavabo ante el que se encontraba Sally. Preguntó: «¿Qué ocurre aquí?», con una curiosidad lenta y embobada, y después observó con la boca abierta cómo sumergía Sally las manos en el agua.

No estaba lo bastante caliente para escaldar, pero el amoníaco quemó sus mordisqueadas cutículas, por lo que soltó un grito. El olor del amoníaco estaba irritándole la nariz y subiéndole a los ojos. Apartó la cara y contuvo la respiración, pero sin sacar las manos de donde estaban.

—¿Es esta una nueva norma? —preguntó la muchacha con un poco más de urgencia. Se apretó la nariz. Llevaba su oscuro pelo con flequillo en la alta frente, lo que la hacía parecer estúpida—. ¿Van a obligarnos a hacer eso ahora?

Sally asintió con la cabeza y después, obligada a exhalar, se rio. Dijo que sí, que a partir de entonces todas las chicas del salón de té debían lavarse las manos con amoníaco. Dijo algo sobre el inspector sanitario. Se oyó a sí misma, divertida, decir aquella mentira, pero sin extrañarse al descubrir que era capaz de perpetrar semejante crueldad menor. Movié las manos en el agua, que iba enfriándose rápido. Pasó una uña por debajo de otra y volvió a mover las manos.

—Hay muchas enfermedades por ahí. Quieren que tengamos cuidado.

La chica se quedó pensando. Era una muchacha alta y con pechos grandes y caídos bajo la ropa de calle, un vestido de lana y un abrigo que no le quedaba bien. A Sally le pareció que tenía mucho mejor aspecto con el uniforme del salón de té: más limpia, más lista incluso, con su delantal y su gorro, una cara y un cuerpo hechos para servir.

Sally vio que la muchacha miraba lo que quedaba de la botella de amoníaco.

—Sírvete —dijo Sally.

Las dos, juntas, se lavaron las manos, recogiendo la olorosa agua y volviendo a verterla.

Al contárnoslo más adelante, nuestra madre decía: «Como un par de Poncios Pilatos».

Aquella tarde, en el salón de té, hubo una pareja encantadora: una madre y su hija. Estaban deliberando, como hombres de negocios, sobre la celebración de la boda allí, en el hotel, el junio siguiente. La madre era una señora elegante con un velo que le cubría los ojos. La hija llevaba un traje precioso con amplias solapas blancas y un cinturón ceñido. Las dos olían a perfume suave. Hablaban con la cabeza inclinada: flor de azahar —las oyó decir—, estefanotis, lila, lirio del valle. Las oyó decir: el tiempo de junio, tarta de vainilla, granizado de limón.

Cuando se hubieron marchado, Sally encontró un pañuelo de lino bajo la mesa, cuidadosamente doblado, con un precioso tono violeta. Olía al perfume de aquellas mujeres. Se lo guardó en el bolso.

Cuando se quitó el uniforme, al final de su turno, seguía repitiendo las palabras en su cabeza, como el estribillo de una canción, como las palabras de una plegaria: estefanotis, lila, granizado de limón.

Cuando volvió a la calle, estaba oscura y fría. Había tirado los guantes a la basura y en aquel momento mantenía sus desnudas manos metidas en los bolsillos y notaba el olor a amoníaco que

aún permanecía en su piel.

Flor de azahar y lirio del valle, estefanotis, granizado de limón. Mientras caminaba, se le ocurrió que, si aquella tarde la señora Costello hubiera muerto en su silla, abandonada y sola, su madre y el señor Costello estarían libres para casarse, el próximo junio quizás.

Sagrado

—Bien hecho —dijo la señora Tierney cuando Sally le dijo la mañana siguiente, desde la puerta de su dormitorio, que se iba a quedar un poco más en la cama—. Seguro que las monjas pueden seguir perfectamente sin ti. Así descansarás.

Liz Tierney se alegró al pensar que la muchacha estaba cansándose de todas sus buenas obras: de semejantes sacralidad, soledad y sacrificio.

La señora Tierney entendió solo que Sally, tras haber tenido un falso comienzo en su vocación, volvía a pasar las mañanas acompañando a las monjas, mientras reunía valor para volver a intentarlo. El distanciamiento entre su madre y ella —pensaba Liz Tierney— era un asunto totalmente distinto.

Cuando, en la mañana siguiente, Sally anunció en el desayuno que no iba a ayudar a las monjas nunca más, la señora Tierney sonrió. Dijo a sus propias hijas, sentadas allí mismo junto con la muchacha en la mesa de la cocina, que entonces tenían el deber de procurar que Sally «se divirtiera por fin un poco».

—Lo que las hermanas te piden es demasiado —dijo, comprensiva y compasiva—. Es una vida difícil. Dios no va a tenerte en cuenta que no llegues a ser una santa consagrada. ¿Acaso no somos todos humanos? ¿Acaso no hacemos todos el máximo posible?

Elizabeth Tierney rebosaba admiración por las hermanas, que se movían por las calles de la ciudad con su ropa blanca y negra, haciendo el bien donde se necesitaba e imponiendo el bien donde les parecía que faltaba.

Nunca dejaba de saludarlas, cuando pasaban —«Buenos días, hermanas», «¿Cómo está usted, hermana?»—, ni de despistar uno o dos peniques en sus cestas, siempre que las veía pidiendo, y, aunque comprendía el desdén de Annie para con la sociedad de las Damas Auxiliares, que recaudaban dinero para las monjas, la señora Tierney iba a los mercadillos benéficos y partidas de cartas de los diversos conventos y gastaba el dinero de su marido con largueza en delantales, boletos de rifas y mantas hechas con labores de ganchillo, en pro de las hermanas.

Las monjas hacían el bien en el mundo más que ningún holgazán cura de parroquia, le gustaba decir, en particular en las discusiones con su marido, sobre todo después de que este se enterara de que había despilfarrado los fondos para los gastos semanales de la familia jugando al *euchre* y al *bridge* en algún convento o había donado lo que él consideraba «más de la cuenta» a alguna valiente hermana destinada a tierras paganas.

En comparación con aquellas mujeres santas —sostenía Liz Tierney— los sacerdotes eran unos hijos de mamá mimados. «Príncipes de la Iglesia, ¡venga, hombre!», decía —aunque solo fuera para fastidiar—. «Unos niños consentidos es lo que son. Las monjas son las que mantienen

las actividades.»

Liz Tierney estimaba a las monjas —las adoraba, decía—, pero también abrigaba en el corazón la idea de que toda mujer que optaba por una vida de celibato y esfuerzos en pro de personas desconocidas había de ser, por fuerza, «un poco rara».

La señora Tierney era una católica devota, pero la clase de católica —bien lo sabía— que prefería el ruido y la humedad de la calle después de la misa a la fría humedad de la sacristía. Prefería la conversación a la plegaria, la luz del sol a la sombra parpadeante.

Era una mujer católica que se sentía más conmovida por la milagrosa sangre que coloreaba las mejillas de sus seis hijos, mientras jugueteaban en el banco de la iglesia, que por orden alguna dada desde el púlpito respecto de la substancia acuosa que manaba del traspasado costado para la salvación de todos los hombres.

Liz Tierney nada tenía contra la salvación de los hombres. Se sentía tan agradecida por la existencia del Cielo como segura estaba de su camino hacia él. Consideraba a la Santa Madre como la primera de sus confidentes. Le encantaban el orden y la certeza que la Iglesia infundía a su vida, al disponer por ella las estaciones, las semanas y los días, y guiar sus principios y sus penas. Le encantaban los himnos y las plegarias. Le encantaba el modo como la Iglesia —los sacerdotes, los hermanos y las monjas, además de la útil amenaza de la condena eterna— ordenaba a sus desordenados hijos.

Pero la santidad la aburría.

Le gustaban el caos, las ocupaciones, el bullicio. Le gustaba un hogar sembrado de ropa, polvo, revistas y libros, cuerdas de saltar a la comba, bates de béisbol, botellas de leche. Le gustaba ver y oler ceniceros abarrotados, a un hombre que había tomado unas copas o manteles atestados de vasos empañados. Le encantaba caer sobre una cama sin hacer, al final de un largo día, junto a su marido, que roncaba —y tal vez con un niño o dos entre las mantas—, y nunca llegar —porque el sueño la vencía— a la parte del avemaría que rezaba: *Ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Al final de todo lo que la Iglesia decía, estaba, en su opinión, la muerte y, si bien entendía su necesidad y su lógica, ese asunto nunca le había parecido demasiado interesante.

Al citarla, nuestro padre decía a veces: «¿Acaso no es gracioso cómo morimos todos al mismo tiempo? Siempre al final de nuestras vidas. ¿Por qué preocuparnos?».

Liz Tierney prefería las alegres distracciones de la vida. Le gustaba una buena pelea. Le gustaba una larga conversación con muchos cotilleos. Le gustaba su marido, cuando sus pasiones lo arrebatában, y sus hijos cuando armaban jaleo: corriendo o riendo, escandalosos y preparando travesuras. Le gustaba el sonido de muchas voces en su casa... y más aún cuando se ponían a cantar. Prefería con mucho las historias pecaminosas a las virtuosas. Le gustaba el picante gusto de la contradicción en la lengua. Aborrecía la vagancia y los largos silencios. Detestaba ver a alguien hacer cualquier cosa solo.

Cuando la hermana Lucy apareció en su puerta por segunda vez en casi veinte años, con Sally a su lado, totalmente empapada y sin haberse quedado en el convento al final, la señora Tierney se sintió íntimamente encantada por la noticia sobre las tardes hurtadas por Annie... con el lechero, nada menos.

«Has sido valiente», sintió deseos de decir a su amiga. Se había rebelado contra las pésimas certidumbres que la vida le había brindado: un marido muerto, una hija a la que criar sola, trabajo

diario, soledad diaria, deber insulso. De hecho, la próxima vez en que Annie y ella se vieron, dijo: «Una o dos horas de una tarde no son un pecado grave».

Así, pues, la mañana en que Sally, aún con el camisón y los platos, las tazas y las sobras todavía en la mesa de la cocina, le dijo: «No voy a acompañar a las hermanas más», la señora Tierney no pudo por menos de sonreír. Era una mañana fría y oscura y una lluvia gélida estaba azotando el patio de delante de la ventana. A Liz Tierney le encantó saber que la muchacha no iba a tener que salir con semejante tiempo, ni siquiera para consolar a los enfermos.

—Oh, es agradable levantarse por la mañana —dijo la señora Tierney cantando, mientras preparaba otra tetera—, pero más agradable es quedarse en la cama.

Y luego, menos de dos semanas después, la señora Costello contrajo una neumonía y el señor Costello decidió corregir su vida. Annie dio esa noticia a Liz Tierney sin derramar una lágrima. Parecía querer aún más a aquel hombre por esa razón. Había roto con ella y después se había confesado y —dijo Annie—: «Ya está».

—¿Y tú? —dijo Liz Tierney—. ¿Te has confesado también?

Annie la hizo callar. Iban caminando del brazo por el parque, frío y sin hojas. Dijo que era un asunto que no iba a sacar a relucir en la iglesia, con un santo padre, nada menos. ¿Acaso no se moriría el pobre hombre de vergüenza?

Se rieron juntas, pero sabiendo también, fieles como eran, que estaba en juego un alma inmortal.

—Podrías hacer una confesión rápida —le dijo Liz—. No tendrías que entrar en detalles.

Pero Annie, tozuda, movió la cabeza.

—No me arrepiento absolutamente de nada —dijo.

Aquella noche, una húmeda noche de comienzos de febrero, Sally volvió a casa de los Tierney después de su turno en el hotel y subió a su habitación. Una hora después, las gemelas y ella iban a ir al cine. Acababa apenas de quitarse los zapatos y las medias y estaba secándose el pelo con una toalla, cuando llamaron a la puerta. La señora Tierney entró y después cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda en ella, con las manos en el pomo tras sus considerables caderas. Tenía las mejillas coloradas, como si acabara de llegar del frío, a su vez.

—Debes saber —dijo la señora Tierney, sin preliminares—, que la situación ha cambiado: para tu madre.

Se quedó mirando a Sally, como para ver si debía decir algo más. Pareció decepcionada un momento al descubrir que así era.

—Ha dejado de recibir a su visitante. La esposa de este está enferma. Él cree que esa es su obligación. —Y después alzó las cejas para decir—: ¿Me entiendes ahora?

Y después sonrió aliviada, como si Sally hubiera dicho de verdad: «Sí que te entiendo».

En realidad, Sally nada dijo.

La señora Tierney se irguió y extendió las manos hacia delante para secárselas, aunque no estaban mojadas, con el delantal.

—Siempre serás bien recibida aquí, desde luego —dijo—. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero a nadie le extrañaría que quisieses dejarnos para volver a tu casa.

Alisó el delantal sobre su falda y su voz sonó tensa por la emoción que no pudo ocultar.

—Ahora tu madre está allí sola —dijo—, enteramente sola.

Sereno

Todas las lámparas estaban encendidas en el piso de la señora Costello, aunque en la ventana del dormitorio lucía la luz del sol. Reinaba un silencio fúnebre, mientras las dos monjas —la hermana Jeanne y la hermana Lucy— trajinaban sin hablar. Cuando llegó Sally, la hermana Jeanne estaba metiendo la ropa limpia en cajones y armarios. La hermana Lucy volvía en aquel momento de junto a la señora Costello en la cama, con el estetoscopio en torno al cuello, que resaltaba negro sobre la cruz plateada y su blanco peto. La carita de la señora Costello estaba macilenta. Estaba, dijo la hermana Lucy a la hermana Jeanne, «débil como un gatito». En el rincón junto a la ventana, había un depósito de oxígeno con forma de bala, junto a una tienda de oxígeno de una palidez espectral.

La hermana Lucy levantó la vista para mirar a Sally, que estaba en la puerta del dormitorio de la señora Costello.

—Bien hecho —dijo, indiferente—. Has venido.

Se bajó la manga con la mano torcida. Después se metió la mano en el bolsillo para sacar el reloj de pulsera con la correa de cuero desgastada.

—Muy bien, yo me voy —dijo. Tomó del brazo a Sally y la sacó de la habitación—. ¿Has venido a quedarte o simplemente de visita? —preguntó. Sus ojos se movían y su boca indicaba que ya estaba segura de que ninguna respuesta la satisfaría—. Es que me han dicho que has abandonado esta particular obra de misericordia, cosa que no importa, no estás obligada. Nunca has estado obligada a estar aquí, pero Jeanne está agotada. Le vendría bien alguna ayuda hasta que el señor Costello vuelva a casa. Su mujer está recuperándose, pero despacio. —Entornó los ojos desde la distancia de su toca—. A partir de ahora, el señor Costello volverá a casa en cuanto pueda, todas las mañanas. ¿Oyes lo que digo?

—Ya lo sé —dijo Sally.

La hermana alargó el brazo para coger su capa, aún húmeda y brillante con la lluvia matutina. Se la echó por los hombros, con el estetoscopio en torno al cuello, entonces enmarañado con la cadena de la cruz.

—La señora Costello vivirá —dijo, como si estuviera repasando simplemente las obligaciones de aquel día—. Su marido va a enmendarse. —Sonrió con su sonrisa de labios fruncidos y se llevó la mano atrás para ajustarse el velo—. Nunca he creído que el nuestro fuera un Dios conciliador, pero los hombres sí que lo creen. Es absurdo. Mientras que él rezaba para que ella viviera, ella rezaba para morir. ¿Cuál de ellos recibió satisfacción?

La hermana Lucy hablaba con desdén.

—La hemos mantenido con vida —dijo—. Bien lo sabe Dios.

Entonces se quitó el estetoscopio y lo metió, irritada, como era habitual en ella, en su maletín negro.

—El señor Costello volverá hacia las diez, las once como muy tarde. Nadie te reprochará que no quieras encontrarte con él, pero quédate un rato para que la hermana Jeanne pueda tomarse un respiro.

Levantó su bolsa y miró en derredor por el cuarto.

—Coge un trapo y limpia esas pantallas de lámparas —prosiguió— y los zócalos. En la cocina hay pan y mantequilla, unos huevos duros y compota de manzana. Haz que Jeanne coma algo también y pon la tetera al fuego. Lleva a las dos una buena taza de té y enriquécela con mucha leche y azúcar.

Y después la hermana Lucy ya había salido.

Sally tenía aún puestos el abrigo y el sombrero y el bolso aún bajo el brazo. Se quedó parada en el cuarto, vacilante un momento. Las monjas tenían las dos lámparas encendidas y también la luz de la cocina. Una nueva —pero gris y apagada— luz diurna entraba a raudales en el dormitorio por la única ventana. Eran casi las siete de la mañana. El radiador pegado a la pared más alejada siseaba y hacía tictac, pero la corriente que había creado la salida de la hermana Lucy barrió la habitación y le robó el calor. Sally se estremeció. En el bolso llevaba el pañuelo violeta que había recogido en el suelo del salón de té. Atado en él, como el hato de un indigente, iba un buen puñado de alumbre.

Sally dejó su bolso en la silla cubierta con la funda. Se quitó el abrigo y el sombrero y los dejó sobre ella. Después fue a la cocina para poner la tetera al fuego. Mientras hervía, volvió al cuarto de estar y recogió el bolso. Entonces lo puso en la mesita de la cocina. Colocó en la encimera dos de las tazas de té de la señora Costello y echó té con una cuchara en la plateada bola del té y la metió en la olla de metal. Cuando el agua empezó a hervir, la vertió dentro. Fue por su bolso y en seguida encontró el pañuelo violeta.

Desató el nudo y espolvoreó el alumbre en la taza vacía. Vertió el té sobre él y el agua se volvió al instante turbia. El tenue olor que surgió recordaba a la lavandería de la hermana Illuminata. Añadió azúcar y leche y después probó la mezcla en la cuchara. Se notaba el marcado amargor de lo que no era té. En el armarito de encima del fregadero, el señor Costello guardaba una botella de whiskey. Sally ya la había visto antes. La cogió, rápida, y vertió un chorrito en el té, mientras recordaba brevemente a la muchacha del Bronx que iba en el tren. Volvió a atar el pañuelo y lo metió de nuevo en el bolso. Cerró el bolso con un chasquido y resonó el ruido del cierre. Hizo eco, estaba segura.

Llevó la taza de té en el platillo, con la cucharita tintineando, al dormitorio. La señora Costello estaba apoyada en la cama como antes. La hermana Jeanne estaba tomándole el pulso.

—La hermana Lucy me ha dicho que le trajera té —susurró Sally—. En la cocina hay más para ti también.

Mantuvo la mano sobre la taza, como para contener el olor de lo que había puesto. Notó que la palma se le humedecía con vapor. Se le hizo un nudo de dolor en la garganta. Sabía que siempre podía dejar caer la taza. Los ojos de la señora Costello se abrieron parpadeando, con aquel azul carente de sentido.

—No lo quiero —susurró—. Vete.

Tosió débilmente e intentó bajarse en la cama.

La hermana Jeanne estaba ajustando las almohadas bajo su cabeza.

—Es mejor para sus pulmones que procure permanecer sentada un poco, querida —dijo con voz suave. Sally comprendió que la hermana Jeanne había dicho eso muchas veces antes—. Ya sé que está cansada, señora Costello, pero es mejor que deje espacio a sus pulmones.

La señora Costello volvió a toser y después entornó los ojos como una niña enfadada.

—Estoy cansada de usted —dijo.

—Está usted cansada en general, señora Costello — dijo la hermana Jeanne—. Con un poco de té y algo de comida empezará a recuperar las fuerzas.

Hizo una seña a Sally para que fuera hasta ella rodeando la cama.

—Solo una cucharada —susurró—. Una cucharada cada vez. Voy a traer un poco de comida.

La mano de Sally temblaba, mientras sostenía la taza, que tintineaba contra el platillo. El alumbre estaba en el fondo. Su plan consistía en dar a la señora Costello unos sorbos de líquido y después coger con la cuchara el alumbre mojado del fondo de la taza y llenarle la boca con él: taponar su garganta con él, taponar su respiración.

Su plan consistía en intercambiar su propia alma inmortal por la felicidad mortal de su madre.

Era un plan ridículo. Aun después de llegar tan lejos, sabía que era ridículo. Sabía que lo era cuando lo concibió, al dirigirse aquella noche amarga a casa desde el hotel, mientras pensaba en lilas y estefanotis y una boda en junio, y en que tan solo una mujer desagradable, sangre, hedor y quejas, huesecitos de pájaro y piel pálida, era el obstáculo para la felicidad de su madre, el lugar de su madre en el Cielo.

Ya el día anterior, sin ir más lejos, sabía que era ridículo, cuando persuadió a la hermana Illuminata para que subiese por la escalera a las oraciones de las tres. («¿No prefiere rezar en la capilla, hermana?», le había preguntado. La mantequilla no se le desharía en la boca. «¿Cuánto hace que no ha pasado la hora de la tarde lejos de su tabla de planchar?») Y después llenó el pañuelo violeta con el alumbre de la hermana, destinado, como sabía Sally, a hacer resistentes al fuego los velos de las monjas, la ropa infantil donada, las cortinas de la cocina, sin dejar de repetirse que su plan era ridículo. Nunca lo ejecutaría. Nunca se armaría de valor.

Y después, al despertar tan temprano por la mañana en su cama de la casa de los Tierney, con los tremendos ruidos matutinos habituales resonando en las paredes, los pies aporreando la escalera y el señor Tierney aporreando la puerta del baño, las muchachas quejándose de que necesitaban entrar en él también, la cantinela de «¿Puedo ponerme tu...? ¿Puedes prestarme...?» pasando por entre las cuatro, y Patrick llamando a Michael y la señora Tierney llamando a las gemelas, el señor Tierney cantando sin palabras con su hermosa voz de barítono, al pasar por delante de su puerta por el pasillo, el silbido de la tetera y el chasquear y rajarse de la panceta al freírse en la sartén, las tostadas en el fuego, y oler de nuevo aquel momento en que creyó — estúpida y pasmada, pero, aun así, convencida— que su padre había regresado durante su ausencia, había vuelto a restablecer la felicidad de su madre, su alegre risa, su vida, para impedir que estuviera enteramente sola.

Un plan ridículo, lo sabía, incluso cuando se levantó en la fría habitación y se vistió y después dijo —y mintió— a la señora Tierney que iba a ir a ver a su madre en el convento, mentira, pronunciada en voz alta, con la que su ridículo plan, su terrible plan, resultó más posible en esa medida, el primer paso para lo que quería hacer. Dijo aquella mentira y abandonó la casa y de repente su proyecto no fue solo un vuelo de su imaginación, sino también algo posible, algo que

podía cumplir de verdad en el mundo: la vida de su madre, su vida mortal, su vida eterna, restablecidas.

«Voy al convento a ver a mi madre», había dicho y había mentido con toda tranquilidad, al marcharse, y, en cambio, había subido la escalera hasta el piso de la señora Costello y había entrado con aquel buen puñado de alumbre en el bolso, envuelto en el fragante pañuelo.

Y allí estaba en aquel momento, a solas con él al borde de la cama de la señora Costello.

Cogió una cucharadita de té de la superficie y la acercó despacio a los labios de la mujer. La señora Costello lo aceptó, tragó y juntó los labios, pero después movió la cabeza. Tosió, todo su cuerpo se estremeció con la tos.

—No más —dijo.

—Un poco más —dijo Sally. Sintió el ardor de la fiebre, ese calor innatural, que le subía por el cuello, por la cara. La señora Costello tomó, apática, otro sorbo. Tenía los labios secos, alterados y finos, unos pelos pálidos brotaban a lo largo de ellos. Los huesos de su boca, sus mejillas y su barbilla se habían vuelto prominentes. Estaba delgada y pálida, era una simple brizna de cuerpo, una presencia apenas real en el cuarto: sin pecho y con sus caderas flacas y una sola pierna bajo la sábana y la colcha y, sin embargo, constituía un impedimento para tantas cosas.

Sally tomó con la cuchara la mezcla del fondo de la taza.

Entonces la hermana Jeanne volvió a entrar en la habitación. Traía también una taza de té en la mano y una cuchara.

—Podría usted tomar un bocadito, señora Costello —iba diciendo al acercarse a la cama—. Tal vez un poco de compota de manzana.

La señora Costello, que seguía tosiendo, pero entonces suavemente, estaba repitiendo, con voz de pito: «No», y hundiéndose en sus almohadas.

—Hazte a un lado, querida —dijo la hermana Jeanne a Sally y se situó entre las dos.

Sally se volvió hacia la cómoda y captó su reflejo en el espejo. Estaba pálida y desaliñada, con ojos de loca, ridícula. Había como locura en la forma como sujetaba la delicada taza y el platillo contra su pecho, locura en la propia idea: taponar la garganta de una mujer, taponar su respiración, acabar con su escasa e inútil vida, molesta como era, para lograr lo que pretendía para su madre, a quien amaba por encima de todo.

Miró las caras jóvenes en la foto de boda.

Los dos pies buenos de la señora Costello estaban enfundados en zapatos de raso, justo debajo del dobladillo de encaje de su vestido. El negro pelo del señor Costello era espeso y ondulado, reluciente de pomada.

¿Acaso no tenían también ellos ojos de locos, al mirar desde el pasado?

La señora Costello estaba tosiendo otra vez. Sally miró por encima del hombro y después, en el tiempo que tardó en volverse del todo, la tos pareció cambiar de registro. La mujer se había hundido aún más en la cama, pero entonces, de repente, su espinazo se arqueó, al toser, y la cabeza cayó hacia atrás. Alzó la cabeza de la almohada como un nadador al salir a la superficie. En las mejillas y el cuello le aparecieron manchas rojas: tenían las dispersas y arbitrarias formas de loza rota. La señora Costello apoyó las palmas en el colchón, como para levantarse, y después la tos se apoderó de ella completamente y su pierna corta se agitaba con ella. Sally se dirigió hacia ella y notó que el té rebosaba de la taza y le mojaba la blusa. Se volvió para dejar la taza y, cuando se dio la vuelta otra vez, tenía delante la oscura espalda de la hermana Jeanne. La hermana se había

separado de la cama, aunque su blanca toca seguía mirando a la señora Costello. Seguía sosteniendo en las manos la taza de compota de manzana y la cuchara en equilibrio. La tos de la mujer cambió de registro una vez más, ya no era una lucha para expeler el aire —un sonido como el de azotar ropa en la lavandería—, sino para aspirarlo, profunda, herida y tragando. Tenía la boquita abierta y entonces también sus pálidos ojos, con más expresión de lo que Sally había visto jamás: pánico, miedo, dolor, asombro.

Sally se oyó a sí misma gritar. Cogió a la hermana de la manga.

—Ayúdela, hermana. Está asfixiándose.

Sin volver la cabeza, la hermana Jeanne movió el brazo, lo mantuvo en la cintura de Sally, sin soltar la cuchara, para indicar a la muchacha que guardara la distancia. La hermana Jeanne mantuvo firme el brazo, sin apartar la vista de la señora Costello. Actuaba con decisión y calma.

Sally comprendió solo vagamente que, a juicio de la hermana Jeanne, era mejor esperar, mantenerse apartada, dejar que pasara el ataque.

Entonces la cara de la señora Costello estaba ya marcadamente morada. El sonido que emitía era como el de un rebuzno, el de un desgarró. Sally veía la lengua de la mujer, entre sus labios azulados. El pecho exhalaba, parecía poner del revés la brizna de su cuerpo. La señora Costello se encrespó contra el estrépito que hacían sus pulmones, contra la lucha por respirar, levantando la pierna buena hasta la cintura, bajando la cabeza como para juntarse con ella, y después la tos volvió a cambiar de registro, disminuyó y de repente se calmó. Sally volvió a oír la lluvia que sacudía los canalones del edificio.

Y después la hermana Lucy estaba en la habitación, como la caída de la noche. Tenía aún puesta su oscura capa, que parecía surcar el aire, como también su velo negro. Los dos brillaban con gotas de lluvia. La habitación pareció invadida brevemente por el olor a lluvia. La hermana Lucy estaba junto a la cama, cerniéndose sobre ella, con la señora Costello, ligera como una pluma, en los brazos, tan fácil y familiarmente, que la mujer parecía moverse por su propio impulso, entregarse al abrazo de la hermana Lucy, y entonces la hermana Jeanne estaba en el borde de la cama también, sosteniendo los hombros de la mujer, mientras las dos monjas la sentaban, le daban cachetes en las muñecas y palmadas en la espalda, y después, con delicadeza, como una madre con un hijo pequeño, la hermana Lucy acunó la cabeza de la señora Costello en el recodo de su oscura manga. Pasó tiempo. La mujer pareció aliviada. Las dos hermanas volvieron a bajarla despacio. Sally vio la larga trenza de la señora Costello, hecha con esmero, balancearse hacia delante. Estaba flácida, tenía la boca abierta y entonces la capa de la hermana Lucy le cubrió la cara, mientras la monja le quitaba con el pulgar algún resto de sudor o alguna lágrima de la frente. Sally vio a la hermana Jeanne santiguarse. La hermana Lucy hizo lo mismo.

Y después hubo un extraño silencio, apenas roto por la lluvia en la ventana. Las dos monjas empezaron a moverse en torno a la cama con tanta gracia y seguridad, que Sally las imaginó ejecutando un ejercicio muy ensayado. La hermana Lucy ahuecó una mano para sostener la cabeza de la mujer, mientras levantaba el cráneo para ajustar las almohadas debajo. Después volvió a bajarla con delicadeza. La hermana Jeanne había retirado la sábana y la manta y estaba arreglando su camisón sobre las piernas, moviendo suavemente la buena, que había quedado doblada en su calvario, para que tuviera una posición más derecha y cómoda, y alineando con ella la corta. Después bajó la falda del camisón hasta el tobillo.

Sin decir palabra, las dos monjas alzaron por el aire la ropa de cama revuelta y luego la

hicieron descender otra vez, renovada y alisada, y la remetieron con esmero. La hermana Lucy colocó la fina ristra de la trenza de la señora Costello sobre su hombro y después, con un pañuelo que sacó de su profundo bolsillo, limpió la saliva dispersa con compota de manzana, la parte blanda, de los labios. Volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo, mientras la hermana Jeanne fue hasta la ventana para dejar entrar aire fresco.

Hasta que las dos se arrodillaron, codo con codo en la habitación iluminada por las lámparas, no entendió Sally que la señora Costello había muerto.

En la cómoda estaba la taza de té con el brebaje que ella había removido —parecía— horas y horas antes. El té había salpicado cuando la había dejado, la había soltado. Olía a whiskey. A su lado estaban también la taza y la cuchara que la hermana Jeanne había llevado para dar de comer a la mujer. Sally no la había visto dejarla. Dentro de la taza estaba la compota de manzana de la señora Odette, con sus grumos y trozos de piel.

Todo ello le pareció entonces sin sentido, comida y bebida traída hacía un momento para dárselas a un cuerpo que yacía sin vida: un absurdo.

Sally, sin nada a lo que sujetarse, se arrodilló despacio detrás de las dos monjas, detrás de sus oscuros velos y faldas y las gastadas suelas vueltas de sus zapatos negros. Estaban rezando el avemaría. Sally se sentó sobre sus talones. La alfombra era una persa raída, parecida a la de la lavandería de la hermana Illuminata, en la que había jugado de niña. Estaba bastante limpia, pensó Sally, pero tal vez deshilachada aquí y allá y con arena o barro de la calle, lo que quiera que el señor Costello trajese en sus grandes pies de granjero. Era febrero. No cabía duda de que en aquellos meses se había barrido la alfombra con frecuencia, pero desde la primavera no se la había sacado para sacudirla.

En aquel momento la hermana Lucy estaba de pie e inclinada sobre la cama de la señora Costello para llegar hasta sus pies. El cadáver de la señora Costello se movió ligeramente por el efecto de la presión en el colchón. La hermana Jeanne seguía arrodillada, con la cabeza gacha. La hermana Lucy, que entonces descollaba por encima de ellas, miró a Sally e inclinó la cabeza para indicarle que saliera de la habitación.

—Recoge esas tazas —dijo la hermana Lucy, con voz cansada.

Era la primavera vez en que Sally notaba cansancio en la voz de la hermana Lucy. Recogió, obediente, la taza y el platillo con el té envenenado y metió un dedo en el asa de la taza de compota de manzana. Los mantuvo pegados al pecho. Al salir, la hermana Lucy se detuvo ante la cómoda, abrió un cajón y sacó uno de los camiones bien doblados de la señora Costello, el que la hermana Jeanne había retirado unos minutos antes. Lo dejó sobre la cómoda y salió.

Sally siguió a la monja hasta la cocina. La hermana Lucy levantó la tetera y después la llenó en el fregadero y encendió el fuego debajo de ella en el fogón. Se acercó al armario de la cocina y encontró una palangana. Vertió el agua caliente en ella y después, como si recordara algo —soltó un «¡vaya!» y movió la cabeza—, volvió al cuarto de estar y no tardó en regresar con la capa y el delantal sobre el hábito y el velo echado hacia atrás con una cinta negra. Vertió el resto del agua en la palangana, cogió una pastilla de jabón de la caja de leche, junto a la bañera cubierta con una tela, y la metió en el agua. Levantó la palangana y salió. Se detuvo a mirar de arriba abajo a Sally, con las dos tazas y el platillo pegados al pecho. Esta última vio los ojos de la hermana Lucy mirar dentro de la taza de compota de manzana y alzar las cejas, pero la hermana Lucy solo dijo: «Haz el favor de limpiarlos».

Sally vertió el té y los pálidos posos de azúcar y alumbre en el fregadero. Echó también la compota de manzana en el fregadero y vio los grandes trozos de carne y piel de manzana trabados en el desagüe. Los empujó con la cuchara y vertió agua hasta que desaparecieron. No podía pensar en el futuro, solo en la hora siguiente, y todo el pasado reciente parecía desvanecido e irreal. Apenas podía recordar su ridículo plan. ¿Qué había querido hacer exactamente? ¿Por qué estaba allí?

Cogió el trapo de quitar el polvo y la escoba del rincón y volvió al cuarto de estar, donde limpió el polvo de las dos pantallas de lámparas desteñidas y después de la repisa de la chimenea tapada, de la estatuilla de san José con un martillo en el puño y la otra mano en el corazón. Oía a las dos monjas moverse por el dormitorio; se notaba el olor a limpio del jabón y también se oía el rumor del agua en la palangana, el breve intercambio ocasional de palabras: «Otra toalla, hermana», «Gracias, hermana», «Conque la sostengas tan solo ahí...».

La hermana Jeanne llegó de la habitación con la palangana llena de agua jabonosa, pero traía la cabeza gacha y Sally no pudo verle la cara. La oyó vaciar el agua y guardar algunas cosas y después cruzó el cuarto de nuevo. Tocó el brazo de Sally y levantó la vista para mirarla. Sally vio que tenía los ojos inyectados en sangre y la cara estaba descolorida, gris sobre la blanca cofia y el blanco borde de la toca. Su boquita estaba demacrada.

—Ven a rezar— susurró.

Sally apoyó, a regañadientes, la escoba contra la repisa, y al lado dejó el trapo de quitar el polvo. Se pasó las húmedas palmas por la falda. La hermana Jeanne la esperó a la puerta del dormitorio y después levantó el brazo, al acercarse Sally, para indicar que la muchacha debía pasar delante de ella. Sally recordó que la hermana Jeanne había hecho el mismo gesto, cuando ella intentó acercarse a la cama de la señora Costello, para cortar el paso.

En la habitación había una luz nueva. Al principio, Sally pensó que el día se había aclarado fuera, al haber aparecido la luz del sol por entre las nubes y las persianas de la ventana, pero después vio que en la cómoda había dos velas. El olor de la nueva llama armonizaba con la ropa limpia de la cama y el resto de olor del jabón que habían usado para lavarla. La señora Costello seguía en la misma posición, con el cuerpo inmóvil y estrecho bajo la colcha, el declive de la rodilla y el espacio de la pierna que le faltaba. Tenía las manos cruzadas entonces sobre el pecho de su camión limpio y briznas de pelo húmedo que enmarcaban agradablemente su rostro, tan pálido como siempre, pero con un nuevo tono gris en los labios y las facciones más afiladas, más marcadas.

Las muñecas con cara de cerámica en la cómoda tenían un aspecto terrible.

Sally se echó a llorar. Bajó la cabeza y se abandonó al llanto. No pensaba en nada, ni en los últimos días y semanas ni en las próximas horas. La hermana Jeanne le rodeó la cintura con el brazo. Sally sintió la presión de la manita de la monja en el costado, que apretó y soltó. Todo lo que había planeado, imaginado, esperado, todas sus tensas negociaciones consigo misma, con Dios, con el futuro y el pasado, nada eran ante aquella quietud. No conseguía rastrear, de momento, lo que la había llevado allí, no podía elucidar, de momento, lo que significaba. Se limitaba a llorar. Notaba el olor de las llamas de las velas, del jabón y del hábito de la hermana Jeanne, el pañuelo limpio que la monjita le puso con suavidad en las manos. La hermana Lucy. Oía el sonido de la lluvia en las ventanas, que resonaba en los canalones. La figura inmóvil en la cama y el olor, también, a muerte, muerte animal, un ratón muerto tras la pared, invadían la habitación.

La hermana Lucy dijo, con un susurro —Sally nunca la había oído susurrar—: «El señor Costello no tardará ya en volver a casa», lo que significaba que Sally debía marcharse.

Volvió al cuarto de estar con la hermana Jeanne, aún enjugándose las lágrimas. Se puso el sombrero y el abrigo —parecía que hacía toda una vida desde que se los había quitado— y después tuvo que volver a la cocina para recoger su bolso. La hermana Jeanne la siguió.

—Bebe un poco de agua antes de marcharte —le dijo— y pásate un poco de agua fría por la cara.

Sally se acercó al fregadero para obedecerla y después, cuando se volvió, la hermana Jeanne le entregó el bolso. El cierre estaba abierto. La hermana lo sujetó por la correa durante los pocos segundos que tardó en levantar la cabeza para mirar a los ojos a Sally.

—No has hecho nada malo, querida, fuera cual fuese tu intención. Dios es justo —añadió—. Conoce la verdad.

Sally bajó la estrecha escalera del edificio de la señora Costello y recorrió caminando las dieciséis manzanas hasta el hotel. Las calles resonaban con el sonido de la lluvia y voces, coches y camiones. Alguien gritó, unas chicas a la puerta de una tienda rieron, una procesión de caras solemnes bajo paraguas abiertos pasó por delante de ella, unas mirándola, otras mirando en otra dirección y todas ignorantes —creyó, brevemente— del silencio que les sobrevendría: sobrevendría a sus facciones, a sus brazos y manos gesticulantes. Llegó al hotel y vio las figuras apresuradas, que entraban y salían y hacían destellar las puertas de cristal, al propio señor Tierney con su uniforme de color pardo, un silbato en los labios y la mano alzada y la calle negra brillando como charol a sus pies; con su boca sonriente y el poblado bigote —mientras recibía una moneda y se la deslizaba en el bolsillo—: ignorantes, todos, de la parálisis que les llegaría, el repentino silencio final, irrevocable. Entró y bajó en el ascensor al cuarto de los empleados. Mientras se cambiaba, imaginó a cada una de las muchachas que charlaban en torno a ella con la cabeza flácida, sujeta en el recodo de un brazo oscuro, bajada suavemente hasta una almohada, inmóvil. En el salón de té, en el calmo silencio del local —tintineo suave de tazas, platillos y cucharillas, suave masticar de tartas y bocadillos, conversación de murmullos— reinaba la estúpida inconsciencia de la raza humana. Una inmovilidad terrible les sobrevendría a todos, en cualquier caso. Un silencio terrible detendría su respiración de una u otra forma y, sin embargo, endulzaban con azúcar sus tazas, se echaban hacia atrás para coger un reloj de una pretina o se pasaban una servilleta de lino por sus rosados labios.

Después del trabajo, se dirigió a su casa en la fría oscuridad, bajo farolas rodeadas de niebla. ¿Cómo iba a vivir, después de lo que había visto? Una cosa había sido rechazar el convento, decir: «Lo he pensado mejor», después de que el largo viaje en tren le hubiera mostrado la verdad del mundo sucio, de que su propio impulso fuera el de afrontar a sus sucios conciudadanos no con un paño consolador, sino con una maldición, un puñetazo en la cara, pero en aquel momento era la vida lo que quería rechazar, pues ¿cómo podía vivir sabiendo que aquella inmovilidad, aquella inconsecuencia, aquel salvaje olor a muerte, eran aquello hacia lo que la dirigían sus días?

A aquella hora del día, todas las iglesias ante las que pasaba apenas estaban iluminadas. Había comenzado la Cuaresma. Sabía que dentro las estatuas estaban cubiertas con mortajas purpúreas. Había algo familiar en su piedra y sombra húmedas, al pasar por delante de ellas: humedad y roca fría; familiar, pero no consolador. Se dirigió al convento. Allí la luz de las lámparas en las ventanas era también tenue. Las monjas estarían rezando en el fatigado fin de su

duro día. Se dirigió a su piso —el piso de su madre— y vio la luz encendida en la ventana del dormitorio. ¿Estaría allí dentro su madre enteramente sola o estaría el señor Costello de vuelta con ella? No había pensado en él en toda la tarde ni en la vida de su madre en adelante. Lila, lirio del valle, tiempo de junio. Ya eran libres para casarse. Procuró no dejar que esa idea, relativa a la felicidad, a la alegría de los próximos días, inundara sus huesos, sus nervios, al modo como la oración podía a veces aliviar aquel deseo eléctrico de moverse, pero ningún pensamiento sobre el verano podía calmar su recuerdo de la inmovilidad sobrevenida a la señora Costello.

El pañuelo violeta con el resto del alumbre seguía en su bolso.

Sus intenciones, su asesino y ridículo plan, le parecieron entonces infantiles, ingenuos e inocentes. Había querido salvar el alma de su madre, aunque entrañara la muerte de la suya, pero no había sabido, infantil e ingenua como era, nada de lo que significaban.

Su padre sabía, lo había sabido siempre, tendido en su lugar bajo la tierra excavada: una quietud que ninguna oración, ningún deseo, ninguna imaginación, ningún sacrificio podía superar. Desde luego, nunca volvería hasta ellos.

Entró sin llamar en la cocina de los Tierney. Había pasado horas caminando. Tom y Patrick estaban a la mesa de la cocina bajo una sola bombilla, con libros y papeles extendidos ante ellos. Los dos asistían a clases nocturnas. Cuando entró, levantaron la vista con indiferencia de hermanos.

—Estábamos preguntándonos qué te había pasado —dijo Tom—. Mamá pensaba que habías ido a casa de tu madre.

Una vez más se quitó el sombrero y el abrigo, que en aquel momento pesaban con la carga de la lluvia, y los colgó en la percha junto a la puerta. Dejó el bolso en el suelo y entró en el tenue círculo de luz de la cocina.

—Pareces una rata ahogada —dijo Patrick con tono alegre, y después, sin levantarse, sacó la silla contigua a la suya—. Siéntate —dijo—. Tómame un vaso de leche. Sin levantarse de la silla, se echó hacia atrás para alcanzar un vaso del escurrerplatos y lo llenó con la botella que ya estaba en la mesa. Cuando ella se sentó, se lo puso delante y después, como buenos hermanos, los dos no se ocuparon de ella para nada, sino que volvieron al estudio. Ella nunca se había sentido tan agotada en su vida, ni siquiera después de las dos noches sin dormir en el tren.

Patrick estaba explicando un diagrama a Tom, algo que ya había dibujado en una hoja de cuaderno. Tom se pasaba la mano por el pelo y se lo erizaba, porque no entendía la explicación.

—El agua busca su nivel —dijo Patrick—. ¿No lo entiendes?

—No, no lo entiendo —dijo Tom, impaciente— y, por mucho que lo repitas, no servirá de nada. ¿Qué significa? ¿Quieres decirme que el agua tiene un cerebro, un par de ojos? ¿Se mueve por ahí con los brazos extendidos como un ciego? Es absurdo.

Patrick se inclinó sobre la página.

—Lo que significa es... —dijo y movió el dedo por el papel—. Intenta seguir lo que te digo. Aquí está el acueducto. Aquí está la torre de agua. Ahí está el conducto. Ahí está la válvula. ¿Entiendes?

—Estoy escuchando —dijo Tom—, pero no entiendo.

En la tenue luz de la cocina, sus facciones estaban en penumbra. Era más alto que su hermano y también más robusto. Tenía una mirada encapotada. Era mentalmente lento y Patrick, rápido. Era algo sabido por la familia, la causa de muchas bromas, que se repartían a partes iguales entre

ellos: Tom, por los errores que cometía por ignorancia; Patrick, por los que cometía por arrogancia.

—Bueno, venga —prosiguió Patrick—, el agua busca su nivel...

Y, antes de que pudiera continuar, Tom se puso de pie.

—Vale —dijo—. Se acabó. —Se volvió hacia Sally—. Tú puedes hablar con este lorito, si quieres. Lo que yo busco es dormir un poco. —Señaló el blanco fregadero de la cocina con una mano—. Abre el grifo, si quieres averiguar lo que busca el agua.

Salió de la cocina y después oyeron sus pasos por la escalera. Patrick se encogió de hombros, volvió a coger su diagrama y lo metió en uno de sus libros. Se puso a ordenar sus papeles, incómodo con el repentino silencio.

—¿Te apetece un poco más de leche? —le preguntó. Ella no había tocado el vaso que él le había servido.

—No, gracias —dijo ella. Él vació la botella en su vaso y después lo miró, descontento, movió la cabeza, molesto, como si hubiera sido otra persona quien lo hubiese vertido, como si, con el vaso ya lleno, se viera obligado a permanecer a la mesa con ella. Lo levantó y bebió.

—Mi madre había pensado que habías vuelto a tu casa —dijo, al tiempo que volvía a dejar el vaso y se limpiaba el labio— al ver que no venías.

—No —dijo Sally.

—Pero dice que vas a volver con tu madre —añadió él, prudente.

—No lo sé.

Sally no estaba segura de si Patrick entendía la situación de su madre. Se imaginó que muy poco. No era algo que la señora Tierney fuera a hablar precisamente con un hijo adulto, algo que interesara precisamente a un joven como Patrick. Durante los meses anteriores, la familia se había limitado a fingir, por un acuerdo tácito, que Sally había ocupado la habitación para invitados a fin de estar más cerca del hotel, aunque el señor Tierney le había conseguido el empleo en el salón de té después de que la hermana Lucy la hubiera llevado allí, no antes.

Ella puso la mano sobre el alto vaso de leche de la mesa.

—La señora a la que a veces visitaba por las mañanas, la señora Costello —dijo y guardó silencio— ha fallecido hoy, estando yo allí.

Patrick se desplomó en la silla, como si hubiera recibido un golpe suave. Se santiguó.

—Lo siento —dijo—. ¿Estaba enferma?

—Tenía neumonía —dijo Sally, y después añadió—: Le faltaba una pierna. Habían tenido que cortársela cuando un mordisco de un perro se le infectó. Fue hace años. La afectó bastante.

Y se tocó la sien para que entendiera.

Patrick volvió a beber de su vaso y después lo bajó de mala gana. Buscó algo en su memoria y cayó en la cuenta.

—¿Era la mujer del lechero? —le preguntó después, como si hubiese acabado de atar cabos. Señaló la botella en el escurreplatos. Su expresión indicaba en seguida la duda de que fuera la pregunta apropiada.

—Eso es —dijo Sally.

Él volvió a asentir con la cabeza. Decidió orientar la conversación de otro modo.

—Mi madre ha dicho lo buena que eras al ir a acompañarla. No podía ser fácil: sin una pierna y tocada del ala, como has dicho. —Y se sintió satisfecho consigo mismo.

—No, no siempre —dijo Sally.

Después guardaron silencio. Dos pisos más arriba, su padre roncaba. El señor Tierney podía hacer saltar el techo algunas noches. Vio a Patrick mirarla pensando en cómo la afectaría aquel sonido y avergonzado. Sally pensó que no sabía ocultar nada en la cara, en los ojos: pese a ser inteligente, se podían ver todos sus pensamientos, si lo mirabas detenidamente.

Resultaba difícil imaginar aquella cara paralizada.

—¿Has oído alguna vez a mi padre contar la historia sobre Red Whelan? Me refiero al hombre sin una pierna que vivía con nosotros.

Ella dijo que no, por lo que él se la contó.

Lo hizo por la vía más larga, añadiendo, como acostumbraba en aquella época en que era el hijo más brillante, todo lo que sabía sobre la historia de la Guerra Civil, los encantos del oficio de portero, el relato del idilio de sus padres y la noche de primavera —a la hora de la cena, cuando aún no había florecido la mata de lilas que se veía por la ventana del comedor— en que Red Whelan, sustituto de su abuelo en la guerra, llamó a la puerta.

Y concluyó con una floritura, al señalar, con un movimiento de la mano derecha, el techo de estaño de la cocina y la estupenda casa de cinco dormitorios que quedaban por encima de él, como si esta, sus ladrillos y piedras, demostrara la validez de todo lo que le había contado, como si el propio relato, solo charla, solo aliento de aire, los hubiera llevado, no obstante, a los dos a aquel presente sólido e irrefutable en el que estaban solos, en plena noche, solos y despiertos y —lo que era cierto en su caso, al menos— enamorados.

Gesticuló ampliamente con su mano derecha al final de aquella charla, porque en la izquierda sostenía los finos dedos de Sally. Por fin se habían calentado gracias a su mano y no quería soltarlos.

Grace

—Después de aquello —dijo nuestro padre—, la vida de vuestra madre pasó, en mi humilde opinión, del blanco y negro al color.

La boda de su madre fue en junio. Aunque se trató de una breve ceremonia en un día de entre semana y con la iglesia vacía, hubo lilas y lirios del valle y después se deshicieron de aquellos dos pisos: uno con capas y capas de pintura, el otro tan escaso de mobiliario como la celda de un monje. Compraron una *brownstone* en el barrio de Liz Tierney y el propio señor Tierney les concedió un generoso préstamo gracias a sus «reparaciones». Después Annie, a sus cuarenta y ocho años, dio a luz —«justo a tiempo», dijo nuestro padre— a otra hija en una mañana luminosa. Grace, la llamaron.

Sally empujaba el cochecito con la niña cuando Annie volvió a la lavandería del convento para ayudar en sus tareas: mientras Annie estuvo con el parto, habían contratado a otra joven viuda con una hija que jugaba en el suelo.

Patrick Tierney la acompañaba en aquellos paseos siempre que podía, y recordaba, incluso entonces, la vida de fábula que habían tenido de niños, cuando sus dos madres los llevaban de paseo todas las mañanas: las dos emperadoras, como las llamaba. Sally le contaba que aquella época de su infancia en el convento fue un sueño pálido en comparación con la vida que entonces tenía: en una casa alta con una hermanita y una madre que ya no trabajaba tanto y un padre, por llamarlo de algún modo, el señor Costello, que nunca la miraba directamente a los ojos, pero la disculpa que siempre parecía estar a punto de presentar lo mantenía mudo y tierno delante de ella. Acabó sintiendo aprecio por él.

El noviazgo que comenzó en la larga noche en que Patrick Tierney había hablado y hablado en la cocina de su madre no concluyó hasta que Grace hubo empezado a ir a la escuela y por fin él se hubo armado de valor para pedirla en matrimonio.

Sally añoraba la pérdida de la presencia permanente de la niña en aquella época, cuando él le preguntó: «¿Y qué tal estaría tener tus propios hijos?».

Según dijo nuestro padre, la petición más inelegante que hombre alguno hubiera hecho.

Cuando nuestro padre era muy viejo —nosotros mismos estábamos envejeciendo—, volvió a contar la historia que le había contado a ella aquella húmeda noche, la del entierro de su abuelo, el viaje en tren, la criada irlandesa tras el mosquitero.

—Si vuestra madre no hubiera vuelto, en lugar de quedarse con las monjas —dijo nuestro padre—, aquella habría sido probablemente la muchacha con la que me habría casado.

Recordó una vez más el bigote castaño de su padre, su traje elegante y su frasco de whiskey y después las lágrimas de su padre en las sombrías horas de aquella noche terrible. El amor es un

tónico, había dicho su madre, no una cura.

El bueno de Red Whelan.

Estábamos reunidos en la habitación de nuestro padre, quien, tras vivir en una docena de edificios de pisos diferentes, una buena casa con cinco dormitorios, el desvencijado emplazamiento de nuestras felices infancias, estaba entonces comprimido en un dormitorio, un baño y una cocinita, con sus días reclusos en un edificio alto que había seleccionado para sí, tras la muerte de nuestra madre, con cuidado de soltero: algo sencillo, exiguo y para él solo.

Había empezado a recordarnos, sin la menor insistencia por nuestra parte, que había tenido una vida buena, y a repetir las historias de su atestada infancia, su elegante padre, su madre, de lengua tan afilada como un cuchillo.

Nuestra madre, que había pensado en ser monja, pero después lo pensó mejor. «Su nombre de bautismo era, verdad, St. Saviour.»

Una muchacha sin padre, una niña de convento vestida con lana blanca, la muchacha con la que, como supo siempre, se casaría.

Como también nosotros estábamos envejeciendo, se lo consentíamos. Lo escuchábamos contar de nuevo las mismas historias y guardábamos silencio sobre la verdad: que la melancolía de la madurez de nuestra madre era una depresión clínica, de la que en aquella época no se hablaba.

Que el temblor de felicidad de la tía abuela Rose, cuando la guiábamos escalera arriba, era, seguro, el Parkinson que también nos había visitado a nosotros.

Que las santas monjas que andaban por la casa cuando éramos jóvenes eran una especie en extinción incluso entonces, como también el obispo que tenía puesto el ojo en su mansión de hombre rico, que la vocación de la santidad y el autosacrificio, la falsa ilusión y la superstición que entrañaban, estaban desapareciendo del mundo incluso entonces.

Preguntamos: ¿y cuánto le habrían pagado a Red Whelan? Porque de lo que hablábamos tan cómodamente, aquí, al final de los días de nuestro padre y con la nueva decadencia de los nuestros, era ya Historia. La Historia era fácil: el pasado con toda la pérdida consumida, toda la pena consumida... con todo lo meramente personal cómodamente eliminado.

¿Cuánto habría costado a su abuelo contratar a un sustituto durante la Guerra Civil?

Lo investigamos. En la computadora del escritorio de nuestro padre leímos: La Ley del Servicio Militar de 1863... Leímos: *trescientos dólares*... opción solo al alcance de los ricos.

Y también Lincoln tuvo un sustituto, descubrimos. ¿Quién lo sabía? Un joven reclutado para que prestara servicio en lugar de Lincoln. Fue llevado a la Casa Blanca y recibió la aprobación del comandante. Resultó ser una guerra corta para él. Leímos un artículo aparecido en un antiguo ejemplar del *New York Times* sobre la propuesta de una estatua para honrar a aquel joven en su ciudad natal, el joven que había aceptado prestar servicio como sustituto de Lincoln en la Guerra Civil.

Aunque no en el Ford's Theatre, dijimos, y nos reímos. Dijimos que habría sido más útil para el presidente si hubiera hecho de sustituto suyo en el Ford's Theatre.

Nuestro padre dijo:

—Mi padre le dijo a su padre: «Una vida ya ha sido entregada para salvar tu piel». Y nunca se lo perdonó por la crueldad que representaba.

Dijo:

—Todo aquello sucedió hace mucho tiempo.

Tras bajar en la pantalla del ordenador por el curioso y negro recorte de periódico antiguo y torcido vimos en la misma página: UN SUICIDA PUSO EN PELIGRO A OTRAS PERSONAS.

—Ese sería —dijo nuestro padre cuando se lo leímos—. Sería Jim, el padre de vuestra madre: un suicida entonces —dijo con tristeza—. Un suicida en la familia.

Dijo:

—Gracias a Dios, vuestra madre nunca se enteró.

Pensamos en las silenciosas tardes de nuestra infancia, mientras nuestra madre dormía con miras a recuperarse de su melancolía y las monjas entraban —en lugar de la insubstituible— para mantenerla en el mundo, para mantenerla para nosotros.

Nos asombró pensar en lo mucho que pasaba silenciado en aquella época, lo mucho que, según consideraban, estaba en juego.

—Bueno, ahora ya se sabe la verdad —dijo nuestro padre.

La inacabable duración de los días

—¿Os habéis puesto alguna vez un abrigo antiguo, de los que picaban? —nos preguntó la hermana Jeanne—. La lana es demasiado áspera y las mangas aprietan y no se puede correr con él, porque te aprieta aquí y ahí, en las caderas. Se te ha quedado pequeño, ¿comprendéis? Puede que te lo pongas una mañana, porque es lo único que tienes y tal vez sea una mañana oscura y fría, pero después sale el sol en el cielo, incluso en un día frío y nublado, el sol sube, ¿verdad?, día tras día, por lo que a las tres, cuando vuelves de la escuela a casa, la luz del sol te azota en la cabeza y parece que se tratara de una gran mano que te presionara hacia abajo o tal vez un mazo. Te calienta los hombros y la espalda y empiezas a sentir picores dentro de ese viejo abrigo rígido. Te sientes todo sudoroso, ¿comprendéis?, y con un calor que pica.

Encorvó los hombros dentro de su oscura sarga para mostrar nuestra incomodidad. Nos sonrió dentro de su toca. Detrás de ella, en el marco de la ventana del comedor, se veían las largas sombras de una tarde dorada o un crepúsculo que avanzaba, una nevisca o las flores de primavera, tal vez una lluvia gris.

—¿Y qué haréis en el instante mismo en que paséis por esa puerta? —nos preguntó ella, al tiempo que señalaba por encima de nuestras cabezas la puerta de la cocina, y nos volvimos como si fuéramos a vernos a nosotros mismos, evocados por sus palabras, llegar a la casa como siempre hacíamos: con la mano en el pomo de cristal y el hombro contra la pintura descascarillada—. ¿Acaso no sé yo lo que haréis? ¿Es que no lo hice yo de niña? Moveros, sacudiros, luchar, menearos hasta quitaros ese viejo abrigo y sacaros las mangas del revés.

Dentro de la toca blanca, cerró sus hundidos ojos. Se llevó las manos estrechadas a la barbilla —una barbilla redonda, prominente, con un poco de acné rosáceo, como el color que da el sol a un trabajador en el campo— y se llevó los dos dedos índices en forma de campanario a su boquita. Dijo, con los ojos cerrados:

—Cuando por fin consigáis quitaros esa vieja prenda, el aire de esta casa os parecerá tan fresco y agradable como la seda en vuestra piel, ¿no? Os parecerá agua fresca en la nuca y en las muñecas. —Volvió a abrir los ojos y vimos que le brillaban con lágrimas—. Será como cuando las sábanas de vuestra madre están fuera, en la línea de tender, tal vez en una tarde de otoño o de primavera, y camináis por entre ellas y nadie os ve. Dejáis que dichas sábanas os rocen la cara y resbalen por sobre vuestra cabeza y después bajen por vuestra espalda, ¿no? Y después os volvéis para hacerlo otra vez. Os he visto. Huelen bien y están limpias.

Se rio, con los ojos brillantes.

—Así de bien sienta el aire cuando os habéis deshecho de esa vieja prenda, ¿no?

Dijo:

—Así os sentiréis cuando lleguéis al Cielo, ¿entendéis? Dios quiera que sea dentro de mucho tiempo y muy pronto para vuestra anciana tía. —Y entonces una sombra le pasó por la cara, aunque daba la espalda a la luminosa ventana, si bien no se podía saber su origen. Su piel pareció gris, sus ojos perdieron la risa—. Pero no es para mí, ese alivio. Nunca para mí, esa belleza.

Dijo:

—Perdí el Cielo hace mucho. —Se llevó la mano a la cadena que sostenía el crucifijo en torno a su cuello, lo agarró con fuerza y lo apretó contra su blanco peto—. Cuando vuestra madre era aún una niña: tan solo dieciocho años tenía, creo. —Guardó silencio, pensativa—. Por amor lo perdí, lo que parece extraño, ¿verdad? Pensaréis que solo se puede perder el Cielo por odio. —Se encogió de hombros, siempre infantil—. Pero el caso es que lo perdí.

En el piso de arriba, nuestra madre estaba durmiendo la melancolía que la reclamaba, incluso en nuestras alegres y felices infancias. La anciana tía Rose, figura ya de un pasado muy lejano, estaba empolvada con polvo en nuestro ático.

La hermana Jeanne se llevó el puño al pecho. Detrás de ella, había una nube de flores, de hojas amarillentas, de nieve o aguanieve.

—Hace mucho que renuncié a mi lugar en el Cielo, por amor a mis amigos.

Dentro de su blanca toca, sus ojitos, unos ojos apagados de anciana, se movían por encima de nosotros. Algo afectuoso, gozoso incluso, venció, brevemente, la pena que abrigaban, pero solo brevemente. Cuando aquella sombra grisácea volvió, la reconocimos no como una luz pasajera, apenas un parpadeo, sino como una pena que siempre había estado ahí, en su querida cara.

—Dios conoce mi corazón —dijo—, por lo que no pido Su perdón, ¿entendéis?

El puño que sostenía la cadena de su crucifijo se abrió hasta que sus dedos estuvieron extendidos sobre su corazón.

Dijo:

—Nunca me quitaré este viejo abrigo y ese será mi tormento. —Una vez más sus ojos recorrieron la mesa y tocaron cada una de nuestras caras—. Pero rezaréis por mí, ¿verdad? —preguntó—. ¿Rezaréis por esta alma perdida?

Dijimos que sí, sin entender nada, o creyendo, tal vez, que se trataba solo de su gran humildad, su santidad, la que la hacía decir que no merecía el Cielo.

Y después, a su modo habitual, la sonrisa de su voz dio paso a la risa. Vimos sus frágiles hombros moverse contra su oscuro velo. Sentimos el deleite en nosotros, que también era familiar, deleite con nuestra presencia, nuestros yoes vivos y aspirantes: un tónico para todas las penas. Susurró:

—Dios ha ocultado estas cosas a los sensatos y prudentes, ¿comprendéis? Se las ha revelado solo a los pequeños.

«A poco viento que se aspire de esta peste de endiosamiento, lo aconsejable es no poner la pluma sobre el papel, para no aumentar las necesidades en el mundo. Espectáculos patéticos ya hay demasiados»

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *La novena hora*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Alice McDermott nació en Brooklyn, Nueva York, en 1953. Es profesora de Humanidades en la Universidad John Hopkins y una de las autoras literarias más prestigiosas de su país. Ha publicado siete novelas: *A Bigamist's Daughter* (1982), *Aquella noche* (1987, finalista del National Book Award y del Premio Pulitzer), *En bodas y entierros* (1992, finalista del premio Pulitzer), *Un hombre con encanto* (1998, ganadora del National Book Award), *Child of My Heart* (2002), *After This* (2006, finalista del premio Pulitzer) y *Alguien* (2013).